

El Buen Soldado

Ford Madox Ford

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Esta es la historia más triste que jamás he oído. Habíamos tratado a los Ashburnham durante nueve temporadas en la ciudad de Nauheim con gran intimidad..., O, más bien, habíamos mantenido con ellos unas relaciones tan flexibles y tan cómodas y sin embargo tan íntimas como las de un guante de buena calidad con la mano que protege. Mi mujer y yo conocíamos al capitán Ashburnham y a su señora todo lo bien que es posible conocer a alguien, pero, por otra parte, no sabíamos nada en absoluto acerca de ellos. Se trata, creo yo, de una situación que sólo es posible con ingleses sobre quienes, incluso en el día de hoy, cuando me paro a dilucidar lo que sé de esta triste historia, descubro que vivía en la más completa ignorancia. Hasta hace seis meses no había pisado nunca Inglaterra y, ciertamente, nunca había sondeado las profundidades de un corazón inglés. No había pasado de sus aspectos más superficiales.

No quiero decir con eso que no conociéramos a muchos ingleses. Viviendo, como nos veíamos obligados a hacerlo, en Europa, y siendo, como nos veíamos obligados a serlo, americanos ociosos, lo cual equivale a decir que éramos muy poco americanos, no nos quedaba otro remedio que frecuentar la compañía de los ingleses de clase alta. Porque París era nuestro hogar, algún sitio comprendido entre los límites de Niza y Bordighera nos proporcionaba cuarteles de invierno todos los años, y Nauheim siempre nos recibía desde julio hasta septiembre. Deducirá usted de estas afirmaciones que uno de los dos estaba, como suele decirse, «delicado del corazón», y, cuando le diga que mi esposa ha muerto, comprenderá que era ella la enferma.

El capitán Ashburnham también estaba delicado del corazón. Pero, mientras pasar un mes al año aproximadamente en Nauheim le dejaba en perfectas condiciones para los otros once, nuestros dos meses apenas bastaban para mantener viva a la pobre Florence de un año para otro. La razón de que el capitán estuviera delicado del corazón era al parecer el polo, o un exceso de deportes violentos durante su juventud. La razón de la destrozada vida de la pobre Florence fue una tormenta en el mar durante nuestra primera travesía hacia Europa, y el motivo básico de nuestra reclusión en el viejo continente era la prescripción de los médicos. Decían que incluso la breve travesía del canal de la Mancha podía muy bien acabar con mi pobre esposa.

Cuando los conocimos, el capitán Ashburnham, de vuelta a casa, por razones de enfermedad, de una India a la que nunca regresaría, tenía treinta y

tres años; la señora Ashburnham —Leonora—, treinta y uno. Yo treinta y seis y la pobre Florence treinta. De manera que ahora mi mujer tendría treinta y nueve y el capitán Ashburnham cuarenta y dos; mientras que yo tengo cuarenta y cinco y Leonora cuarenta. Ya ve usted, por tanto, que nuestra amistad ha sido un asunto de los primeros años de la edad madura; todos éramos muy tranquilos por temperamento, y los Ashburnham, de manera especial, eso que en Inglaterra se denomina de ordinario «gente muy bien».

Descendían, como probablemente ya habrá usted adivinado, de los Ashburnham que acompañaron al cadalso a Carlos I, y, como también cabe esperar en este tipo de ingleses, no hacían la menor ostentación de ello. La señora Ashburnham era una Powys; Florence, una Hurlbird de Stamford, en Connecticut, donde, como usted sabe, la gente está más chapada a la antigua que los mismos habitantes de Cranford, en Inglaterra. Yo, por mi parte, soy un Dowell de Filadelfia, en Pennsylvania, donde, es un hecho históricamente cierto, hay más antiguas familias inglesas de las que podrían encontrarse en seis condados británicos tomados conjuntamente. Siempre llevo conmigo a todas partes —como si se tratara de la única cosa que me liga de manera invisible con algún lugar sobre la superficie de la tierra— la escritura de propiedad de mi granja, que en otro tiempo ocupaba varias manzanas de casas entre Chestnut y Walnut Street. Estas escrituras de propiedad están compuestas por cuentas cilíndricas hechas de conchas, y son la donación de un jefe indio al primer Dowell, que salió de Famham en Surrey, acompañando a William Penn. La familia de Florence, como sucede con frecuencia en el caso de los habitantes de Connecticut, procedían de los alrededores de Fordingbridge, donde se encuentra la casa solariega de los Ashburnham. Es allí donde escribo en estos momentos.

Quizá pregunte usted, y con toda razón, por qué escribo. Y, sin embargo, tengo muchos motivos. Porque es frecuente entre los seres humanos que han presenciado el saqueo de una ciudad o la desintegración de una raza el deseo de poner por escrito lo que han visto para beneficio de desconocidos herederos o de generaciones infinitamente remotas; o, si usted lo prefiere, para sacarse esas imágenes de la cabeza.

Alguien ha dicho que la muerte de un ratón a causa del cáncer es lo mismo que el saco de Roma por los godos, y yo le juro a usted que la desintegración de nuestro pequeño círculo con cuatro esquinas fue otro de esos acontecimientos impensables. Supongamos que se hubiera tropezado usted con nosotros, cuando estábamos sentados alrededor de una de las mesitas frente al club, en Homburg, pongamos por ejemplo, tomando el té una tarde cualquiera y contemplando el minigolf; sin duda hubiera usted dicho que, tal como está la vida, constituíamos un castillo inexpugnable. Éramos, si usted lo prefiere, uno de esos barcos esbeltos de velas blancas sobre un mar azul, una

de esas cosas que parecen las más gloriosas y seguras entre todas las cosas hermosas y seguras que Dios ha permitido concebir a la mente humana. ¿En qué mejor sitio podría uno refugiarse? ¿Dónde mejor?

¿Seguridad? ¿Estabilidad? No puedo creer que hayan desaparecido. No puedo creer que aquella vida lenta y tranquila, que era exactamente como los pasos de un minué, se desvaneciera en cuatro días catastróficos al final de nueve años y seis semanas. Se lo aseguro, créame, nuestra intimidad era como un minué, simplemente porque en cada posible ocasión y en cada posible circunstancia sabíamos dónde ir, dónde sentarnos, qué mesa escoger unánimemente; y podíamos levantarnos y marcharnos los cuatro juntos sin que ninguno diera la señal, siempre al ritmo de la orquesta del balneario, siempre tomando un sol no demasiado fuerte, o, si llovía, refugiándonos en sitios discretos. No, desde luego, no puede haber desaparecido. No se puede matar un minué de la cour. Cabe cerrar el libro con las partituras, bajar la tapa del clavicordio; en la alacena y en el armario quizá las ratas destruyan las cintas de satén blanco; tal vez el populacho saquee Versalles; quizá se derrumbe el Trianón; pero sin duda alguna el minué..., el minué en persona se alejará danzando hasta las más remotas estrellas, incluso mientras el nuestro, el de los establecimientos balnearios de Hesse, lleva camino de pararse por completo. ¿Es que no hay ningún cielo donde las antiguas y hermosas danzas, donde las antiguas y hermosas intimidades se prolonguen indefinidamente? ¿No hay algún Nirvana penetrado por la suave vibración de instrumentos que ya se han transformado en el polvo de la amargura, pero que poseen sin embargo frágiles, trémulas e imperecederas almas?

¡No, Dios mío, es falso! No era un minué lo que bailábamos; estábamos en una cárcel..., una cárcel llena de vociferantes ataques de histeria, reprimidos para que no hicieran más ruido que las ruedas de nuestro carruaje mientras recorríamos las sombreadas avenidas del Taunus Wald.

Y sin embargo, juro por el sagrado nombre de mi creador que era verdad. Era la verdadera luz del sol; la verdadera música; el verdadero murmullo de las fuentes desde las bocas de los delfines de piedra. Porque, si para mí éramos cuatro personas con los mismos gustos, con los mismos deseos, actuando —o, no, sin actuar—, sentándonos aquí y allá unánimemente, ¿no es eso la verdad? Si durante nueve años he sido dueño de una hermosa manzana que tiene el corazón podrido y sólo descubro su podredumbre al cabo de nueve años y seis semanas menos cuatro días, ¿acaso miento al decir que durante nueve años he poseído una hermosa manzana? Y lo mismo puede suceder con Edward Ashburnham, con Leonora, su esposa, y con mi pobre y querida Florence. Y, si se pone usted a pensarlo, ¿no es un poco extraño que la mala salud de por lo menos dos de los pilares de nuestra casa con cuatro esquinas nunca se me apareciera como una amenaza para su solidez? Ni siquiera me pasa ahora,

aunque los dos están ya muertos. No sé...

No sé nada —absolutamente nada— del corazón de los seres humanos. Sé únicamente que estoy solo..., horriblemente solo. Para mí, ningún fuego de chimenea presenciara ya unas relaciones amistosas. Cualquier salón de fumar estará poblado únicamente por insondables efigies entre espirales de humo. Y sin embargo, por el amor de Dios, ¿qué es lo que sé yo, si no estoy al tanto de la vida junto al hogar de la chimenea y en el salón de fumar, cuando toda mi vida ha transcurrido en esos sitios? ¡La tibia atmósfera junto a la chimenea...! Ahí estaba Florence, por ejemplo: creo que durante los doce años que sobrevivió a la tempestad que, al parecer, debilitó irreparablemente su corazón..., juraría que no la perdí de vista ni un solo minuto, excepto cuando la dejaba convenientemente arrojada en la cama y me iba al piso bajo para hablar un rato con alguien en uno de los salones, o salía a darme la última vuelta fumando un cigarro antes de acostarme. Comprenda que yo no le echo la culpa a Florence. Pero, ¿cómo pudo enterarse de todo lo que sabía? ¿Cómo llegó a saberlo? A saberlo tan exhaustivamente. ¡Cielo santo! No parece que hubiera tiempo suficiente. Tuvo que ser cuando yo tomaba los baños, o hacía gimnasia sueca, o iba a la manicura. Llevando la vida que llevaba, de enfermero cuidadoso y esforzado, tenía que hacer algo para mantenerme en forma. ¡Tiene que haber sido en esos momentos! Aunque ni siquiera entonces dispuso del tiempo suficiente para mantener las interminables conversaciones llenas de sabiduría mundana que Leonora me ha relatado a raíz de su muerte. Y ¿es posible imaginar que durante nuestros reglamentados paseos por Nauheim y sus alrededores encontrara tiempo para llevar adelante las prolijas negociaciones que de hecho llevaba entre Edward Ashburnham y su mujer? ¿Y no es increíble que durante todo aquel tiempo Edward y Leonora no intercambiaran nunca una sola palabra en privado? ¿Qué debe pensar uno sobre la raza humana?

Porque le juro que formaban la pareja modelo. Edward tenía con Leonora todas las atenciones que es posible tener sin parecer fatuo. ¡Tan apuesto, con unos ojos azules tan sinceros, el adecuado toque de estupidez, y una bondad tan manifiesta! Y ella..., tan alta, tan maravillosa montando a caballo, tan rubia. Sí, Leonora era extraordinariamente rubia y tan exactamente lo que tenía que ser que todo ello parecía demasiado bueno para ser cierto. Quiero decir que, en general, uno no se encuentra de ordinario con tantas perfecciones reunidas. Pertenecer a la aristocracia rural, tener todo el aire de la aristocracia rural, ser rica de una manera tan perfecta y adecuada; tener unos modales tan exquisitos..., con el atenuante incluso de ese toque de insolencia que parece imprescindible. ¡Tenerlo todo y ser todo eso! No; era demasiado bueno para ser verdad. Y sin embargo, esta misma tarde, hablando sobre todo ello, me ha dicho: «Una vez traté de tener un amante, pero me sentí tan enferma, tan destrozada que tuve que rechazarle». Me ha parecido la cosa más asombrosa

que he oído nunca. «Me tenía ya entre sus brazos», ha dicho. «¡Un hombre tan apuesto! ¡Tan excelente persona! Y yo me decía, con furia, susurrando entre dientes como dicen en las novelas..., y de verdad apretándolos mucho: me decía a mí misma: “Ahora estoy completamente decidida y voy a pasarlo bien por una vez en la vida..., ¡por una vez en la vida!”. Estábamos a oscuras en un coche de caballos, regresando del baile con que se celebra el final de una cacería. ¡Teníamos que recorrer dieciocho kilómetros! Y luego, de repente, la amargura de la interminable pobreza, de los interminables fingimientos..., todo ello se me cayó encima como una maldición, y lo echó todo a perder. Sí, tuve que darme cuenta de que estaba incapacitada para pasarlo bien cuando incluso se presentaba la oportunidad. Así que me eché a llorar, y estuve llorando y llorando los dieciocho kilómetros. ¿Se lo imagina? ¡Llorando! Y poniendo en ridículo de aquella manera a un chico tan estupendo. Porque aquello no era jugar limpio, ¿no es cierto?».

No lo sé; no lo sé; esa última observación, ¿era el comentario de una ramera, o es eso lo que toda mujer decente, tanto si es de la aristocracia rural como si no, piensa en lo más hondo de su corazón? ¿O lo piensa todo el tiempo si vamos a ello? ¿Quién sabe?

Sin embargo, si ignoramos eso hoy y ahora, a la altura de la civilización que hemos alcanzado, después de todos los sermones y de todos los moralistas, y de todas las enseñanzas de todas las madres a sus hijas in saecula saeculorum..., aunque quizá sea eso lo que las madres enseñan a sus hijas, no con los labios sino con los ojos, o con un corazón susurrándole a otro corazón. Y, si no sabemos siquiera eso sobre la primera cosa del mundo, ¿qué es lo que sabemos y para qué estamos aquí?

Le pregunté a la señora Ashburnham si le había contado aquel episodio a Florence y qué había dicho mi mujer y me contestó: «Florence no hizo ningún comentario. ¿Qué podía haber dicho? No había nada que decir. Con la pobreza agobiante que tuvimos que soportar para cubrir las apariencias, y la manera en que se presentó la pobreza..., ya sabe usted lo que quiero decir..., cualquier mujer tendría derecho a echarse un amante y aceptar regalos por añadidura. Florence dijo una vez acerca de una situación muy parecida (estaba un poco demasiado bien educada, era demasiado americana para personalizar) que se trataba de un caso perfecto de viaje sin destino decidido, y que la mujer podía comportarse siguiendo la inspiración del momento. Lo dijo en americano, por supuesto, pero ése era el sentido. Creo que sus palabras fueron exactamente éstas: “Era la mujer quien tenía que decidir si tomarlo o dejarlo...”».

No quiero que piense que estoy describiendo a Teddy Ashburnham como un desalmado. No creo que lo fuera. Quién sabe, quizá todos los hombres sean así. Porque como ya he dicho, ¿qué sé yo, incluso del salón de fumar? Va llegando la gente y cuenta las historias más increíblemente groseras..., tan

groseras que le hacen a uno daño. Y sin embargo, esos hombres se ofenderían si alguien sugiriera que no son el tipo de persona a quien uno dejaría a solas con su mujer. Y es muy probable que tuvieran toda la razón al ofenderse..., es decir, si es que se puede dejar solos a un hombre y a una mujer. Pero ese tipo de individuo disfruta evidentemente más escuchando o contando historias groseras..., más que con ninguna otra cosa en el mundo. Cazarán lánguidamente, se vestirán lánguidamente, cenarán lánguidamente, trabajarán sin entusiasmo y les parecerá muy aburrido mantener una conversación de tres minutos sobre cualquier cosa, y sin embargo, cuando empieza ese otro tipo de conversación, reirán y se despertarán y se revolcarán regocijados en sus asientos. Por ello, si tanto se divierten con esas narraciones, ¿cómo es posible que se ofendan, y que se ofendan con razón, ante la sugerencia de que quizá intenten poner a prueba el honor de nuestra esposa? Edward Ashburnham, en cambio, era la persona de aspecto más honesto que quepa imaginar; excelente magistrado, soldado de primera categoría, uno de los mejores terratenientes, según decían, de Hampshire, en Inglaterra. Con los pobres y con los borrachos impenitentes yo mismo soy testigo, se comportaba como concienzudo guardián. Y en los nueve años que lo traté, excepto en una o dos ocasiones, jamás contó una historia que no se hubiera podido publicar en las columnas de *The Field*. Ni siquiera le gustaba oír las; se ponía nervioso, se levantaba y salía a comprar un puro u otra cosa por el estilo. Cualquiera hubiera dicho que era exactamente el tipo de persona a quien se le podía confiar la propia esposa. Y yo confiaba en la mía y aquello fue la locura.

Y sin embargo, vuelvo a verme atrapado una vez más. Si el pobre Edward era peligroso en razón de la castidad de sus expresiones (y se dice que ése es siempre el distintivo del libertino), ¿dónde hay que colocarme a mí? Porque afirmo solemnemente que no sólo nunca he permitido que se deslizara en mi conversación ni la sombra de algo indecoroso, sino que salgo incluso garante de la limpieza de mis pensamientos y de la absoluta castidad de mi vida. Entonces, ¿a qué queda todo reducido? ¿Se trata de una locura o de una burla? ¿Es que yo no soy mejor que un eunuco y el hombre auténtico —el hombre con derecho a la existencia— es un semental, sin freno siempre relinchando ante las mujeres de la familia de su vecino?

No lo sé. Y no hay nada que nos sirva de guía. Y si todo es tan nebuloso sobre una cuestión tan elemental como la ética del sexo, ¿qué nos servirá de guía en la moralidad más sutil de los demás contactos personales, asociaciones y actividades? ¿O es que estamos hechos para actuar siguiendo únicamente nuestros impulsos? Es todo muy oscuro.

CAPÍTULO II

No sé cuál es la mejor manera de escribir esto..., no sé si sería más conveniente tratar de empezar por el principio, como si fuera un cuento; o narrarlo desde la lejanía en el tiempo, tal como yo lo recibí de los labios de Leonora o del mismo Edward.

De manera que durante un espacio de dos semanas aproximadamente me imaginaré en una casa de campo, a un lado de la chimenea, con un oyente favorablemente dispuesto frente a mí. Y me dedicaré a hablar en voz baja mientras se percibe a lo lejos el ruido del mar, y, por encima de nuestras cabezas, la gran marea negra del viento saca brillo a las estrellas. De cuando en cuando nos levantaremos, llegaremos hasta la puerta, contemplaremos la enorme luna y diremos: «¡Caramba, brilla casi tanto como en Provenza!». Y a continuación volveremos junto a la chimenea, con algo así como la sombra de un suspiro porque no estamos en esa Provenza donde incluso las historias más tristes se vuelven alegres. Considérese si no la lamentable historia de Peire Vidal. Hace dos años Florence y yo fuimos en coche desde Biarritz a Las Tours, que está en los Montes Negros. En medio de un valle tortuoso se alza un inmenso pináculo y sobre él hay cuatro castillos: Las Tours, las Torres. Y el mistral soplaba con tanta fuerza en el interior de ese valle que comunica Francia con Provenza que las hojas grises plateadas de los olivos parecían cabellos flotando al viento, y las matas de romero se introducían furtivamente entre las rocas de color hierro para evitar que el viento las arrancase de raíz.

Fue, por supuesto, la pobre Florence quien quiso ir a Las Tours. Deben ustedes darse cuenta de que, si bien su brillante personalidad procedía de Stamford, en Connecticut, era una graduada de Poughkeepsie. Nunca conseguí imaginarme cómo lo hacía..., cómo lograba ser tan peculiar y tan parlanchina. Con su mirada distante..., que no tenía nada de romántica, sin embargo..., quiero decir que no daba la impresión de estar teniendo sueños poéticos, ni de que le mirase a uno sin verle, ¡porque la verdad es que casi nunca te miraba...!, con una mano en alto, como si quisiera silenciar cualquier objeción... o cualquier comentario si vamos a ello..., lo cierto es que Florence hablaba. Hablaba sobre Guillermo el Silencioso, sobre Gustavo el Locuaz, sobre los trajes de París, sobre cómo vestían los pobres en 1337, sobre Fantin-Latour, sobre el tren de lujo París-Lyon-Mediterráneo, y sobre si merecería la pena apearse en Tarascón y cruzar el puente colgante barrido por el viento para atravesar el Ródano y ver una vez más Beaucaire.

Nunca visitamos de nuevo Beaucaire, por supuesto..., la hermosa Beaucaire, con la alta torre blanca triangular, que parecía tan delgada como una aguja y tan alta como el Flatiron, entre la Quinta Avenida y Broadway..., Beaucaire con sus murallas grises en lo más alto de la cima rodeando acre y medio de lirios azules, bajo los altos troncos de los pinos piñoneros. ¡Qué cosa

tan hermosa es un pino piñonero...!

No; nunca volvimos a ningún sitio. Ni a Heidelberg, ni a Hamelin, ni a Verona, ni al Mont Majour..., ni siquiera a la misma Carcasona. Hablamos de ello, por supuesto, pero imagino que Florence con una sola mirada, sacaba de un sitio todo lo que quería. Tenía un don especial para ver.

Yo no lo tengo, desgraciadamente, de manera que el mundo está lleno de sitios a los que quiero volver..., ciudades con un sol cegador cayéndoles encima; pinos piñoneros recortados contra el azul del cielo; ángulos de gabletes tallados en su totalidad, con pinturas de ciervos y flores escarlata; y gabletes con salientes escalonados y un pequeño santo en lo alto; y palazzi de color gris y rosado y ciudades amuralladas a kilómetro y medio del mar poco más o menos, junto al Mediterráneo, entre Livorno y Nápoles. No vimos ni una sola cosa más de una vez, de manera que para mí el mundo entero es como manchas de color en un lienzo inmenso. Si no fuera así, quizá ahora tendría algo a que agarrarme.

¿Todo esto es una digresión o no lo es? Confieso una vez más que no lo sé. Usted, la persona que escucha, está sentado frente a mí. Pero su silencio es absoluto. No me dice usted nada. Yo, de todos modos, estoy tratando de hacerle ver el tipo de vida que llevaba con mi mujer y cómo era ella. Bueno, Florence era brillante; y bailaba. Parecía bailar sobre los suelos de los castillos y sobre los mares y todavía más sobre los salones de las modistas y sobre las plagas de la Riviera... como un rayo alegre y trémulo, reflejado en un techo desde el agua. Y mi cometido en la vida era hacer que aquella cosa brillante siguiera existiendo. Era casi tan difícil como tratar de coger con la mano un reflejo danzante. Y esa tarea duró años.

Las tías de Florence solían decir que yo debía ser el hombre más perezoso de Filadelfia. No habían estado nunca en Filadelfia y tenían la típica conciencia de Nueva Inglaterra. Dese usted cuenta, la primera cosa que me dijeron cuando fui a visitar a Florence a la vieja casa de madera de estilo colonial, bajo los altos olmos con muy escasas hojas..., la primera pregunta que me hicieron no fue cómo estaba sino qué hacía. Y yo no hacía nada. Supongo que debería haber hecho algo, pero no me sentía en absoluto llamado a hacerlo. ¿Por qué hace uno cosas? Yo me limitaba a dejarme ir y a querer casarme con Florence. Primero me tropecé con ella en un té donde se leía a Browning o algo por el estilo, en la calle Catorce, que por entonces era todavía residencial. No sé por qué había ido yo a Nueva York; ni por qué fui a aquel té. Ni se me alcanza tampoco por qué Florence fue a aquel tipo de manifestación cultural. No era el sitio en el que, ni siquiera entonces, se esperaba encontrar a una graduada de Poughkeepsie. Imagino que Florence quería elevar el nivel cultural de la gente de Stuyvesant y hacía aquello como podría haber ido a visitar los barrios bajos. Era el mismo tipo de actividad,

pero a nivel intelectual. Florence siempre quería dejar el mundo un poco mejor de como lo había encontrado. Pobrecilla, la he oído adoctrinar a Teddy Ashburnham durante horas sobre las diferencias entre un Franz Hals y un Wouverbans y acerca de por qué las estatuas premicénicas eran cúbicas con protuberancias en lo alto. Me pregunto cuál era la reacción de Edward. Quizá le estaba agradecido.

Por lo menos ése era mi caso. Porque no sé si se da usted cuenta de que toda mi atención, todos mis esfuerzos, iban dirigidos a lograr que la pobrecita Florence no se apartara de temas como los descubrimientos en Cnossos o la espiritualidad de Walter Pater. Tenía que mantenerla en eso, dese cuenta, ya que de lo contrario podía morir. Porque se me informó solemnemente de que si se excitaba por algo o si sus emociones se desbocaban su corazoncito podía dejar de latir. Durante doce años tuve que estar atento a todo lo que se decía en cualquier conversación y a impedir cualquier referencia a lo que los ingleses llaman «cosas»; nada de amor, ni de pobreza, ni de delincuencia, ni de religión, ni de todo lo demás. Sí; el primer médico que nos atendió cuando la sacamos del barco en Le Havre me aseguro que era así como había que hacerlo. Santo cielo, ¿es que esos individuos son todos unos imbéciles monstruosos, o existe una masonería entre ellos de un extremo a otro de la tierra? Eso es lo que me hace pensar en Peire Vidal.

Porque, naturalmente, la historia de Peire Vidal es cultura y yo tenía que orientar a mi mujer hacia la cultura, y al mismo tiempo la historia es muy divertida y ella no tenía que reírse, y está repleta de amor, y Florence no tenía que pensar en el amor. ¿Conoce usted la historia? Las Tours de los Cuatro Castillos tenían por castellana a Blanche de Tal o de Cual, a quien se denominaba admirativamente La Loba. Peire Vidal, el trovador, le hacía la corte Y ella no quería saber nada de él. De modo que para rendirle pleitesía — ¡las cosas que hace la gente cuando está enamorada!— se vistió con pieles de lobo y subió a lo más alto de los Montes Negros. Y los pastores de la zona y sus perros le confundieron con un lobo y fue mordido y apaleado. De manera que lo llevaron de nuevo a Las Tours, pero La Loba no se dejó impresionar. Los cortesanos le adecentaron lo más posible y el marido de la castellana la reprendió severamente. Vidal, dese usted cuenta, era un gran poeta y no estaba bien tratar a un gran poeta con indiferencia. /

Así que Peire Vidal se proclamó Emperador de Jerusalén o algo parecido y el marido tuvo que arrodillarse y besarle los pies, aunque La Loba se negó a hacerlo. Y Peire zarpo en una barca de remos con cuatro compañeros para rescatar el Santo Sepulcro. Y se estrellaron contra una roca en algún sitio, y el marido tuvo que preparar una expedición muy costosa para llevarlo de nuevo a Provenza. Y Peire Vidal tomó posesión del lecho de la Señora, mientras el marido, que era un guerrero ferocísimo, insistía un poco más sobre la cortesía

que se debe a los grandes poetas. Pero yo supongo que La Loba era la más feroz de los dos. De todas formas, así fue como acabó el asunto. ¿No es toda una historia?

No se hace usted idea de lo increíblemente chapadas a la antigua que eran las tías de Florence, las señoritas Hurlbird; también lo era su tío John, un hombre extraordinariamente simpático, por otra parte. Delgado, amable, y con un corazón «delicado» que hizo de su vida algo muy parecido a lo que más adelante sería la de Florence. El tío John no residía en Stamford; su hogar estaba en Waterbury, que es de donde vienen los relojes. Tenía una fábrica que, de la extraña forma característica de América, cambiaba de funciones casi de un año para otro. Durante nueve meses fabricaba botones de hueso. Luego pasaba de repente a botones de latón para las libreas de los cocheros. A continuación producía tapas de estaño decoradas para cajas de dulces. Lo cierto es que aquel pobre anciano, con su delicado y palpitante corazón, no quería que su fábrica produjera nada en absoluto. Quería retirarse. Cuando tenía setenta años no le quedó más remedio. Pero le preocupaba tanto encontrarse con que todos los arrapiezos de la ciudad le señalaran con el dedo y exclamaran: «¡Ahí va el hombre más vago de Waterbury!», que trató de dar la vuelta al mundo. Y Florence y un joven llamado Jimmy le acompañaron. Por lo que Florence me contó parece que la misión de Jimmy era evitar los temas de conversación que pudieran excitar al señor Hurlbird. Tenía que mantenerle, por ejemplo, al margen de cualquier discusión sobre política. Porque el pobre anciano era un demócrata entusiasta en los días en que se podía recorrer todo el mundo sin encontrar otra cosa que republicanos. En cualquier caso, lo cierto es que dieron la vuelta al mundo.

Creo que quizá una anécdota, mejor que cualquier otra cosa, le permitirá hacerse una idea de cómo era aquel viejo caballero. Porque tal vez tenga importancia que sepa usted cómo era ya que el señor Hurlbird influyó mucho en la formación del carácter de mi pobre y querida esposa.

Muy poco antes de que salieran de San Francisco camino de los Mares del Sur, el anciano señor Hurlbird dijo que tenía que llevar algo para hacer pequeños regalos a las personas que se encontrara durante el viaje. Y descubrió que lo mejor que podía llevarse con tal fin eran naranjas —porque California es el país de las naranjas— y cómodas sillas plegables. De manera que compró no sé cuántos cajones de naranjas, las grandes naranjas refrescantes de California, y media docena de sillas plegables con una funda especial, que guardaba siempre en su camarote. Debió de llevar consigo medio cargamento de fruta por lo menos.

Porque a todas las personas a bordo de los diferentes vapores que utilizaron..., a todas las personas a las que saludaba, aunque sólo fuera con una inclinación de cabeza, les obsequiaba con una naranja todas las mañanas.

Y le duraron hasta que terminó de dar la vuelta a este enorme globo nuestro. Cuando estaban en el cabo Norte, incluso, vio en el horizonte, tan cariñoso y tan poca cosa como era, un faro «Vaya —se dijo a sí mismo—, esas personas deben de estar muy solas. Llevémosles unas cuantas naranjas». De manera que llenó un bote y él mismo fue remando hasta el faro en el horizonte. Las sillas plegables se las prestaba a cualquier señora que se le cruzaba en el barco y con la que simpatizaba o que le parecía cansada y enfermiza. Y así, protegido contra su corazón y acompañado por su sobrina, dio la vuelta al mundo...

No importunaba a los demás con su corazón. Usted no se hubiera enterado de que tenía una dolencia cardiaca. Se limitó a donárselo al laboratorio médico de Waterbury para beneficio de la ciencia, ya que consideraba que era un tipo muy poco corriente de corazón. Y lo divertido del asunto fue que, cuando murió de bronquitis a la edad de ochenta y cuatro años, tan sólo cinco días antes que la pobre Florence, se descubrió que aquel órgano suyo era completamente normal. Sin duda había dado saltos o chirriado lo suficiente para engañar a los médicos, pero parece que todo ello obedecía a una extraña formación de los pulmones. No entiendo mucho de estas cosas.

Heredé su dinero porque Florence murió cinco días después que él. Quisiera que no hubiese sido así. Me trajo muchas complicaciones. Tuve que ir a Waterbury nada más morir porque aquel pobre anciano tan bondadoso había dejado muchos legados caritativos y tuve que nombrar a los fideicomisarios. Quería que todo aquello se hiciera con las mejores garantías.

Sí; me causó un gran trastorno. Y cuando apenas había logrado poner cierto orden en sus asuntos, recibí el extraordinario telegrama de Ashburnham rogándome que fuera a hablar con él. E inmediatamente después llegó otro de Leonora diciendo: «Sí, venga, haga el favor. Podría usted sernos de mucha ayuda». Era como si Edward hubiera enviado el telegrama sin consultarla y luego se lo hubiese contado. De hecho lo que ocurrió fue algo muy parecido, con la excepción de que él se lo dijo a la chica y la chica se lo dijo a su mujer. Yo llegué, sin embargo, demasiado tarde para ser de utilidad si es que mi presencia podría haber servido de algo. Y fue entonces cuando tuve mi primera experiencia de la vida inglesa. Fue asombroso, abrumador. Nunca olvidaré la lustrosa jaca que Edward, sentado a mi lado, conducía; los movimientos del animal, su manera de andar levantando las patas, su piel que era como satén. ¡Y la paz! ¡Y las mejillas sonrosadas! Y la hermosa, la espléndida mansión.

Estaba muy cerca de Branshaw Teleragh, y descendimos hasta ella desde el yermo del New Forest, alto, de aire transparente, barrido por el viento. Le aseguro que era asombroso llegar allí desde Waterbury. Y me pareció imposible —porque Teddy Ashburnham, como recuerda, me había telegrafiado para que «fuera a hablar con él»— que nada especialmente

calamitoso pudiera sucederles a aquellas gentes en aquel sitio. Le aseguro que era como la encarnación de la paz. Y Leonora, hermosa y sonriente, con sus bucles dorados, en el más alto de los escalones que llevaban hasta la puerta; con un mayordomo y un lacayo y una doncella o algo parecido tras ella. Y se limitó a decir: «Qué contenta estoy de que haya venido», como si hubiera acudido a almorzar desde una ciudad a quince kilómetros, en lugar de recorrer medio mundo reclamado por dos telegramas.

Creo que la chica había salido de caza con la jauría.

Y el pobre diablo que tenía al lado lo estaba pasando horriblemente mal. Era la suya una angustia tan absoluta, tan sin esperanza, tan muda, que la mente de un hombre es incapaz de imaginársela.

CAPÍTULO III

Hizo mucho calor durante el mes de agosto en aquel verano de 1904; y Florence llevaba ya un mes tomando los baños. No sé qué se siente cuando se está como paciente en un balneario. Nunca he sido paciente en ningún sitio. Supongo que los enfermos tienen un sentimiento hogareño y una especie de soporte firme en esos lugares. Parece que les gustan los empleados del balneario, con su rostro alegre, su aire de autoridad, sus uniformes blancos. Pero, en cuanto a mí mismo, estar en Nauheim me producía una sensación — ¿cómo lo diría?— casi de desnudez..., la desnudez que se siente a la orilla del mar o en cualquier gran espacio abierto. Yo carecía de lazos, de cosas atesoradas. En la propia ciudad natal es como si pequeñas simpatías innatas nos arrastraran hacia determinadas sillas que parecen envolvernos con su abrazo, o nos llevaran por determinadas calles que resultan acogedoras mientras otras las percibimos como hostiles. Y, créame usted, ese sentimiento es una parte muy importante de la vida. Lo sé muy bien, yo que he sido durante tanto tiempo un peregrino sobre la faz de los balnearios y otros lugares de temporada. Incluso llega uno a sentirse demasiado limpio. Dios sabe que nunca he sido un hombre poco pulcro. Pero el sentimiento que tenía cuando, mientras la pobre Florence se daba su baño matutino, yo me detenía sobre los escalones cuidadosamente barridos del Englischer Hof y contemplaba los árboles en macetas, cuidadosamente colocadas sobre la grava cuidadosamente esparcida mientras personas cuidadosamente distribuidas pasaban a mi lado con una alegría cuidadosamente prevista a una hora cuidadosamente calculada, y veía también los altos árboles de los jardines públicos que se elevaban hacia la derecha y la piedra rojiza de los baños... ¿O eran chalets blancos con muros de entramado de madera? Le juro que lo he olvidado, a pesar de haber estado

allí tantas veces. Eso le dará idea de lo mucho que me había integrado en el paisaje. Habría llegado con los ojos vendados al edificio de los baños calientes, al de las duchas, a la fuente en el centro del cuadrángulo de donde brota el agua ferruginosa. Es cierto que habría sido capaz de no perderme con los ojos vendados. Conozco las distancias exactas. Desde el hotel Regina se dan ciento ochenta y siete pasos, luego se gira bruscamente hacia la izquierda y en otros cuatrocientos veinte se llega directamente a la fuente. Desde el Englischer Hof, empezando en la acera, son noventa y siete pasos y los mismos cuatrocientos veinte, pero esta vez girando a la izquierda.

Y ahora entenderá usted que, sin nada que hacer en el mundo... ¡Absolutamente nada!, cayera en el hábito de contar pasos. Iba andando con Florence hasta los baños. Y, por supuesto, mi mujer me distraía con su conversación. Como ya he dicho, era maravilloso ver cómo convertía cualquier cosa en tema de conversación. Caminaba con paso ligero, llevaba el pelo bien peinado, y se vestía con muy buen gusto y ropa muy cara. Por supuesto, tenía dinero suyo, pero a mí no me hubiese importado pagarlo de mi bolsillo. Y, sin embargo, ¿me creerá usted si le digo que no recuerdo uno solo de sus trajes? Aunque quizá sí recuerdo uno, uno solo, muy sencillo, de seda con figuras azules —un dibujo chino—, muy amplio en la falda y ensanchándose por encima de los hombros. El cabello lo tenía de color cobre y los tacones de sus zapatos eran extraordinariamente altos, de manera que pisaba tan sólo con las puntas de los dedos. Y cuando llegaba al edificio de los baños, y se abría la puerta para recibirla, volvía la cabeza para mirarme con una sonrisa un poco coqueta, de manera que con la mejilla parecía acariciarse el hombro.

Me parece recordar que con aquel vestido llevaba un sombrero de Livorno inmensamente ancho..., como el Sombrero de Paja de Rubens, sólo que muy blanco. El sombrero se sujetaba con un pañuelo de la misma tela que el vestido, apenas anudado. Florence sabía cómo sacar partido a sus ojos azules. Y alrededor del cuello lucía unas sencillas cuentas de coral. Y su cutis tenía una blancura y suavidad perfectas...

Sí, así es como la recuerdo con más claridad, con ese vestido, con ese sombrero, mirándome por encima del hombro de manera que sus ojos lanzasen destellos muy azules, de un azul marino como de cristal de roca...

Y, ¡qué demonios! ¿En beneficio de quién lo hacía? ¿Del empleado de los baños? ¿De las personas que pasaban por allí? No lo sé. En cualquier caso, no podía ir destinado a mí, porque nunca, en los años que vivió, nunca en ninguna ocasión imaginable, ni en ningún otro sitio me sonrió tan burlona, tan seductora mente. Ah, Florence era un enigma; pero es cierto que las demás mujeres también son enigmas. Y ahora me doy cuenta de que hace un rato he empezado una frase que está todavía sin terminar... Era acerca de lo que

sentía cuando me paraba todas las mañanas en los escalones del hotel antes de ponerme en camino para recoger a Florence que salía de su baño. Pulcro, meticoloso, con la ropa bien cepillada, consciente de ser más bien pequeño entre los ingleses altos, los americanos flacos, los alemanes bien alimentados y las obesas judías rusas, yo me detenía allí, golpeando un cigarrillo contra la pitillera, contemplando por un momento el mundo iluminado por el sol. Pero iba a llegar un día en que no volviera a hacerlo solo. Ya se imagina usted, por tanto, lo que la aparición de los Ashburnham significó para mí.

He olvidado el aspecto de muchas cosas, pero nunca olvidaré el aspecto del comedor del hotel Excelsior aquella tarde... y otras muchas que vinieron después. Castillos enteros han desaparecido de mi memoria, ciudades completas que nunca he vuelto a visitar, pero aquella habitación blanca, con guirnaldas de flores y frutos de papier-maché; las ventanas altas; las muchas mesas; el biombo negro que tapaba la puerta, con tres cigüeñas doradas volando hacia lo alto en cada uno de los bastidores; la palmera en el centro de la habitación; el rumor de los pasos del camarero; la fría y costosa elegancia; el aspecto de los comensales a medida que llegaban todas las tardes —su aire responsable, como si se dispusieran a consumir unos alimentos prescritos por las autoridades del sanatorio y su aire de sobriedad, como si debieran procurar por todos los medios no disfrutar con sus comidas—; todas esas cosas no las olvidaré fácilmente. Y luego, una tarde, a la hora del crepúsculo, vi a Edward Ashburnham dar la vuelta muy despacio alrededor del biombo para entrar en el comedor. El camarero jefe, un hombre con un rostro completamente gris —¿en qué escondrijos y rincones subterráneos cultiva la gente esa tez absolutamente gris?— se le acercó con el tímido aire protector que caracteriza a esas criaturas y ofreció un gris oído a los susurros del capitán. Generalmente se trataba de una prueba muy desagradable para los recién llegados, pero Edward Ashburnham la soportó como un inglés y como un caballero. Aun veo sus labios formando una palabra de tres sílabas —no olvide usted que yo no tenía nada que hacer excepto fijarme en esos detalles—, e inmediatamente comprendí que se trataba de Edward Ashburnham, capitán del decimocuarto regimiento de Húsares, de Branshaw House, en Branshaw Teleragh. Lo supe porque todas las tardes, inmediatamente antes de la cena, mientras esperaba en el vestíbulo, solía gracias a la amabilidad de monsieur Schontz, el propietario, examinar las breves fichas para la policía que todos los clientes tenían que rellenar al ocupar una habitación.

El camarero jefe le llevó inmediatamente a una mesa vacía tres más allá de la mía: la mesa que los Grenfall de Faüs River, en Nueva Jersey, acababan de abandonar. Me pareció que no era un sitio muy bueno para los recién llegados, ya que los rayos del sol poniente, aunque casi horizontales, iluminaban la mesa de lleno, y esa idea pareció ocurrírsele en el mismo momento al capitán Ashburnham. Hasta entonces, su rostro, a la maravillosa manera inglesa, no

había expresado nada en absoluto. Nada. No había en él ni alegría ni desesperación; ni esperanza ni miedo; ni aburrimiento ni satisfacción. Parecía no advertir la presencia de una sola persona en aquella habitación abarrotada; podía haber estado andando por la jungla. Nunca me había tropezado antes con una expresión tan perfecta y nunca volveré a hacerlo. Era insolencia y falta de insolencia; expresaba modestia y falta de modestia. El cabello rubio, extraordinariamente ordenado en una sola onda, le cruzaba la cabeza desde la sien izquierda a la derecha; su rostro era de un suave color rojo ladrillo, perfectamente uniforme en tono hasta las mismas raíces del pelo; el bigote amarillo era tan rígido como un cepillo de dientes y de verdad creo que llevaba la chaqueta negra del esmoquin un poco reforzada sobre los omóplatos para dar la impresión de ser ligeramente cargado de espaldas. Sería muy propio de él una cosa así; era el tipo de detalles en los que pensaba. Gamarras, bocados tipo Chiffney, botas; dónde conseguir el mejor jabón, el mejor brandy, el nombre del individuo que cruzó con un caballo de poca calidad el paso de Jaybar; la fuerza expansiva del perdigón del número tres con una carga de pólvora del número cuatro... ¡cielos!, no le oía hablar casi nunca de otra cosa. Durante todos los años de nuestra amistad sólo le oí hablar de esos temas. Bueno, sí, una vez me dijo que en una firma comercial de Burlington Arcade, podría comprar mis corbatas de un tono especial de azul más baratas que a través de mi proveedor habitual en Nueva York. Y desde entonces he comprado mis corbatas a esa firma. De lo contrario no recordaría el nombre de Burlington Arcade. Me pregunto qué aspecto tiene. No la he visto nunca. Me la imagino como dos inmensas hileras de pilares, como los del Foro de Roma, con Edward Ashburnham paseando entre ellos. Pero probablemente no es así. En una ocasión también me aconsejó comprar Acciones Diferidas de Caledonia, puesto que subirían en la Bolsa necesariamente. Y yo las compré y subieron. Pero no tengo ni la más mínima idea de cómo consiguió la información. Parecía como si le hubiera caído del cielo.

Y eso era todo lo que sabía de él hasta hace un mes..., eso y la abundancia de sus estuches, todos de piel de cerdo y grabadas con sus iniciales, E. F. A. Había estuches para armas de fuego, y para cuellos, y para camisas; también para papel y sobres, y otros con cuatro frascos de medicamentos en cada uno; y sombrereras y estuches para caretas de esgrima. Tuvieron que utilizar una piara entera de cerdos gadarenos para confeccionar aquel equipo. Y, si alguna vez entraba en sus habitaciones privadas, era para encontrarle de pie, sin chaqueta ni chaleco, pero luciendo la raya inmensamente larga (desde la cintura hasta el tacón de la bota) de sus pantalones de una elegancia perfecta. Y siempre con aire vagamente meditabundo y a punto de abrir un estuche momentos después de haber cerrado otro.

Cielo santo, ¿qué veían todas en él? Porque le juro que no había nada más, ni dentro ni fuera; aunque la gente decía que era un buen soldado. Leonora, sin

embargo, le adoraba con una pasión que era una angustia constante, y le odiaba con una intensidad tan amarga como el agua de mar. ¿Cómo podía despertar en nadie algo parecido a un sentimiento?

¿De qué les hablaba, cuando estaba a solas con alguna...? Ah, claro, de repente, como por un fogonazo de inspiración, se me ha ocurrido. Porque todos los buenos soldados son gente sentimental..., todos los buenos soldados de ese tipo. Su profesión, por una parte, está llena de palabras sonoras, valor, lealtad, honor, fidelidad. Y yo he dado una impresión falsa de Edward Ashburnham si le he hecho creer a usted literalmente que en el curso de nuestros nueve años de intimidad, nunca analizó lo que él habría denominado «las cosas más serias». Incluso antes de su explosión final conmigo, a veces, muy a última hora de la noche, por ejemplo, dejaba escapar algo que permitía intuir la visión sentimental del cosmos que profesaba. Decía lo mucho que la convivencia con una buena mujer podía lograr en la propia redención, e insistía en que la fidelidad era la más hermosa de las virtudes. Lo decía muy ceremoniosamente, por supuesto, pero de todas formas como si fuera una afirmación fuera de toda duda.

¡Fidelidad! ¿No es una idea bien extraña? Y, sin embargo, tengo que añadir que el bueno de Edward era un gran lector: pasaba horas perdido en novelas de tipo sentimental, de ésas en que las mecanógrafas se casan con marqueses y las institutrices con condes. Y en sus libros, por regla general, el camino del verdadero amor resultaba tan placentero como mantequilla con azúcar. Y era aficionado a cierto tipo de poesías, e incluso era capaz de leer una historia de amor perfectamente triste. Le he visto con los ojos llenos de lágrimas ante la descripción de una despedida sin esperanza. Y amaba, con una gran carga sentimental, a todos los niños, a los perrillos, y a los seres débiles en general...

De manera que, como puede usted ver, Edward habría tenido muchas cosas que murmurarle a una mujer; con eso y con su sólido sentido común acerca de las gamarras, y sus experiencias también sentimentales, como magistrado comarcal; y con su intensa fe, llena de optimismo, en que a la mujer a la que estaba cortejando en aquel momento era la definitiva destinataria de su eterna constancia. Bueno, imagino que no le faltaba conversación cuando no había un hombre en las proximidades que le hiciera avergonzarse. Y yo me quedé terriblemente sorprendido, durante su último desahogo conmigo, al final de todo, cuando la pobre chica iba ya camino de la fatal Bríndisi y él trataba de convencerse a sí mismo y de convencerme a mí de que nunca le había importado realmente..., me quedé muy asombrado, digo, al observar qué literaria y exacta era su manera de expresarse. Hablaba como un libro realmente bueno; un libro que no era en absoluto de un sentimentalismo barato. ¿Se da usted cuenta? Supongo que no me consideraba del todo como un hombre. Tuvo que verme como si fuera una mujer o un abogado. En

cualquier caso, lo soltó todo aquella horrible noche. Y luego, a la mañana siguiente, me llevó al tribunal de justicia y vi cómo, con perfecta calma y de una manera muy práctica, se puso a trabajar para conseguir un veredicto de no culpabilidad para una pobre chica, la hija de uno de sus arrendatarios, acusada de matar a su bebé. Se gastó doscientas libras en su defensa..., así era Edward Ashburnham.

Me había olvidado de sus ojos. Eran tan azules como los lados de cierto tipo de caja de cerillas. Cuando uno los miraba cuidadosamente veía que eran perfectamente honrados, perfectamente francos, perfectamente..., perfectamente estúpidos. Pero el suave color rojo ladrillo de su tez, exactamente igual al borde interno de los párpados, les daba una curiosa expresión siniestra; como un mosaico de porcelana azul sobre porcelana china de color rosa. Y este individuo, al entrar en una habitación, se atraía la mirada de todas las mujeres que había en ella con tanta destreza como un mago que hace desaparecer bolas de billar. Era realmente asombroso. Ya conoce usted a ese hombre que tira dieciséis bolas al aire al mismo tiempo y caen en unos bolsillos distribuidos por toda su persona, en los hombros, en los talones, en la parte interna de las mangas; y él permanece completamente quieto y no hace nada. Bien, pues lo mismo pasaba con Ashburnham. Y tenía una voz más bien áspera, ronca.

Y allí estaba, de pie junto a la mesa. Yo le miraba, vuelto de espaldas al biombo. Y de repente, vi aparecer por un instante dos expresiones diferentes en sus ojos. ¿Cómo demonios lo hicieron aquellos impávidos ojos azules de mirada tan directa? Porque los ojos mismos no se movieron en ningún momento, y siguieron mirando por encima de mi hombro en dirección al biombo. Con una mirada perfectamente serena y perfectamente directa y perfectamente inmóvil. Supongo que en realidad los párpados debieron combarse un poco y quizá también los labios se movieran algo, como si estuvieran diciendo: «Estás ahí, querida». En cualquier caso, la expresión era de orgullo, de satisfacción, de propietario. Años más tarde le vi contemplar durante un momento los soleados campos de Branshaw y decir: «¡Toda esta tierra es mía!».

Pero pensándolo mejor, la mirada era quizá más directa, más dura si es posible..., más audaz también. Era una mirada calibradora, una mirada desafiante. Una vez, cuando estábamos en Wiesbaden viéndole jugar un partido de polo contra los Bonner Hussaren, vi aparecer la misma mirada en sus ojos, midiendo las posibilidades, examinando todo el terreno. El capitán alemán, conde barón Idigon von Lelöffel, se hallaba frente a la portería de Edward, acercándose con la pelota a un galope bastante moderado, de esa forma engañosa característica de los alemanes. El resto de los jugadores estaba completamente desperdigado. No era más que una especie de ensayo general

para un partido. Ashburnham se encontraba junto a la cerca que marcaba los límites del campo, a menos de cinco metros de nosotros, y le oí decirse a sí mismo: «¡Quizá pueda hacerse!». Y lo logró. ¡Cielo santo!, hizo girar al caballo en redondo con las cuatro patas extendidas, como un gato cayéndose de un tejado.

Bien; ésa fue, precisamente, la mirada que advertí en sus ojos: «Quizá», me parece incluso ahora oírle murmurar para sus adentros, «pueda hacerse».

Miré hacia atrás por encima del hombro y vi —alta, con una sonrisa refulgente y muy animada— a Leonora. Y pequeña y bonita, y tan resplandeciente como el reflejo de la luz del sol sobre el mar, a mi mujer.

¡El pobre infeliz!, pensar que estaba en aquel momento en una situación perfectamente endiablada, y que sin embaído se decía para sus adentros: «Quizá pueda hacerse». Era como alguien que durante la erupción de un volcán, dijese que estaba tal vez dentro de sus posibilidades lanzarse al tumulto y prender fuego a un almiar. ¿Locura? ¿Predestinación? ¿Quién demonios lo sabe?

La señora Ashburnham hizo gala en aquel momento de más animación que durante todo el resto de nuestra amistad. Hay cierto tipo de ingleses, concretamente los más distinguidos, que, después de haber visitado ya muchos balnearios, parecen dar gran importancia a mostrarse más animados que de costumbre cuando se les presenta a alguno de mis compatriotas. Lo he notado con frecuencia. Por supuesto, primero hace falta que hayan aceptado a los americanos. Pero una vez que lo han hecho, parecen decirse: «Vaya, estas mujeres son muy alegres. No vamos a permitir que nos superen en vivacidad». Y durante algún tiempo no hay duda de que lo consiguen. Pero no dura mucho. Eso fue lo que pasó con Leonora..., por lo menos hasta que advirtió mi presencia. Empezó, me refiero a Leonora —y quizá eso me dio la idea de que había una pizca de insolencia en su manera de ser, porque nunca después volvió a hacer nada parecido—, empezó diciendo con voz muy alta y desde bastante lejos:

—No te pares junto a esa mesa tan horrible, Teddy. ¡Ven a sentarte junto a estas personas tan agradables!

Y decir aquello era una cosa extraordinaria. Francamente extraordinaria. Por mucho que me lo propusiera, nunca podría en voz alta calificar a unos perfectos desconocidos como personas muy agradables. Pero, por supuesto, Leonora estaba adoptando una línea de conducta muy suya en la que yo —y nadie más en el comedor, porque también ella se había tomado la molestia de leerse la lista de huéspedes—, tenía por lo menos el mismo valor que un bullterrier, fiel y pulcro al mismo tiempo. Acto seguido procedió a sentarse con gran desenvoltura en una mesa vacía junto a la nuestra; la que estaba

reservada para los Guggenheimer. Y allí se quedó, absolutamente sorda a las protestas del camarero jefe, con su rostro gris como de rumiante. Aquel pobrecillo se limitaba a cumplir estrictamente con su deber. Sabía que los Guggenheimer de Chicago, después de haber pasado un mes allí y de haberle hecho la vida imposible con sus exigencias, acabarían dándole dos dólares con cincuenta centavos, quejándose además de la costumbre de dar propinas. Y también sabía que Teddy Ashburnham y su mujer no le traerían ninguna complicación excepto las que las sonrisas de Leonora pudieran causar en su pecho al parecer nada impresionable —¡aunque nunca puede decirse lo que tal vez esté sucediendo detrás de una pechera no del todo inmaculada!—, y que, en cambio, Edward Ashburnham le daría todas las semanas una sólida y solvente libra esterlina de oro. Sin embargo, aquel obstinado individuo estaba decidido a conservar la mesa para los Guggenheimer de Chicago. La confrontación terminó cuando Florence dijo:

—¿Por qué no podemos comer todos del mismo pesebre?, si se me permite usar una desagradable expresión neoyorquina. Porque estoy segura de que somos gente tranquila y bien educada y desde luego en nuestra mesa caben cuatro sillas. Es una mesa redonda.

A continuación se produjo, por así decirlo, un apreciativo gorgoteo del capitán, y yo advertí con toda claridad una mínima vacilación, un veloz y brusco movimiento de la señora Ashburnham, como si su caballo se hubiera parado de repente. Pero logró que saltara la valla con toda limpieza, ya que se levantó de la silla y vino a sentarse frente a mí con un solo movimiento, por así decirlo.

Nunca he pensado que a Leonora le favoreciesen los trajes de noche. Resultaba todo demasiado preciso, sin el menor desorden ni la menor arruga. Siempre le gustaba el negro para esos trajes, y sus hombros resultaron demasiado clásicos. Parecía sobresalir por encima de su corpiño como un busto de mármol blanco podría hacerlo sobre un jarrón negro de Wedgwood. No lo sé. Siempre he amado a Leonora y hoy mismo daría alegremente mi vida, lo que queda de ella, en servicio suyo. Pero estoy seguro de que nunca despertó en mí eso que suele llamarse deseo sexual. Creo que fueron sus hombros blancos los que tuvieron la culpa. Cuando los miraba, me parecía sentir que si alguna vez llegara a besarlos estarían ligeramente fríos..., no helados, no carentes de un mínimo de calor humano, pero sí como un baño frío al que se ha añadido un poco de agua caliente para entibiarlo. Me parecía sentir el frío en los labios cuando la miraba...

No; Leonora siempre me parecía mejor con su traje sastre de color azul. Entonces su glorioso cabello no quedaba empalidecido por sus hombros blancos. Las líneas de ciertas mujeres guían las miradas hacia su cuello, o hacia sus pestañas, o hacia sus labios, o hacia sus pechos. Pero Leonora

siempre parecía atraer las miradas hacia sus muñecas. Y las muñecas quedaban especialmente realizadas por guantes negros de cabritilla, y siempre había además un brazalete de oro con una cadenita de la que colgaba una llave de oro muy pequeña para abrir el cofrecillo de la correspondencia. Quizá era allí donde tenía guardados su corazón y sus sentimientos.

En cualquier caso, lo cierto es que se sentó frente a mí y luego, por primera vez, prestó atención a mi existencia. De pronto, pero de manera muy consciente, me miró con fijeza. También sus ojos eran de color azul marino y los párpados estaban tan arqueados que permitían ver todo el redondel del iris. Y fue una mirada muy notable, extraordinariamente conmovedora, como si por un momento me hubiese mirado un faro. Me pareció notar cómo las preguntas se sucedían una a otra con gran velocidad en el cerebro que se hallaba detrás de aquellos ojos. Me pareció oír cómo preguntaba al cerebro y cómo le contestaban los ojos con toda la simplicidad de una mujer que tiene buena mano para valorar las cualidades de un caballo, como así era en efecto. «Buena planta; sitio suficiente para la avena detrás de la cincha. Un tanto escaso en lo que a hombros se refiere», etc. Y de la misma manera sus ojos preguntaban: «¿Es posible fiarse de este hombre en cuestiones de dinero? ¿Tratará de representar el papel de amante? ¿Permitirá que las mujeres de su familia resulten peligrosas? ¿Existe, sobre todo, la posibilidad de que se vaya de la lengua acerca de mis asuntos?».

Y, de pronto, en aquellas esferas de porcelana azul, frías, ligeramente desafiantes, con una actitud casi defensiva, surgió un calor, una ternura, un amistoso reconocimiento..., fue una cosa deliciosa y muy conmovedora, y también muy humillante. Era la mirada de una madre a su hijo, de una hermana a un hermano. Implicaba confianza; implicaba que no había ninguna necesidad de poner barreras. Cielo santo, me miró como si yo fuera el enfermo crónico..., como cualquier mujer amable puede mirar a un pobre individuo en una silla de ruedas. Y, efectivamente, a partir de entonces, siempre me trató como si fuera yo el enfermo en lugar de Florence. Vaya, incluso venía en mi busca con una manta de viaje los días que hacía frío. Supongo, por tanto, que sus ojos le habían dado una respuesta favorable. O quizá, no era una respuesta favorable. Y entonces Florence dijo:

—Así que ya tenemos la mesa redonda lista para empezar.

De nuevo Edward Ashburnham emitió un suave gorgoteo, pero Leonora se estremeció un poco, como si alguien hubiera cruzado de puntillas por encima de su tumba. Y yo le estaba pasando ya el cestillo de plata alemana con los panecillos. Avanti!...

CAPÍTULO IV

Así empezaron aquellos nueve años de ininterrumpido sosiego, caracterizados por una extraordinaria falta de comunicatividad por parte de los Ashburnham a lo que, por nuestro lado, respondimos prescindiendo de la nota personal de forma igualmente extraordinaria y casi tan completa. Le aseguro que lo que de hecho caracterizó nuestras relaciones fue una atmósfera de darlo todo por sabido. El principio indemostrable tenía este enunciado: todos éramos «gente bien». Los cuatro dábamos por sabido que la carne nos gustaba poco hecha, aunque no demasiado poco hecha; que los dos varones preferíamos un buen licor seco después del almuerzo; que las dos mujeres bebían un vino muy ligero del Rin suavizado con agua de Fachingen..., ese tipo de cosas. También se daba por sabido que ambos matrimonios teníamos dinero suficiente como para permitirnos cualquier cosa razonable que pudiéramos desear en lo que a diversiones se refiere, siempre que estuviera de acuerdo con nuestra posición social..., que podíamos alquilar automóviles y coches de caballos para todo el día; que podíamos invitarnos mutuamente a cenar e invitar a nuestros amigos y que, a veces, si nos apetecía, podíamos permitirnos el capricho de ahorrar. Así por ejemplo, Florence tenía la costumbre de que todos los días le mandaran desde Londres el Daily Telegraph. Siempre fue una entusiasta de todo lo inglés, la pobre Florence; a mí me bastaba con la edición parisina del Herald de Nueva York. Pero cuando descubrimos que a los Ashburnham les seguía su ejemplar del periódico de Londres durante sus estancias en el continente, Leonora y Florence se pusieron de acuerdo para suprimir un año una inscripción y la otra al año siguiente. De manera similar era costumbre del Gran Duque de Nassau Schwerin, que acudía anualmente a tomar los baños, cenar en diferentes noches con unas dieciocho familias, huéspedes habituales del balneario. Para corresponder a estos agasajos, el Gran Duque ofrecía una cena conjunta para las dieciocho familias. Y, puesto que estas cenas resultaban bastante caras (había que contar con el Gran Duque, con muchas personas de su séquito y también con cualquier miembro del cuerpo diplomático que se encontrara por allí), Florence y Leonora, al intercambiar ideas, descubrieron que no había ninguna razón para que no ofreciéramos una cena conjunta al Gran Duque. Y así lo hicimos. No creo que a Su Alteza Serenísima le importara aquel ahorro, ni incluso que lo notara. En cualquier caso, nuestra cena conjunta para Su Alteza Real asumió gradualmente las características de una celebración anual. De hecho, se fue ampliando más y más, hasta convertirse en una especie de cena de despedida de temporada, al menos por lo que a nosotros se refiere.

No quiero decir en absoluto que fuésemos ese tipo de personas que aspira a relacionarse «con la realeza». No era ése nuestro caso; no teníamos ningún

derecho; éramos tan sólo «gente bien».

Pero el Gran Duque era un miembro de la realeza: simpático y afable, como el difunto rey Eduardo VII, y resultaba grato oírle hablar de las carreras y, muy de tarde en tarde, a modo de postre, de su sobrino, el emperador; o verle hacer una pausa momentánea en su paseo para preguntar por la marcha de nuestro tratamiento o para interesarse afablemente por la cantidad que habíamos apostado al caballo de Lelöffel en las carreras con hándicap de Francfort.

Pero si he de ser sincero, no sé qué es lo que hacíamos con el tiempo. ¿Cómo utiliza uno el tiempo? ¿Cómo es posible gastar nueve años sin obtener el más mínimo resultado? Nada en absoluto, dese usted cuenta. Ni siquiera un palillero de hueso, tallado en imitación de una pieza de ajedrez y con un agujero en lo alto a través del cual se puedan contemplar cuatro vistas de Nauheim. Y en cuanto a experiencia, en cuanto a conocimiento de nuestros prójimos..., nada en absoluto, igualmente. Le doy mi palabra de honor de que no sabría decirle de buenas a primeras si la señora que vendía aquellas violetas tan caras al final de la carretera que lleva a la estación me timaba o no; tampoco sé decir si el mozo que en Livorno acarreaba nuestros equipajes de un lado a otro de la estación nos robaba al asegurar que la tarifa normal era una lira por cada bulto. Los ejemplos de honestidad con que uno se tropieza en este mundo son tan asombrosos como los ejemplos de falta de honradez. Después de cuarenta y cinco años de relacionarme con mis semejantes, debería estar en condiciones de saber algo acerca de mi prójimo. Pero no es así.

Creo que la moderna actitud civilizada —la moderna actitud inglesa de darlo todo por supuesto— es en gran parte responsable de esta situación. Llevo haciendo observaciones sobre este asunto el tiempo suficiente para saber que se trata de una cosa muy extraña y muy sutil; para saber que esa actitud, aunque tenga un valor limitado, nunca le defrauda a uno.

Dese cuenta de que yo no niego que sea ése el tipo de vida más deseable que hay en el mundo, aunque sus exigencias sean casi irracionalmente altas. Porque es cierto que resulta repugnante, cuando uno lo detesta, tener que comer todos los días tibia goma sonrosada en lonchas muy finas, y que es desagradable tener que beber brandy cuando uno preferiría alegrarse con kúmmel dulce y templado. Y que resulta muy molesto bañarse con agua fría por la mañana cuando lo que se desea en realidad es hacerlo con agua caliente por la noche. Y que tener que dar por supuesto que uno es episcopalista cuando en realidad ha sido educado como un cuáquero de Filadelfia al viejo estilo, llega incluso a remover un poco la fe ancestral que uno conseja en lo más profundo de su ser.

Pero estas cosas han de hacerse; es la ofrenda, el gallo que esta sociedad,

en su conjunto, sacrifica a Esculapio.

Y lo peculiar, lo extraño, es que la colección entera de reglas se aplica a todo el mundo: a las personas que uno encuentra en los hoteles, en los trenes, y en menor grado, quizá, en los barcos, pero al final, también incluso en ellos. Uno se encuentra con un hombre o una mujer y, mediante sonidos íntimos y casi imperceptibles, mediante los más leves movimientos, se sabe inmediatamente si se está en contacto con gente bien o con los que no dan la talla. Se sabe por decirlo de otra manera, si cumplirán rígidamente todo el programa desde la ternera poco hecha hasta el anglicanismo. No importara que sean bajos o altos; ni que su voz chirríe como la de una marioneta o retumbe como la de un toro semental; dará lo mismo que se trate de alemanes, de australianos, de franceses, de españoles, o incluso de brasileños: serán alemanes o brasileños que se bañarán con agua fría por las mañanas y que, hablando de manera un tanto imprecisa, se mueven en los círculos diplomáticos.

Pero el inconveniente —bien, maldita sea, voy a decirlo—, lo terriblemente fastidioso de todo este asunto es que al darlo todo por sentado, nunca se llega más allá de las cosas que he catalogado.

Puedo ofrecerle un ejemplo bastante singular de esto. No recuerdo si fue durante nuestro primer año —el primero que los cuatro pasamos juntos en Nauheim, ya que; por supuesto, hubiera sido el cuarto año de Florence y mío— pero tuvo que ser en el primero o en el segundo. Y eso da inmediatamente la medida de lo singular de aquella discusión y de la rapidez con que habíamos llegado a convertirnos en íntimos amigos. Por una parte iniciamos la expedición de forma tan natural y con tan pocos preparativos que era como si hubiésemos hecho muchas excursiones similares anteriormente, con lo que nuestra intimidad parecía realmente honda...

Pero, por otro lado, el sitio al que fuimos era, de manera tan obvia, uno al que Florence hubiese querido llevarnos lo antes posible, que lo lógico habría sido ir allí al inicio de nuestra intimidad. Florence era un guía muy competente para las expediciones arqueológicas y nada le gustaba tanto como llevar a la gente a visitar ruinas, y mostrarles la ventana desde la que Fulano de Tal contempló el asesinato de Mengano. Sólo lo hizo una vez; pero lo hizo magníficamente. Con la ayuda del Baedeker era tan capaz de orientarse en el interior de cualquier viejo monumento como si se encontrara en una ciudad americana donde todas las manzanas son cuadradas y donde todas las calles están numeradas, de manera que se puede ir sin ninguna dificultad de la Veinticuatro a la Treinta.

Ahora bien, sucede que, si se toma un tren rápido, a cincuenta minutos de Nauheim se halla la antigua ciudad de M..., sobre un gran promontorio de

basalto, circundada por una triple carretera que trepa de costado por la ladera como si fuera una bufanda. Y en la cima hay un castillo —no un castillo cuadrado como Windsor, sino con gabletes de pizarra y altos pináculos con veletas doradas que brillan esforzadamente—: el castillo de Santa Isabel de Hungría. Tiene el inconveniente de estar en Prusia; y siempre resulta desagradable ir a esa región; pero es muy antigua, hay muchas iglesias con dos chapiteles, y el promontorio se alza como una pirámide en el verde valle del Lahn. No creo que los Ashburnham tuvieran ningún interés especial en ir allí como tampoco lo tenía yo. Pero, compréndalo usted, nadie puso obstáculos. Parte del tratamiento en el balneario era salir de excursión tres o cuatro veces a la semana. De manera que todos le estábamos unánimemente agradecidos a Florence por proporcionarnos la fuerza motriz. Mi mujer, por supuesto, tenía un motivo personal. Por aquel entonces se dedicaba a educar al capitán Ashburnham..., únicamente, claro está, pour le bon motif! A Leonora solía decirle: «De verdad, ¿no logro entender cómo le permite usted vivir a su lado y ser tan ignorante!». Leonora siempre me dio la impresión de poseer una educación muy notable. En cualquier caso, sabía de antemano todo lo que Florence tenía que decirle. Quizá lo aprendía en el Baedeker antes de que mi mujer se levantara por la mañana. No quiero decir con esto que se supiera previamente que Leonora poseía determinados conocimientos, pero, si Florence empezaba a contarnos cómo Luis el Valiente quería tener tres esposas al mismo tiempo —en lo que difería de Enrique VIII, que las quería una detrás de otra, cosa que ocasionó muchos problemas—, si Florence empezaba a contarnos esto, Leonora se limitaba a asentir con la cabeza de un modo que, con gran suavidad, sacaba de quicio a mi pobre mujer.

Solía exclamar: «Bien, si usted ya lo sabía, ¿por qué no se lo ha contado nunca al capitán Ashburnham? ¡Estoy segura de que lo encuentra interesante!». Y Leonora contemplaba meditativamente a su marido y decía: «Tengo la impresión de que quizá resultase perjudicial para su mano..., me refiero a la mano que se utiliza para controlar el bocado de los caballos...». Y el pobre Ashburnham se ruborizaba, murmuraba entre dientes y acababa diciendo: «No hay ningún problema. No te preocupes por mí».

Tengo la impresión de que la ironía de su mujer alarmaba mucho al pobre Teddy; porque una noche me preguntó seriamente en el salón de fumar si yo creía que tener demasiadas cosas en la cabeza podía realmente suponer un obstáculo para jugar al polo con rapidez. Le parecía, dijo que los soldados muy inteligentes eran en general verdaderos desastres cuando montaban a caballo. Le tranquilicé lo mejor que pude. Le dije que no era probable que acumulara peso suficiente como para perturbar su equilibrio. Por entonces resultaba muy evidente que el capitán disfrutaba dejándose educar por Florence, que solía hacerlo tres o cuatro veces por semana bajo la mirada aprobadora de Leonora y la mía. No era, ya se da usted cuenta, una cosa

sistemática. Funcionaba por oleadas. Era Florence limpiando uno de los sitios oscuros de la tierra, dejando el mundo un poco más luminoso de como lo había encontrado. Le contaba por ejemplo la historia de Hamlet; le explicaba la estructura de una sinfonía, tarareándole los dos primeros temas, y así sucesivamente; le informaba sobre la diferencia entre arminianismo y erastianismo; o le daba una breve clase sobre las primeras épocas históricas de los Estados Unidos. Y Florence lo hacía de manera muy bien calculada para cautivar una atención juvenil. ¿Ha leído usted alguna vez a la señora Markham? Bueno, pues era una cosa parecida...

Pero nuestra excursión a M... fue un asunto mucho más largo y mucho más serio. Sucede que en los archivos del castillo de esa ciudad existe un documento con el que Florence esperaba por fin tener la oportunidad de educarnos a los tres juntos. A la pobre Florence le preocupaba realmente no ser nunca capaz, en cuestiones de cultura de superar a Leonora. Yo no sé lo que Leonora sabía o dejaba de saber, pero lo cierto es que estaba de vuelta siempre que Florence se presentaba con un dato nuevo. Y de alguna manera lograba dar la impresión de saber realmente lo que la pobre Florence sólo había conseguido aprenderse con alfileres. No soy capaz de definirlo exactamente. Era algo casi físico. ¿Ha visto alguna vez a un perdiguero jugando a perseguir a un galgo? Se les ve a los dos corriendo por un campo verde, casi codo con codo, y de pronto el perdiguero le lanza al otro una amistosa tarascada. Y resulta, simplemente, que el galgo ya no está allí. Usted no ha notado que aumentara la velocidad ni que descompusiera la figura; pero allí está, dos metros por delante del hocico extendido del perdiguero. Eso era lo que pasaba con Florence y Leonora en cuestiones de cultura.

Pero en esta ocasión supe que se preparaba algo. Algunos días antes encontré a Florence leyendo libros como la Historia de los Papas, de Ranke, el Renacimiento, de Symonds, la Aparición de la República holandesa, de Modey, y las Charlas de sobremesa, de Lutero.

Debo decir que, hasta el momento de la sorpresa, aquella pequeña expedición no me proporcionó más que placer. Me gusta coger el tren de las dos cuarenta; me gusta el lento y suave balanceo de los grandes trenes..., ¡y son los mejores del mundo! Me gusta ir atravesando los campos verdes y contemplarlos por el cristal transparente de las grandes ventanas. Aunque, por supuesto, los campos no son en realidad verdes. Brilla el sol, la tierra es de color rojo sangre, morado y rojo, y verde y rojo. Y los bueyes en los surcos tienen un brillante color marrón y negro y morado negruzco; y los campesinos van vestidos con el blanco y negro de las urracas; y también hay grandes bandadas de urracas. O la ropa de los labriegos, en otro campo donde hay pequeños montones de heno que serán de color verde grisáceo por el lado del sol y morados en la sombra..., la ropa de los campesinos es de color

bermellón con cintas verde esmeralda y faldas moradas y camisas blancas y fajas de terciopelo negro. De todas formas, la impresión es la de atravesar brillantes prados verdes que se extienden por los dos lados hasta oscuras hileras de abetos de color morado; hasta los promontorios de basalto; hasta los bosques inmensos Y hay reinas de los prados a la orilla de los arroyos, y ganado. Recuerdo incluso la tarde en que vi a una vaca de color castaño meter los cuernos bajo la tripa de un animal blanco y negro y cómo este último fue a caer en el centro de un arroyo muy estrecho. Yo me eché a reír. Pero Florence impartía información con tanto entusiasmo y Leonora la escuchaba con tanta atención que ninguna de las dos se dio cuenta. En cuanto a mí, me agradaba no estar de servicio; me agradaba pensar que por el momento Florence se hallaba a salvo de cualquier complicación, porque se entretenía hablando de Luis el Valiente (creo que era Luis el Valiente, pero no soy historiador), de Luis el Valiente de Hesse que quería tener tres esposas al mismo tiempo y que protegió a Lutero... ¡algo por el estilo! Me tranquilizaba tanto no estar de servicio, porque no existía la posibilidad de que Florence hiciera nada que la excitara o que obligase a su corazón a latir demasiado de prisa..., que el incidente de la vaca me resultó verdaderamente placentero. Seguí riendo por lo bajo de vez en cuando durante el resto del día. Porque es muy divertido, se lo aseguro, ver una vaca blanca y negra aterrizar de espaldas en medio de un arroyo. Es precisamente lo que uno no espera de una vaca.

Supongo que debería haberme compadecido del pobre animal; pero no lo hice. Deseaba divertirme. Y me divertí. ¡Es tan agradable pasar por delante de ciudades espectaculares con castillos de torres puntiagudas y muchos chapiteles dobles! Con la luz del sol la ciudad lanzaba destellos: lanzaban destellos los cristales de las ventanas; los rótulos dorados de las boticas; las enseñas de las asociaciones de estudiantes en lo alto de las montañas; los cascos de los pintorescos soldaditos moviendo sus entumecidas piernas cubiertas con blancos pantalones de hilo. Y era agradable apearse en la enorme y espectacular estación prusiana con sus adornos de bronce forjado y sus pinturas de campesinos y flores y vacas; y oír cómo Florence regateaba enérgicamente con el cochero de una antiquísima droschka tirada por dos flacos caballos. Por supuesto, yo hablaba alemán mucho más correctamente que mi mujer, aunque nunca he logrado librarme del peculiar acento de la Pennsylvania de mi infancia. En cualquier caso, por cinco marcos sin añadidura de trinkgeld fuimos conducidos casi en triunfo hasta el mismo castillo. Y recorrimos el museo y vimos las chimeneas, las vidrieras antiguas, las viejas espadas y los antiguos artefactos. Y ascendimos por escaleras de caracol y atravesamos el Rittersaal, el gran salón con pinturas donde el Reformador y sus amigos se reunieron por primera vez bajo la protección del caballero que tenía tres esposas a la vez y concertaron una alianza con el caballero que tuvo seis mujeres, una después de otra (estos detalles no me

interesan realmente pero tienen importancia para mi relato). Y atravesamos capillas, y salas de música, subiendo cada vez más, hasta llegar a una amplia habitación muy antigua, llena de prensas, con ventanas a todo alrededor pero con las persianas cerradas. Florence pareció llenarse de electricidad. Le dijo al cansado y aburrido guardián qué persianas debía abrir, de manera que la brillante luz del sol se derramó en haces palpables por la antigua y oscura habitación. Mi mujer explicó que aquél era el dormitorio de Lutero y que precisamente la luz del sol iluminaba el sitio donde había estado su cama. De hecho creo que Florence se equivocaba y que Lutero sólo se detuvo allí, por así decirlo, para tomar un bocado, y evitar de ese modo a sus perseguidores. Pero no hay duda de que habría sido su dormitorio si le hubieran convencido para que se quedara a pasar la noche. Y luego, a pesar de las protestas del guardián, Florence abrió otra persiana y volvió a buen paso junto a una gran vitrina.

—Y aquí —exclamó, con acento de alegría, de triunfo, y hasta de audacia. Señalaba un trozo de papel, como la carilla de una carta con algunos trazos a lápiz apenas visibles que podrían haber sido la anotación de las cantidades que nos estábamos gastando durante el día. Y yo me sentí extraordinariamente contento ante su alegría, su triunfo, su audacia. El capitán Ashburnham había puesto las manos sobre la vitrina—. Aquí está..., la Protesta. —Y después, mientras todos manifestábamos adecuadamente nuestro desconcierto, continuó —: ¿No saben que es ésa la razón de que todos nos llamemos protestantes? Este es el borrador a lápiz de la Protesta que redactaron. Se pueden ver las firmas de Martín Lutero, y de Martín Bucero, y de Zuinglio, y de Luis el Valiente...

Quizá me equivoque en alguno de los nombres, pero estoy seguro de que Lutero y Bucero estaban allí. Y la animación de Florence continuó y yo me alegré. Estaba mejor, y libre de toda posible complicación. En seguida continuó, mirando al capitán Ashburnham a los ojos:

—Gracias a este trozo de papel usted es honesto, sobrio, trabajador, previsor y lleva una vida limpia. Si no fuera por él sería usted como los irlandeses, los italianos o los polacos, pero particularmente como los irlandeses.

Y Florence puso un dedo sobre la muñeca del capitán Ashburnham.

Tuve conciencia de algo traicionero, de algo terrible, de algo malévolo en el día. No soy capaz de definirlo ni de encontrarle un símil. Fue como si una serpiente hubiera mirado a través de un agujero. No; fue como si mi corazón hubiese perdido un latido. Fue como si estuviéramos a punto de echar a correr y empezar a dar gritos, los cuatro en direcciones distintas, apartando la mirada. Sé que el rostro de Ashburnham reflejaba un pánico absoluto. Yo estaba

terriblemente asustado y luego descubrí que el dolor en mi muñeca izquierda procedía de que Leonora la apretaba con todas sus fuerzas:

—No lo soporto —dijo con extraordinaria intensidad—; tengo que irme.

Yo estaba terriblemente asustado. Me cruzó un instante por la cabeza, aunque no tuve tiempo para pensarlo, la idea de que Leonora debía de ser una mujer locamente celosa..., ¡celosa de Florence y del capitán Ashburnham entre todo el mundo! Y huimos llenos de pánico. Bajamos las escaleras de caracol, cruzamos el inmenso Rittersaal hasta llegar a una terraza que da sobre el Lahn, el amplio valle y la inmensa llanura donde se despliega el río.

—¿No se da usted cuenta? —dijo Leonora—, ¿no se da cuenta de lo que está pasando? —El pánico hizo que mi corazón se detuviera de nuevo. Susurré, tartamudeé..., no sé cómo logré que las palabras salieran de mi boca:

—¡No! ¿Qué sucede? ¿Qué es lo que pasa?

Me miró directamente a los ojos; y por un momento tuve la sensación de que aquellos dos discos azules eran inmensos, agobiantes; de que eran como una pared azul que me aislaba del resto del mundo. Sé que suena absurdo; pero eso es lo que sentí.

—¿No se da cuenta...? —dijo, con una amargura realmente horrible, la voz convertida en un horrible lamento—. ¿No se da cuenta de que ésa es la causa de todos los sufrimientos, de todo el dolor del mundo? Y de que usted, y ellos y yo nos condenemos eternamente...

No recuerdo cómo siguió; yo estaba demasiado asustado; demasiado sorprendido. Creo que pensé en correr en busca de ayuda..., un médico, quizá, o el capitán Ashburnham. O quizá Leonora necesitara de los tiernos cuidados de Florence, aunque, por supuesto, eso habría sido muy perjudicial para el corazón de mi mujer. Pero sé que cuando me recuperé estaba diciendo:

—¿Dónde están todos los seres alegres, felices e inocentes del mundo? ¿Dónde está la felicidad? ¡Sólo sabemos de ella por los libros!

Se pasó la mano por la frente con un movimiento que se parecía extrañamente a un zarpazo. Tenía los ojos desorbitados; su rostro era exactamente el de una persona contemplando el infierno y viendo en él cosas horribles. Y luego, de repente, se detuvo. Sorprendentemente volvió a ser de nuevo nada más que la señora Ashburnham. El rostro perfectamente en calma y las facciones dibujadas con toda precisión; su cabello, hermosísimo con sus doradas trenzas. Las ventanas de la nariz se le crisparon en un gesto como de desprecio. Pareció mirar con interés al carromato de unos gitanos que atravesaba un puentecillo muy por debajo de nosotros.

—¿No sabe usted...? —dijo con su voz clara y firme—. ¿No sabe usted

que soy católica e irlandesa?

CAPÍTULO V

Aquellas palabras me proporcionaron el mayor alivio que he sentido en toda mi vida. Creo que me dijeron más acerca de mí mismo de lo que he captado jamás en un momento determinado. Pienso que antes de aquel día nunca había deseado nada con intensidad si se exceptúa a Florence. He tenido, por supuesto, apetitos, impaciencias... A veces, por ejemplo, en una table d'hôte, cuando se iba pasando, digamos, una bandeja con caviar, me he sentido absolutamente dominado por la impaciencia ante el temor de que cuando me llegara el turno los demás huéspedes no me hubiesen dejado una porción satisfactoria. Me ha impacientado extraordinariamente perder trenes. Los Ferrocarriles Belgas son especialistas en conseguir que los trenes franceses pierdan su enlace en Bruselas. Eso siempre ha logrado ponerme furioso. He escrito cartas acerca de ello a The Times que The Times no ha publicado nunca; en cambio, la edición parisina del Herald de Nueva York siempre publicaba las que les escribía, pero nunca lograban dejarme satisfecho cuando las veía en letra impresa. Bueno, eso era una especie de obsesión mía.

Era una obsesión de la que ahora difícilmente puedo hacerme cargo. La entiendo intelectualmente. Dese usted cuenta de que en aquellos días me interesaban las personas «delicadas del corazón». Estaba Florence, estaba Edward Ashburnham..., o tal vez era Leonora quien más me interesaba. No me refiero a un punto de vista amoroso. Pero, ¿comprende usted?, los dos teníamos la misma profesión: al menos, así lo veía yo. La profesión de mantener con vida a nuestros enfermos del corazón.

No tiene usted idea de lo absorbente que puede llegar a ser esa profesión. Exactamente como el herrero dice, «En el martillo y en la mano todo el Arte está apoyado»; de la misma manera que el panadero cree que el sistema solar gira alrededor de su matutina distribución de bollos, e igual que el jefe de Correos piensa que él solo es el guardián de la sociedad —y desde luego estos autoengaños son necesarios para que sigamos marchando—, así también yo y, en opinión mía, Leonora, imaginábamos que el mundo entero tenía que estar organizado para mantener vivos a los enfermos del corazón. No se hace usted idea de lo absorbente que puede llegar a ser esa profesión..., lo incalificables, debido a esa idea fija, que resultan los comportamientos de príncipes, de repúblicas, de municipalidades. Un trozo de carretera en malas condiciones bajo las ruedas del coche, un par de sucesivas depresiones con sus rápidas sacudidas bastaban para que yo empezara a quejarme a Leonora del príncipe o

del gran duque o de la ciudad independiente cuyos territorios estuviésemos atravesando. Protestaba como un agente de Bolsa cuyas conversaciones telefónicas se ven entorpecidas por el repicar de las campanas de una iglesia ciudadana. Hablaba de supervivencias medievales, de que sin duda alguna los impuestos eran suficientemente altos. La importancia, dicho sea de paso, de perder en Bruselas el enlace con los trenes para el barco de Calais, se debe a que un viaje por mar lo más breve posible tiene frecuentemente gran importancia para los enfermos del corazón. Ahora bien, en el continente hay dos sitios especiales para el tratamiento del corazón, Nauheim y Spa, y para llegar a estos dos balnearios haciendo el viaje más corto por mar, desde Inglaterra, hay que utilizar Calais..., y enlazar en Bruselas. Y el tren belga nunca espera ni una fracción de segundo al que viene de Calais o de París. E incluso aunque los trenes franceses lleguen exactamente a su hora, hay que correr —¡imagínese a un enfermo del corazón corriendo!— por los desconocidos vericuetos de la estación de Bruselas y gatear por la empinada escalerilla de un tren en movimiento. O, si se pierde el enlace, hay que esperar cinco o seis horas... Yo solía pasarme noches enteras despierto maldiciendo por aquel abuso.

Mi mujer solía correr: nunca, aunque en otras cosas pudiera inducirme a engaño, trató de darme la impresión de que no era una persona valiente. Pero, una vez en el expreso alemán, se reclinaba con una mano en el costado y cerraba los ojos. No hay duda de que era una buena actriz. Y yo me sentía como en el infierno. En el infierno, se lo aseguro. Porque en Florence yo tenía al mismo tiempo a una esposa y a una amante inalcanzada —ésa es la verdad a fin de cuentas— y retenerla en este mundo era mi trabajo, mi carrera, mi ambición. No es frecuente que esas cosas estén unidas en un solo cuerpo. También Leonora era una buena actriz. ¡Ya lo creo que era buena! Le aseguro que me escuchaba durante horas, mientras yo desarrollaba mis planes para lograr un mundo sin sorpresas desagradables. Es cierto que a veces notaba en ella la falta de atención de una madre que escucha al hijo que tiene sobre las rodillas, o, de manera aún más precisa, lograba darme la impresión de que era yo el que estaba enfermo.

Como usted ha adivinado ya al corazón de Edward Ashburnham no le pasaba absolutamente nada..., había renunciado a su carrera militar y había dejado la India y recorrido medio mundo para seguir hasta Nauheim a una mujer que sí estaba realmente enferma del corazón. Así de sentimentalmente necio era el capitán, porque también se da usted cuenta de que necesitaban vivir en la India para ahorrar y poder alquilar la casa en Branshaw Teleragh.

Por entonces, claro está, yo nunca había oído hablar del caso Kilsyte. Ashburnham había besado a una sirvienta en un tren, y únicamente por la misericordia divina, por el buen funcionamiento de los canales de

comunicación y la pronta simpatía de lo que según creo recibe el nombre de Tribunal de Hampshire, se logró que el pobre diablo no se pasara años y años en la cárcel de Winchester. Nunca oí hablar de ese caso hasta las últimas etapas de las revelaciones de Leonora...

Pero piense un poco en aquel pobre desgraciado... Yo, que con toda seguridad tengo derecho, le ruego que piense en aquel pobre desgraciado. ¿Es posible que un pobre diablo con tan mala suerte se viera tan atormentado por un destino ciego e inescrutable? Porque no hay otra manera de entenderlo. Ninguna. Estoy en mi derecho al decirlo, ya que fue durante años el amante de mi mujer, terminó matándola, e hizo añicos todas las cosas agradables que había en mi vida. No hay clérigo alguno que tenga derecho a decirme que no debo pedir para él compasión de usted, oyente silencioso al otro lado del hogar de la chimenea, o del mundo, o del Dios que creó en él aquellos deseos, aquellas locuras...

Es lógico, por supuesto, que yo no supiera nada del caso Kilsyte. No conocía a ninguno de sus amigos; para mí los Ashburnham no eran más que gente bien..., gente afortunada con abundantes y soleadas tierras en algún condado del sur de Inglaterra. ¡Nada más que gente bien! Cielo santo, a veces creo que habría sido mejor para él, pobrecillo, que el caso hubiera tenido tales características que yo estuviese necesariamente informado..., uno de esos casos que las doncellas y los guías y otros clientes del balneario se susurran entre sí año tras año, hasta que gradualmente lo absorbe la compasión que merodea aquí y allá por el mundo. Suponiendo que Ashburnham hubiera pasado siete años en la cárcel de Winchester o sufrido cualquier otra penitencia que la ciega e inescrutable justicia impone por seguir unas inclinaciones tan naturales como inoportunas..., habría llegado un momento en que los murmuradores habituales de la terraza del Kursaal dijeran, «Pobrecillo», pensando en su carrera destrozada. Se habría convertido en «ese excelente militar abrumado por la adversidad...». Habría sido mejor para él, pobre diablo, tener que encorvar la espalda prematuramente.

Habría sido mil veces mejor... Porque es cierto que el caso Kilsyte, que se produjo al principio mismo de tener que enfrentarse con una Leonora fría y poco comprensiva, fue un golpe muy duro para él. Desde entonces no volvió a tener nada que ver con criadas.

Aquel episodio sirvió en cambio para que se interesara, como es lógico, por las mujeres de vida más libre de su propia clase. Leonora me dijo, fíjese usted, que, según la señora Maidan —la mujer a la que Teddy siguió desde Birmania hasta Nauheim—, Ashburnham había despertado su interés jurando que cuando besó a la criada se sintió obligado a hacerlo. Creo que le obligó a hacerlo la loca esperanza de encontrar la mujer definitivamente satisfactoria. Me atrevería a asegurar que era sincero. Que Dios tenga compasión de mí,

pero creo que su amor por la señora Maidan también era sincero. Ella era una criaturita encantadora, una mujercita morena de largas pestañas que Florence llegó a querer mucho. Ceceaba y al sonreír parecía muy feliz. La vimos con frecuencia durante el primer mes de nuestra amistad con los Ashburnham; luego murió, sin hacer el menor ruido..., de un paro cardíaco.

Pero, ¿sabe usted?, la pobrecita señora Maidan ¿era tan amable y tan joven! No pasaba de los veintitrés, y tenía un marido igualmente juvenil (que se había quedado en Chitral) tan sólo un año mayor que ella, según tengo entendido. Habría que haber dejado en paz a unas criaturas tan jóvenes. Ashburnham, por supuesto, no era capaz de dejar a Maisie en paz. No creo que hubiera podido. Incluso yo, al cabo de los años, confieso estar un poco enamorado de su memoria. No puedo evitar sonreír cuando me acuerdo de ella de repente..., como podría hacerlo usted al pensar en algo cuidadosamente envuelto con un poco de espliego, en algún armario de una antigua casa de la que se marchó hace mucho tiempo. Era tan..., sumisa. Incluso en su trato conmigo daba la impresión de una total docilidad..., conmigo, a quien ni siquiera los niños más pequeños hacían el menor caso. Sí, ésta es la historia más triste...

No, no puedo por menos de desear que Florence la hubiera dejado tranquila..., mientras ella jugaba al adulterio. Porque supongo que era eso lo que hacía; aunque era tan niña que uno tiene la impresión de que difícilmente hubiera sabido cómo deletrear semejante palabra. No; era simplemente sumisión..., sumisión a las inoportunidades, a las fuerzas tempestuosas que arrastraban hacia su ruina a aquel pobre desgraciado. Y no creo que Florence cambiara mucho las cosas. Si Ashburnham no hubiese roto por ella sus relaciones con la señora Maidan, lo habría hecho a causa de alguna otra mujer. Pero, de todas formas, no estoy seguro. Quizá la pobrecilla habría muerto — estaba condenada a morir, y bastante pronto—, pero lo hubiera hecho sin empapar la almohada de lágrimas durante la siesta, mientras Florence, bajo su ventana, le hablaba al capitán Ashburnham de la Constitución de los Estados Unidos... Sí, nos habría quedado mejor sabor de boca si Florence la hubiese dejado morir en paz...

Leonora se comportó mejor en cierto sentido. Sólo le dio un cachete a la señora Maidan..., sí; en un incontrolable acceso de rabia, la golpeó con fuerza en la mejilla, en el pasillo del hotel, junto a la puerta de las habitaciones de Edward. Ésa fue la explicación de la repentina y extraña intimidad que surgió entre Florence y la señora Ashburnham.

Porque se trataba, sin duda, de una extraña intimidad. Si lo mira usted desde fuera era perfectamente improbable que Leonora —la criatura más orgullosa de la tierra— hubiese trabado una repentina amistad con dos yanquis desconocidos a los que en ningún caso habría podido considerar más importantes que una alfombra bajo los pies. Quizá usted pregunte qué motivos

tenía para ser tan orgullosa. Bueno, era una Powys casada con un Ashburnham..., supongo que eso le daba derecho a despreciar a unos americanos desconocidos siempre que lo hiciera de forma poco ostentosa. Yo no sé qué motivos puede tener nadie para estar orgulloso. Leonora quizá se enorgullecía de su paciencia, de haber librado a su marido de la bancarrota. Es posible.

En cualquier caso fue así cómo Florence la conoció. Dio la vuelta alrededor de un biombo en la esquina del corredor del hotel momentos antes de la hora de la cena y encontró a Leonora con la llave dorada que le colgaba de la muñeca enganchada en el pelo de la señora Maidan. Nadie dijo una sola palabra. La señora Maidan estaba muy pálida, con una marca roja en la mejilla izquierda, y la llave se empeñaba en seguir enredada en sus cabellos negros. Fue Florence quien tuvo que desengancharla, porque Leonora estaba tan fuera de sí que no hubiese podido tocar a la señora Maidan sin ponerse enferma.

Y no dijeron una sola palabra. ¿Comprende usted? Bajo aquellos cuatro ojos (los suyos y los de la señora Maidan) Leonora se había dejado ir hasta el punto de dar un cachete a Maisie. Pero en el momento en que apareció una extraña, la señora Ashburnham puso de manifiesto un gran dominio de sí misma. Primero permaneció silenciosa y luego, en el momento en que Florence desenredó la llave, estuvo ya en condiciones de decir: «Qué torpeza la mía... Estaba tratando de enderezar la peineta de la señora Maidan...».

La señora Maidan, en cambio, no era una Powys casada con un Ashburnham; tan sólo una pobre O'Flaherty con un marido que no era más que un muchacho, hijo de un clérigo rural. Así que no fue posible dar una interpretación trivial al sollozo que dejó escapar mientras se alejaba desoladamente por el corredor. Pero Leonora estaba dispuesta a mantenerse en su papel hasta el final. Abrió la puerta de la habitación de Ashburnham de manera muy ostensible, para que Florence pudiera oírle hablar con Edward de forma íntima y afectuosa. «Edward», llamó. Pero su marido no estaba allí.

Ya se da usted cuenta de lo que significaba que Edward no estuviese allí. Fue entonces cuando, por primera y última vez en su carrera, Leonora se puso realmente en evidencia, exclamando: «¡Qué espanto...! ¡Pobrecita Maisie...!».

Enseguida se dio cuenta de lo que había dicho, pero, claro está, ya era demasiado tarde. Fue un asunto muy extraño...

Deseo hacer justicia a Leonora en todo lo posible, sobre todo porque la quiero muchísimo, pero en esta cuestión, que provocó sin duda la ruina de mi pequeño caparazón familiar, estoy convencido de que tuvo un tropiezo. No creo —y la misma Leonora tampoco lo cree— que la pobrecita Maisie Maidan fuese nunca amante de Edward. Su corazón estaba realmente en tan malas

condiciones que hubiera sucumbido ante cualquier cosa que se pareciera a un abrazo apasionado. Esa es la manera de decirlo en lenguaje corriente, y supongo que el lenguaje corriente es lo mejor en este caso. La señora Maidan era realmente lo que los otros dos, por sus razones particulares, fingían ser. Extraño, ¿no es verdad? Como una de esas bromas siniestras que nos gasta la Providencia. Añádase a esto mi convencimiento de que, en cualquier otro momento, a Leonora no le hubiera importado mucho que la señora Maidan fuese la amante de su marido. Podría haber sido un descanso de los gorgoteos sentimentales que Edward dedicaba a la dama y de la sumisa aceptación de aquellos sonidos por parte de ella. No; a Leonora no le hubiese importado.

Pero al dar el cachete a la señora Maidan, Leonora no hacía más que golpear en el rostro a un universo intolerable. Porque aquella misma tarde había tenido con Edward una escena terriblemente penosa.

Leonora reclamaba el derecho a abrir las cartas para su marido siempre que le apeteciera. Se atribuía aquel privilegio porque los asuntos de Edward se hallaban en una situación tan delicada y él mentía tanto acerca de ellos que a su mujer no le quedaba más remedio que enterarse de sus secretos. No existía, desde luego, ninguna otra solución, porque el pobre imbécil se avergonzaba demasiado de sus deslices para contar la verdad sobre nada, y Leonora se veía obligada a sacarle a la fuerza todas aquellas cosas.

Tiene que haber sido una tarea bastante exaltante para ella. Pero aquella tarde, mientras Edward pasaba en la cama la hora y media prescrita por las autoridades sanitarias del balneario, Leonora abrió una carta para su marido pensando que le escribía el coronel Hervey. Iban a ser sus huéspedes en Linlithgowshire durante el mes de septiembre y la señora Ashburnham no sabía si la fecha fijada era el once o el dieciocho. La dirección de la carta estaba escrita con una caligrafía tan parecida a la del coronel Hervey como una gota de agua a otra gota de agua. De manera que en aquel momento Leonora no tenía la menor intención de espiar a su marido.

Pero eso era lo que hacía precisamente. Porque descubrió que Edward Ashburnham estaba pagando algo así como trescientas libras al año a un chantajista cuya existencia ignoraba... Fue un golpe tremendo; sintió deseos de morirse; porque para entonces estaba convencida de que había llegado realmente al fondo de las deudas y obligaciones de su mando. Eran muchas, dese usted cuenta. Lo que realmente les destrozó fue una aventura perfectamente anodina en Montecarlo..., una aventura con una arpía internacional que pasaba por ser la amante de un Gran Duque ruso. Aquella mujer exigió de Teddy, como precio por sus favores durante aproximadamente siete días, una tiara de perlas de veinte mil libras. Conseguir una cantidad tan elevada le hubiese resultado muy molesto a Ashburnham quien, por otra parte, tampoco era un jugador en el sentido ordinario de la palabra. De todas formas

podría haber encontrado las veinte mil libras y el dinero para pagar los considerables gastos de una semana en un hotel con la hermosa criatura. Por entonces Ashburnham debía poseer una fortuna de algo más de medio millón de dólares.

Pero le resultó imperativo ir a las mesas de juego y perder cuarenta mil libras... Nada menos que cuarenta mil libras, ¡obtenidas en préstamo de unos cuantos estafadores! E incluso después de aquello aún insistió en disfrutar de los favores de la dama (se trataba de una pasión irresistible). Como no tuvo otro remedio que esforzarse para rebajar el precio, los consiguió por bastante menos de veinte mil libras, cosa que sin duda podría haber hecho también antes de empezar a jugar. Supongo que diez mil dólares bastaron para saldar la cuenta.

De todas formas, se había producido un agujero de considerables proporciones en una fortuna de cien mil libras aproximadamente. Y Leonora tuvo que arreglar las cosas; Teddy hubiese ido corriendo de prestamista en prestamista. Todo esto fue muy al principio en el progresivo descubrimiento de sus infidelidades, si a usted le parece bien llamarlas así. De aquélla se enteró por terceros. Sólo Dios sabe lo que habría sucedido si Leonora no lo hubiera sabido a través de esas fuentes. Supongo que el capitán se lo habría ocultado hasta que no les quedara ni un penique. Pero Leonora fue capaz, gracias a Dios, de ponerse en contacto con los prestamistas implicados en la operación, y de enterarse de las sumas exactas que se necesitaban. Acto seguido se fue a Inglaterra.

Sí; se fue directamente a Inglaterra a ver a su abogado y al de su marido, mientras Edward estaba aún en brazos de su Circe en Antibes, el sitio donde fueron a refugiarse. Ashburnham se cansó muy de prisa de la dama, pero no antes de que Leonora recibiera de su abogado unas lecciones tan claras sobre el arte de los negocios, que le permitieron trazar un plan tan preciso como pudo serlo el del general Trochu para evitar que los prusianos entraran en París en 1870. Al principio resultó aproximadamente igual de eficaz, o al menos eso parecía.

Lo que le estoy contando debió de ser, no lo olvide, en 1895, unos nueve años antes de la fecha a la que me refiero: la fecha en que Florence consiguió tener a Leonora en su poder; porque ése fue el resultado del episodio con Maisie... Bien, la señora Ashburnham, simplemente, obligó a Edward a que le cediera todas sus propiedades. Leonora estaba en condiciones de forzarle a hacer cualquier cosa; a su manera torpe, bondadosa y poco capacitada para la expresión, Ashburnham tenía tanto miedo de su mujer como del diablo. Y sentía una enorme admiración por ella, y la quería todo lo que un hombre puede querer a una mujer. Leonora se aprovechó de ello para tratarle como si fuera una persona cuyas posesiones estuvieran siendo administradas por el

tribunal de quiebras. Supongo que era lo mejor para él.

De todas formas, la señora Ashburnham tuvo un trabajo titánico durante los tres primeros años, poco más o menos. Las deudas inesperadas nunca dejaban de aparecer y aquella calamidad de hombre no facilitaba las cosas. Y es que, dese usted cuenta, junto con su pasión por la caza mayor se daba en él una actitud mental que le hacía avergonzarse extraordinariamente de sí mismo. Quizá usted no se lo crea pero Ashburnham sentía tal respeto por la castidad mental de Leonora que le desagradaba positivamente..., le repugnaba la idea de que supiera que existían en este mundo las cosas que él hacía. De manera que, presa de la mayor agitación, defendía su propia inocencia frente a cualquier acusación de haber hecho algo malo. Edward quería preservar la virginidad de los pensamientos de su esposa. Me lo dijo él mismo durante los largos paseos que dábamos al final..., mientras la chica estaba ya camino de Bríndisi.

Así que, como es lógico, durante tres años aproximadamente, Leonora tuvo muchas preocupaciones. Y fue entonces cuando se pelearon realmente.

Es cierto; se pelearon con gran violencia. Eso parece bastante sorprendente. Cualquiera habría pensado que Leonora se limitaría a odiarle fríamente y que él se mostraría lacrimosamente contrito. Pero no fue así en absoluto. A las pasiones de Edward y a la vergüenza que le producían se unía la clara conciencia de sus deberes de estado: una conciencia que resultaba insensatamente cara. Confío en que, al hablar de sus deudas y obligaciones, no habré dado la impresión de que el pobre Edward fuese un libertino indiscriminado. No lo era; lo suyo era el sentimentalismo. La criada del caso Kilsyte era bonita, pero de apariencia melancólica. Mi opinión es que al besarla había deseado más bien consolarla. Y de sucumbir a sus halagos, me atrevo a suponer que la habría instalado en una casita en Portsmouth o en Winchester y hubiese sido fiel durante cuatro o cinco años. Era perfectamente capaz de hacer una cosa así.

No; los dos únicos asuntos del corazón que le costaron el dinero fueron el de la amante del Gran Duque y el relacionado con el chantaje descubierto por Leonora al abrir por equivocación aquella carta. Esta última fue una aventura muy apasionada con una mujer distinguida. Siguió inmediatamente al episodio con la arpía internacional. Esta segunda señora era la esposa de otro oficial y Leonora estuvo siempre al tanto de aquella pasión totalmente auténtica que duró varios años. Ya se da usted cuenta de que las pasiones del pobre Edward eran muy lógicas en su progresión ascendente. Empezaron con una criada, pasaron a una cortesana y luego a una excelente mujer, víctima de un matrimonio desgraciado. Porque tenía un marido muy desagradable que, mediante cartas y otras artimañas, siguió chantajeando al pobre Edward por una cantidad aproximada de trescientas o cuatrocientas libras al año...,

amenazándole con solicitar el divorcio. Y después de esta señora vino Maisie Maidan, y después de la pobre Maisie sólo una aventura más y luego..., la verdadera pasión de su vida. El matrimonio con Leonora lo arreglaron sus padres y, aunque siempre la admiró inmensamente, casi nunca había pretendido llegar mucho más allá de la ternura, aunque, por otra parte, también necesitara desesperadamente de su apoyo moral...

Pero sus obligaciones y deudas realmente exasperantes pertenecían sobre todo el grupo de las generosidades que él consideraba propias de su puesto en la sociedad. Según Leonora, siempre estaba reduciendo la renta de sus colonos y dándoles a entender que la disminución sería permanente; o redimiendo borrachos: que comparecían ante el tribunal del que era magistrado; o tratando de colocar a las prostitutas en ocupaciones respetables..., y era un perfecto maniático con los niños. No sé cuántas criaturas maltratadas recogió, proporcionándoles una carrera; Leonora me lo ha dicho, pero creo que exageraba y la cifra me parece tan absurda que me resisto a ponerla por escrito. Edward consideraba todas estas cosas, y las obligaciones que le creaban en años sucesivos, como deberes suyos..., junto con imposibles contribuciones a hospitales y a boy scouts y a premios para concursos de ganado y a sociedades contrarias a la vivisección...

Bueno; Leonora se ocupó de poner punto final a la mayor parte de aquellos gastos. Con semejante ritmo no hubieran podido conservar Branshaw Manor después del dinero que costó la amante del Gran Duque. También subió las rentas de los colonos a sus antiguas cifras; despidió a los borrachos de sus albergues y avisó a todas las sociedades para que no esperaran más dinero de suscripciones. Con los niños fue más afectuosa, casi todos siguieron recibiendo ayuda hasta la edad del aprendizaje o del servicio doméstico. Ya se da usted cuenta de que no tenía hijos.

No tenía hijos y se consideraba culpable. Procedía de una rama indigente de la familia Powys, y se había visto obligada a aceptar al pobre Edward sin estipular que sus hijos debían educarse como católicos. Y eso, por supuesto, significaba la muerte espiritual para Leonora. Le he dado una impresión falsa si no le he hecho ver que la señora Ashburnham era una mujer con una conciencia muy firme y muy fría, como todos los católicos ingleses. (No puedo evitar que esa religión me resulte desagradable; siempre, en lo más hondo de mi corazón, a pesar de Leonora, persiste una sensación de escalofrío ante la Ramera de Babilonia, sensación que se me metió en los huesos en la quietud de la casita donde se reunían los cuáqueros en Arch Street, Filadelfia). Por eso, en el caso del pobre Edward, atribuyo buena parte de los errores de Leonora a la peculiar forma inglesa de su religión. Porque, evidentemente, la única cosa que se podía hacer por Edward era dejarle que se hundiera hasta convertirse en un vagabundo de modales caballerosos, que viviese, tal vez,

superficiales aventuras amorosas recorriendo las carreteras. Habría hecho mucho menos daño; y también habría sufrido menos. En cualquier caso hubiera tenido menos oportunidades de causar la ruina de otros y de llenarse de remordimientos. Porque Edward tenía una capacidad fuera de lo común para los remordimientos.

Pero la conciencia católica inglesa de Leonora, sus rígidos principios, su frialdad, incluso su misma paciencia eran, no puedo evitar pensarlo, totalmente negativos en este caso particular. Con gran seriedad y candidez se imaginaba que la Iglesia de Roma no aprueba el divorcio; con toda seriedad y candidez creía que su iglesia podía ser una institución tan estúpida y monstruosa como para esperar que ella emprendiera la imposible tarea de convertir a Edward Ashburnham en un marido fiel. Leonora tenía, como dirían los ingleses, el temperamento de los no conformistas. En Estados Unidos de Norteamérica lo llamamos la conciencia de Nueva Inglaterra. Ya que, por supuesto, ésa es la actitud mental que se ha inculcado a los católicos ingleses. Los siglos durante los que han tenido que sobrevivir —siglos de ciega y malévol opresión, de verse excluidos de todo cargo público, de ser, por así decirlo, una pequeña guarnición asediada en un país hostil, y estar obligados por tanto a respetar escrupulosamente las normas establecidas— han creado una combinación de elementos capaz de producir ese resultado mágico. Y supongo que los papistas ingleses son incluso técnicamente no conformistas. Los papistas del continente son gentes obscenas, joviales y poco escrupulosas. Pero eso, al menos, les permite ser oportunistas. Hubieran arreglado la situación del pobre Edward sin ninguna dificultad. (Perdóneme que escriba sobre estas monstruosidades de manera tan frívola. Si no lo hiciera no podría soportarlo y me echaría a llorar). En Milán, pongamos por caso, o en París, Leonora habría logrado la anulación de su matrimonio en seis meses pagando doscientos dólares en el sitio adecuado. Y Edward iría a la deriva hasta convertirse en un vagabundo del tipo que he sugerido. O quizá se casara con una cantinera que le haría tales escenas en sitios públicos y le arrancaría el bigote dejándole unas huellas tan visibles que Ashburnham le sería fiel durante el resto de sus días. Eso era lo que le hacía falta para redimirse...

Porque, junto con sus pasiones y sus vergüenzas estaba el temor a las escenas en sitios públicos, a los gritos, a la desbordada violencia física; el temor a la publicidad, por decirlo en pocas palabras. Sí, la cantinera le hubiese curado. Y aun habría sido mejor si ella bebiese, porque Edward estaría muy ocupado cuidándola.

Sé que tengo razón al decir esto. Lo sé por el caso Kilsyte. Fíjese, la criada a la que besó era una niñera de la familia del jefe de los no conformistas del condado (como quiera que se llame ese puesto). Y aquel caballero estaba tan decidido a hundir a Edward (que era el presidente del comité Tory de la zona,

o como se llame) que el pobre desgraciado lo pasó francamente mal. Se hicieron preguntas acerca de ello en la Cámara de los Comunes; trataron de destituir a los magistrados de Hampshire; sugirieron al ministro de Defensa que Edward no era una persona digna de conservar su puesto de oficial en el ejército de Su Majestad. Sí; trataron de perjudicarlo con verdadera saña.

El resultado ya lo conoce usted. Quedó completamente curado de sus devaneos con las clases bajas. Y Leonora le pareció una auténtica bendición. Prefería relacionarse —es un tipo de relación— con personas como la señora Maidan, a tener que hacerlo con una pinche de cocina.

De una manera un tanto mortecina, Leonora estaba casi contenta cuando llegó a Nauheim aquella tarde...

Casi había conseguido enderezar las cosas por completo mediante los largos años de economías en pequeñas guarniciones militares de Chitral y de Birmania: lugares donde la vida es barata en comparación con la de un potentado inglés y donde, por añadidura, las aventuras de un tipo u otro eran normales y poco costosas. De manera que cuando apareció la señora Maidan —y el asunto Maidan, dada la juventud del marido, podría haber causado problemas incluso allí— Leonora acababa de resignarse a volver a casa. Mediante apremios y economías y el alquiler de Branshaw Teleragh, y la venta de un cuadro y de una reliquia de Carlos I o algo parecido, Leonora había logrado —la pobrecilla no tuvo un solo vestido decente en todos aquellos años —, había logrado, tal como lo planeaba, devolver a su pobre y querido esposo la posición económica de que disfrutaba antes de que apareciera en su vida la amante del Gran Duque. Y, por supuesto, el mismo Edward le había ayudado un poco en cuestiones financieras. Era un tipo que caía bien a muchos hombres. Tenía muy buena presencia y estaba siempre dispuesto a prestarle a uno el punzón para los cigarros habanos..., ese tipo de cosas. Así que de vez en cuando algún financiero a quien conocía le informaba bajo cuerda de alguna buena y provechosa inversión. Y a Leonora no le importaba correr algunos riesgos..., hay muy pocos católicos ingleses a quienes les importe, no sé por qué.

De manera que casi todas las inversiones dieron excelentes resultados y Edward se encontró realmente en condiciones de volver a abrir Branshaw Manor y de asumir una vez más su puesto en el condado. Por eso Leonora había aceptado a Maisie Maidan casi con resignación..., casi con un suspiro de alivio. Era verdad que sentía afecto por aquella pobre muchachita..., tenía que sentir afecto por alguien. Y, en cualquier caso, estaba convencida de que podía confiar en Maisie; confiar en que no iba a sacarle a Edward varios miles a la semana, porque se negaba a aceptar de él hasta una sortija de bisutería. Es cierto que Edward gorgoteaba y desvariaba sobre la muchacha de una forma de la que Leonora no tenía aún experiencia. Pero eso, también, era casi un

alivio. Creo que la señora Ashburnham hubiese celebrado que Edward se tropezara con el amor de su vida. Habría supuesto un descanso para ella.

Y no cabía pensar en nadie mejor que en la pobrecita señora Maidan: estaba tan enferma que no tendría interés en hacer excursiones dispendiosas... Fue la misma Leonora quien pagó los gastos de su viaje a Nauheim. Le dio el dinero a su esposo, porque Maisie nunca lo hubiera aceptado; pero el muchacho estaba terriblemente asustado. ¡Pobre diablo!

Me imagino que durante el viaje desde la India, Leonora era tan feliz como en los mejores momentos de su vida. Edward estaba completamente absorto en su chica..., era casi como un padre con una niña, corriendo de una cubierta a otra con mantas de viaje y medicinas y todo lo imaginable. Se comportaba, sin embargo, con gran circunspección, de manera que los demás pasajeros no advirtieran nada. Y Leonora casi logró adoptar una actitud maternal hacia la señora Maidan. De manera que todo resultó muy bien: el acomodado y benévolo matrimonio de gente bien representando el papel de salvador de la pobre muchachita moribunda de ojos negros. Y esa actitud de Leonora hacia la señora Maidan sin duda explicaba en parte el cachete en la mejilla. Castigaba a una niña traviesa que había estado robando bombones en un momento muy poco oportuno.

Y, desde luego, el momento fue inoportuno. Porque, al abrir la carta del ofendido compañero de armas exigiendo dinero, todos los antiguos terrores volvieron a apoderarse de Leonora. De nuevo creyó tener ante sí un camino interminable; se imaginó que podía haber cientos y cientos de cosas parecidas que Edward le estaba ocultando..., cosas que quizá exigieran nuevas hipotecas, empeñar más pulseras, siempre más y más horrores. Leonora pasó una tarde dolorosísima. Se trataba de un caso de divorcio, por supuesto, y ella deseaba, tanto como Edward, evitar cualquier tipo de publicidad, así que comprendió la necesidad de seguir pagando. Y eso no le importaba demasiado. Encontrarían las trescientas libras al año. Lo terrible era la posibilidad de que existieran más obligaciones del mismo tipo.

Llevaba muchos años sin conversar con Edward..., sin hablar de nada que fuese más allá de la información necesaria para tomar un tren o para contratar a unos criados. Pero aquella tarde Leonora necesitaba desahogarse con él. Y él se comportó igual que siempre. Fue como abrir un libro después de una década y descubrir que las palabras no habían cambiado en absoluto. Edward seguía teniendo los mismos motivos. No le había hablado de aquel caso para evitar que Leonora se ensuciara la mente con la idea de que un compañero de armas podía ser un chantajista..., y también deseaba proteger la reputación de su antigua enamorada. Aquella señora no tenía, desde luego, nada que ver con su marido. Y Edward juró una y otra vez que no quedaban ya más historias del pasado por descubrir. Leonora no le creyó.

Ashburnham le había mentido en demasiadas ocasiones..., pero ella se equivocó por primera vez, y Edward desempeñó un papel bastante honroso en aquel asunto. Porque fue directamente a Correos y pasó varias horas poniendo en clave un telegrama para su abogado, ordenando a aquel hombre con mucho sentido práctico que amenazara con una orden de detención al individuo que le estaba persiguiendo. Posteriormente dijo que consideraba bochornoso que la pobre Leonora tuviera que seguir amedrentada. Era realmente la última de sus cuentas todavía sin saldar, y estaba dispuesto a enfrentarse con el Tribunal de Divorcios si el chantajista cumplía sus amenazas. Se enfrentaría con todo..., la publicidad, los periódicos, todo el espectáculo con bombo y platillos. Esas fueron sus palabras...

Cometió, sin embargo, la equivocación de no decirle a Leonora adonde iba, de manera que su mujer, que le vio entrar en su habitación para coger la clave con que cifrar el telegrama, y vio, dos horas más tarde, salir de allí a la señora Maidan, imaginó que sus dos horas de silenciosa tortura Edward las había pasado en brazos de Maisie. Eso le pareció demasiado.

En realidad, la presencia de la señora Maidan en la habitación de Edward había sido resultado en parte de su pobreza, en parte de su orgullo, y en parte también de su increíble inocencia. Maisie no podía permitirse, en primer lugar, tener una doncella, evitaba lo más posible utilizar al personal del hotel para los recados, porque en su caso hasta el último penique era importante, y le asustaba tener que dar propinas muy altas al final de su estancia. Edward le había prestado uno de sus fascinantes estuches con quince tamaños distintos de tijeras, y, al ver, desde su ventana, la salida de Ashburnham en dirección a la oficina de Correos, aprovechó la oportunidad para devolver el estuche. Maisie no veía ninguna razón para no hacerlo, aunque sentía ciertos remordimientos al recordar que había besado las almohadas de la cama. Esas eran las reacciones de la señora Maidan.

Pero Leonora vio que, sin la menor duda, aquel incidente daba a Florence poder sobre ella. Hacía de mi mujer la única criatura sobre la tierra que estaba al tanto de que los Ashburnham no eran tan sólo gente bien sin nada que ocultar. Leonora, más que conceder a Florence el privilegio de su intimidad — lo que hubiera sido como el pago de una especie de chantaje— decidió mantenerla bajo observación hasta que pudiera demostrarle que no estaba en absoluto celosa de la pobre Maisie. Ésa fue la razón de que entrase en el comedor del brazo de mi mujer, y de que se instalara en nuestra mesa de manera tan ostensible. De hecho no nos perdió de vista ni un solo minuto durante toda la noche, excepto para subir corriendo a la habitación de la señora Maidan, pedirle perdón y rogarle que le permitiera a Edward sacarla a pasear por el jardín aquella misma noche con la mayor publicidad posible. La misma Leonora dijo, cuando la señora Maidan entró en el salón donde estábamos

todos reunidos con aire más bien melancólico: «Ahora, Edward, levántate y lleva a Maisie al Casino. Quiero que la señora Dowell me cuente todo lo que sabe sobre las familias de Connecticut originarias de Fordingbridge». Porque ya había descubierto que Florence procedía de un linaje que fue dueño de Branshaw Teleragh dos siglos antes de que los Ashburnham llegaran allí. Y Leonora siguió haciéndome compañía en aquel salón hasta mucho después de que Florence se hubiera ido a acostar, para que yo presenciara su cordial recibimiento a la pareja a su regreso del Casino. Era muy capaz de emplearse a fondo cuando quería.

Y eso me permite fijar con exactitud la fecha de nuestra expedición a la ciudad de M... Porque fue el mismo día en que murió la pobre señora Maidan. La encontramos muerta al volver; francamente terrible, cuando llega uno a darse cuenta de lo que todo ello significa...

En cualquier caso, la intensidad de mi sensación de alivio cuando Leonora me dijo que era católica e irlandesa, le da a usted la medida de mi afecto por aquel matrimonio. Era tan intenso que incluso hoy en día no puedo pensar en Edward sin dejar escapar un suspiro. No creo que hubiera seguido adelante sin ellos. Estaba demasiado cansado. Y también creo firmemente que si la razón que me dio Leonora para justificar su estallido hubiese confirmado mi sospecha de que tenía celos de Florence, yo me hubiera vuelto contra mi mujer con furia verdaderamente africana. Los celos habrían sido incurables. Pero siempre cabía excusarse por las tontas bromas de Florence sobre los irlandeses y los católicos hasta eliminarlas por completo. Y saqué la impresión de haberlo solventado en un par de minutos más o menos.

Leonora me miró fijamente de una manera muy extraña mientras lo estaba haciendo. Y al final llegué incluso a decirle:

—Haga el favor de aceptar la situación. Confieso que a mí no me gusta su religión. Pero, en cambio, usted me gusta extraordinariamente. No me importa decir que nunca he sentido tanto afecto por nadie, y que no creo que nadie haya sentido nunca tanto afecto por mí como estoy seguro de que usted siente.

—Sí que le tengo mucho afecto —dijo ella—. El suficiente para afirmar que me gustaría que todos los hombres fueran como usted. Pero es necesario tener en cuenta a otras personas.

De hecho estaba pensando en la pobre Maisie. Arrancó un poco de milenrama de la valla que teníamos frente a nosotros y que nos llegaba a la altura del pecho. La estuvo frotando durante todo un minuto entre el índice y el pulgar, y luego la tiró por encima de la albardilla.

—Yo acepto la situación —dijo, finalmente— si usted también lo hace.

CAPÍTULO VI

Recuerdo haberme reído de la frase «acepto la situación», que Leonora repitió con lo que yo consideré excesiva seriedad. Le contesté con estas palabras más o menos:

—No creo que sea para tanto. Quiero decir que yo reclamo la libertad de cualquier ciudadano americano para pensar lo que quiera sobre el resto de los católicos. Y supongo que Florence es libre de pensar lo que quiera y decir lo que la urbanidad le permita.

—Será mejor —contestó Leonora— que no diga una sola palabra contra mis compatriotas ni contra mi fe.

En aquel momento me sorprendió la presencia en su voz de una dureza inusual, casi amenazadora. Era como si estuviera tratando de hacer llegar a Florence, por intermedio mío, que le haría mucho daño si llegaba a dar algún paso extremoso. Sí, recuerdo haber pensado que era casi como si Leonora le estuviese diciendo a Florence por intermedio mío:

—Puede usted ultrajarme todo lo que quiera; puede usted apoderarse de todas mis posesiones personales, pero cuídese mucho de decir, dada la situación que eso va a crear, una sola palabra contra la fe que me convierte en felpudo para sus pies.

Aunque, tal como yo lo veía, no podía ser eso lo que, quería decir. La gente bien, a pesar de que profesen distintas religiones, no se amenazan unos a otros. De manera que el significado que di a las palabras de Leonora fue únicamente éste:

—Sería mejor que Florence no dijese nada en contra de los católicos, porque para mí se trata de un punto muy sensible.

Tal fue la indicación, por consiguiente, que le hice a Florence cuando poco más tarde Edward y ella descendieron de la torre. Y quiero que comprenda usted que desde entonces hasta después de que Edward y la chica y Florence hubiesen muerto, no tuve ni el más remoto vislumbre, ni la más mínima sospecha, de que algo anduviera mal, como suele decirse. Durante cinco minutos, por tanto, consideré la posibilidad de que Leonora tuviese celos; pero ya no volvió a producirse otro chispazo en aquella personalidad tan ardiente. Y, ¿cómo demonios podría yo haberlo imaginado?

Porque durante todo aquel tiempo no era más que un simple enfermero. Y ¿qué posibilidades tenía yo contra aquellos tres jugadores empedernidos, que estaban conchabados para ocultarme sus cartas? ¿Qué concebible posibilidad?

Eran tres contra uno... y además me hacían feliz. Cielos, me hicieron tan feliz que tengo mis dudas de que incluso el paraíso, que corregirá todas las injusticias terrenas, pueda darme algo semejante. Y, ¿qué podían haber hecho mejor, o qué podían haber hecho que hubiese sido peor? No lo sé...

Supongo que durante todo aquel tiempo yo era un marido engañado y Leonora la alcahueta de Edward. Ésa es la cruz que tuvo que llevar a costas durante el largo calvario de una vida...

Me pregunta usted qué siente un marido engañado. Sólo que, cielo santo, no lo sé. No se siente nada. No es el infierno, y desde luego no es necesariamente el cielo. De manera que supongo que se trata de una situación intermedia. ¿Cómo la llaman? Limbo. No; no siento nada en absoluto. Han muerto; han ido a presentarse delante de su Juez, quien, no pierdo la esperanza, les abrirá las fuentes de Su misericordia. No es asunto mío pensar en eso. Simplemente, me corresponde decir, como lo hacen las personas de la misma fe que Leonora: «Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis. In memoria aeterna erit...». Pero ¿qué eran? ¿Los justos? ¿Los pecadores? Sólo Dios lo sabe. En mi opinión no eran más que un par de desgraciados, arrastrándose sobre la tierra bajo la sombra de una cólera eterna. Es una cosa terrible...

La imagen de ese juicio, cuando se me aparece a veces por la noche, me resulta casi demasiado terrible. Probablemente tiene que ver con sugerencias ligadas a un cuadro que he visto en algún sitio. Pero sobre una inmensa llanura, me parece ver tres figuras suspendidas en el aire, dos de ellas muy unidas en un intenso abrazo, y la otra intolerablemente solitaria. Mi imagen de ese juicio es en blanco y negro, un grabado, quizá; aunque no soy capaz de distinguir un grabado de una reproducción fotográfica. Y la enorme llanura es la mano de Dios, de muchos kilómetros de longitud, con grandes espacios por encima y por debajo. Y los tres se hallan en la presencia de Dios, y es Florence la que está sola...

Y, ¿sabe usted?, al pensar en esa soledad tan intensa siento un deseo irresistible de ir corriendo a consolarla. No es posible, dese cuenta, ser el enfermero de una persona durante doce años sin desear seguir cuidándola, incluso aunque se la odie con el odio de la víbora, e incluso hallándose en la mano de Dios. Pero, por las noches, con esa visión del juicio ante mí, sé que me contengo. Porque odio a Florence. Odio a Florence con tal intensidad que no le evitaría una eternidad de aislamiento. No tenía por qué haber hecho lo que hizo. Era una americana de Nueva Inglaterra. No tenía las encendidas pasiones de estos europeos. Ella acabó con ese pobre imbécil que era Edward..., y yo le pido a Dios que Ashburnham esté realmente en paz, ¡estrechamente abrazado a aquella pobre chica! Y sin duda Maisie Maidan se reunirá con su joven esposo, y Florence brillará, clara y serena, convertida en

aurora boreal y en uno de los arcángeles de Dios. Y yo... Bueno, quizá me encuentren un ascensor que pueda manejar... Pero Florence...

No debería haberlo hecho. No debería haberlo hecho. Actuó de una forma demasiado rastrera. Acabó con el pobre Edward por pura vanidad; se entrometió entre él y Leonora por un estúpido deseo de representar el papel de gran dama caritativa. ¿Querrá usted creer que mientras era la amante de Edward, estaba continuamente tratando de reconciliarle con su mujer? Obsequiaba a Leonora con largas parrafadas sobre el perdón..., abordando el tema con el optimista enfoque americano. Y Leonora la trataba como la furcia que era. Una vez le dijo a Florence a primera hora de la mañana:

—Nada más salir de la cama de mi marido, viene usted a decirme que mi sitio debería ser ése. Lo sé, muchas gracias.

Pero ni siquiera eso logró detener a Florence. Siguió diciendo que su ambición era dejar este mundo un poco más luminoso al terminar su breve vida, y explicando con cuánto agradecimiento renunciaría a Edward, a quien creía haber dotado de una actitud anímica mucho más correcta, si Leonora accediese a darle una oportunidad. Ashburnham, decía Florence, necesitaba ternura más que ninguna otra cosa.

Y Leonora —que soportó esta atrocidad durante años—, contaba, según tengo entendido algo parecido a esto:

—Sí; renunciaría usted a él. Y luego se seguirían escribiendo en secreto, y cometiendo adulterio en habitaciones alquiladas. Les conozco muy bien a los dos, ¿sabe? No. Prefiero que la situación siga como está.

La mitad de las veces Florence fingía no oír las observaciones de Leonora. Pensaba que no eran propias de una señora. La otra mitad trataba de convencerla de que su amor por Edward era completamente espiritual..., debido a su corazón delicado. Una vez le dijo:

—Si creía usted eso de Maisie Maidan, como asegura, ¿por qué no quiere creerlo de mí?

Tengo entendido que en aquel momento Leonora se estaba peinando frente al espejo de su dormitorio. Y se dio la vuelta para ver a Florence, a quien usualmente no se molestaba en mirar..., se dio la vuelta fría y calmadamente, y dijo:

—No se atreva nunca a mencionar de nuevo el nombre de la señora Maidan. Usted la asesinó. Usted y yo la asesinamos entre las dos. Soy un ser tan despreciable como usted. Y no me gusta que me lo recuerden.

Florence le lanzó inmediatamente una larga parrafada, asombrándose de que pudiera haber hecho daño a una persona a la que apenas conocía, una

persona a quien con las mejores intenciones, siempre dentro de sus esfuerzos para dejar el mundo un poco más luminoso, había tratado de salvar de Edward. Así era como ella se lo explicaba. Eso era realmente lo que creía... De manera que Leonora le dijo pacientemente:

—Muy bien; pongamos que fui yo quien la mató y que se trata de un tema muy penoso. A nadie le gusta pensar que ha matado a una persona. Es lo natural. Nunca debería haberla traído de la India.

Y ésa era, exactamente, la manera en que Leonora lo veía. Está dicho de manera un poco descarada, pero siempre le ha gustado decir las cosas con la mayor claridad.

Lo que sucedió el día de nuestra excursión a la antigua ciudad de M... fue esto:

Leonora, que incluso entonces seguía llena de compasión y de remordimientos hacia la pobre criatura, al volver al hotel fue directamente a la habitación de la señora Maidan. Sólo quería consolarla un poco. Y al principio se fijó únicamente en que sobre la sencilla mesa redonda cubierta de terciopelo rojo había una carta dirigida a ella. El texto decía más o menos lo siguiente:

«Señora Ashburnham, ¿cómo ha podido usted hacerlo? Yo tenía tanta confianza en usted. Nunca me habló de nosotros dos, de Edward y de mí, pero yo tenía confianza en usted. ¿Cómo pudo usted comprarme a mi marido? Acabo de enterarme de cómo lo hizo... Edward y la señora americana estaban hablando de ello en el vestíbulo. Dio usted el dinero para que yo viniera. ¿Cómo pudo hacerlo? Me vuelvo inmediatamente con Bunny...».

Bunny era el marido de la señora Maidan.

Leonora dijo que, mientras seguía leyendo la carta, había tenido la sensación, sin mirar a su alrededor, de que el cuarto estaba vacío, de que no había papeles sobre la mesa, ni ropa en las perchas, y sí, en cambio, un silencio tirante..., un silencio, dijo, como si hubiera algo en la habitación que se bebiese cualquier sonido. Tuvo que luchar contra aquella sensación mientras leía la posdata.

«No sabía que me quisiera usted para adúltera», empezaba la postdata. La pobre criatura no redactaba con demasiada corrección. «No estuvo bien por su parte y además yo nunca quise serlo. Y he oído a Edward llamarme pobre ratita hablando con la señora americana. Siempre me ha llamado ratita en privado, y no me importa. Pero si se lo ha dicho a ella, creo que es porque ya no me quiere. Señora Ashburnham, usted conocía el mundo y yo no sabía nada. Creí que todo estaría bien si usted pensaba que era así, y creí que nunca me hubiera traído aquí si le parecía mal. No debería usted haberlo hecho, las dos alumnas del mismo internado...».

Leonora dijo que se puso a gritar cuando leyó esto.

Y enseguida vio que Maisie había hecho las maletas, y empezó a buscarla por todo el hotel. El gerente le explicó que, después de pagar la cuenta, había ido a la estación a pedir que le preparasen en el Reiseverkehrs-bureau un itinerario para regresar inmediatamente a Chitral. El gerente creía que la había visto volver pero no estaba completamente seguro. Nadie en el gran hotel se preocupa de aquella pobre criatura. Y ella, deambulando solitaria por el vestíbulo, había ido a sentarse sin duda junto al biombo, detrás del cual se encontraban Edward y Florence. Ni entonces ni después he sabido qué se dijeron aquellos dos. Me imagino que mi mujer empezaba entonces a cortejar al pobre Edward dirigiéndole palabras de amistosa advertencia sobre los estragos que podía causar en el corazón de la pobre Maisie. Ésa sería, probablemente, su manera de enfocarlo. Y Edward le aseguraría en tono muy sentimental que aquello no significaba nada; que Maisie no era más que una pobre ratita y que su viaje hasta Nauheim lo había pagado su esposa de su propio bolsillo. Eso habría bastado para surtir efecto.

Porque entre los dos pusieron todos los medios para que así fuera. Leonora, con pánico creciente y enormemente contrita, recorrió todos los lugares públicos del hotel..., el comedor, el salón de estar, el schreibzimmer, el jardín de invierno. Dios sabe para qué querían un jardín de invierno en un hotel que sólo está abierto de mayo hasta octubre. Pero allí estaba. Y luego Leonora corrió —sí, corrió escaleras arriba— para ver si Maisie había regresado a sus habitaciones. Había decidido sacar a la pobre niña de aquel odioso sitio. La situación entera le parecía abominable. No quiero decir con ello que no fuese capaz de verla con frialdad. Leonora siempre era Leonora. Pero la más fría de las justicias exigía que desempeñara el papel de madre con aquella niña que había estudiado en el mismo internado que ella. Decidió que eso era lo que tenía que hacer. Dejaría a Edward con Florence —y conmigo— y dedicaría todo su tiempo a proporcionar a aquella pobre criatura un ambiente de cariño hasta que fuera posible enviarla de nuevo con su esposo. Como es lógico ya era demasiado tarde.

Al principio no se le había ocurrido echar una ojeada a las habitaciones de Maisie. Ahora, nada más entrar, advirtió, sobresaliendo al otro lado de la cama, un par de piecitos con zapatos de tacón alto. Maisie había muerto mientras se esforzaba por cerrar un baúl muy grande. Había muerto tan grotescamente que su cuerpecillo fue a caer dentro del baúl, y la tapa se cerró sobre ella, como si se tratara de las fauces de un gigantesco caimán. Tenía la llave en la mano. Sus cabellos oscuros, como los de una japonesa, se le habían soltado, cubriéndole el rostro y el cuerpo.

Leonora la levantó —apenas pesaba más que una pluma—, y la puso sobre la cama rodeándola con sus cabellos. Estaba sonriendo, como si acabara de

marcar un gol en un partido de hockey. Ya se da usted cuenta de que no se había suicidado. Simplemente se le paró el corazón. Yo pude verla, con sus largas pestañas destacando sobre las mejillas, con la sonrisa en los labios, toda rodeada de flores. El tallo de un lirio blanco descansaba en su mano, de manera que la flor le tapaba el hombro. Parecía una novia bajo la luz de los cirios que la rodeaban, y las blancas tocas de las dos monjas arrodilladas a sus pies con el rostro oculto podrían haber sido dos cisnes encargados de llevarla al país de la felicidad perfecta, donde quiera que se encuentre. Leonora me la enseñó. No permitió que la vieran ninguno de los otros dos. Deseaba, compréndalo usted, que el pobre Edward sufriera lo menos posible. Ashburnham no soportaba ver un cadáver. Y, como nunca le explicó que Maisie le había escrito, Edward se imaginó que su muerte fue la cosa más natural del mundo. Lo olvidó muy pronto. De hecho fue la única aventura suya que nunca le hizo tener remordimientos.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

La señora Maidan murió el 4 de agosto de 1904. Y luego no sucedió nada hasta el 4 de agosto de 1913. Se da una curiosa coincidencia de fechas, aunque quizá llamamos coincidencia a uno de esos siniestros actos (por cuanto medio jocosos y totalmente inmisericordes) con que nos obsequia una providencia cruel. Porque pudo muy bien ser la mente supersticiosa de Florence la que la forzó, como si hubiese estado hipnotizada, a realizar determinados actos. Es cierto, de cualquier forma, que el 4 de agosto siempre resultaba ser una fecha significativa para ella. Había nacido, para empezar, un 4 de agosto. Después, en el año 1899, en esa misma fecha, salió con su tío para dar la vuelta al mundo en compañía de un joven llamado Jimmy. Pero eso no fue una simple coincidencia. Su cariñoso y anciano tío, supuestamente enfermo del corazón, estaba ofreciéndole con aquel viaje, de una manera delicada, un regalo de cumpleaños para celebrar su mayoría de edad. Luego, el 4 de agosto de 1900, se permitió llevar a cabo una acción que indudablemente coloreó toda su vida..., y también la mía. No tuvo suerte. Probablemente aquella mañana se estaba ofreciendo a sí misma un regalo de cumpleaños...

El 4 de agosto de 1901 Florence se casó conmigo, y se hizo a la mar camino de Europa en medio de una galerna..., la galerna que le dañó el corazón. Y también en este caso, no hay la menor duda, se estaba ofreciendo a

sí misma otro regalo de cumpleaños..., el regalo de cumpleaños de mi vida miserable. Me doy cuenta de que nunca le he dicho a usted nada acerca de mi matrimonio. Fue de esta manera: creo que ya le he contado que conocí a Florence en Stuyvesants, en la calle Catorce. Y desde aquel momento decidí, con toda la obstinación de un carácter posiblemente débil, si no hacerla mía, al menos casarme con ella. Yo no tenía ninguna ocupación..., no me dedicaba a los negocios. Simplemente acampé en Stamford, en un hotel repugnante, y pasaba los días en la casa o en el porche de las tías de Florence, las Hurlbird. Estas señoras manifestaban de una manera extraña y obstinada el desagrado que les producía mi presencia. Pero se veían obstaculizadas por las normas nacionales que regulan semejantes ocasiones. Florence tenía su sala de estar privada. Podía invitar allí a quien le apeteciera, y yo me limitaba a cruzar el apartamento. Era todo lo tímido que usted quiera, pero en aquel asunto me comportaba como un pollo decidido a cruzar la carretera por delante de un automóvil. Atravesaba la casa hasta llegar a la pequeña habitación de Florence, bonita y pasada de moda, me quitaba el sombrero y procedía a sentarme.

Florence, por supuesto, tenía además otros pretendientes..., robustos jóvenes de Nueva Inglaterra que trabajaban durante el día en Nueva York y sólo pasaban las veladas en el pueblo donde habían nacido. Y, al llegar la última hora de la tarde, se presentaban a ver a Florence con casi tanta determinación como la que yo mostraba. Y estoy obligado a decir que las señoritas Hurlbird los recibía con tanto desagrado como a mí.

Eran unas ancianas curiosas aquellas dos: casi parecían miembros de una antigua familia que soportase el peso de una maldición... eran tan señoras, tan correctas, y ¡suspiraban tanto! A veces veía lágrimas en sus ojos. No recuerdo que mi galanteo con Florence progresase mucho al principio. Quizá se debiera a que tenía lugar casi enteramente durante el día, en tardes calurosas, cuando las nubes de polvo permanecen en el aire como si frieran niebla, tan altas como las copas de los olmos, casi sin hojas. Creo que la noche es el momento adecuado para las dulces hazañas del amor, y no una tarde de julio en Connecticut, cuando cualquier tipo de proximidad física es una idea que casi produce consternación. Pero, aunque nunca llegara siquiera a besar a Florence, mi futura esposa me permitió descubrir sin ninguna dificultad, en el espacio de quince días, cuáles eran sus necesidades, bastante simples, por cierto. Y yo estaba en condiciones de satisfacer aquellas necesidades...

Florence quería casarse con un caballero desocupado; quería instalarse en Europa. Que su marido tuviera acento inglés y unos ingresos de cincuenta mil dólares al año procedentes de bienes raíces y que no deseara aumentar esos ingresos. Y —lo insinuó vagamente— tampoco quería un exceso de pasión carnal en el asunto. Los americanos, ¿sabe usted?, pueden considerar

semejantes uniones sin pestañear.

Florence me proporcionaba estos datos envolviéndolos en cataratas de alegre conversación..., dejaba caer unas gotas entre los comentarios acerca de una vista del Rialto, en Venecia, y, mientras describía con gran brillantez el castillo de Balmoral, explicaba también que su ideal de marido sería una persona que pudiera introducirla en la corte de Inglaterra. Al parecer había pasado dos meses en Gran Bretaña: siete semanas recorriendo el país desde Stratford hasta Strathpeffer, y una más como huésped de pago en casa de una antigua familia inglesa cerca de Ledbury; una familia empobrecida pero todavía con empaque, llamada Bagshawe. Iban a pasar dos meses más en aquel tranquilo retiro, pero inoportunos sucesos, al parecer relacionados con los negocios de su tío, provocaron un regreso bastante precipitado a Stamford. El joven llamado Jimmy se quedó en Europa para perfeccionar sus conocimientos sobre el continente. Y así lo hizo, en efecto: más adelante nos resultó extraordinariamente útil.

Pero el punto más sobresaliente —donde no había confusión posible— era la fría y calmosa decisión de Florence de considerar tan sólo a los pretendientes que estuvieran en condiciones de instalarse en Europa. Los vislumbres que llegó a tener de la vida hogareña en Inglaterra lograron aquello. Después de casarse, se proponía pasar un año en París, y luego conseguir que su marido comprara alguna propiedad en los alrededores de Fordingbridge, el lugar de donde los Hurlbird se habían puesto en camino hacia América en 1688. En virtud de su historia familiar Florence se disponía a ocupar su sitio en las filas de la sociedad rural inglesa. Eso estaba decidido.

Yo solía sentirme extraordinariamente optimista cuando repasaba estos detalles, porque no creía que entre sus amistades de Stamford hubiera nadie que se ajustase a sus exigencias. La mayoría de sus pretendientes no eran tan ricos como yo, y los que sí lo eran pertenecían a la clase de personas que ni siquiera por la dilatada compañía de Florence renunciarían a los atractivos de Wall Street. Pero durante el mes de julio no pasó realmente nada. Sin embargo, el 1 de agosto Florence les dijo a sus tías, por lo que parece, que tenía intención de casarse conmigo.

A mí no me lo había dicho, pero no cabe la menor duda de que sí informó a sus tías, porque aquella tarde, la señorita Florence Hurlbird, la mayor, me detuvo mientras iba camino de la sala de estar de mi futura esposa y me llevó, presa de gran agitación, a la sala de las visitas. Fue una entrevista singular, en aquella habitación colonial pasada de moda, con los muebles de patas muy altas y delgadas, las siluetas, las miniaturas, el retrato del general Braddock, y el olor a espliego. Las dos pobres solteras, ¿se da usted cuenta?, sufrían mucho..., pero no podían decir nada de manera directa. Casi se retorcían las manos mientras me preguntaban si había considerado cosas tales como la

diversidad de caracteres. Le aseguro que se mostraron casi afectuosas, incluso preocupadas por mí, como si Florence fuera de una brillantez demasiado superficial para mis sólidas y serias virtudes.

Porque habían llegado a descubrir en mí sólidas y serias virtudes. Quizá fuera consecuencia de que en una ocasión comenté que prefería el general Braddock al general Washington. Porque los Hurlbird apoyaron al bando que perdió la Guerra de Independencia, quedaron muy empobrecidos y se les marginó con bastante éxito por esa razón. Las señoritas Hurlbird nunca lo olvidaron.

Sin embargo les estremecía la idea de vivir en Europa. Las dos gimieron al oír que era eso lo que yo esperaba ofrecer a su sobrina. Quizá fuera en parte porque consideraban Europa como un antro de iniquidad, donde prevalecían extraños vicios. Estaban convencidas de que la Madre Patria era tan cesaropapista como cualquier otro país. Y, para ser quienes eran, llevaron sus protestas extraordinariamente lejos...

Estuvieron a punto de afirmar que el matrimonio era un sacramento; pero ni la señorita Florence ni la señorita Emily fueron capaces de expresarlo con palabras. Aunque casi lograron decir que la vida anterior de su sobrina se había caracterizado por los coqueteos..., algo por el estilo.

Sé que puse fin a la entrevista cuando dije:

—No me importa. Aunque Florence haya robado un banco voy a casarme con ella y a llevarla a Europa.

Al oír esto la señorita Emily gimió y se desmayó. Pero la señorita Florence, a pesar del estado en que se encontraba su hermana, se me echó al cuello y exclamó:

—No lo hagas, John. No lo hagas. Eres un excelente joven —y añadió, mientras yo salía del cuarto para mandar a Florence en ayuda de su tía—: Deberíamos decirte más. Pero es la hija de nuestra querida hermana.

Recuerdo que Florence me recibió con el rostro tan blanco como el papel y esta exclamación:

—¿Es que esas viejas cotorras han estado diciendo algo contra mí?

Pero le aseguré que no era así y la llevé a toda prisa a la habitación de sus tías, tan extrañamente acongojadas. Reconozco que me había olvidado por completo de la exclamación de Florence hasta este momento. Ella me trató tan bien —con tanto tacto— que si alguna vez pensé en ello, posteriormente, lo atribuí a su profundo afecto hacia mí.

Y aquella noche, cuando fui a buscarla para salir a dar un paseo en un coche de punto, había desaparecido. No perdí tiempo. Me trasladé a Nueva

York y reservé camarotes en el Pocahontas, que iba a hacerse a la mar el día 4 por la tarde, y luego, al volver a Stamford, logré averiguar, a lo largo de la jornada, que Florence había salido en coche hacia Rye Station. Y allí supe que había tomado el tren de Waterbury, para dirigirse, como es lógico, a casa de su tío. El anciano me recibió con cara de pocos amigos. No me era posible ver a Florence; estaba enferma; no salía de su cuarto. Y, por algo que le oí decir — una extraña frase bíblica que he olvidado— llegué a la conclusión de que toda la familia tenía la intención —nada más ni nada menos— de que Florence no se casara nunca.

Inmediatamente conseguí el nombre del pastor más cercano y una escala de cuerda: no tiene usted idea de la manera tan primitiva en que por aquellos días se arreglaban estas cuestiones en los Estados Unidos. Quizá siga pasando lo mismo. Y a la una de la mañana del 4 de agosto me encontraba en el dormitorio de Florence. Me preocupaba tanto el éxito de mi plan, que nunca consideré que mi presencia allí a la una de la madrugada tuviera nada de impropio. Sólo quería despertarla. Pero no estaba dormida. Me esperaba, y sus parientes acababan de dejarla. Me recibió con un abrazo tan ardiente... Bueno; era la primera vez que me abrazaba una mujer... y fue la última en que un abrazo de mujer ha encerrado algo de ardor para mí...

Supongo que fui yo quien tuvo la culpa de lo que pasó después. En cualquier caso, me corría tanta prisa estar ya casado, y tenía tanto miedo de que su familia me encontrara allí, que no debí corresponder a sus iniciativas amorosas con demasiado entusiasmo. Al cabo de medio minuto ya había abandonado la habitación y descendido por la escala de cuerda. Me tuvo una increíble cantidad de tiempo aguardándola abajo..., sin duda dieron las tres de la madrugada antes de que llamáramos a la puerta del pastor. Y creo que esa espera fue el único indicio de que Florence poseía una conciencia en lo que a mí se refiere, a no ser que el abandonarse por unos momentos en mis brazos fuese también un indicio de conciencia. Imagino que si yo hubiera manifestado ardor entonces, se habría portado conmigo como una verdadera esposa, o tal vez me hubiese rechazado. Pero como me comporté como un caballero de Filadelfia decidió adjudicarme el papel de enfermero. Quizá creyó que no me importaría.

Después, por lo que se me alcanza, nunca volvió a tener el menor remordimiento. Sólo le preocupaba realizar sus planes. Porque, inmediatamente antes de descender por la escala de cuerda, me hizo trepar hasta lo alto de aquel grotesco artefacto por el que subía y bajaba como un calmoso títere. Me encontraba en posesión de todas mis facultades. Florence me dijo con cierta fiereza:

—¿Es seguro que zarpamos esta tarde a las cuatro? ¿No me mientes acerca de los camarotes?

Supuse que estaba deseosa, como es lógico, de poner tierra entre ella y sus parientes, al parecer, enloquecidos, de manera que disculpé sin dificultad que me hubiera creído capaz de mentir acerca de una cosa así. Por tanto, le expliqué con toda claridad que estaba absolutamente decidido a zarpar en el Pocahontas. Entonces ella dijo..., era una madrugada con abundante luz de luna, y Florence me susurraba al oído mientras yo colgaba de la escala. Las colinas que rodean Waterbury se divisaban, extraordinariamente serenas, alrededor de la ciudad. Me dijo, casi con frialdad:

—Quería saberlo para hacer el equipaje. —Y añadió—: Puede que esté enferma, ¿sabes? Imagino que mi corazón es un poco como el del tío Hurlbird. Viene de familia.

Yo le susurré que el Pocahontas era un buque extraordinariamente seguro...

Ahora me pregunto qué ideas cruzaron por la mente de Florence durante las dos horas que me tuvo esperando al pie de la escala de cuerda. Daría cualquier cosa por saberlo. Creo que hasta entonces no tenía un plan bien definido. Desde luego nunca mencionó su corazón hasta aquel momento. Quizá ver de nuevo a su tío Hurlbird le dio la idea. Sin duda su tía Emily, que se había trasladado con ella a Waterbury, debió repetirle, durante horas y horas, que cualquier discusión un poco viva podría matar al anciano caballero. Eso haría que Florence recordara las precauciones contra la emoción con que el estúpido viejito se había visto rodeado durante su viaje alrededor del mundo. Quizá fue eso lo que le dio la idea. De todas formas, creo que tuvo algún remordimiento por causa mía. Leonora me contó que, según Florence, había..., porque Leonora estaba enterada de todo, y una vez llegó incluso a preguntarle cómo podía hacer una cosa tan vil. Mi mujer se disculpó proclamando la existencia de una pasión irresistible. Bueno; yo siempre digo que una pasión irresistible es una buena excusa para cualquier sentimiento. No es posible dominarla. Y también es una buena excusa para obrar sin tapujos: Florence podría haberse escapado con el tipo en cuestión, antes o después de casarse conmigo. Y si no contaban con el dinero necesario para salir adelante, podrían haberse rebanado el pescuezo, o vivido a costa de su familia, aunque, por supuesto, Florence quería tantas cosas que le hubiese resultado muy poco conveniente tener por marido a un dependiente de mercería, que es el empleo que el viejo Hurlbird hubiese dado a aquel individuo. Le odiaba cordialmente. No; no creo que se puedan encontrar muchas excusas para Florence.

Aunque quién sabe. Era una estúpida llena de temores, y también una extraña criatura, y supongo que, por entonces, era cierto que quería a aquel sujeto. Él, desde luego, no sentía nada por Florence. Pobrecilla... De todas formas, después de que yo le asegurara que el Pocahontas era un buque muy seguro, se limitó a decir:

—Necesito atenciones especiales..., que me cuides como cuidan al tío Hurlbird. Te enseñaré a hacerlo. —Y después se subió al alféizar como si estuviera subiendo a bordo de una nave. ¡Imagino que había quemado las suyas!

Sin duda dispuse de suficientes detalles reveladores. Cuando regresamos a la mansión Hurlbird a las ocho de la mañana, los familiares de Florence estaban sencillamente exhaustos. Mi mujer entró con paso decidido y aire triunfante. Nos casamos a eso de las cuatro y permanecimos en el bosque situado encima de la ciudad hasta esa hora, escuchando a un sinsonte que imitaba los aullidos de un gato viejo. Imagino que Florence no encontró muy estimulante el proceso de nuestro matrimonio. Por mi parte, lo más inspirado que supe decir fue que estaba muy contento, con variaciones. Creo que me hallaba demasiado aturdido. Bueno, los Hurlbird también estaban demasiado aturdidos para decir gran cosa. Desayunamos juntos, y luego Florence se fue a preparar sus maletines y sus cosas. El viejo Hurlbird aprovechó la oportunidad para obsequiarme con un auténtico sermón —en el estilo oratorio americano— sobre los peligros que acechaban a la juventud femenina americana en la jungla europea. Dijo que París estaba lleno de enemigos ocultos, cosa de la que él había tenido amarga experiencia. Concluyó, como lo hacen siempre estos pobrecillos, expresando el deseo de que algún día todas las mujeres americanas careciesen de sexo..., aunque no fueron ésas las palabras que utilizó...

Bien; llegamos felizmente al barco a la una y media..., y había una tempestad en el mar. Eso ayudó mucho a Florence. Porque cuando aún no hacía diez minutos que habíamos dejado atrás Sandy Hook, Florence bajó a su camarote y su corazón se convirtió en protagonista. Una camarera presa de agitación subió corriendo a buscarme, y yo también bajé corriendo. Recibí instrucciones sobre cómo comportarme con mi mujer. En su mayor parte procedieron de ella, aunque fue el médico de a bordo quien me sugirió discretamente la conveniencia de evitar cualquier manifestación de afecto. Yo no puse ningún inconveniente.

Como es lógico, me sentía dominado por los remordimientos. Se me ocurrió que el corazón de Florence era la razón del misterioso deseo de los Hurlbird de impedir el matrimonio de su joven y querida sobrina. Por supuesto, su delicadeza les había impedido explicar claramente semejante motivo. Eran gentes de la vieja cepa de Nueva Inglaterra. No querían tener que sugerir a un esposo que no debe besarle la nuca a su mujer. Tampoco les gustaría sugerir que debe hacerlo, si vamos a eso. Me pregunto, sin embargo, cómo consiguió Florence que el médico entrara a formar parte del complot... o, más bien, los diferentes médicos.

Es verdad que su corazón chirriaba un poco: Florence tenía la misma

configuración pulmonar que su tío Hurlbird. Y estando con él tuvo que oír a los especialistas hablar mucho de enfermedades del corazón. En cualquier caso, entre mi mujer y los médicos consiguieron tenerme bien sujeto..., y Jimmy, por supuesto, aquel muchacho tan espantoso..., ¿qué demonios vería Florence en él? Era un ser lúgubre, silencioso, malhumorado. No tenía talento como pintor. Era cetrino y muy moreno, y nunca se afeitaba lo suficiente. Nos salió a recibir a Le Havre y se puso a nuestro servicio durante los dos años siguientes, viviendo en nuestro apartamento de París, tanto si nosotros estábamos allí como si no. Estudiaba pintura en Julien, o algún otro sitio parecido...

Siempre tenía las manos metidas en los bolsillos de sus odiosas americanas de hombros cuadrados y caderas anchas, y sus ojos oscuros se hallaban siempre llenos de ominosos presagios. Estaba, además, demasiado gordo. No hay duda de que yo era el mejor de los dos...

Y creo que Florence me hubiera aceptado como tal. Dio algunas indicaciones de ello. Pienso que, quizá, la enigmática sonrisa con que solía mirarme por encima del hombro cuando entraba en el edificio de los baños era una especie de invitación. Ya lo he mencionado. Era como si estuviera diciendo: «Voy a entrar aquí. Y voy a estar tan desnuda, tan blanca y tan dispuesta..., y tú eres un hombre...». Quizá fuera eso...

No; no creo que le durase mucho el gusto por aquel individuo. Parecía hecho de masilla. Tengo entendido que era esbelto, moreno y muy atractivo en la época de la primera caída de Florence. Pero, el holgazanear por París, sin otra cosa que hacer, gracias al dinero para gastos que ella le daba y a la asignación del viejo Hurlbird para mantenerle alejado de los Estados Unidos, le consiguió en muy poco tiempo la tripa de un hombre de cuarenta, y una buena dispepsia por añadidura.

¡Santo cielo, cómo me manejaron! Fueron ellos dos los que realmente elaboraron las reglas. Ya le he dicho algo acerca de ellas: durante once años tuve que evitar conversaciones sobre temas como el amor, la pobreza, la delincuencia, etc. Pero, al repasar lo ya escrito, me doy cuenta de que le he engañado sin quererlo al decirle que nunca perdía de vista a Florence. Y sin embargo, ésa era la impresión que tenía hasta ahora. Cuando me paro a pensarlo, compruebo que no la veía durante la mayor parte del tiempo.

Dese usted cuenta, aquel individuo me convenció por completo de que Florence necesitaba sobre todo dormir mucho y una total independencia durante sus horas de descanso. Yo no tenía que entrar en su habitación sin llamar antes a la puerta, porque de lo contrario su pobre corazoncito podía lanzarse al galope hacia la destrucción. Decía estas cosas con lúgubres graznidos, y mirándome con ojos tan negros como los de un cuervo, de

manera que a mí me parecía ver morir a la pobre Florence diez veces todos los días..., verla convertirse en un frágil y descolorido cadáver. Qué digo, habría estado tan dispuesto a entrar en su cuarto sin su permiso como a desvalijar una iglesia. Hubiera hecho esto último mucho más fácilmente. Lo habría hecho a ciencia cierta si hubiera creído que el estado de su corazón exigía el sacrilegio. De manera que todas las noches a las diez la puerta se cerraba detrás de Florence, quien con gran dulzura y casi como a regañadientes había apoyado las recomendaciones del tal Jimmy, y procedía a darme las buenas noches como si fuera una dama italiana del cinquecento despidiéndose de su enamorado. Y a las diez de la mañana del día siguiente salía de su cuarto tan lozana como Venus alzándose de cualquiera de los lechos que se mencionan en las leyendas griegas.

Cerraba con llave la puerta de su habitación porque los ladrones la ponían nerviosa; pero se suponía que llevaba sujeto a una de sus frágiles muñecas un aparato eléctrico con un cable. Sólo tenía que apretar un botón para poner en pie a toda la casa. Y a mí se me hizo entrega de un hacha —¡un hacha!—, cielo santo, para tirar la puerta abajo en el caso de que no respondiera a mis llamadas, después de haber golpeado varias veces con fuerza en la puerta. Estaba todo francamente bien pensado, dese usted cuenta. Lo que no estaba tan bien pensado eran las consecuencias que tendría todo aquello a la larga..., el no poder salir de Europa. Porque el tal Jimmy insistió tanto en que Florence moriría si cruzaba el canal de la Mancha..., me convenció hasta tal punto, que, cuando posteriormente mi mujer quiso ir a Fordingbridge, ni siquiera lo discutimos: me limité a rechazar su sugerencia con un lacónico no. Eso la puso en un aprieto y la asustó. Yo tenía incluso el apoyo de todos los médicos. Parecía como si hubiese celebrado interminables entrevistas con un doctor detrás de otro, personas tranquilas y razonables, que preguntaban, con entonación sosegada, si existía algún motivo para que fuésemos a Inglaterra..., algún motivo especial. Y como yo no sabía que existiera ningún motivo especial, me daban enseguida su veredicto: «En ese caso, mejor que no». Tengo la impresión de que eran bastante sinceros, dentro de lo que cabe. Probablemente se imaginaban que las simples asociaciones de ideas creadas por el buque podrían desequilibrar los nervios de Florence. Eso habría bastado; eso y el decidido deseo de que nuestro dinero no saliera del continente.

Todo esto tuvo que resultar un doloroso golpe para la pobre Florence, porque, ya se da usted cuenta, su principal ambición —el único deseo ardiente de su corazón, muy frío para todo lo demás— era instalarse en Fordingbridge y ser una gran dama rural en el hogar de sus antepasados. Pero Jimmy se la jugó a conciencia: le cerró la puerta del canal de la Mancha: incluso en el mejor de los días, con un cielo completamente azul, y las rocas blancas de Inglaterra brillando como madreperla y visibles con toda claridad desde

Calais, yo no la hubiera dejado recorrer la pasarela del buque de línea. Ya le digo que Jimmy la puso en un aprieto.

La puso en un terrible aprieto, porque no podía anunciar de pronto que estaba curada: eso habría hundido la política del dormitorio cerrado con llave, y para cuando se cansó de Jimmy —cosa que sucedió en 1903— ya había iniciado sus relaciones con Edward Ashburnham. Sí, tuvo realmente muy mala suerte, porque Edward la habría llevado a Fordingbridge y, aunque no pudiera darle Branshaw Manor, puesto que el hogar de sus antepasados pertenecía legalmente a Leonora, Florence si hubiese estado en condiciones de representar un papel de protagonista allí o en sus alrededores, gracias a nuestro dinero y al apoyo de los Ashburnham. El tío Hurlbird, en cuanto juzgó que Florence había sentado la cabeza —y yo sólo le enviaba los más entusiastas informes sobre su virtud y su constancia—, le cedió una considerable parte de su fortuna de la que él no hacía ningún uso. Supongo que entre los dos disponíamos de unas quince mil libras al año, aunque nunca llegué a saber cuánto dinero de Florence iba a parar a manos de Jimmy. En cualquier caso podríamos haber destacado en Fordingbridge.

Tampoco supe nunca con claridad cómo Edward y ella se libraron de Jimmy. Imagino que aquel cuervo gordo y poco recomendable se tragó seis dientes de oro a consecuencia de un puñetazo que le propinó Edward una mañana en que yo salí a comprar flores en la rue de la Paix, y dejé en el apartamento a Florence a cargo de los dos. Y le estuvo muy bien empleado: no puedo decir otra cosa. Era un chantajista de la peor especie; confío en que Florence no tenga que hacerle compañía en el otro mundo.

Que Dios me perdone, pero creo que no habría separado a esos dos si hubiese sabido que se amaban real y apasionadamente. Ignoro dónde intervienen en este caso las exigencias de la moralidad pública, y, por supuesto, ningún hombre sabe lo que habría hecho en un caso concreto. Pero creo sinceramente que les hubiera unido, causando el menor escándalo posible. Creo que les hubiera dado los medios económicos para que vivieran y yo me hubiese consolado de alguna manera. Por aquel entonces podría haber encontrado a alguna jovencita, como Maisie Maidan, o la pobre chica, y haber disfrutado de un poco de paz. Porque con Florence no la tuve nunca, y me cuesta trabajo creer que siguiera sintiendo por ella algo parecido al amor después de un año o dos de convivencia. Mi mujer se convirtió para mí en un objeto frágil y precioso, en una cosa agobiante pero extraordinariamente delicada. Qué digo, era como si me hubieran entregado un huevo de gallina con una cáscara muy fina para que lo llevara en la palma de la mano desde África ecuatorial a Hoboken. Sí; Florence se convirtió para mí, por así decirlo, en una recompensa simbólica por determinadas tareas..., en el trofeo que premia las buenas marcas de un atleta, en una corona de laurel, símbolo de su

castidad, de su sobriedad, de su capacidad para abstenerse y de su inflexible voluntad. En cuanto a valor intrínseco como esposa, no creo que tuviera ninguno para mí. Sospecho que ni siquiera me sentía orgulloso de su manera de vestir.

Pero su pasión por Jimmy no era ni siquiera una pasión, y, aunque parezca una locura, Florence temía por su vida. Sí; yo le daba miedo. Le explicaré cómo sucedió.

En los viejos tiempos yo tenía un criado de color llamado Julius, que me servía y me cuidaba y me quería más que a nada en el mundo. Pues bien, cuando dejamos Waterbury para embarcarnos en el Pocahontas, Florence me confió un maletín de cuero muy especial y muy valioso. Me dijo que su vida podía depender de aquel maletín, que contenía las medicinas para sus ataques cardíacos. Y, como nunca he tenido mucha habilidad para llevar cosas, se lo confié, a mi vez, a Julius, que era un hombre de cabello canoso, de unos sesenta años aproximadamente, y que resultaba bastante llamativo. A Florence le causó tal impresión que lo consideraba como una especie de padre, y se negó categóricamente a que lo lleváramos a París. Le hubiese resultado un estorbo.

Bien; a Julius le dolió tanto quedarse en América que inevitablemente tuvo que dejar caer el precioso maletín. Yo monté en cólera y lo vi todo rojo. Me lancé sobre él. En el transbordador, que era donde estábamos, le cerré un ojo de un puñetazo; amenacé con estrangularle. Y como un negro que no se defiende puede hacer unos ruidos muy molestos y dar un deplorable espectáculo, y puesto que se trataba de la primera aventura de Florence después de casada, se hizo una idea muy especial de mi carácter. Reforzó su inquebrantable decisión de ocultarme el hecho de que no era lo que ella misma hubiese llamado «una mujer pura». Porque ése fue el móvil principal de sus fantásticas acciones. Tenía miedo de que yo la asesinara...

De manera que protagonizó su ataque cardíaco en la primera oportunidad, a bordo del buque de línea. Quizá no haya que culparla demasiado. Debe usted recordar que era de Nueva Inglaterra, y que en Nueva Inglaterra no habían llegado aún a odiar a los morenos como lo hacen ahora. Si Florence hubiera sido originaria de un sitio tan poco más al sur de Stamford como Filadelfia, y pertenecido a una familia algo más antigua, habría sabido que pegar a Julius no era en mi caso un hecho tan afrentoso como para su primo, Reggie Hurlbird, decirle a su mayordomo inglés —como yo le he oído hacerlo— que le daría una paliza por menos de nada. Además, el maletín con las medicinas no tenía tanta importancia para ella como para mí, que lo consideraba el símbolo de la existencia de una adorada esposa con la que sólo llevaba casado un día. Para ella no pasaba de ser una mentira útil.

Bien; ahí tiene usted la situación, todo lo claramente que soy capaz de presentarla..., el marido, un estúpido que no se entera de nada; la mujer, fríamente dedicada a los placeres sensuales y con unos miedos perfectamente ridículos (porque yo era tan imbécil que nunca hubiese sabido si me engañaba o me dejaba de engañar); y el amante chantajista. Y después apareció el otro amante...

Bien; Edward Ashburnham merecía la pena. ¿He conseguido hacerle ver a usted que era un individuo realmente espléndido..., un magnífico soldado, un terrateniente excelente, un magistrado amable como pocos, meticoloso y trabajador, un personaje público probo, honesto, que trataba bien a las personas y era imparcial en sus juicios? Imagino que no lo he logrado. La verdad es que no lo supe hasta que apareció la pobre chica..., la pobre chica que era tan recta, tan espléndida y tan honesta como él. Le juro que la chica lo era. Supongo que ésa era en realidad la razón de que le tuviera tanto cariño..., tantísimo cariño. Si me pongo a pensar en ello, recuerdo mil pequeñas muestras de amabilidad, de consideración hacia sus inferiores, incluso en el continente. Fíjese en esto, sé de dos familias de pobres de solemnidad en Hesse, sin el menor atractivo, que este hombre, con infinita perseverancia, libró de sus antecedentes policiales, y consiguió que se defendieran por sí mismos, o que emigraran a mi paciente tierra americana. Y esto lo hacía sin saber apenas explicar el porqué, impulsado por el espectáculo de un niño llorando en la calle. Era capaz de luchar a brazo partido, recurriendo a los diccionarios, para expresarse en aquella lengua que le resultaba tan poco familiar... Lo cierto es que no podía ver llorar a un niño. Quizá tampoco soportaba ver a una mujer sin ofrecerle el consuelo de sus atractivos físicos.

Pero, aunque sentía un gran afecto por él, yo tendía a aceptar sus virtudes como la cosa más natural del mundo. Hacían que me sintiera a gusto con él, que le apreciara; hacían que tuviera confianza en él. Pero creo que las consideraba como parte del carácter de cualquier caballero inglés. Fíjese, un día se le metió en la cabeza que el camarero jefe del Excelsior había estado llorando..., me refiero al individuo con la cara gris y las patillas también grises. Y luego Ashburnham se pasó casi toda una semana escribiendo cartas y visitando al cónsul británico para conseguir que la mujer de aquel pobre hombre volviera de Londres y trajera consigo a su hijita. Se había escapado con un suizo, pinche de cocina. Si no hubiese vuelto antes de una semana, el mismo Edward habría ido a Londres en su busca. Ésa era su manera de ser.

Ashburnham era así, y yo lo veía tan sólo como parte de su deber, dado su rango y su situación en la vida. Quizá no se trataba más que de eso..., pero yo le pido a Dios que me haga cumplir con mis deberes de la misma manera. Y, a no ser por la pobre chica, creo que nunca me habría dado cuenta, aunque lo supiera instintivamente. La chica sentía por él tal entusiasmo que, a pesar de

que incluso ahora sigo sin entender los aspectos técnicos de la vida inglesa, soy capaz de sacar suficientes conclusiones. La chica estuvo con ellos durante la totalidad de nuestra última visita a Nauheim.

La señora Ashburnham era la tutora, si es ése el término correcto, de Nancy Rufford —hija única de su única amiga—, que había vivido con los Ashburnham desde los trece años, cuando, según se decía, su madre se suicidó debido a las brutalidades de su padre. Sí; es una historia muy alegre...

Edward siempre hablaba de ella como «la chica», y era muy hermoso ver el evidente afecto que existía entre los dos. Y en cuanto a Leonora, Nancy le hubiera besado los pies: los Ashburnham eran para ella el mejor hombre y la mejor mujer de la tierra..., y hasta del cielo. Creo que nunca tuvo un mal pensamiento, la pobre chica...

Bien, en cualquier caso, Nancy me cantaba los loores de Edward hora tras hora, pero, como he dicho, yo no le daba mucha importancia. Parece que estaba en posesión de la C. S. D., y que los hombres a su mando le querían con un amor sobrehumano. Nunca se había visto unos soldados como los suyos. Y también tenía la medalla con distintivo de la Real Sociedad Humanitaria. Esto significaba, al parecer, que se había arrojado dos veces al agua desde la cubierta de un transporte de tropas para salvar a lo que la chica llamaba «Tommies», que se habían caído por la borda en el mar Rojo y en otros sitios parecidos. Estuvo dos veces propuesto para la C. V., cualquiera que sea el significado de esa sigla, y, aunque por algunos detalles técnicos nunca recibió esa distinción, al parecer muy codiciada, Ashburnham disfrutaba del privilegio de un sitio especial cerca de su soberano en la ceremonia de la coronación. O quizá se trataba de un puesto en el Cuerpo de Alabarderos. Nancy hacía de él una mezcla de Lohengrin con el Caballero sin Miedo y sin Tacha. Quizá lo fuese... Pero resultaba un individuo demasiado silencioso para hacer realmente decorativo ese lado suyo. Recuerdo que fui a hablar con él por esa época y le pregunté qué era la C. S. D., y me contestó con una especie de gruñido:

—Es una cosa que les dan a los tenderos que han abastecido honestamente a las tropas con café adulterado en tiempo de guerra —algo por el estilo. No logró convencerme, de manera que, al final, se lo planteé directamente a Leonora. Le pregunté sin ambages, aunque introduciendo el tema con algunas consideraciones, como las que ya le he hecho a usted, sobre las dificultades que uno encuentra para conocer realmente a las personas cuando la amistad se lleva de acuerdo con el modelo inglés de relación, le pregunté si su marido no era realmente un tipo espléndido..., por lo menos en el campo de sus funciones públicas. Leonora me miró con aire levemente sorprendido..., con un aire que casi hubiera sido de alarma si es que Leonora pudiera alarmarse alguna vez.

—¿No lo sabía usted? —preguntó ella—. Pensándolo bien no hay otro tipo más espléndido en cualquier condado inglés que usted elija..., en ese campo. —Y añadió, después de haberme mirado reflexivamente durante lo que me pareció un rato muy largo—: Si hay que hacer justicia a mi marido es preciso decir que no puede haber un hombre mejor sobre la tierra. No habría sitio para ello..., en ese campo.

—Bien —dije yo—, entonces debe de ser realmente Lohengrin y el Cid en una sola pieza, porque no hay ningún otro campo que tenga importancia.

De nuevo me miró largo rato.

—¿Está usted seguro de que no hay ningún otro campo que tenga importancia? —me preguntó con gran calma.

—Bueno —contesté alegremente—, no creo que vaya usted a acusarle de no ser un buen marido, o de no ser un buen tutor para esa chica que está bajo su custodia.

Entonces ella habló muy despacio, como una persona que escucha los ruidos en el interior de una concha que se ha llevado al oído, y —¿querrá usted creerlo?— más tarde me dijo que, después de aquellas palabras mías, tuvo por primera vez un vago vislumbre de la tragedia que muy pronto iba a producirse..., aunque la chica había vivido con ellos unos ocho años aproximadamente:

—Oh, no voy a negar que Edward es el mejor de los maridos, y que siente un gran afecto por la chica.

Y entonces yo respondí algo como esto:

—Bueno, Leonora, en estos asuntos un hombre ve incluso más que una esposa. Y, déjeme decirle, que en todos los años que han pasado desde que conozco a Edward, nunca le he visto, en su ausencia, dedicar ni un instante de atención a otra mujer..., ni siquiera con un simple parpadeo. Me hubiese dado cuenta. Y habla de usted como de uno de los ángeles de Dios.

—Oh —Leonora supo estar como de costumbre a la altura de las circunstancias—, tengo la seguridad de que siempre habla bien de mí.

Supongo que tenía mucha práctica en aquel tipo de escena..., la gente debía de pasarse la vida felicitándola por la fidelidad de su marido y lo mucho que la adoraba. Porque medio mundo..., todo el mundo que conocía a Edward y a Leonora creía que la condena de Ashburnham en el asunto Kilsyte había sido un error judicial..., una conjura mediante pruebas falsas, reunidas por adversarios no conformistas. Pero dese usted cuenta de lo imbécil que era yo...

CAPÍTULO II

Déjeme que recuerde dónde estábamos. Ah, sí..., esa conversación tuvo lugar el 4 de agosto de 1913. Le dije a Leonora que aquel mismo día, nueve años antes exactamente, les había conocido a ella y a su marido, de manera que resultaba muy apropiado y parecía casi un discurso de aniversario que yo pronunciase aquellas palabras como homenaje a mi amigo Edward. Estaba en condiciones de afirmar sin la menor reserva que, si bien los cuatro habíamos estado juntos en los lugares más diversos, durante todos aquellos años yo no tenía, por mi parte, la menor queja de ninguno de los dos. Y añadí que era un récord muy poco frecuente entre personas que habían pasado tanto tiempo juntos. No se imagine usted que sólo nos veíamos en Nauheim. A Florence no le hubiese bastado.

Descubro, al repasar mis diarios, que el 4 de septiembre de 1904, Edward vino con Florence y conmigo a París, y que fue nuestro huésped hasta el 21 de aquel mes. También nos hizo otra breve visita en diciembre de aquel año..., el primero de nuestra amistad. Debió de ser durante esta visita cuando le hizo tragarse los dientes al señor Jimmy. Supongo que Florence le pidió que fuera a París con esa intención. En 1905 Edward estuvo tres veces en París..., una de ellas con Leonora, que quería comprarse ropa. En 1906 pasamos casi seis semanas juntos en Mentone, y, al volver camino de Londres, Edward estuvo con nosotros en París. Así marchaban las cosas.

Lo cierto es que con Florence el pobre desgraciado cayó en manos de un verdadero demonio, a cuyo lado Leonora era un simple niño de pecho. Tuvo que pasarlo terriblemente mal. Leonora quería conservarle por —¿cómo lo diría yo?—, por el bien de su Iglesia, digamos, para demostrar que las mujeres católicas no pierden a sus maridos. Dejémoslo así, por el momento. Quizá luego escriba más acerca de sus motivos. Pero Florence no estaba dispuesta a soltar al propietario del hogar de sus antepasados. No hay duda de que era también un amante muy apasionado. Pero estoy convencido de que se había cansado de Florence a los tres años de disfrutar, aunque fuese con interrupciones, de su compañía y de la vida que le obligaba a llevar...

Si Leonora mencionaba de pasada en una carta que tenían con ellos a alguna invitada —o incluso si mencionaba simplemente un nombre de mujer en una carta dirigida a mí—, Florence ponía al instante un desesperado telegrama en clave a aquel pobre desgraciado en Branshaw, exigiéndole, bajo la amenaza de una inmediata y horrible revelación, que se reuniera con ella y le diera seguridades acerca de su fidelidad. Creo que Edward hubiera estado dispuesto a plantarle cara; creo que se hubiera desprendido de Florence,

aceptando el riesgo de verse descubierto. Pero entonces habría tenido que vérselas con Leonora. Y Leonora le aseguraba que si yo llegaba a enterarme del más mínimo detalle de la verdadera situación, se tomaría la más terrible venganza que fuese capaz de imaginar. Así que el pobre Edward no lo tenía muy fácil. Florence exigía más y más atenciones a medida que pasaba el tiempo. Le obligaba a besarla en cualquier momento del día; y tan sólo gracias a que logró hacerle comprender con toda claridad que una divorciada nunca alcanzaría una buena posición en el condado de Hampshire, Ashburnham pudo impedir que le obligara a escaparse con ella en tren. Ya lo creo que sí; era una tarea bien difícil para Edward.

Porque Florence, fíjese usted, al alcanzar con el tiempo una idea más equilibrada de la naturaleza humana, y totalmente dominada por sus hábitos de locuacidad, había llegado a un estado de ánimo en el que le parecía casi necesario contármelo todo..., nada menos. Dijo que su situación conmigo era insoportable.

Se proponía contármelo todo, lograr que yo le concediera el divorcio, e instalarse con Edward en California... No creo que hablara en serio al decir esto último. Habría supuesto el fin de todas sus esperanzas acerca de Branshaw Manor. Además se le había metido en la cabeza que Leonora, que tenía una salud de hierro, estaba tuberculosa. Siempre le suplicaba, en mi presencia, que fuese a ver a un médico. El pobre Edward, a pesar de todo, creía que Florence estaba decidida a marcharse con él. Nunca hubiera accedido, por supuesto; quería demasiado a su mujer. Pero si Florence le hubiera puesto entre la espada y la pared, yo me habría enterado, y él habría desencadenado la venganza de Leonora, que podía hacerle la vida muy difícil de diez o doce maneras distintas. Leonora me aseguró más tarde que las habría usado todas. Estaba decidida a que no hirieran mis sentimientos. Y tenía plena conciencia de que, por aquellas fechas, lo más penoso para Edward habría sido que ella se negara a verle de nuevo...

Bien; creo que lo he explicado con bastante claridad. Vayamos al 4 de agosto de 1913, el último día de mi absoluta ignorancia..., y, se lo aseguro, de mi perfecta felicidad. Porque la llegada de la chica sólo servía para acrecentarla.

La noche de aquel 4 de agosto yo estaba sentado en el salón del hotel con un inglés bastante odioso llamado Bagshawe, que había llegado demasiado tarde para la cena. Leonora acababa de irse a acostar y yo esperaba a que Florence, Edward y la chica volvieran de un concierto en el Casino. No habían ido juntos. Recuerdo que mi mujer dijo en un principio que se quedaría con Leonora y conmigo, y Edward y la chica se marcharon solos. Entonces Leonora le dijo a Florence con la más absoluta calma:

—Me gustaría que fuese usted con esos dos. Debemos dar la sensación de que la chica lleva una acompañante cuando va con Edward a esos sitios. Creo que ha llegado ya el momento de hacerlo. —De manera que Florence, con su rápida manera de andar, salió tras ellos. Iba de luto por una prima o algo parecido. Los americanos son muy especiales en esas cuestiones.

Seguimos sentados en el salón hasta eso de las diez, cuando Leonora subió a acostarse. Había sido un día muy caluroso, pero allí hacía fresco. El individuo llamado Bagshawe estuvo leyendo *The Times* al otro lado de la habitación, pero después se acercó a mí con alguna pregunta banal como preludeo a la posible iniciación de unas relaciones amistosas. Creo que me preguntó algo sobre los impuestos aplicables a los huéspedes del balneario, y si era posible eludirlos. Era ese tipo de persona.

Bueno; se trataba de un hombre inconfundible, con un aire militar más bien exagerado, ojos saltones que evitaban mirar directamente a los de su interlocutor, y una tez pálida que sugería vicios secretos junto con un desagradable deseo de hacer amistades a toda costa... Sapo asqueroso...

Empezó contándome que procedía de Ludlow Manor, cerca de Ledbury. El nombre me resultó vagamente familiar, aunque no supe dónde encajarlo. Después pasó a hablar de un impuesto sobre lúpulos, sobre los lúpulos de California, y sobre Los Ángeles, donde había estado. Se esforzaba por encontrar un tema con el que pudiera ganarse mi afecto.

Y luego, repentinamente, por la calle brillantemente iluminada, vi a Florence que corría. Ni más ni menos: Florence corriendo con el rostro más blanco que el papel y la mano en el pecho, destacando sobre la tela negra. Se lo aseguro; a mí se me paró el corazón. Le aseguro que no pude moverme. Entró a toda prisa por la puerta giratoria. Recorrió con la vista las sillas con asiento de enea, las mesas de mimbre y los periódicos. Me vio y abrió la boca. Luego se fijó en el hombre que estaba hablando conmigo. Se tapó la cara con las manos como si quisiera sacarse los ojos. Y un instante después ya no estaba allí.

No pude moverme; no pude ni mover un dedo. Y entonces aquel hombre dijo:

—¡Caramba, Florry Hurlbird! —Se volvió hacia mí emitiendo un desagradable y untuoso sonido que pretendía ser una carcajada. Iba realmente a congraciarse conmigo.

—¿No sabe usted quién es? —preguntó—. La última vez que vi a esa chica estaba saliendo del dormitorio de un joven llamado Jimmy, a las cinco de la mañana. En mi casa de Ledbury. Ya se ha dado usted cuenta de que me ha reconocido.

Estaba de pie, mirándome desde arriba. Ignoro qué aspecto tenía yo. En cualquier caso, Bagshawe emitió una especie de ruido gorgoteante y luego tartamudeó:

—Oh, me parece... —Esas fueron las últimas palabras tuyas que oí jamás. Mucho más tarde logré abandonar el salón y subí al cuarto de Florence. No había cerrado la puerta con llave..., por primera vez en nuestra vida de casados. Estaba tumbada en la cama y con una pose muy respetable, a diferencia de la señora Maidan. Con la mano derecha sujetaba un frasco que normalmente debería haber contenido nitrato de amilo. Eso pasó el 4 de agosto de 1913.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

Lo extraño es que sean las palabras de Leonora lo que destaca entre mis otros recuerdos de aquella noche.

—Claro que puede usted casarse con ella —y cuando le pregunté con quién, me respondió:

—Con la chica.

Ahora bien, esto es para mí una cosa realmente asombrosa..., asombrosa por la luz que proyecta sobre la complejidad del corazón humano. Porque yo, conscientemente, no había tenido nunca ni la más mínima idea de casarme con la chica; nunca se me ocurrió que pudiera quererla. Debí de hablar de una manera muy extraña, como las personas que se recuperan de una anestesia. Es como si uno tuviera una doble personalidad, una de ellas totalmente desconocida para la otra. Yo no había pensado nada, y sin embargo, dije una cosa realmente extraordinaria.

No sé si el análisis de mi propia psicología tiene la menor importancia en esta historia. Yo diría que no, o, al menos, diría que ya me he extendido bastante acerca de ella. Pero aquella extraña observación mía tuvo una gran importancia sobre lo que sucedió después. Me refiero a que probablemente Leonora nunca me hubiera hablado de las relaciones de Florence con Edward si yo no hubiese dicho, dos horas después de la muerte de mi esposa:

—Ahora puedo casarme con la chica.

Fue entonces cuando Leonora dio por sentado que yo había sufrido igual que ella o, por lo menos, que había permitido lo mismo que ella había permitido. De manera que, hace un mes, alrededor de una semana después del funeral del pobre Edward, pudo decirme de la manera más natural del mundo (yo había estado hablando de la duración de mi estancia en Branshaw), con su voz clara y su tono reflexivo:

—Quédese aquí para siempre jamás si le es posible. —Y luego añadió—: No podría ser para mí más hermano de lo que ya es, ni mejor consejero, ni podría proporcionarme mayor apoyo. Es usted el único consuelo que me queda en el mundo. Y, ¿no resulta extraño pensar que si su esposa no hubiese sido la amante de mi marido, probablemente no estaría usted ahora aquí?

Así fue como lo supe... la verdad me alcanzó en pleno rostro, por así decirlo. No respondí y supongo que tampoco sentí nada, a no ser que lo hiciera con ese yo misterioso e inconsciente que subyace en la mayoría de las personas. Tal vez algún día, cuando no sepa lo que hago o me haya convertido en sonámbulo, vaya a escupir sobre la tumba del pobre Edward. Parece muy poco probable; pero nunca se sabe.

No; no recuerdo haber experimentado la menor emoción de ningún tipo, tan sólo el sentimiento de lucidez que se tiene de vez en cuando si se oye que la esposa de Fulano de Tal está «en muy buenas relaciones» con cierto caballero. Todo quedó mucho más claro, de repente, para mi curiosidad. Fue como si comprendiera, en aquel momento de una ventosa tarde de noviembre, que, cuando volviese a pensar en ello posteriormente, me encontraría con una docena de cosas inexplicadas que de pronto casarían a la perfección. Pero no pensé entonces en esas cosas: lo recuerdo con toda claridad. Estaba recostado, de manera un tanto rígida, en un sillón muy hondo. Eso es lo que recuerdo. Y que se estaba haciendo de noche.

Branshaw Manor descansa en una pequeña hondonada con zonas de césped alrededor y bosques de pino en el límite de la depresión. El viento inmenso, viniendo a través del bosque, rugía sobre nuestras cabezas. Pero la vista desde la ventana era perfectamente tranquila y gris. Nada se movía, con la excepción de una pareja de conejos en la zona de césped más distante. Nos encontrábamos en el pequeño estudio de Leonora, esperando a que nos trajeran el té. Yo, como ya he dicho, estaba sentado en un sillón muy hondo, mientras Leonora, de pie junto a la ventana, hacía girar la esfera de madera en el extremo del cordón que servía para abrir y cerrar los visillos, dándole vueltas y más vueltas sin saber muy bien lo que hacía. Miró hacia la zona más distante del césped y dijo, según creo recordar:

—Edward sólo lleva diez días muerto y, sin embargo, ya tenemos a los conejos en el jardín.

Al parecer los conejos hacen mucho daño al césped en Inglaterra. Luego se volvió hacia mí y dijo, sin tratar de quitarle hierro, porque recuerdo con toda exactitud sus palabras:

—Creo que Florence cometió una estupidez suicidándose.

No soy capaz de explicarle la extraordinaria sensación de tiempo disponible que los dos parecíamos tener en aquel momento. No era como si estuviéramos esperando un tren, no era como si estuviéramos esperando una comida..., era exactamente como si no hubiese nada que esperar. Nada en absoluto.

El remoto e intermitente sonido del viento creaba una extraña quietud. Había una luz gris en aquel cuarto pequeño y marrón. Y no parecía que hubiese nada más en el mundo.

Supe entonces que Leonora se disponía a contármelo todo. Era como si..., o más bien, no; la realidad era que Leonora, con un extraño sentido inglés del pudor, había decidido esperar a que Edward llevara una semana entera en la tumba antes de hablar. Y con la vaga intención de darle una idea de la extensión con que podía permitirse hacerme confidencias, dije lentamente..., y estas palabras las recuerdo también con exactitud:

—¿Es que Florence se suicidó? No lo sabía.

Trataba simplemente, dese usted cuenta, de hacerle saber que, si se disponía a hablar tendría que hacerlo sobre muchas más cosas de lo que ella creía necesario.

De manera que aquélla fue la primera noticia que tuve de que Florence se había suicidado. Ni se me había pasado por la imaginación. Quizá piense usted que mi falta de sospechas es a todas luces singular; quizá considere incluso que fui un imbécil. Pero tenga usted en cuenta mi situación.

En semejantes circunstancias de algarabía, de alboroto, del estrépito de muchas personas corriendo juntas, de la reserva profesional de individuos como los gerentes de los hoteles, de la reserva tradicional de «gente bien» como los Ashburnham..., en tales circunstancias es algún pequeño objeto material, siempre, lo que atrae la atención y pone en marcha las ideas. Yo carecía de la más pequeña pista para suponer un suicidio y la presencia del frasquito de nitrato de amilo en la mano de Florence me sugirió inmediatamente la idea de un fallo cardíaco. El nitrato de amilo, permítame recordarle, es una medicina que se utiliza para aliviar a las personas con angina de pecho.

Al ver a Florence, como yo la había visto, corriendo con el rostro muy pálido y una mano sobre el corazón, y viéndola, como la vi poco después,

tendida sobre la cama con el familiar frasquito marrón bien sujeto entre los dedos, era perfectamente natural que se me ocurriera esa idea. Tal como sucedía de vez en cuando, pensé yo, había salido del hotel sin su medicina y, al notar que iba a tener un ataque mientras estaba en los jardines, volvió en busca del nitrato con la esperanza de conseguir, lo más de prisa posible, un alivio para su dolencia. Y resultaba igualmente inevitable que mi mente formulara la idea de que el corazón, incapaz de soportar el esfuerzo de la carrera, se le había roto dentro del pecho. ¿Cómo podía yo saber que, durante toda nuestra vida de casados, el frasquito marrón no contenía nitrato de amilo sino ácido prúsico? Era totalmente inconcebible.

Ni siquiera Edward Ashburnham, cuya intimidad con ella, después de todo, era mayor que la mía, tuvo el menor barrunto de la verdad. Pensó simplemente que había muerto de repente a causa de un paro cardíaco. De hecho, me imagino que las únicas personas que supieron que Florence se había suicidado fueron Leonora, el Gran Duque, el jefe de la policía y el gerente del hotel. Menciono a estos tres últimos porque mis recuerdos de aquella noche están ligados únicamente a la especie de resplandor rosado procedente de las luces eléctricas del salón del hotel. Allí se presentan ante mi conciencia, como globos flotantes, los rostros de aquellos tres. Una vez era la cabeza monárquica y benevolente del Gran Duque, con su barba; luego la fisonomía angulosa y morena del jefe de policía con sus bigotes de caballería; a continuación el vacío globular, brillante y de cuello alto que representaba monsieur Schontz, el propietario del hotel. A veces una cabeza estaba sola; en otro momento el puntiagudo casco del oficial quedaba muy cerca de la saludable calva del príncipe; después los grasientos rizos de monsieur Schontz se abrían paso entre los otros dos. La voz suave y exquisitamente educada del soberano decía, «¡Ja, ja, ja!», y cada palabra caía como una suave pella de sebo; luego surgía el amortiguado chirrido del oficial: «Zum Befehl Durchlaucht», como cinco disparos de revólver; mientras la voz de monsieur Schontz seguía sonando y sonando convertida en un susurro, como la de un clérigo desaseado que recitara el breviario en el ángulo de un vagón de tren. Así era como se me presentaban.

Parecían no enterarse de mi existencia; creo que ninguno de ellos llegó a dirigirme la palabra. Pero mientras uno u otro, o los tres, estuvieron allí, se quedaban a mi alrededor como si, por ser el propietario titular del cadáver, tuviera derecho a estar presente en sus conferencias. Luego todos se marcharon y yo me quedé solo mucho tiempo.

Y no pensé en nada; absolutamente en nada. No tenía ni ideas, ni fuerza. No estaba apenado, ni sentía deseos de hacer nada, ni inclinación a subir las escaleras y derrumbarme sobre el cuerpo de mi esposa. Sólo veía el resplandor rosado, las mesas de mimbre, las palmeras, los cerilleros redondos, los

ceniceros con muescas. Y luego Leonora vino junto a mí y parece que yo le hice esta singular observación:

—Ahora me puedo casar con la chica.

Pero con esto quedan agotados todos mis recuerdos de aquella noche, que son también los recuerdos de los tres o cuatro primeros días que vinieron después. Me hallaba en un estado simplemente cataleptico. Me acostaban y me quedaba en la cama; me traían la ropa y yo me vestía; me llevaron junto a una tumba abierta y permanecí junto a ella. Si me hubieran conducido junto a la orilla de un río o arrojado bajo un tren, me habría ahogado o habría sido despedazado sin modificar mi actitud. Era un muerto vivo.

Bueno; ésas son mis impresiones.

Lo que en realidad había pasado fue esto. Logré reconstruirlo posteriormente. ¿Recuerda usted que Edward Ashburnham y la chica habían salido aquella noche para asistir a un concierto en el Casino y que Leonora le pidió a Florence, casi inmediatamente después de que se marcharan, que los siguiera e hiciera de carabina? Florence, quizá también lo recuerde usted, iba de luto por la muerte de una prima, Jean Hurlbird. La noche era muy oscura, y la chica llevaba un vestido de muselina de color crema, que debía de brillar suavemente bajo los grandes árboles del parque como un pez fosforescente en una alacena. No hubiera sido posible encontrar mejor guía.

Y parece que Edward Ashburnham no llevó a la chica directamente por la avenida del Casino, sino que la condujo bajo los oscuros árboles del parque. Edward me contó todo esto en su estallido final. Ya le he explicado que en aquella ocasión puso de manifiesto una endiablada elocuencia. Yo no le forcé en absoluto. No tenía ningún motivo para hacerlo. En aquel momento no le relacionaba en absoluto con mi mujer. Pero Ashburnham hablaba como un novelista barato... O como un novelista muy bueno, si vamos a eso, en el caso de que la misión de un novelista sea hacernos ver las cosas con claridad. Y le aseguro que veo aquello con la misma claridad que si fuera un sueño que nunca me abandonase. Parece que, no muy lejos del Casino, Edward y la chica se sentaron en un banco en un sitio que estaba a oscuras. Las luces del edificio debían de llegar hasta ellos entre los troncos de los árboles, ya que, según dijo Edward, veía muy bien el rostro de la chica: aquel rostro amado con la frente muy despejada, la boca singular, las torturadas cejas y los ojos que miraban de hito en hito. Y, para Florence, que se acercaba sigilosamente por detrás, debían de presentar la apariencia de siluetas. Porque yo deduzco que Florence se acercó sigilosamente por detrás atravesando el césped hasta un árbol que, lo recuerdo muy bien, estaba inmediatamente detrás de aquel banco. No fue una hazaña muy difícil para una mujer movida por los celos. La orquesta del Casino estaba tocando, como Edward se acordó de explicarme, la marcha de

Rakocsy, y, aunque no se oía desde tan lejos con la fuerza suficiente para ahogar la voz de Edward Ashburnham, era sin duda lo bastante audible como para borrar, entre los ruidos de la noche, los roces y los crujidos de los pies o del vestido de Florence mientras se acercaba a través del césped. Y aquella miserable recibió el golpe en pleno rostro, con toda la fuerza imaginable. Tuvo que ser horrible. ¡Horrible! Bueno, supongo que se merecía todo lo que le pasó.

En cualquier caso, ahí tiene usted la escena, los árboles inmensamente altos, olmos en su mayor parte, alzándose y ondeando en la negra neblina que de noche parecen conjurar a su alrededor; las siluetas de aquellos dos en el banco; los rayos de luz que llegaban desde el Casino; la mujer de negro espiando temerosa tras el tronco de un árbol. Es melodrama; pero no puedo evitarlo.

Y luego, al parecer, a Edward Ashburnham le sucedió algo. Me aseguró — y carezco de razones para no creerle— que hasta aquel momento no tenía ni la más remota idea de estar enamorado de la chica. Dijo que hasta entonces la había visto exactamente como si fuera su hija. La quería, desde luego, pero con un cariño muy profundo, muy tierno y muy tranquilo. La echó de menos cuando se fue al internado de las monjas; se alegró de que volviera. Pero no era consciente de que hubiese nada más. Si hubiera sido consciente, me aseguró, habría huido de ello como de la peste. Se daba cuenta de que para Leonora sería el ultraje definitivo. Pero lo importante era su total ignorancia de lo que le sucedía. Fue con ella al parque en tinieblas sin que se le acelerara el pulso, sin desear la intimidad que proporciona la soledad. Fue con intención de hablar de caballos de polo, de raquetas de tenis; de hablar sobre la manera de ser de la reverenda madre del internado del que Nancy acababa de salir y sobre si cuando volvieran a Inglaterra su vestido para una fiesta debería ser blanco o azul. No se le pasó por la imaginación que fuesen a hablar de ninguna cosa de que no hubiesen hablado ya muchas veces; nunca se le había ocurrido que el tabú que se extendía alrededor de la muchacha no fuese inviolable. Y luego, de repente, sucedió aquello...

Ashburnham puso mucho cuidado en hacerme ver que en aquel momento no hubo ningún componente carnal en su declaración. No le pareció que estuviera en juego la oscuridad de la noche, ni la proximidad corporal, ni nada por el estilo. No; parece que Edward sólo habló del efecto de Nancy en el lado moral de su vida. Dijo que nunca tuvo ni la más remota intención de estrecharla entre sus brazos ni tan siquiera de tocarle la mano. Dijo que estuvieron sentados, ella en un extremo del banco y él en el otro; él ligeramente inclinado hacia ella, y la chica mirando directamente hacia el Casino, con el rostro iluminado por las luces. Ashburnham sólo podía describir la expresión de la cara de Nancy como «extraña».

En otra ocasión, es cierto, lo contó como si hubiera pensado que la chica estaba contenta. Es fácil imaginarse que lo estaba, ya que por entonces no tenía ni idea de lo que sucedía en realidad. Francamente, Nancy adoraba a Edward Ashburnham. Según todas sus manifestaciones de por entonces, el marido de Leonora era para ella el modelo de ser humano, de héroe, de atleta, de padre de la patria, de legislador. De manera que verse repentina, íntima y abrumadoramente elogiada, tiene que haber sido motivo de simple alegría, por muy emocionante que resultara. Tuvo que ser como si un dios hubiera elogiado sus labores manuales o un rey su lealtad. Se limitó a permanecer inmóvil y a escuchar, sonriendo.

Y debió parecerle que toda la amargura de su infancia, el terror que le inspiraba su colérico padre, los lamentos de su madre, que tenía una lengua despiadada, habían quedado repentinamente cancelados. Por fin obtenía su recompensa. Porque, lógicamente, si usted se pone a pensarlo, un repentino torrente de pasión surgido de la boca de un hombre a quien se considera como una mezcla de padre y de ministro religioso puede revestir, para una mujer, el aspecto de un simple elogio por buena conducta. Quiero decir que no parecería en absoluto un intento de posesión. La chica, por lo menos, consideraba Edward firmemente anclado a su Leonora. No tenía ni el más remoto indicio de la existencia de infidelidades. Ashburnham siempre le habló de su mujer en términos de reverencia y de profundo afecto. Le hizo pensar que consideraba a Leonora absolutamente impecable y absolutamente satisfactoria. A la chica, el matrimonio de sus padres adoptivos le parecía una de esas benditas uniones de las que la Iglesia habla y a las que contempla con reverencia.

De manera que cuando Edward le dijo que era la persona que más quería en el mundo, Nancy pensó, como es lógico, que Edward hacía excepción de Leonora y simplemente se sintió contenta. Era como un padre diciendo que estaba satisfecho de una hija casadera... Y Ashburnham, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, controló su lengua inmediatamente. La chica estaba contenta y siguió estando contenta.

Supongo que fue la cosa más monstruosamente perversa que Edward Ashburnham hizo en toda su vida. Y sin embargo, estoy tan cerca de todas estas personas que no soy capaz de creerlos perversos. Sólo puedo pensar en Edward como una persona recta, honrada y espléndida. Quiero decir que ésa es, a pesar de todo, la imagen permanente que tengo de él. A veces, demorándome en las cosas que hizo, trato de apartar de mí esa imagen suya, como usted podría tratar de apartar un péndulo de buenas proporciones. Pero la verdad es que siempre vuelve..., el recuerdo de sus innumerables actos de bondad, el recuerdo de su eficacia, de su lengua ajena a cualquier rencor. Era una persona espléndida. Así que, tanto en este caso como en otros muchos, me siento forzado a tratar de excusarle. No tengo la menor duda de que intentar

corromper a una joven que acaba de salir del internado es una cosa monstruosa. Pero creo que Edward no tenía la menor intención de corromperla. Creo simplemente que la amaba. Él dijo que eso fue lo que pasó y yo, por lo menos, le creo y creo también que fue la única mujer que amó de verdad. Él dijo que era así; e hizo lo necesario para probarlo. Y Leonora dijo que era así, y ella le conocía mejor que nadie.

Yo he llegado a hacerme muy cínico en estas cuestiones; quiero decir que es imposible creer en la permanencia del amor del hombre o de la mujer. O, por lo menos, es imposible creer en la permanencia de una pasión temprana. Tal como yo lo veo, con relación al hombre por lo menos, un enamoramiento, el amor por una mujer determinada, está dentro del género de la ampliación de la experiencia. Con cada mujer hacia la que un hombre se siente atraído parece llegar un ensanchamiento de la propia visión o, si lo prefiere usted, parece llegar la adquisición de un nuevo territorio. La configuración de las cejas, el tono de la voz, un extraño gesto característico, todas estas cosas —y son estas cosas las que hacen la pasión amorosa—, todas estas cosas, digo, son, en el horizonte del paisaje, otros tantos objetos que tientan a un hombre para que vaya más allá, para que explore. Quiere llegar, por así decirlo, detrás de esas cejas con un dibujo peculiar, como si deseara ver el mundo con los ojos que protegen. Quiere oír esa voz ensayando todas las afirmaciones posibles, hablando de todos los asuntos imaginables; quiere ver esos gestos característicos delante de todos los fondos posibles. Sobre el instinto sexual sé muy poco y no creo que signifique mucho en una pasión realmente grande. Puede despertarse por cosas tan insignificantes —un cordón desatado de un zapato, la mirada de unos ojos al pasar—, que creo mejor dejarlo fuera de nuestros cálculos. No quiero decir con esto que existan grandes pasiones sin el deseo de llegar a la consumación. Eso me parece que es un hecho sabido y que se trata por tanto de una cuestión que no es necesario comentar. Es una cosa, con todos sus accidentes, que hay que dar por sentado, como en una novela, o en una biografía, damos por sentado que los personajes toman sus comidas con cierta regularidad. Pero la verdadera fiebre del deseo, el verdadero fuego de una pasión largo tiempo mantenida y que termina por agotar el alma de un hombre, es el vehemente anhelo de identidad con la mujer que ama. Desea ver con los mismos ojos, tocar con los mismos órganos del tacto, oír con los mismos oídos, perder su identidad, sentirse envuelto, ser sostenido. Porque se diga lo que se quiera sobre la relación entre los sexos, no hay hombre que ame a una mujer sin desear acudir a ella para renovar su arrojo, para acabar con sus dificultades. Y ese será el manantial del deseo que sienta por ella. Todos tenemos mucho miedo, todos estamos muy solos, todos estamos muy necesitados de alguna confirmación exterior de que merecemos existir.

De manera que, durante algún tiempo, si tal pasión llega a consumarse, el hombre conseguirá lo que desea. Logrará el apoyo moral, el aliento, el alivio

de la sensación de soledad, la seguridad de su propia valía. Pero estas cosas pasan; pasan tan inevitablemente como las sombras atraviesan los relojes de sol. Es triste, pero es así. Las páginas del libro se hacen familiares; hemos tomado demasiadas veces la curva más hermosa de la carretera. Bien; ésta es la historia más triste.

Y sin embargo, creo firmemente que para cada hombre llega al fin una mujer..., pero no; ésta es la manera equivocada de formularlo. Para cada hombre llega al fin una época en la vida en que la mujer, al poner en ese momento su sello en la imaginación masculina, lo pone definitivamente. Ese hombre no viajará ya en busca de nuevos horizontes; nunca más se echará el macuto a la espalda; abandonará esos escenarios. Se habrá retirado.

Tal fue al menos el caso con Edward y la pobre chica. Y lo fue de la manera más literal. Era literalmente cierto que sus pasiones —por la amante del Gran Duque, por la señora Basil, por la diminuta señora Maidan, por Florence, por quien usted quiera— no fueron más que galopadas preparatorias para su carrera final contra la muerte por causa de la chica. Estoy seguro de ello. No voy a ser tan americano como para decir que todo amor verdadero exige algún sacrificio. No lo exige. Pero creo que todo amor será más verdadero y más permanente si se ha impuesto algún autosacrificio. Y, en el caso de las otras mujeres, Edward apareció y desapareció de sus vidas con la misma limpieza con que se llevó la pelota de polo bajo las narices del conde barón von Lelöffel. No quiero decir con esto que no hiciera todos los esfuerzos imaginables para conquistar a las otras mujeres; pero con la chica llegó a los últimos extremos y a la muerte..., en sus esfuerzos por dejarla sola.

Y, al hablar a Nancy aquella noche, estoy convencido de que Edward no cometió una bajeza. Era como si su pasión por ella no existiese; como si las palabras mismas que utilizaba, sin saber que las decía, hubieran creado la pasión progresivamente. Antes de hablar, nada existía; después, era el hecho fundamental de su vida. Bien, debo volver a mi relato.

Y mi relato se ocupa de Florence..., de Florence, que oyó aquellas palabras desde detrás del árbol. Eso, por supuesto, no es más que una conjetura, pero creo que está muy justificada. Tenemos el dato de que los otros dos salieron, de que ella les siguió casi inmediatamente en la oscuridad y de que, un poco más tarde, regresó corriendo al hotel con el rostro muy pálido y la mano encima del corazón. No puede haber sido Bagshawe únicamente. Su rostro estaba contraído por el dolor antes incluso de que sus ojos se posaran sobre mí o sobre la persona que estaba a mi lado. Pero me atrevo a decir que Bagshawe pudo ser la influencia determinante de su suicidio. Leonora dice que Florence tuvo en su poder, durante muchos años, aquel frasco, teóricamente de nitrato de amilo, pero en realidad de ácido prúsico, y que estaba decidida a usarlo si yo llegaba alguna vez a descubrir la naturaleza de sus relaciones con el tal

Jimmy. ¿Se da usted cuenta? El móvil central de su carácter tiene que haber sido la vanidad. No hay ninguna razón para que no lo fuera; supongo que es vanidad lo que, en este mundo, hace que la mayoría de nosotros sigamos siendo honrados, si es que lo somos.

Si hubiera sido únicamente el problema de las relaciones de Edward con la chica, creo que Florence se hubiera enfrentado con él. Le habría hecho escenas, sin duda alguna, le habría amenazado, habría acudido a su sentido del humor, a sus promesas. Pero el señor Bagshawe y el hecho de que estuviésemos a 4 de agosto debieron de ser un golpe demasiado fuerte para su mente supersticiosa. Compréndalo usted, había dos cosas que quería: ser una gran dama, con residencia en Branshaw Teleragh, y también que yo siguiese respetándola.

Quería, más exactamente, que yo la respetara mientras siguiese viviendo conmigo. Supongo que si hubiera persuadido a Edward Ashburnham para que se escapase con ella, habría dejado que se fuera todo al garete. O quizá habría intentado exigirme un nuevo respeto por la grandeza de su pasión, en la línea de «todo por el amor, aunque haya que renunciar al mundo». Eso habría estado muy de acuerdo con la manera de ser de Florence.

En todas las uniones matrimoniales existe, creo yo, un factor constante: el deseo de engañar a la persona con quien se vive acerca de algún punto débil en el propio carácter o en la propia carrera. Porque resulta intolerable vivir constantemente con un ser humano que advierte nuestras pequeñas mezquindades. Es realmente mortal hacerlo: por eso hay tantos matrimonios que terminan siendo desgraciados.

Yo, por ejemplo, soy un hombre glotón; me gusta la buena comida y se me hace la boca agua simplemente con oír pronunciar el nombre de ciertos comestibles. Si Florence hubiese descubierto este secreto mío, saberla en posesión de este dato me habría resultado tan insoportable que nunca hubiese podido aguantar las otras privaciones del régimen de vida que me había impuesto. Estoy obligado a decir que Florence nunca descubrió este secreto.

Por lo menos, nunca hizo la menor alusión en ese sentido; creo que nunca se interesó por mí lo suficiente como para descubrirlo.

Y la secreta debilidad de Florence..., la debilidad que no podía soportar que yo descubriera, era precisamente su temprana aventura con el tal Jimmy. Permítame, ya que, con toda probabilidad, sea ésta la última vez que mencione el nombre de Florence, que me detenga un poco en el cambio que se había producido en su psicología. Quiero decir que no le hubiera importado que yo descubriese que era la amante de Edward Ashburnham. Más bien le hubiera gustado. De hecho, el problema más importante con que se enfrentaba Leonora por aquellos días era evitar que Florence hiciera delante de mí

manifestaciones teatrales, en una línea u otra, acerca precisamente de este hecho. Cuando la dominaba un determinado estado de ánimo, deseaba venir corriendo a mí, ponerse de rodillas a mis pies y lanzar una parrafada cuidadosamente estudiada y terriblemente emocional acerca de su pasión. Quería demostrar que era como una de esas grandes mujeres apasionadas de las que nos habla la historia. En otro estado de ánimo diferente deseaba venir a mí desdeñosamente y decirme que yo era bastante menos que un hombre y que lo sucedido era inevitable cuando aparecía un verdadero varón. Esto quería decirlo con frases frías, equilibradas y sarcásticas. Eran los momentos en que deseaba identificarse con la heroína de una comedia francesa. Porque, como es lógico, Florence siempre estaba representando.

Pero lo que no quería que yo supiera era su primera aventura con Jimmy. Había llegado a comprender el tipo de rufián de barrio bajo neoyorquino que era aquel sujeto. ¿Sabe usted lo que es sentir escalofríos en la edad madura por alguna estúpida e insignificante equivocación cometida —de ordinario por alguna insignificante, pero sincera, razón sentimental— en la primera juventud? Bien; eso era lo que sentía Florence al pensar que se había entregado a semejante individuo. En mi opinión no tenía por qué estremecerse. Todo fue obra del inútil de su tío; nunca debiera haberse llevado a esos dos a dar la vuelta al mundo mientras él se encerraba en su camarote la mayor parte del tiempo. En cualquier caso, estoy convencido de que la presencia del señor Bagshawe y la idea de que el señor Bagshawe..., porque Florence estaba al tanto de su desagradable y repelente personalidad..., la idea de que el señor Bagshawe fuese a revelarme casi con toda seguridad que la había sorprendido saliendo del dormitorio de Jimmy a las cinco de la mañana del día 4 de agosto de 1900..., fue la influencia determinante en su suicidio. Y sin duda la coincidencia de fechas era más de lo que su temperamento supersticioso podía soportar. Había nacido un 4 de agosto; inició la vuelta al mundo un 4 de agosto; se convirtió en amante de un tipo vulgar en otro 4 de agosto. Ese mismo día, al año siguiente, se casó conmigo, y en aquel 4 de agosto perdió el amor de Edward y surgió Bagshawe como un siniestro augurio..., como una sonrisa macabra en el rostro del destino. Fue la última gota. Florence subió corriendo las escaleras, se colocó decorativamente sobre la cama: era una mujer bonita y dulce, con suaves mejillas de rosas y leche, cabellos largos, y pestañas que caían como diminutas cortinas sobre sus mejillas. Se bebió el frasquito de ácido prúsico y quedó allí tumbada. Extraordinariamente sugestiva y en perfecto orden... mirando, perpleja, la bombilla que colgaba del techo, o quizá viendo a través de ella las estrellas en el cielo. ¿Quién sabe? De todas formas, aquello significó el fin de Florence.

No se hace usted idea de hasta qué punto la desaparición de mi mujer fue para mí una cosa extraordinaria. Desde aquel día hasta hoy no he vuelto a pensar en ella; no he gastado en ella ni un suspiro. Por supuesto, cuando ha

sido necesario hablar de Florence con Leonora, o cuando, con motivo del relato que estoy escribiendo he tratado de entenderla, he pensado en ella como podría pensar en un problema de álgebra. Pero siempre ha sido un tema para el estudio, no para el recuerdo. Simplemente, Florence dejó de existir por completo, como el periódico de ayer.

Yo estaba mortalmente cansado. Y creo que mi semana o mis diez días de postración —prácticamente en estado cataléptico— no fue otra cosa que el reposo que mi organismo exhausto reclamaba después de doce años de representar el papel de caniche bien amaestrado. Porque esto era lo que yo había sido. Supongo que fue el golpe lo que tuvo la culpa..., los diferentes golpes. Pero me noto poco dispuesto a atribuir mis sentimientos de aquel momento a algo tan concreto como un sobresalto. Era un sentimiento de extraordinaria tranquilidad. Como si algo intensamente pesado..., una mochila insoportablemente pesada, que llevase sujeta a los hombros con correas, hubiera caído al suelo, dejándome los hombros —en los que las correas se habían clavado profundamente— entumecidos y sin sensación de vida. Se lo aseguro, no lo lamenté en absoluto. ¿Qué tendría que lamentar? Supongo que mi yo interior —mi otra personalidad— se había dado cuenta mucho antes de que Florence era una criatura de papel: que representaba a un verdadero ser humano con un corazón, con sentimientos, con simpatías y con emociones de la misma manera que un billete de banco representa cierta cantidad de oro. Sé que esa intuición tomó cuerpo: en el momento en que aquel individuo, Bagshawe, me dijo que la había visto salir del dormitorio de Jimmy. Pensé de repente que Florence no era real; no era más que una masa de palabras sacadas de guías turísticas, de dibujos sacados de figurines de moda. Es incluso posible que si aquella sensación no se hubiera apoderado de mí, hubiese subido corriendo a su habitación mucho antes e impedido quizá que se bebiera el ácido prúsico. Pero me fue imposible hacerlo; hubiera sido como perseguir un trozo de papel; una ocupación innoble para un hombre adulto.

De manera que este asunto se ha quedado tal como empezó. No me interesó saber si Florence había salido o no de aquel dormitorio. Simplemente me daba lo mismo. Mi mujer carecía por completo de importancia.

Supongo que usted replicará diciendo que estaba enamorado de Nancy Rufford y que mi indiferencia era, por tanto, simple egoísmo. Bien; no estoy tratando de evitar el descrédito. Estaba enamorado de Nancy Rufford como lo estoy de la memoria de la pobre niña, con serenidad y ternura, a mi manera americana. Nunca había pensado en ello hasta que oí afirmar a Leonora que ya me podía casar con ella. Pero, desde aquel momento hasta que le sucedió algo peor que la muerte, creo que no pensé prácticamente en ninguna otra cosa. No quiero decir que suspirase por ella o que gimiera; sólo quería casarme con ella como algunas personas quieren ir a Carcasona.

¿Entiende usted el sentimiento..., la sensación de que uno necesita quitarse ciertas cosas de encima, resolver ciertas complicaciones sin importancia antes de ir a un sitio que ha sido para él, durante toda su vida, una ciudad soñada? Yo no le daba mucha importancia a la edad: tenía cuarenta y cinco y ella, pobrecilla, iba tan sólo camino de los veintidós. Pero poseía más madurez y serenidad de lo que le correspondía por sus años. Parecía haber en Nancy un extraño componente de santidad, como si inevitablemente tuviera que acabar en un convento con una toca blanca enmarcándole el rostro. Pero me había dicho con frecuencia que no tenía vocación; que el deseo de ser monja no existía, simplemente. Bien; supongo que yo mismo era una especie de convento; parecía bastante apropiado que me hiciera a mí los votos.

No; no vi que la cuestión de la edad fuese un impedimento. Creo que no se lo parece a ningún hombre, y tenía bastante confianza en que, con un poco de preparación, haría feliz a una muchacha. Podría mimarla como pocas jovencitas lo habían sido nunca; y no me consideraba repulsivo. Ningún hombre lo hace, y si alguna vez llega a sucederle, significa que está acabado. Pero, tan pronto como salí de la catalepsia, me pareció advertir que el problema..., que lo que tenía que hacer para prepararme, era simplemente tomar de nuevo contacto con la vida. Porque yo me había pasado doce años en una atmósfera enrarecida; lo que tenía que hacer por tanto era luchar un poco con la vida real, pelear de algún modo con hombres de negocios, viajar entre grandes ciudades, correr algún riesgo, hacer algo varonil. No quería presentarme ante Nancy Rufford como una especie de solterona. Esa fue la razón de que, tan sólo dos semanas después del suicidio de Florence, saliera con rumbo a Estados Unidos.

CAPÍTULO II

Inmediatamente después de la muerte de Florence, Leonora empezó a atar corto a Nancy Rufford y a Edward. Había adivinado lo que sucediera bajo los árboles cerca del Casino. Los Ashburnham se quedaron en Nauheim algunas semanas más después de mi marcha, y Leonora me ha dicho que fue la peor época de toda su vida. Le resultó como un largo y silencioso duelo con armas invisibles: tales fueron sus palabras. Y todo resultaba aún más difícil por la total inocencia de la muchacha. Porque Nancy estaba tratando siempre de salir con Edward..., como había hecho toda su vida cuando volvía a casa para pasar las vacaciones. Sólo quería que Edward volviera a decirle cosas agradables.

Dese cuenta de que la situación era extraordinariamente complicada. Era todo lo complicada que podía ser, dentro de unas coordenadas muy sutiles.

Estaba la complicación causada por el hecho de que Edward y Leonora nunca hablaban entre sí excepto cuando había otras personas delante. En esos casos, como ya he dicho, su manera de comportarse era perfecta. Estaba la complicación causada por la total inocencia de la muchacha; estaba además la complicación de que tanto Edward como Leonora consideraban de verdad que la chica era su propia hija. O quizá fuese más exacto decir que los dos la consideraban hija de Leonora. Y Nancy era una extraña muchacha; es muy difícil describírsela.

Nancy era una chica alta y llamativamente delgada; tenía una boca torturada, unos ojos desesperados y un sentido del humor totalmente fuera de lo ordinario. Puede decirse que unas veces era desaforadamente grotesca y otras extraordinariamente hermosa. Qué digo, tenía el pelo negro más espeso que he visto nunca; solía preguntarme cómo soportaba tan enorme carga. Acababa de cumplir los veintiuno y unas veces parecía tan vieja como Matusalén y otras no pasaba de los dieciséis. Tan pronto estaba hablando de las vidas de los santos como revolcándose por el césped con el cachorro de San Bernardo. Podía galopar con los lebreles como una ménade y permanecer horas sentada perfectamente inmóvil, empapando en vinagre un pañuelo detrás de otro cuando Leonora tenía una de sus jaquecas. Era, dicho brevemente, un milagro de paciencia que podía mostrarse casi milagrosamente impaciente. Sin duda la causa de ello era su educación en un internado. Recuerdo que una de las cartas que me escribió, cuando andaba por los dieciséis años, decía más o menos lo siguiente:

«El día del Corpus Christi (o pudo haber sido algún otro día de fiesta, porque nunca consigo que se me queden estas cosas en la cabeza) nuestro colegio jugó al hockey con Roehampton. Y, al ver que íbamos perdiendo por tres goles a uno al acabar el primer tiempo, nos retiramos a la capilla y rezamos pidiendo la victoria. Ganamos por cinco a tres». Y recuerdo que parecía describir después una especie de fiestas saturnales. Por lo que parece, cuando las victoriosas quince u once jugadoras entraron en el refectorio para cenar, todo el internado saltó sobre las mesas y lanzaron vítores y rompieron las sillas e hicieron añicos la vajilla..., durante cierto tiempo, hasta que la reverenda madre tocó la campanilla. Se trata, por supuesto, de la tradición católica: fiestas saturnales que pueden acabar de pronto, como el chasquido de un látigo. A mí, desde luego, es una tradición que no me gusta, pero estoy obligado a decir que le daba a Nancy —o por lo menos era algo que ella tenía— un sentido de rectitud que no he visto nunca superado. Era una cosa como un cuchillo que se asomaba a sus ojos y que hablaba con su voz, pero sólo de tarde en tarde. A mí me asustaba de la manera más absoluta. Supongo que casi me daba miedo estar en un mundo donde pudieran darse aquellos niveles de exigencia. Recuerdo que cuando Nancy tenía quince o dieciséis años, una vez le di un par de soberanos como regalo al volver al internado. Me dio las

gracias de una manera peculiarmente sincera, diciendo que le iban a resultar muy útiles. Le pregunté por qué y me lo explicó. Existía una regla en el internado según la cual las alumnas no debían hablar mientras cruzaban el jardín para ir desde la capilla al refectorio. Y puesto que aquella regla le parecía estúpida y arbitraria, Nancy la quebrantaba a propósito día tras día. Al llegar la noche, se preguntaba a todas las niñas si habían cometido alguna falta, y todas las noches Nancy confesaba haber infringido aquella regla particular. Cada falta le costaba seis peniques, que era la multa que tenía que pagar. Simplemente por curiosidad le pregunté por qué la confesaba siempre, y me contestó exactamente con estas palabras:

—Bueno, las chicas del Santo Niño siempre se han caracterizado por su amor a la verdad. Es una lata terrible, pero tengo que hacerlo.

Creo que su desdichada infancia, previa a la mezcla de saturnales y de disciplina que era su vida en el internado, contribuyó de algún modo a convertirla en una criatura extraña. Su padre era un hombre violento, rematadamente loco, comandante en un regimiento de montañeses en Escocia. No bebía, pero tenía un carácter imposible, y el primer recuerdo de Nancy era el de su padre dándole un puñetazo a su madre, de manera que la señora Rufford cayó al suelo, quedando inmóvil junto a la mesa del desayuno. La madre de Nancy era sin duda una mujer irritante y, por lo que parece, los soldados de aquel regimiento también eran irritantes, de manera que la casa era un perpetuo escenario de alborotos y protestas. La señora Rufford era la mejor amiga de Leonora, y Leonora resulta muy hiriente en ocasiones. Pero tengo la impresión de que no se la puede comparar con la señora Rufford. El comandante aparecía a la hora de comer muy molesto y escupiendo juramentos después de una insatisfactoria mañana dedicada a la instrucción con sus tercios soldados bajo un sol de justicia. Y entonces la señora Rufford hacía algún comentario sarcástico y acto seguido se organizaba un verdadero pandemonio. En una ocasión, cuando tenía unos doce años, Nancy trató de separarlos. Su padre le dio un golpe tan terrible en la frente que estuvo tres días inconsciente. Nancy, sin embargo, parecía preferirle. Recordaba amabilidades suyas, aunque fuesen un poco bruscas. Una o dos veces, cuando era muy pequeña, su padre la había vestido de una manera torpe e impaciente, pero llena de ternura. Casi siempre resultaba imposible conseguir que durasen los criados y a veces, durante varios días seguidos, la señora Rufford era incapaz de hacer nada, al parecer. Me imagino que bebía. En cualquier caso, tenía una lengua tan afilada que incluso Nancy la temía..., tanto era lo que se burlaba de cualquier manifestación de ternura y tanto lo que despreciaba todos los desahogos sentimentales. Nancy tuvo que ser una niña muy emotiva.

Luego, un día, muy de repente, al regresar de un paseo hasta Fort William, Nancy había sido enviada, con su institutriz, que estaba muy pálida,

directamente al Sur, a aquel internado. Ella esperaba ir allí al cabo de dos meses. Su madre desapareció de su vida. Quince días después Leonora fue al internado y le dijo que su madre había muerto. Quizá fuese así. En cualquier caso, yo nunca me enteré hasta el final de lo que había sido de la señora Rufford. Leonora no hablaba nunca de ella.

Y luego el comandante Rufford marchó a la India, de donde regresaba muy de tarde en tarde y sólo para visitas muy breves; Nancy se fue integrando gradualmente en la vida de Branshaw Teleragh. Creo que desde entonces llevó una vida muy feliz hasta el final. Había perros y caballos y criados muy antiguos, y también estaba el bosque. Y Edward y Leonora, que la querían mucho.

Yo la conocía desde siempre —quiero decir que todos los veranos venía a reunirse con los Ashburnham en Nauheim durante los últimos quince días de su estancia— y la vi crecer de año en año. Conmigo siempre estaba muy alegre. Incluso me besaba siempre, por la mañana y por la noche, hasta que tuvo alrededor de dieciocho años. Y daba saltos alrededor y me traía cosas y se reía con mis historias sobre la vida en Filadelfia. Pero por debajo de su alegría me imagino que permanecían al acecho algunos terrores. Recuerdo un día, precisamente acababa de cumplir los dieciocho, durante una de las escasas visitas de su padre a Europa, en que estábamos sentados en los jardines del balneario, cerca de la fuente con manchas ferruginosas. Leonora tenía una de sus jaquecas y aguardábamos a que Florence y Edward volvieran de tomar los baños. No se hace usted idea de lo hermosa que estaba Nancy aquella mañana.

Hablábamos sobre la conveniencia de comprar billetes de lotería..., sobre el aspecto moral de la cuestión, quiero decir. Ella iba toda vestida de blanco, muy alta y muy frágil; sólo entonces empezaba a recogerse el cabello, de manera que la curva de su nuca tenía ese toque encantador de la juventud y de lo desconocido. Sobre su garganta jugaba el reflejo de un pequeño charco dejado por la tormenta de la noche anterior, y todo el resto de sus facciones quedaba incluidas en la sombra luminosa y difusa de su sombrilla blanca. Sus cabellos oscuros apenas asomaban bajo el ancho sombrero blanco de paja; su cuello era muy largo y lo inclinaba hacia adelante, y las cejas, al arquearse un poco mientras se reía de algún giro pasado de moda en mi manera de hablar, abandonaban su expresión atormentada. Y había algo de color en sus mejillas y luz en sus ojos de un azul intenso. Y cuando pienso que aquel ser blanco tan lleno de vida, aquella criatura tan virtuosa y tan semejante a un cisne... cuando pienso que... Nancy era como la vela de un barco, tan blanca y tan precisa en sus movimientos. Y cuando pienso que nunca... Que nunca volverá a hacer nada. No lo puedo creer...

En cualquier caso estábamos charlando sobre la moralidad de las loterías. Y entonces, de repente, de entre los arcos detrás de nosotros nos llegó el

sonido de la inconfundible voz de su padre; era como si una sirena para la niebla hubiese bramado con especial intensidad. Volví la mirada para verle. Un hombre alto, rubio, estirado, de unos cincuenta años, que se alejaba acompañado de un barón italiano que había tenido mucho que ver con el Congo belga. Debían hablar de la manera adecuada de tratar a los nativos, porque le oí decir:

—¡Al diablo con el humanitarismo!

Cuando miré de nuevo a Nancy tenía los ojos cerrados y el rostro más pálido que el vestido, que recibía por lo menos algunos reflejos rosados de la grava del suelo. Era horrible verla con los ojos cerrados de aquella manera.

Dejó escapar una breve exclamación, y su mano que había dado la impresión de estar tanteando, se detuvo por un momento en mi brazo.

—No hable nunca de ello. Prométame que nunca se lo contará a mi padre. Hace que me vuelvan aquellos horribles sueños... —Y, cuando abrió los ojos, miró directamente a los míos—. Cualquiera pensaría —dijo— que los santos benditos pueden evitarnos cosas así. No creo que todos los pecados del mundo hagan que nos las merezcamos.

Dicen que a la pobrecilla siempre se le permitía tener una luz por la noche, incluso en su dormitorio... Y, sin embargo, ninguna jovencita podría haber jugado más sutil y afectuosamente con un padre adorado. Siempre le estaba sujetando por las solapas; interrogándole sobre cómo empleaba el tiempo; besándole la coronilla. Ah, si alguna vez ha habido una criatura bien educada, ésa ha sido ella.

El pobre desgraciado se encogía delante de su hija... pero Nancy no podía haber hecho más para lograr que se sintiera a gusto. Quizá le habían dado clases de eso en el internado. Era únicamente la peculiar entonación de su voz cuando se mostraba altanero o dogmático, lo que conseguía acobardarla..., y esto sólo era visible si sucedía inesperadamente. Porque los malos sueños que los santos benditos permitían que Nancy tuviera parecían anunciarse con el sonido retumbante de la voz de su padre. Era el sonido que precedía siempre la entrada del comandante Rufford en el comedor donde tenían lugar los terribles almuerzos de su infancia...

Ya le he informado anteriormente en este mismo capítulo de cómo Leonora dijo que, durante el resto de su estancia en Nauheim después de que yo me marchara, le había parecido mantener un largo duelo con armas invisibles frente a silenciosos adversarios. Nancy, como también he dicho ya, siempre trataba de salir sola con Edward. Esa había sido su costumbre durante años. Y Leonora descubrió que era deber suyo impedirlo. Resultaba muy difícil. Nancy estaba acostumbrada a hacer su santa voluntad, y durante años había salido

con Edward a cazar ratas o conejos, a pescar salmón en Fordingbridge, a hacer las visitas caritativas que a Edward le gustaban, o a ver a los arrendatarios. Y, en Nauheim, Edward y ella habían ido siempre solos al Casino por las noches. Por lo menos siempre que Florence no reclamaba las atenciones de Ashburnham. El hecho de que a Florence nunca se le hubiese ocurrido tener celos pone de manifiesto el carácter inocente del afecto que sentían el uno por el otro. Leonora, por su parte, había cultivado la costumbre de acostarse a las diez.

No sé cómo lo consiguió, pero, durante todo el tiempo que estuvieron en Nauheim, fue capaz de no dejarles nunca solos, excepto a plena luz del día y en sitios llenos de gente. Si esto lo hubiese hecho un protestante, la chica se habría sentido sin duda alguna cohibida. Pero los católicos, que tienen siempre reservas mentales y extrañas zonas de secreto, pueden resolver estos problemas mucho mejor. Y creo que hubo dos cosas que lo hicieron más fácil: la muerte de Florence y el hecho de que Edward estaba, sin duda, poniéndose enfermo. Daba la impresión de encontrarse muy mal; empezaba a cargarse de hombros; tenía bolsas bajo los ojos y momentos de extraordinaria falta de atención.

Leonora se describe a sí misma vigilándole como un gato feroz vigila a una paloma distraída en una calzada. También en esa vigilancia silenciosa creo que Leonora revelaba la condición de católica: manifestaba ser parte de un grupo de personas que tienen ideas ajenas a las nuestras y las guardan para sí mismos. Y las ideas pasaban por su cabeza: algunas llegaron incluso hasta Edward, sin que se pronunciara nunca una palabra. Al principio Leonora pensó que podría ser el remordimiento, o el pesar por la muerte de Florence. Pero estuvo observando y observando, y al parecer dejó caer al azar, delante de la chica, frases sobre Florence, y se dio cuenta de que su marido no sentía ningún dolor ni remordimientos. No se le ocurría que Florence pudiera haberse suicidado sin escribirle al menos una perorata. La ausencia de semejante documento le daba la seguridad de que había sido un fallo cardíaco. Porque Florence nunca le había contado la verdad sobre aquel punto. Pensaba que le daba un aire más romántico a los ojos de Edward.

No, Ashburnham no sentía remordimientos. Estaba en condiciones de decirse a sí mismo que, hasta dos horas antes de su muerte, había tratado a Florence con el tipo de atenta galantería que ella deseaba. Leonora llegó a esa conclusión por la forma de mirar de su marido, y por la manera en que se cuadró delante de Florence, mientras yacía en el ataúd; por esto y por otras mil pequeñeces. Hablaba de repente de Florence a la chica y Edward no se sobresaltaba en absoluto; ni siquiera prestaba atención, y se limitaba a seguir mirando el mantel con los ojos inyectados en sangre. Ashburnham bebía mucho por aquella época: un continuo empaparse en alcohol todas las noches

hasta mucho después de que Nancy y su mujer se hubieran ido a acostar.

Porque Florence sirvió de excusa para que la chica se acostara a las diez, aunque a Nancy le pareciera muy poco razonable. Entendía que, al estar algo así como de medio luto por Florence, no debiera aparecer por sitios públicos como el Casino; pero no veía por qué no podía acompañar a su tío durante sus paseos vespertinos por el parque. No sé qué excusa le dio Leonora..., algo, me imagino, relacionado con una plegaria nocturna que la chica y ella rezaban por el alma de Florence. Y luego, una noche, como unos quince días después, cuando Nancy, cada vez más impaciente, incluso con los ejercicios piadosos, protestó una vez más para que se le permitiera salir de paseo con Edward, y Leonora no sabía ya qué decir, Edward se rindió sin condiciones. Acababa de levantarse de la mesa después de cenar y tenía la cara vuelta.

Pero giró pesadamente la cabeza y miró de lleno a su esposa con ojos inyectados en sangre.

—El doctor Von Hauptmann —dijo— ha ordenado que me vaya a la cama inmediatamente después de cenar. Mi corazón está mucho peor.

Siguió mirando a Leonora durante todo un largo minuto..., con una especie de abatido desprecio. Y Leonora entendió que, con aquellas palabras, le estaba dando la excusa que necesitaba para separarle de la chica, y que con los ojos le reprochaba que le creyera capaz de tratar de corromper a Nancy.

Edward subió en silencio a su habitación y permaneció allí un buen rato — hasta que la chica estuvo acostada— leyendo el libro anglicano de oraciones. A eso de las diez y media Leonora oyó sus pasos cuando cruzaba por delante de su puerta, camino del piso bajo. Dos horas y media después los oyó de nuevo, dando traspiés.

Leonora siguió reflexionando sobre esta situación hasta la última noche de su estancia en Nauheim. Entonces actuó de repente. Después de cenar, miró a su marido y dijo:

—Teddy, ¿no te parece que podrías desobedecer una noche las órdenes del médico e ir al Casino con Nancy? La pobre chica no ha disfrutado nada con su visita.

Él la miró a su vez durante un largo minuto, para restablecer el equilibrio.

—Claro que sí —dijo finalmente.

Aquellas tres palabras, dijo Leonora, le proporcionaron mayor alivio que cualquier otro conjunto de cuatro sílabas a lo largo de toda su vida. Porque se dio cuenta de que Edward no se estaba desmoronando por el deseo de poseer a Nancy, sino debido a la obstinada decisión de reprimirse. Podía aflojar un poco la vigilancia.

Sin embargo, se quedó a oscuras detrás de las persianas medio cerradas, mirando hacia la calle y la noche y los árboles hasta que, ya muy tarde, oyó la cristalina voz de Nancy acercándose y diciendo:

—Sí que parecías un viejo con esa nariz postiza.

Habían participado en la celebración de una fiesta local en el Kursaal. Y Edward replicó con su habitual bondad, fingidamente malhumorada:

—Pues tú eras el vivo retrato de la vieja madre Sideacher.

La chica apareció caminando airosamente, convertida en silueta detrás de un farol de gas; Edward, también en silueta, avanzaba desgarradamente a su lado. Hablaban igual que lo habían hecho desde que Nancy tenía diecisiete años; con el mismo tono, repitiendo la misma broma sobre una vieja mendiga que siempre les divertía en Branshaw. La chica, un poco después, abrió la puerta de Leonora mientras aún estaba besando a Edward en la frente como lo había hecho todas las noches.

—Lo hemos pasado maravillosamente —dijo—. Creo incluso que Edward se encuentra mucho mejor... Hemos echado una carrera de veinte metros para ver quién llegaba antes a casa. ¿Por qué estás completamente a oscuras?

Leonora oyó a Edward moviéndose por su dormitorio, pero, debido al parloteo de la chica, no supo si había vuelto a marcharse o no. Y luego, mucho más tarde, cuando pensó que si Edward estaba bebiendo de nuevo habría que hacer algo para evitarlo, abrió por primera vez, y muy silenciosamente, la puerta siempre cerrada entre sus dos habitaciones. Quería ver si su marido había vuelto a salir. Edward estaba de rodillas junto a la cama, con la cabeza hundida en la colcha. Sus brazos, extendidos, alzaban una pequeña imagen de la Virgen; una cosa muy chillona, de color escarlata y azul de Prusia que la chica le había regalado al regresar por primera vez del internado. Antes de que Leonora pudiera cerrar la puerta de nuevo, los hombros de Ashburnham se agitaron tres veces convulsivamente y de sus labios salieron profundos sollozos. Edward no era católico; pero ésa fue la manera que tuvo de afectarle.

Leonora durmió aquella noche por primera vez con un sueño desprovisto de sobresaltos.

CAPÍTULO III

Y después Leonora se vino abajo completamente, el día que regresaron a Branshaw Teleragh. El hecho de que ninguna desgracia venga sola es sin duda el castigo idóneo para nuestras mentes miserables..., el azote de un destino

atroz pero probablemente justo. No; todo gran sufrimiento, aunque el dolor mismo haya desaparecido, deja en su lugar una sucesión de horrores, de infelicidad y desesperación. Porque Leonora, personalmente, se sintió aliviada. Tuvo el convencimiento de que podía confiar en Edward, y además estaba totalmente segura de la integridad de Nancy. Y así, con la disminución de la vigilancia, vino la laxitud mental. Quizá sea ésta la parte más lamentable de toda la historia. Porque es lamentable ver cómo cede una inteligencia a pesar de tener unas ideas muy claras; y Leonora cedió.

Debe usted darse cuenta de que amaba a Edward con una pasión que era, sin embargo, como un paroxismo de odio. Y había vivido con él durante años y años sin dirigirle una palabra de ternura. No sé cómo podía hacerlo. El principio de su relación fue que la casaron con él. Leonora era una de las siete hijas de una familia que habitaba en una descuidada mansión irlandesa casi desprovista de muebles, mansión a la que había regresado después de terminar sus estudios en el internado del que ya he hablado numerosas veces. Había salido de él un año antes, y sólo tenía diecinueve. Es imposible imaginar una inexperiencia comparable con la suya. Casi podría decirse que nunca había hablado con un hombre que no fuera sacerdote. Al regresar directamente del internado, se refugió detrás de los altos muros de aquella mansión que era casi más recoleta que cualquier internado religioso. Estaban las siete chicas, la agotada madre, y el angustiado padre a quien durante aquel año los colonos dispararon tres veces con postas desde detrás de los setos. A las mujeres de la familia puede decirse que, en conjunto, los arrendatarios las respetaban. Una vez a la semana cada una de las chicas, puesto que había siete, salía de paseo con su madre en el viejo calesín de mimbre, tirado por un caballo muy gordo y muy pesado. De vez en cuando hacían alguna visita, pero eran tan poco frecuentes que, Leonora me lo ha asegurado, durante el año que siguió a su salida del internado sólo pisó en tres ocasiones la casa de otras personas. Durante el resto del tiempo las siete hermanas corrían por los descuidados jardines entre las espalderas sin podar. O jugaban al tenis, o al balonmano junto a una esquina del gran muro que rodeaba el jardín..., un rincón del que los árboles frutales habían desaparecido mucho tiempo atrás. Pintaban acuarelas; bordaban; copiaban versos en álbumes. Una vez a la semana iban a misa; y también una vez a la semana al confesionario, acompañadas por una vieja nodriza. Eran felices, ya que nunca habían conocido otra vida.

Por eso les pareció un lujo desusado que un día viniera un fotógrafo desde la capital del condado y las retratara de pie, a las siete, a la sombra de un viejo manzano con líquenes grises sobre el retorcido tronco.

Pero no se trataba de un lujo.

Tres semanas antes el coronel Powys había escrito al coronel Ashburnham:

«Y digo yo, Harry, ¿no podría casarse tu Edward con una de mis chicas? Sería una bendición para mí; porque estoy en las últimas y, una vez que se coloca a una chica, la siguen todas las demás».

Continuaba diciendo que todas sus hijas eran altas, muy derechas, bien proporcionadas y absolutamente puras, y le recordaba al coronel Ashburnham que, cuando se casaron, cosa que hicieron el mismo día, aunque en iglesias diferentes, puesto que una era católica y la otra anglicana, los dos acordaron la noche antes que, llegado el momento, uno de sus hijos se casaría con una de sus hijas. La señora Ashburnham era una Powys y seguía siendo la amiga más querida de la señora Powys. Fueron de un sitio para otro por el mundo como hacen los militares ingleses, encontrándose en muy pocas ocasiones, pero no por ello las mujeres dejaron de escribirse. Se contaban cosas insignificantes como las vicisitudes de Edward y de las hijas mayores de los Powys durante la dentición o la mejor manera de reparar una carrera en una media. Y, aunque se vieran muy pocas veces, sus encuentros bastaban para mantener vivo en la mente el recuerdo de sus respectivas personalidades, progresivamente menos ágiles con el paso de los años, pero siempre con suficientes cosas que contar y con una buena reserva de recuerdos. Luego, cuando sus hijas empezaron a alcanzar la edad en que tenían que dejar el internado al que se las envió regularmente durante los años de servicio activo, el coronel Powys abandonó el ejército empujado por la necesidad de proporcionarles un hogar. Sucedió que los Ashburnham nunca habían visto a ninguna de las hijas de sus amigos, si bien en todas las ocasiones en que las dos parejas se reunieron en Londres, Edward Ashburnham formaba parte del grupo. Por entonces tenía veintidós años y creo que era casi tan puro de mente como la misma Leonora, aunque resulte difícil entender cómo un muchacho puede mantener su inteligencia ajena a toda corrupción en el mundo en que vivimos.

Esto se debió en parte al tacto de su madre, en parte al hecho de que el internado donde vivió en Winchester se caracterizaba por un ambiente particularmente virtuoso, y en parte a la peculiar aversión que sentía hacia cosas como el lenguaje vulgar y los chistes groseros. En Sandhurst se limitó a mantenerse al margen de ese tipo de cosas. Le gustaba la vida militar, las matemáticas, la agrimensura, la política y, por un extraño sesgo de su mente, la literatura. Incluso cuando tenía veintidós años se pasaba horas leyendo las novelas de Scott o las Crónicas de Froissart.

La señora Ashburnham consideraba que era una mujer muy afortunada por tener semejante hijo, y casi todas las semanas escribía a la señora Powys abundando en su satisfacción.

Luego, un día, dando un paseo por Bond Street con su hijo, después de haber estado en Lord's, la señora Ashburnham notó cómo Edward volvía bruscamente la cabeza para mirar por segunda vez a una chica elegantemente

vestida con la que se acababan de cruzar. También escribió a la señora Powys acerca de ello, y expresó cierta preocupación. Por parte de Edward había sido un acto puramente reflejo. Estaba tan enfrascado en el esfuerzo memorizador que su instructor le exigía para los exámenes que en realidad no se dio cuenta de lo que hacía.

Fue esta carta de la señora Ashburnham la responsable de que el coronel Powys escribiera al coronel Ashburnham: una carta mitad humorística, mitad anhelante. La señora Ashburnham obligó a su marido a contestar, con una carta un poco más desenfadada: algo así como que el coronel Powys debería darles alguna idea de las mercancías que intentaba colocar. Esa fue la causa de la fotografía. He tenido ocasión de verla, con las siete chicas, todas vestidas de blanco, todas de rasgos muy similares..., todas, a excepción de Leonora, con una barbilla un poco demasiado marcada y una expresión un tanto estúpida en los ojos. Creo que también hubiese hecho que Leonora tuviera demasiada barbilla y pareciese un poco estúpida, porque no era una buena fotografía. Pero la sombra de una de las ramas del manzano le tapó la cara, dejándola casi completamente en sombras.

A continuación vino un periodo extremadamente difícil para el coronel Powys y su mujer. La señora Ashburnham escribió para decir que, con absoluta sinceridad, nada calmaría tanto sus ansiedades maternas como casar a su hijo con una de las señoritas Powys si Edward mostraba inclinación a hacerlo así. Porque, añadía, en el caso de su querido hijo sólo cabía pensar en un matrimonio por amor. Pero los pobres Powys tenían que hilar tan fino en cuestiones de dinero que incluso lograr que los jóvenes se conocieran constituía una jugada arriesgadísima.

El simple gasto de mandar a una de sus hijas desde Irlanda a Branshaw bastaba para aterrorizarles; y la chica que ellos eligieran podía no ser la que lograra cautivar a Edward. Por otra parte, los gastos de comida y sábanas extra para una visita de los Ashburnham también les aterrorizaban. Significaría, de manera matemática, que ellos tendrían después que ayunar durante otras tantas comidas. De todas formas decidieron correr el riesgo y los tres Ashburnham fueron huéspedes de la solitaria mansión. Los Powys pudieron ofrecer a Edward caza y pesca en condiciones bastante agrestes, y un torbellino de feminidad; pero debo decir que las muchachas causaron mayor impresión en la señora Ashburnham que en el mismo Edward. A ella le parecieron extraordinariamente lozanas, saludables y dignas de confianza. De hecho parecían tan lozanas y tan saludables que, de una manera un tanto medrosa, Edward pareció considerarlas más como chicos que como chicas. Y luego, una noche, la señora Ashburnham mantuvo con el muchacho una de esas conversaciones que las madres inglesas celebran con sus hijos, tan inglesas como ellas. Parece ser que fue un acto más bien criminal, aunque ignoro qué

pasó exactamente. En cualquier caso, a la mañana siguiente el coronel Ashburnham pidió para su hijo la mano de Leonora. Esto causó cierta consternación en el matrimonio Powys, ya que Leonora era la tercera hija, y Edward debería haberse casado con la mayor. La señora Powys, que tenía una idea muy rígida de los cánones sociales, se mostró casi dispuesta a rechazar la propuesta de matrimonio. Pero el coronel, su marido, le hizo ver que la visita iba a costarles sesenta libras, contando el sueldo de un criado extra, el alquiler de un coche y un caballo, y la compra de camas y ropa de cama y manteles nuevos. No quedaba otro remedio que aceptar el compromiso. Fue así cómo Edward y Leonora se convirtieron en marido y mujer.

No sé si es necesario un estudio muy minucioso de sus progresos hacia la completa desunión. Tal vez sí. Pero hay muchas cosas que no estoy en condiciones de aclarar, cosas que no estaría bien preguntarle a Leonora o que Edward nunca me contó. Creo que no existió nunca la menor posibilidad de que Ashburnham se enamorara de su mujer. La consideraba, desde luego, la más deseable entre sus hermanas. Se mostró obstinado hasta el punto de decir que si no podía casarse con ella no se casaría con ninguna. Y sin duda antes de la boda le dijo cosas bonitas sacadas de los libros que había leído. Pero, hasta donde fue capaz de describir sus sentimientos más adelante, parece que, con toda calma y sin que se le acelerase el pulso, se llevó a la chica sin resistencia de ninguna clase. De todas formas habían pasado tantos años que hacia el final de su pobre vida, a Edward le parecía un asunto oscuro y nebuloso. Eso sí, sentía una gran admiración por Leonora.

Sentía una admiración extraordinaria. La admiraba por su sinceridad, por su pureza mental y por la lozanía de su cuerpo, por su eficacia, por la blancura de su piel, por el oro de sus cabellos, por su religiosidad, por su sentido del deber. Era una satisfacción llevarla con él a todas partes.

Pero carecía de magnetismo. Supongo, en realidad, que no la quería porque nunca estaba triste; lo que de verdad hacía sentirse bien a Edward era consolar a alguien que estuviera oscura y misteriosamente triste. Eso nunca tuvo que hacerlo con Leonora. También, quizá, ella se mostró al principio demasiado obediente. No quiero decir que fuese sumisa..., que se sometiera en sus juicios a los de él. Eso no lo hacía. Pero Leonora había sido entregada a su marido como una paciente virgen medieval; le habían enseñado durante toda su vida que el primer deber de una mujer es obedecer. Y eso era lo que hacía.

En Leonora, al menos, la admiración por las cualidades de su marido se convirtió muy pronto en el más hondo de los amores. Si a él nunca se le aceleró el pulso, ella, según se me ha dicho, se convertía en una criatura distinta cuando Edward se le acercaba desde el otro extremo de una sala de baile. Sus ojos le seguían llenos de confianza, de admiración, de gratitud, y de amor. Edward era también, en gran parte, su guía y su pastor..., y la llevaba a

lo que, para una chica recién salida del internado, era casi el paraíso. No tengo ni la más remota idea de a qué se parece la existencia de la esposa de un oficial inglés. En cualquier caso, había fiestas, y habladurías, y hombres apuestos que la obsequiaban con el adecuado tipo de admiración, y encantadoras mujeres que la trataban como si fuera un bebé. Y su confesor aprobaba aquella vida, y Edward le permitía tener pequeñas atenciones con las chicas de su internado, y a la reverenda madre le parecía bien su marido. Durante cinco o seis años no existió una chica más feliz.

Porque fue sólo al final de este período cuando, como suele decirse, empezaron a surgir las nubes. Ella contaba entonces veintitrés años, y la conciencia de su propia eficacia le dio tal vez un nuevo deseo de poder. Comenzó a darse cuenta de que su marido era un manirroto. Sus padres murieron aproximadamente hacia esa época, y Edward, aunque los dos habían decidido que continuara su carrera militar, dedicó mucho tiempo a la dirección de Branshaw con la ayuda de un administrador. Aldershot no estaba muy lejos y pasaban allí todos sus permisos.

Y, de repente, Leonora se dio cuenta de que las generosidades de Edward eran casi fantásticas. Hacía donativos muy altos a demasiadas cosas relacionadas con el comedor para oficiales del que era miembro y pensionaba a los criados de su padre, antiguos y nuevos, con excesiva generosidad. Los Ashburnham tenían unos ingresos muy elevados, pero de cuando en cuando se encontraban mal de dinero. Edward empezó a hablar de hipotecar una granja o dos, aunque nunca llegara a ponerlo por obra.

Leonora hizo algunos intentos poco decididos de reconvenir a su marido. El coronel Powys, a quien veía de vez en cuando, le dijo que Edward era demasiado generoso con sus arrendatarios; las esposas de sus compañeros de armas se quejaron a Leonora en privado; los elevados donativos de Ashburnham hacían que a sus maridos les resultara muy difícil estar a su altura. Irónicamente, el primer conflicto serio entre los dos surgió por el deseo de Edward de construir una capilla católica en Branshaw. Quería hacerla en honor a su mujer, y se proponía no reparar en gastos. Leonora no quería que se hiciera; podía ir perfectamente desde Branshaw hasta la iglesia católica más próxima con toda la frecuencia deseable. En la mansión de los Ashburnham no había colonos ni criados católicos, con la excepción de su vieja nodriza que siempre podía ir con ella en el coche. Leonora recibía como invitados a tantos sacerdotes como le apetecía..., e incluso ellos no querían una lujosa capilla en aquel sitio donde sólo podría parecer un ofensivo ejemplo de ostentación. No tenían el menor inconveniente en celebrar la misa para Leonora y su nodriza, cuando se alojaban en Branshaw, en uno de los edificios auxiliares, convenientemente limpio. Pero Edward se mostró irreductible.

Le dolió profundamente la insensibilidad de Leonora..., le dolió que se

negara a recibir de él un homenaje público de acuerdo con su posición social. La consideró una mujer falta de imaginación..., excesivamente fría y dura. No sé con exactitud el papel que los curas desempeñaron en la tragedia que llegó a ser todo aquello; creo que se comportaron honorable pero equivocadamente. Aunque, a decir verdad, ¿quién no se hubiera equivocado con Edward? Creo que le dolió incluso que el confesor de Leonora no hiciese vigorosos esfuerzos para catequizarle. Hubo un periodo en que estuvo completamente dispuesto a profesar un catolicismo emocional.

No sé por qué no aprovecharon la ocasión; pero esas personas tienen extraños tipos de prudencia y curiosas ideas sobre el tacto. Quizá pensaron que una conversación demasiado rápida podría asustar a otros protestantes, buenos partidos para muchachas católicas. Quizá juzgaron a Edward con más discernimiento del que el mismo Ashburnham era capaz y pensaron que no resultaría un converso demasiado respetable. En cualquier caso, los sacerdotes —y Leonora— le dejaron completamente solo. Eso le humilló mucho. A mí me dijo que si Leonora se hubiera tomado en serio sus aspiraciones todo habría sido diferente. Pero creo que es una tontería.

En cualquier caso, la capilla fue el motivo de su primera pelea, que resultó verdaderamente desastrosa. Edward no se encontraba bien en aquella época; la causa, en su opinión, era un exceso de trabajo en los asuntos de su regimiento..., por entonces llevaba el comedor para oficiales. Y Leonora tampoco estaba bien: empezaba a temer que su matrimonio resultara estéril. Y a continuación el coronel Powys vino de Glasmoyle a pasar una temporada con ellos.

Eran tiempos difíciles para Irlanda, según tengo entendido. En cualquier caso el coronel estaba obsesionado con los colonos: los suyos habían disparado contra él en varias ocasiones. Y, al conversar con el administrador de Branshaw, se le metió en la cabeza que Edward trataba a los arrendatarios con una generosidad absurda. También tengo entendido que aquellos años, la década de los noventa, fueron muy malos para la agricultura. El trigo se pagaba tan sólo a unos pocos chelines las cien libras; el precio de la carne era tan bajo que el ganado apenas amortizaba lo que costaba criarlo, en Inglaterra se arruinaron condados enteros. Y Edward concedía a sus arrendatarios reducciones muy importantes.

Para hacerles justicia a los dos es preciso decir que Leonora ha reconocido más tarde que estaba equivocada, y que Edward seguía un plan mucho más previsor al proteger a sus mejores colonos durante una época difícil. No era como si todos sus ingresos procedieran de la tierra; una buena parte salía de los ferrocarriles. Pero el viejo coronel Powys tenía la mosca detrás de la oreja y, aunque nunca abordó directamente a Edward para tratar de aquel tema, se dedicaba a adoctrinar a Leonora siempre que se le presentaba una oportunidad.

Su idea favorita era que su yerno despidiera a todos sus arrendatarios e importara un grupo de agricultores escoceses. Eso era lo que estaban haciendo en Essex. Su opinión era que Edward se dirigía a pasos agigantados hacia la ruina.

Esto preocupó mucho a Leonora..., le preocupó horriblemente; no conciliaba el sueño por las noches; tenía un rictus de ansiedad en la boca. Y esto, a su vez, preocupaba a Edward. No quiero decir que Leonora llegara a hablar con su marido de los colonos, pero él se enteró de que alguien, probablemente su suegro, había estado hablando con ella sobre el tema. Llegó a saberlo porque era costumbre del administrador hacerles una visita todas las mañanas hacia la hora del desayuno para informarle de cualquier contingencia. Y había un colono llamado Mumford que sólo había pagado la mitad de la renta en los tres últimos años. Una mañana el administrador explicó que no iba a estar en condiciones de pagar la renta en todo el año. Edward reflexionó un momento y luego dijo algo así como:

—Bueno; es un hombre mayor y su familia lleva más de dos siglos arrendando nuestras tierras. Que no pague nada.

Y entonces Leonora —recuerde usted que por entonces tenía razones para estar muy nerviosa y sentirse desgraciada— dejó escapar un sonido que se parecía mucho a un gemido. Aquello sobresaltó a Edward, que tenía algo más que sospechas sobre lo que estaba pasando por la mente de su mujer..., le sobresaltó y logró enojarle. Dijo con tono cortante:

—No querrás que me deshaga de personas que han ganado dinero para nosotros durante siglos, personas que son responsabilidad nuestra, y ponga en su lugar a una pandilla de colonos escoceses, ¿no es cierto?

Su marido le lanzó, según me explicó Leonora, lo que era prácticamente una mirada de odio, y luego se levantó de la mesa a toda prisa. Leonora se dio cuenta de que probablemente el hecho de que su marido hubiese dado rienda suelta a su indignación delante de terceros sólo servía para empeorar las cosas. El administrador, un hombre moderado y bien equilibrado, cuya familia también llevaba más de un siglo con los Ashburnham, se encargó de explicar que, en su opinión, Edward estaba llevando una política perfectamente válida con sus arrendatarios. Quizá se pasaba un poco del lado de la generosidad, pero los malos tiempos eran los malos tiempos, y todo el mundo tenía que apretarse el cinturón, tanto el terrateniente como los colonos. Lo fundamental era no permitir que la tierra se cultivara mal. Los granjeros escoceses se limitaban a agotar los campos y hacían que cada vez fuesen menos fértiles. Pero Edward tenía un grupo excelente de arrendatarios que trabajaban lo mejor posible para él y para ellos mismos. Por aquel entonces estos argumentos tuvieron muy poco efecto sobre Leonora. Pero de todas formas lo

que más le preocupó fue el estallido de indignación de su marido.

Lo cierto es que Leonora había estado haciendo economías en su departamento. Despidió a dos de las doncellas sin sustituirlas; también gastó mucho menos en ropa durante aquel año. Los menús que preparó para las cenas que daban en su casa fueron mucho menos abundantes y mucho menos costosos que en años anteriores, y Edward empezó a advertir la dureza y la determinación del carácter de su mujer. Le parecía ver una red que se iba estrechando a su alrededor: una red en la que se verían obligados a vivir como si fueran una de las familias acomodadas (comparativamente pobres) de la zona. Y, de la misteriosa manera en que dos personas que viven juntas llegan a saber lo que piensa el otro sin intercambiar una sola palabra, Edward se había enterado, incluso antes de su estallido, de que a Leonora le preocupaba su manera de administrar las propiedades. Eso le pareció intolerable. Y además se despreciaba intensamente a sí mismo por haberle hablado con aspereza delante del administrador. Leonora imaginó que su marido estaba empezando a acobardarse, y con toda seguridad muy pocos hombres podrían ser tan desgraciados como Edward en aquel período.

Comprenda usted que en realidad era un hombre muy ingenuo..., extraordinariamente ingenuo. Creía que nadie puede llevar a cabo satisfactoriamente su tarea en la vida sin la cooperación leal y sincera de la mujer con la que vive. Y empezaba a advertir oscuramente que, mientras sus propias tradiciones eran enteramente comunitarias, su mujer era una individualista en estado puro. Su propia teoría, la teoría feudal de un señor que hace todo lo que está en su mano por los que de él dependen, y éstos a su vez le pagan en la misma moneda, era algo completamente ajeno al modo de ser de Leonora. Su mujer procedía de una familia de pequeños propietarios irlandeses: una guarnición hostil en un país saqueado. Y además Leonora pensaba incesantemente en los hijos que quería tener.

No sé por qué no los tuvieron nunca..., y no es que yo crea realmente que los hijos hubieran cambiado las cosas. Las diferencias entre Edward y Leonora eran demasiado profundas. Le dará una idea de la extraordinaria ingenuidad de Edward Ashburnham el hecho de que, en el momento de su matrimonio y quizá por espacio de otros dos años, no supo realmente cómo se producen los niños. Leonora tampoco. No quiero decir que ese estado de cosas continuara, pero ahí está. Creo que influyó mucho en sus respectivas mentalidades. En cualquier caso, nunca tuvieron hijos. Era la voluntad de Dios.

Leonora lo veía sin duda como la voluntad de Dios: un terrible y misterioso castigo del Todopoderoso. Porque poco antes de estos sucesos descubrió que sus padres no habían exigido de la familia de Edward la promesa de que sus hijos se educaran en la religión católica. Ella misma no había hablado nunca del asunto con su padre, ni con su madre, ni con su

marido. Cuando finalmente el coronel Powys dejó caer algunas palabras que llevaron a Leonora a descubrir la verdadera situación, trató desesperadamente de arrancarle a Edward aquella promesa. Pero se encontró con una inesperada resistencia. Su marido estaba perfectamente dispuesto a que las niñas fuesen católicas, pero los chicos habrían de ser anglicanos. No entiendo la importancia de estas cosas en la sociedad inglesa. De hecho los ingleses me parecen un poco locos en cuestiones de política o de religión. En Edward resultaba particularmente extraño, puesto que él mismo estaba dispuesto a convertirse al catolicismo. Parecía, sin embargo, considerar posible su paso a Roma sin que por ello sus hijos dejaran de educarse en la religión de sus antepasados inmediatos. Esto quizá resulte ilógico, pero creo que no lo es tanto como parece. Digamos que Edward consideraba que podía disponer libremente de su cuerpo y de su alma. Pero su lealtad a las tradiciones familiares no le permitía atar a los futuros herederos de su nombre o de su patrimonio a una fe distinta de la de sus antepasados. En cuanto a las chicas no importaba tanto. Conocerían otros hogares y otras circunstancias. Además, era lo que se hacía habitualmente. A los chicos había que darles la oportunidad de escoger..., y antes de nada tenían que recibir la educación anglicana. En esto se mostró inmovible.

Leonora sufrió mucho durante todo este tiempo. No olvide que estaba convencida de que los hijos que pudieran nacerle corrían el peligro, si no de condenarse eternamente, sí al menos de recibir falsas doctrinas. Su angustia era tan terrible que carecía de palabras para describirla. Ni siquiera trató de hacerlo, pero lo deduje de su voz cuando dijo, casi con indiferencia: «Me pasaba noches enteras despierta. No servía de nada que mis consejeros espirituales trataran de consolarme». Supe por su voz lo terribles y lo largas que debieron parecerle esas noches y el poco provecho que le proporcionaron los consuelos de sus consejeros espirituales. Parece que sus consejeros espirituales se tomaron el asunto con un poco más de calma. Desde luego le dijeron que no debía creer que hubiese cometido ninguna falta. Más aún, parecen incluso haberla coaccionado, haberla amenazado para sacarla de lo que consideraban un morboso estado de ánimo. Tendría que arreglárselas como mejor pudiera, e influir en sus hijos, cuando llegaran, no mediante propaganda, sino con su personalidad. Y le advirtieron que cometería un pecado si seguía considerándose culpable. Sin embargo, Leonora siguió pensando que había pecado.

Leonora no podía darse cuenta de que el hombre al que amaba apasionadamente y al que, a pesar de ello, empezaba a tratar de dirigir con férrea disciplina..., que este hombre se estaba distanciando cada vez más de ella. No sólo parecía considerarla física y mentalmente fría, sino incluso verdaderamente perversa y mezquina. Había ocasiones en que casi se estremecía si ella le hablaba. Y Leonora era incapaz de entender cómo podía

considerarla perversa o mezquina. A ella sólo le parecía una peculiar locura de Edward que se empeñara en echarse sobre los hombros a sus soldados, a su regimiento, a sus fincas y a la mitad del país. Era incapaz de ver que al tratar de frenar lo que consideraba megalomanía estuviese haciendo algo perverso. Sólo trataba de conservarlo todo en beneficio de los hijos que no llegaban. Y, poco a poco, toda su relación quedó reducida a una serie de angustiosas discusiones sobre si Edward debía o no dar un donativo a esta o aquella institución o si debía o no tratar de regenerar a este o aquel borracho. Pero Leonora era incapaz de darse cuenta.

El caso Kilsyte resultó casi un alivio al irrumpir en aquella situación terriblemente tensa, que parecía no tener salida. Y parte de la peculiar ironía de las cosas es el hecho de que Edward nunca hubiera besado a la niñera de no haber estado tratando de complacer a Leonora. Las niñeras no viajan en primera clase, y, aquel día, Edward viajaba en un vagón de tercera para demostrar a Leonora que también él era capaz de ahorrar. Ya he dicho que el caso Kilsyte vino casi a aliviar la tensa situación que existía entre ellos. Proporcionó a Leonora la oportunidad de apoyarle con la más absoluta sinceridad y lealtad. Le dio la posibilidad de portarse con él como Edward consideraba que una esposa debía comportarse con su marido.

Edward, dese usted cuenta, se encontró en un vagón de ferrocarril con una muchacha muy bonita de unos diecinueve años. Y aquella chica tan bonita, de cabello oscuro, mejillas sonrosadas y ojos azules estaba llorando en silencio. Ashburnham iba sentado en su rincón sin pensar en nada. Luego miró a la niñera por casualidad; dos hermosos lagrimones brotaron de sus ojos y cayeron sobre su regazo. Edward comprendió inmediatamente que tenía que hacer algo para consolarla. Esa era su tarea en la vida. Él mismo se sentía muy desgraciado y le parecía la cosa más natural del mundo que los dos compartieran sus penas. Era muy democrático; la idea de las diferencias de clase no parece que se le ocurriera nunca. Empezó a hablar con ella. Se enteró de que alguien había visto a su joven novio paseando con Annie, del número 54. Luego se sentó a su lado. Le dijo que probablemente aquella información no era cierta; que, después de todo, un joven podía darse un paseo con Annie, del número 54, sin que ello significase nada terriblemente serio. Y a mí me aseguró que se sentía más paternal que otra cosa cuando le pasó el brazo alrededor de la cintura y la besó. La chica, sin embargo, no había olvidado su diferente posición social.

Toda su vida, tanto su madre, como las otras chicas, como las maestras, como la entera tradición de su clase, le habían enseñado a desconfiar de los caballeros. Un caballero la estaba besando. Empezó a gritar y se apartó de él con violencia; al ponerse en pie tiró de la alarma.

Edward salió bastante bien parado de este asunto en la estimación pública;

pero mentalmente le hizo mucho daño.

CAPÍTULO IV

ES muy difícil dar una impresión completa de cualquier hombre. Me pregunto hasta dónde lo he conseguido con Edward Ashburnham, y me parece que no lo he logrado en absoluto. Incluso es muy difícil ver la importancia que tienen esas cosas. Lo más importante acerca del pobre Edward, ¿era que tenía el cuerpo bien proporcionado, se comportaba educadamente, comía con moderación y llevaba una vida ordenada..., que poseía, de hecho, todas las virtudes que se atribuyen habitualmente a los ingleses? Pero ¿he conseguido transmitir en lo más mínimo la idea de que era todas estas cosas y poseía todas esas virtudes? Porque, ciertamente, fue todo eso y poseyó todas esas cualidades hasta los últimos meses de su vida. Eran las cosas que uno grabaría en su lápida. De hecho su viuda hará que las inscriban allí.

¿Y he dado, me pregunto, la adecuada impresión de cómo estaba organizada su vida y de cómo utilizaba las horas del día? Porque hasta los últimos momentos, la cantidad de tiempo que dedicaba a sus diferentes pasiones fue relativamente pequeña. Me he visto obligado a escribir mucho acerca de las pasiones, pero no debe usted perder de vista —me gustaría lograr que no perdiera usted de vista— que se levantaba a las siete todos los días, se bañaba con agua fría, desayunaba a las ocho y despachaba los asuntos del regimiento de nueve a una; que jugaba al polo, o al cricket cuando era la temporada del cricket, hasta la hora del té. Después se ocupaba de las cartas de su administrador o de los asuntos del comedor de oficiales hasta la hora de la cena. A continuación pasaba la velada jugando a las cartas, o al billar con Leonora, o en acontecimientos sociales de un tipo u otro. Gran parte de su vida la ocupaban esas cosas..., la mayor parte de su vida, con mucho. Sus aventuras amorosas, hasta el último momento, tenía que intercalarlas en ratos perdidos o se desarrollaban durante las veladas sociales, los bailes y las cenas. Pero me temo que no le he dado a usted ninguna facilidad, oyente silencioso, para que se formara esa impresión. De todas formas, espero no haberle dado la idea de que Edward Ashburnham era un caso patológico. Porque no lo era. No era más que un hombre normal, muy inclinado al sentimentalismo. Creo que su peculiar adolescencia y juventud, la influencia de su madre, sus ignorancias, los empachos de estudio a que le sometieron sus instructores en el ejército..., creo que todas estas excelentes influencias juveniles fueron muy malas para él. Todos tenemos que soportar ese tipo de cosas y no hay duda de que son muy malas para todos. Eso no impide que el perfil de la vida de Edward fuese perfectamente representativo de la existencia de un profesional

muy trabajador, sentimental y eficiente.

El problema de las primeras impresiones siempre me ha preocupado mucho..., aunque de una manera muy teórica. Quiero decir que de cuando en cuando me he preguntado si era bueno o malo fiarse de las primeras impresiones en el trato con las personas. Pero yo sólo he tenido tratos con camareros y doncellas y con los Ashburnham, con quienes ignoraba que estuviese teniendo tratos de ningún tipo. Y, en lo que a camareros y doncellas se refiere, he hallado en líneas generales que mis primeras impresiones eran suficientemente correctas. Si catalogaba a una persona como educada, servicial y atenta, en general esa persona seguía manteniendo las mismas características en su conducta posterior. Una vez, sin embargo, tuvimos una criada en nuestro piso de París que parecía ser encantadora y de una honradez a toda prueba. Todo eso no impidió que robara una de las sortijas de brillantes de Florence. Aunque también es cierto que lo hizo para salvar a su novio de ir a la cárcel. De manera que aquí, como alguien dice en algún sitio, nos encontramos con un caso especial.

E incluso en mi breve incursión por el mundo americano de los negocios —una incursión que duró parte de agosto y casi todo septiembre— descubrí que fiarme de mis primeras impresiones era lo mejor que podía hacer. Me descubrí clasificando y etiquetando automáticamente, por su fisonomía y por las primeras palabras que pronunciaba, a los hombres que me presentaban. De todas formas, no se puede decir que estuviese realmente haciendo negocios durante el tiempo que pasé en Estados Unidos. No estaba más que liquidando cosas. Si no hubiera sido por mi idea de casarme con la chica es posible que hubiese buscado alguna ocupación en mi propio país. Porque mis experiencias americanas fueron muy intensas y divertidas. Fue exactamente como si hubiera salido de un museo para ir a parar en medio de un bullicioso baile de disfraces. Durante mi vida con Florence casi llegué a olvidar que existían cosas como modas u ocupaciones o el ansia de hacer dinero. De hecho había olvidado que existía una cosa llamada dólar y que un dólar puede ser extraordinariamente deseable si no se posee. Y también había olvidado que existía una cosa llamada chismorreos, que tenía mucha importancia. En ese aspecto Filadelfia era el sitio más asombroso que he conocido en toda mi vida. No estuve en esa ciudad más de una semana o diez días y no hice muchas transacciones a las que pueda calificarse de negocios; sin embargo, la cantidad de veces que todo el mundo me previno contra todo el mundo fue sencillamente asombrosa. Un individuo que no conocía se acercaba por detrás de mi sillón en el hotel y, susurrando cautelosamente junto a mi oído, me prevenía contra otro individuo al que tampoco conocía, pero que se hallaba de pie junto al bar. No sé lo que creían que iba a hacer allí; quizá comprar la deuda pública de la ciudad o conseguir el control de algún negocio ferroviario. O quizá se imaginaban que quería comprar un periódico, porque se trataba de

políticos o periodistas, lo que, por supuesto, viene a ser la misma cosa. De hecho, mis propiedades en Filadelfia eran en general terrenos y edificios en la parte más antigua de la ciudad y todo lo que yo quería hacer era asegurarme de que las casas estaban en buenas condiciones y de que las puertas no necesitaban otra mano de pintura. También quería ver a mis parientes, que no eran pocos, en su mayoría profesionales y en general bastante escasos de dinero debido al gran desastre bancario de 1907. De todas formas estuvieron muy amables. Lo habrían estado aún más si no hubiesen padecido todos lo que yo consideraba como una manía, y era su convencimiento de que lo que ellos llamaban «influencias» estaba trabajando en su contra. En cualquier caso, la impresión de aquella ciudad fue de innumerables habitaciones pasadas de moda, de aspecto más inglés que americano, en las que damas bien parecidas, pero agobiadas por la ansiedad, todas ellas primas mías, hablaban básicamente de misteriosos movimientos en su contra. Nunca llegué a saber de qué iba todo aquello; quizá creyeron que yo ya lo sabía o quizá no existían en absoluto tales movimientos. Todo era muy secreto, sutil y subterráneo. Pero había un joven muy agradable llamado Carter —una especie de primo segundo muy remoto—, que era bien parecido y moreno y amable y alto y modesto. Tengo entendido que también jugaba bien al cricket. Trabajaba para la organización que se encargaba de cobrar los alquileres de mis casas. Fue él, por tanto, quien estuvo enseñándome mis propiedades, y pasé mucho tiempo en su compañía y en la de una chica muy agradable, llamada Mary, que era su prometida. En aquel momento hice algo que sin duda no volvería a hacer ahora: llevé a cabo una cuidadosa investigación acerca de su vida y milagros. La firma que lo empleaba me hizo saber que era exactamente lo que parecía: un hombre honrado, trabajador, animoso, amable y siempre dispuesto a hacerle un favor a cualquiera. Sus parientes, sin embargo, que también eran los míos, parecían tener algo oscuramente misterioso en su contra. Supuse que habría estado mezclado en algún chanchullo o que, por lo menos, habría traicionado a varias doncellas tan inocentes como confiadas. Sin embargo, no paré hasta desvelar aquel singular misterio y descubrí que se trataba tan solo de que era demócrata. Mis familiares pertenecían en general al partido republicano. Lo que para ellos empeoraba las cosas y las hacía más oscuramente misteriosas era que el joven Carter pertenecía a la variedad llamada demócrata de Vermont, lo que resultaba sin duda alguna absolutamente revelador. Pero yo no sé lo que eso significa. En cualquier caso, supongo que mi dinero irá a parar a él cuando me muera..., me gusta el recuerdo que tengo de él y de la encantadora chica con la que estaba prometido. Ojalá el destino sea benévolo con ellos.

Acabo de decir ahora mismo que, en mi actual estado de ánimo, nada me impulsaría a volver a investigar la reputación de cualquier persona que me gustase a primera vista. (La pequeña digresión sobre mis experiencias en

Filadelfia tenía por objeto llegar a este resultado). Porque, ¿quién hay en este mundo que pueda garantizar la hombría de bien de nadie? ¿Es que hay alguien en este mundo que conozca el corazón de otra persona..., o el suyo propio? No quiero decir con esto que uno no pueda hacer una valoración aproximada de la forma en que cualquier hombre se comportará. Pero no se puede estar seguro en todos los casos de cómo reaccionará..., y hasta que eso se pueda hacer, una «reputación» no le sirve de nada a nadie. Ese fue el caso, por ejemplo, de la doncella de Florence en París. Solíamos confiarle cheques en blanco para pagar a los proveedores. Durante mucho tiempo tuvimos absoluta confianza en ella. Luego, de repente, robó una sortija. No la hubiéramos creído capaz de hacerlo; tampoco ella se hubiese creído capaz. No estaba nada de acuerdo con su forma de ser. Tal vez a Edward Ashburnham le pasó eso mismo.

O quizá no. No; yo pienso más bien que no. Es difícil de explicar. Ya he dicho que el caso Kilsyte alivió la tensión del momento para él y para Leonora. Le hizo ver que su mujer era capaz de serle leal; y a ella le dio la oportunidad de demostrar que creía en él. Aceptó sin discutir su afirmación de que, al besar a la criada, sólo trataba de proporcionar consuelo paternal a una niña llorosa. Y, de hecho, su propio mundo —magistrados incluidos— aceptó esa interpretación del caso. Se diga lo que se quiera, nuestro propio mundo puede ser perfectamente caritativo en ocasiones... Pero, como ya he dicho, también es cierto que aquello le hizo mucho daño a Edward.

Ésa, por lo menos, era su opinión. Me aseguró que, antes de que se viera el caso y de que los abogados sacaran a relucir todas las sucias suposiciones que los abogados suelen utilizar en ese tipo de casos, nunca se le había ocurrido ni por lo más remoto que él fuese capaz de ser infiel a Leonora. Pero en medio de aquel tumulto —dice que se le ocurrió de repente mientras prestaba declaración—, en medio de aquellas augustas ceremonias de la justicia recordó de repente la suavidad del cuerpo de la niñera mientras la estrechaba entre sus brazos. Y, desde aquel momento, la chica le pareció deseable..., y Leonora completamente desprovista de atractivo.

Empezó a abandonarse a ensueños en los que abordaba a la niñera con mucho más tacto y llevaba las cosas mucho más lejos. De vez en cuando pensaba en otras mujeres en términos de un cauteloso galanteo... o, quizá, sería más exacto decir que pensaba en ellas deseando proporcionarles un discreto consuelo que terminase en relación absorbente. Ésa era su propia opinión acerca del caso. Se veía a sí mismo como víctima de la justicia. No quiero decir que se viera como una especie de Dreyfus. La justicia, en la práctica, se mostró muy amable con él. Sentenció que desde su punto de vista el capitán Ashburnham se había dejado engañar por un deseo inoportuno de consolar a un miembro del sexo contrario, y le condenó a una multa de cinco

chelines por su falta de tacto, o de conocimiento del mundo. Pero Edward mantenía que fue aquello lo que le dio ideas.

Yo no lo creo, pero él estaba convencido. Por entonces tenía veintisiete años y su mujer no le comprendía..., era inevitable que se produjera algún desastre. Hubo un acercamiento momentáneo entre los dos; pero no podía durar. Probablemente, el hecho de que Leonora superase la prueba con tanta brillantez en este particular asunto, todavía empeoró más las cosas. Porque, si bien Edward la respetaba más y le estaba agradecido, también es cierto que eso la hacía parecer aún mucho más fría en otros asuntos que acaparaban el interés de su marido: sus responsabilidades, su carrera, las tradiciones a las que estaba ligado. Esto llevó su desesperación a un punto culminante, y afianzó en él la idea de que quizá pudiese encontrar alguna otra mujer que le diera el apoyo moral que necesitaba. Quería que alguien le viera como una especie de Lohengrin.

Por aquel entonces, según dice, empezó a buscar deliberadamente una mujer que pudiera ayudarle. Encontró varias..., porque había un buen número de señoras en su círculo capaces de mostrarse de acuerdo con aquel hombre tan espléndido y tan bien parecido en que los deberes de un caballero feudal eran feudales. A Edward le habría gustado pasar la vida hablando con cualquiera de aquellas damas. Pero siempre surgían obstáculos..., si la señora estaba casada había un marido que reclamaba gran parte de su tiempo y de sus atenciones. O, si por otra parte, se trataba de una chica soltera, Edward no podía pasar mucho tiempo con ella por temor a comprometerla. Por entonces, dese usted cuenta, no se le había pasado por la cabeza la idea de seducir a ninguna de aquellas señoras. Sólo buscaba apoyo moral de manos de alguna representante del sexo femenino, porque con los hombres le resultaba muy difícil hablar de ideales. De hecho, yo no creo que tuviera, en ningún momento, la menor intención de convertir a ninguna de ellas en su amante. Suena extraño; pero creo que es totalmente cierto y que refleja su carácter.

Me parece que fue uno de sus sacerdotes —un hombre de mundo— quien sugirió a Leonora la idea de llevárselo a Montecarlo. Al sacerdote en cuestión se le ocurrió que lo que Edward necesitaba, para amoldarse al trato con Leonora, era un toque de irresponsabilidad. Y es que Edward, por aquel entonces, daba toda la impresión de tener una actitud muy rígida ante la vida. Quiero decir que aunque jugase al polo y fuese un excelente bailarín, hacía lo primero para mantenerse en forma y lo segundo porque era un deber social asistir a los bailes y, una vez que estaba allí, su deber era bailar bien. No hacía nada por divertirse, excepto lo que consideraba como su tarea en la vida. En opinión del sacerdote, esto podía distanciarle para siempre de su mujer..., no porque Leonora diese mucha importancia a la alegría de vivir, sino porque no sintonizaba con el trabajo de Edward. Por otra parte, a Leonora le gustaba

pasarle bien de vez en cuando, y, tal como el sacerdote lo veía, si se lograba que a Edward también le gustase pasar un buen rato de vez en cuando, existiría un lazo entre los dos. Era una buena idea, pero dio malos resultados.

De hecho hizo entrar en escena a la amante del Gran Duque. Con alguien menos sentimental que Edward eso no habría tenido importancia. Pero con él resultó fatal: tenía una manera de ser tan honorable que haber disfrutado de los favores de una mujer le hacía sentir que quedaba ligado a ella para el resto de su vida. Así era como funcionaba en la práctica. Psicológicamente significaba que no podía tener una amante sin enamorarse apasionadamente de ella. Edward era una persona seria..., y en este caso particular la seriedad le salió muy cara. La amante del Gran Duque —una bailarina española de aspecto apasionado— eligió a Edward como destinatario de sus miradas en un baile que se celebró en el hotel donde los dos estaban hospedados. Edward era alto, bien parecido, rubio y con una gran fortuna, según llegó a saber la española..., y Leonora se fue muy pronto a acostar. No le gustaban los bailes públicos, pero le consoló ver que Edward parecía estarlo pasando bien con varias chicas muy amables. Y aquello fue el fin de Ashburnham, porque a la bailarina española de aspecto apasionado le apetecía pasar una noche con él a causa de sus beaux yeux. Él la llevó a los jardines en sombra y, acordándose de repente de la chica del caso Kilsyte, la besó. La besó apasionadamente, con violencia, con un repentino estallido de la pasión que había estado sofocando toda su vida..., porque Leonora era fría, o por lo menos se comportaba con mucha corrección. A la Dolciquita le gustó este cambio repentino, y Edward pasó la noche en su cama.

Cuando la palpitante criatura se durmió por fin en sus brazos, Ashburnham descubrió que estaba loca, apasionada, arrolladoramente enamorado de ella. Era una pasión que había prendido como fuego en las panchas secas. No podía pensar en ninguna otra cosa; no podía vivir para nada más. Pero la Dolciquita era una criatura fría y sin una onza de pasión. Deseaba satisfacer ciertos apetitos y Edward había despertado su interés la noche anterior. Pero eso ya había terminado y, con gran frialdad, dijo que quería dinero si Edward deseaba prolongar sus relaciones. Se trataba de una transacción comercial perfectamente razonable. A la Dolciquita ni Edward ni ningún otro hombre le importaba un comino y Ashburnham le pedía que pusiera en peligro su excelente situación con el Gran Duque. Si Edward aportaba una cantidad de dinero a manera de seguro contra accidentes, la Dolciquita estaba dispuesta a dedicarle una temporada que quedaría cubierta, por así decirlo, mediante aquella póliza. La bailarina recibía cincuenta mil dólares al año de su Gran Duque; Edward tendría que pagar una prima equivalente a dos años de alquiler para disfrutar de su compañía durante un mes. No había grandes riesgos en que el Gran Duque se enterase y tampoco era seguro que la pusiera en la calle si llegaba a saberlo. Pero sí existía algún riesgo: un veinte por ciento, según

sus cálculos. La Dolciquita habló con Edward como si fuera un abogado tratando de vender unas propiedades, con perfecta tranquilidad y frialdad y sin la menor inflexión en la voz. No quería mostrarse desagradable con él, pero tampoco veía ninguna razón para ser amable. Era una virtuosa mujer de negocios con una madre y dos hermanitas y la necesidad de asegurarse una vejez confortable. Según sus cálculos sólo le quedaban unos cinco años de actividad. Tenía veinticuatro, y decía: «Nosotras, las mujeres españolas, nos convertimos en un horror a los treinta». Edward juró mantenerla toda la vida si se quedaba con él y dejaba de hablar de esa manera tan horrible; pero la Dolciquita se limitó a encoger un hombro lenta y desdeñosamente. Edward trató de convencer a aquella mujer que desde su punto de vista le había entregado su virtud, que él, en cualquier caso, consideraba deber suyo mantenerla, tener con ella todo tipo de atenciones e incluso amarla... durante el resto de su vida. En correspondencia por aquel amor suyo tan loable ella escucharía siempre todo lo que tuviera que contarle sobre sus propiedades. Así era como él lo veía.

La Dolciquita volvió a encoger el mismo hombro con el mismo gesto y extendió la mano izquierda sin separar el codo del cuerpo:

—Enfin, mon ami —dijo—, póngame en la mano el precio de esa tiara que hay en Forli's o... —Y le volvió la espalda.

Edward enloqueció; su mundo se puso cabeza abajo; las palmeras frente al mar azul bailaron danzas grotescas. ¿Comprende usted? Ashburnham creía en la virtud, en la ternura y en el apoyo moral de las mujeres. Deseaba sobre todas las cosas discutir con la Dolciquita; retirarse con ella a una isla y hacerle ver lo condenable de su punto de vista y cómo la salvación sólo podía encontrarse en el verdadero amor y en el sistema feudal. Había sido su amante en una ocasión, se decía Edward, y según todas las leyes morales la española tenía que seguir siendo su amante o por lo menos su comprensiva confidente. Pero las habitaciones de la bailarina se cerraron para él, y la Dolciquita no aparecía por el hotel. Nada, Silencio absoluto. Para romperlo necesitaba veinte mil libras. Ya sabe usted lo que sucedió.

Edward vivió una semana de locura; dejó de comer; se le hundieron los ojos; se estremecía si Leonora le tocaba. Creo que nueve décimas partes de lo que consideraba como su pasión por la Dolciquita era en realidad malestar ante la idea de haber sido infiel a Leonora. Se sentía desacostumbradamente mal, es decir..., insoportablemente mal, y pensó que todo eso era amor. El pobre diablo era increíblemente ingenuo. Bebía como un cosaco desde el momento en que Leonora se iba a acostar y fue recorriendo todas las mesas del Casino; esto duró unas dos semanas. Sólo Dios sabe cómo podría haber acabado; quizá hubiese perdido hasta el último penique de su fortuna.

Una noche, cuando ya había perdido alrededor de las cuarenta mil libras y todo el hotel se hacía lenguas de ello, la Dolciquita se presentó con mucho aplomo en su dormitorio. Edward estaba demasiado borracho para reconocerla, y ella se sentó en el brazo de su sillón, haciendo punto y con un frasco de sales pegado a la nariz —porque él se hallaba en un estado muy avanzado de envenenamiento alcohólico— y, tan pronto como Ashburnham fue capaz de entenderla, le dijo:

—Oiga, mon ami, no vuelva a las mesas de juego. Duerma unas cuantas horas y venga a verme mañana.

Edward durmió hasta la hora del almuerzo. Para entonces Leonora se había enterado de lo que pasaba. La esposa de un tal coronel Whelan se lo había contado. La señora Whelan parece haber sido una de las pocas personas razonables que tuvieron relaciones con los Ashburnham. Sostuvo que debía de existir una mujer de la variedad arpía conectada con el increíble comportamiento y aspecto de Edward; aconsejó a Leonora que se marchase directamente a Londres —cosa que quizá lograra devolver el juicio a su marido— y que consultara a su abogado y a su director espiritual. Lo mejor sería que se marchase aquella misma mañana; era inútil discutir con un hombre en el estado en que se encontraba Edward.

Ashburnham, por su parte, no sabía que su mujer se hubiese marchado. Tan pronto como despertó fue directamente a la habitación de la Dolciquita y ella le invitó a almorzar allí mismo. Edward se le echó al cuello y lloró, y ella lo aguantó durante un rato. Era una mujer de buen corazón. Y, después de calmarle con Eau de Mélisse, dijo:

—Escuche, amigo mío, ¿cuánto dinero le queda? ¿Cinco mil dólares? ¿Diez mil? —Porque corría el rumor de que Edward había perdido una verdadera fortuna todos los días durante catorce noches y la Dolciquita se imaginaba que debía de estar tocando fondo.

El Eau de Mélisse había calmado a Edward hasta el punto de que, momentáneamente, tenía otra vez la cabeza sobre los hombros, y se limitó a gruñir:

—¿Y entonces?

—Bueno —contestó ella—, prefiero quedármelos yo a que se los lleve el Casino. Por ese dinero me iría con usted a Antibes durante una semana.

Edward gruñó:

—Cinco mil.

La Dolciquita trató de llegar a los siete mil quinientos; pero él mantuvo los cinco mil y los gastos del hotel de Antibes. El sedante le permitió llegar hasta

ahí y luego se derrumbó de nuevo. Tenían que salir a las tres para Antibes e hizo falta recurrir de nuevo al Eau de Mélisse. A Leonora le dejó una nota diciendo que se iba una semana con los Clinton Morley a navegar en yate.

Edward no lo pasó demasiado bien en Antibes. La Dolciquita sólo hablaba con entusiasmo del dinero, y le agobiaba incesantemente, durante todas las horas del día, pidiéndole los regalos más caros imaginables. Y, al final de una semana, se limitó a darle la patada tranquilamente. Edward permaneció tres días más en Antibes y quedó curado de la idea de que tuviera alguna obligación con la Dolciquita..., ni feudal ni de ningún otro tipo. Pero su sentimentalismo exigía de él una actitud de melancolía byroniana, como si su corte se hubiese puesto de medio luto. Luego recobró de repente el apetito y se acordó de Leonora. En su hotel de Montecarlo encontró un telegrama suyo, fechado en Londres, que decía: «Haz el favor de regresar en cuanto sea posible». No entendía por qué Leonora le había abandonado tan precipitadamente cuando sólo creía que se había ido a navegar en yate con los Clinton Morley. Luego descubrió que su mujer había dejado el hotel antes de que él escribiera su nota. Se sintió bastante mal durante el viaje de vuelta a Inglaterra; la camisa no le llegaba al cuerpo..., y Leonora nunca le había parecido tan deseable.

CAPÍTULO V

Llamo a este relato la Historia Más Triste, en lugar de «La Tragedia de Ashburnham», precisamente porque fue muy triste, precisamente porque no hubo un flujo que arrastrara las cosas hacia un rápido e inevitable fin. No hay en ella nada de la exaltación que acompaña a la tragedia; no existen némesis ni destino. Había dos personas nobles —porque estoy convencido de que tanto Edward como Leonora eran esencialmente nobles—, había, por tanto, dos personas esencialmente nobles, dejándose llevar sin rumbo por la vida, como brulotes flotando en una laguna y causando calamidades, angustia, desesperación y muerte, mientras ellos mismos se deterioraban sin remisión. ¿Y por qué? ¿Con qué fin? ¿Para dar qué lección? Todo es oscuridad.

Ni siquiera hay un villano en la historia, porque incluso el comandante Basil —el marido de la dama que a continuación, y de verdad, consoló a Edward—, incluso el comandante Basil no es el villano de esta obra. Era un individuo negligente, disoluto, inepto..., pero no le hizo nada a Edward. Mientras estuvieron en la misma guarnición en Birmania le pidió prestada una buena suma de dinero..., aunque, a decir verdad, como el comandante Basil no tenía vicios particulares, era difícil saber para qué lo quería. Coleccionaba

diferentes tipos de bocados para caballos (desde los tiempos más remotos hasta el presente), pero como tampoco se dedicaba a esta ocupación con especial vigor, no pudo necesitar mucho dinero para adquirir, por ejemplo, el bocado del caballo de batalla de Gengis Khan..., si es que Gengis Khan tuvo un caballo de batalla. Y cuando digo que le sacó a Edward una buena suma no quiero decir que sobrepasara las mil libras durante los cinco años que duró aquella relación. Edward, por supuesto, no disponía de mucho dinero; Leonora se ocupaba de ello. De todas formas, puede que tuviera quinientas libras al año para sus menus plaisirs: para los donativos del regimiento y para mantener a sus hombres bien equipados. A Leonora no le gustaba aquello; hubiese preferido comprarse ella vestidos o dedicar el dinero a saldar una de las hipotecas. Pero, dado su sentido de la justicia, y puesto que ella administraba propiedades que producían tres mil libras al año con vistas a recuperar una renta anual de cinco mil, y dado que todos aquellos bienes, aunque no legalmente, de hecho sí pertenecían a Edward, era razonable y justo que su marido se quedara con una porción del pastel. Claro está que la tarea de Leonora era endemoniada.

No sé si dispongo con exactitud de todos los detalles financieros. Tengo bastante buena cabeza para las cifras, pero a veces todavía confundo libras con dólares y consigo equivocarme. De todas formas, la situación era más o menos la siguiente: adecuadamente cultivado y sin reducciones a los colonos y manteniendo las escuelas y otras cosas por el estilo, la hacienda Branshaw, debería haber producido alrededor de cinco mil al año cuando Edward se encargaba de administrarla. En realidad no producía más que cuatro. (Estoy hablando de libras, no de dólares). Los excesos de Edward con la dama española habían reducido las rentas a unas tres mil..., como cifra máxima, sin descuentos de ninguna clase. Leonora quería que volvieran a ser cinco mil.

Era, por supuesto, muy joven para enfrentarse con semejante situación: veinticuatro años no es una edad muy avanzada. De manera que hizo las cosas con un vigor juvenil que, muy probablemente, habría sido menos intolerante si hubiese sabido más sobre la vida. Consiguió con gran facilidad que Edward pasara por el aro. Ashburnham tuvo que enfrentarse con ella en un hotel de Londres cuando regresó de Montecarlo con el rabo entre las piernas. Por lo que se me alcanza, Leonora cortó por lo sano, con palabras semejantes a éstas, sus primeros balbuceos y sus primeros intentos de hablarle afectuosamente:

—Estamos al borde de la ruina. ¿Me vas a permitir que saque las cosas adelante? De lo contrario, me retiraré a Hendon y viviré con las rentas que me corresponden en usufructo. (Hendon era el nombre de un convento al que Leonora acudía de cuando en cuando para hacer lo que se denomina un «retiro», en círculos católicos).

Y el pobre Edward no sabía nada..., absolutamente nada. Ignoraba cuánto

dinero se había «machacado» (sus propias palabras) en las mesas del Casino. Dada su falta de recuerdos concretos, podía haber sido perfectamente un cuarto de millón. Tampoco sabía si Leonora estaba enterada de su aventura con la Dolciquita o si se imaginaba que había ido a navegar en yate o que se había quedado en Montecarlo. Se quedó completamente mudo y no deseaba otra cosa que meterse en un agujero y no tener que hablar. Leonora ni le hizo hablar ni tampoco dijo nada.

No sé mucho sobre procedimientos legales ingleses..., quiero decir que no estoy en condiciones de dar detalles técnicos de cómo le ataron las manos. Pero sé que dos días después, sin decir más de lo que ya he contado, Leonora y su abogado se habían convertido en fideicomisarios (creo que se les llama así) de todas las propiedades de Edward, y sé también que aquello significó el fin de Ashburnham como buen terrateniente y padre de su pueblo. Quedó completamente al margen.

Leonora tenía entonces tres mil libras anuales a su disposición. Dio una ocupación a Edward haciéndole que consiguiera el traslado a una sección de su regimiento que estaba en Birmania..., si es ésa la manera correcta de decirlo. Ella misma mantuvo una entrevista, que duró más o menos una semana, con el administrador de las tierras. Le hizo ver que las propiedades tendrían que producir hasta el último penique. Antes de salir para la India alquiló Branshaw Manor durante siete años por mil libras anuales. Vendió dos Van Dyck y algunos objetos de plata por once mil más y obtuvo, mediante hipotecas, otras veintinueve mil. Ese dinero fue a manos de los amigos prestamistas de Edward en Montecarlo. De manera que sólo tenía que recuperar las veintinueve mil, porque no consideró que fuese necesario reponer ni los Van Dyck ni la plata. No eran más que adornos para la vanidad de los Ashburnham. Edward se lamentó durante dos días de la desaparición de sus antepasados y entonces Leonora se arrepintió de haberlo hecho; pero aquello no le hizo aprender nada y disminuyó aún más la poca estima en que tenía a su marido. Tampoco entendió que alquilar Branshaw creaba en Edward un sentimiento de suciedad física..., que para él era algo casi tan terrible como que una mujer que le perteneciese se hubiera convertido en prostituta. Así fue cómo le afectó; pero creo que se sentía igual de mal con respecto a la bailarina española.

De manera que Leonora se consagró a su tarea. Estuvieron ocho años en la India, y durante todo aquel tiempo insistió en que se mantuviesen por sí mismos; tenían que vivir con la paga de capitán y el complemento por estar en el frente. A Edward le daba quinientas libras al año para los ringorranos de los Ashburnham, como ella los llamaba en su interior..., y le parecía que se estaba portando muy bien con él.

De hecho, en cierta manera se portó muy bien con él..., pero no de una

forma que Edward fuese capaz de apreciar. Leonora le regalaba constantemente cosas caras que, por así decirlo, se las quitaba ella misma de la boca. He hablado, por ejemplo, de los estuches de cuero de Edward. Pues bien: no eran suyos en absoluto, sino manifestaciones de Leonora. A él le gustaba ir limpio, pero también, en cierto modo, llevar cosas un poco gastadas. Su mujer nunca lo entendió, y toda aquella piel de cerdo era su manera de recompensarle por haberle sugerido una jugada en la Bolsa en la que ganó mil cien libras. Era Leonora quien usaba la ropa gastada. Cuando iban a un lugar llamado Simla, que es, según tengo entendido, fresco en verano y con mucha vida social..., cuando iban a Simla para reponerse, era ella quien le hacía pavonearse, como diríamos en Estados Unidos, sobre un caballo de mil dólares y lo más de punta en blanco que pueda imaginarse. Leonora por su parte solía dedicarse al «retiro espiritual». Creo que era muy bueno para su salud y extraordinariamente barato al mismo tiempo.

Probablemente a Edward también le resultó muy saludable, porque se dedicaba a pavonearse sobre todo en compañía de la señora Basil, una mujer encantadora y muy afectuosa con él. Supongo que fue su amante, aunque nunca se lo oí decir a Edward, por supuesto. Creo haber entendido que mantuvieron sus relaciones en un elevado plano romántico, muy adecuado para los dos... o, por lo menos, para Edward; ella parece haber sido un alma tierna y bondadosa que hacía lo que él quería. No quiero decir que no tuviera personalidad, sino que su tarea era hacer lo que Edward quisiese. Así que, según mis deducciones, durante aquellos cinco años, Edward disfrutó de largos periodos de profundo afecto, mantenido mediante largas, larguísimas conversaciones, y como de vez en cuando la señora Basil y él «caían», eso le daba a Edward una oportunidad para sentir remordimientos y una excusa para prestar al comandante otras cincuenta libras. No creo que la señora Basil lo considerara como «caídas»; sencillamente se compadecía de Edward y le quería.

Porque, compréndalo usted, Leonora y Edward tenían que hablar de algo durante todos aquellos años. No se puede practicar la mudez absoluta cuando se vive con una persona, a no ser que se sea habitante del norte de Inglaterra o del estado de Maine. Así que a Leonora se le ocurrió la grata estratagema de permitir que su marido viera las cuentas de sus propiedades y las analizara con ella. Edward no adoptó una actitud crítica; estaba tratando de portarse desinteresadamente. Pero fue el anciano señor Mumford —el colono que no pagaba la renta— quien echó a Edward en brazos de la señora Basil. La esposa del comandante se acercó a Edward al atardecer, en el jardín birmano, con todo tipo de flores y plantas. Y él las estaba cortando..., no con un bastón, sino con un sable. También hablaba solo y maldecía de un modo inimaginable.

La señora Basil averiguó que un anciano caballero llamado Mumford había

sido expulsado de su granja y se le había dado una casita por la que no pagaba alquiler, donde vivía con diez chelines a la semana procedentes de una asociación caritativa de granjeros, complementados con siete más que le concedían los fideicomisarios de las propiedades Ashburnham. Edward acababa de enterarse gracias a las cuentas que Leonora le había dejado en su cuarto de vestir y que él empezó a ojear antes de quitarse el uniforme de parada. Ésa fue la razón de que tuviera un sable. Leonora creía haberse mostrado extraordinariamente generosa con el anciano señor Mumford al proporcionarle una casa gratis y darle además siete chelines por semana. En cualquier caso, la señora Basil nunca había visto a un hombre tan alterado como lo estaba Edward. Llevaba ya bastante tiempo apasionadamente enamorada de él, y Ashburnham anhelaba su simpatía y su admiración con el mismo apasionamiento. Así fue cómo llegaron a hablar de ello, en el jardín birmano, bajo el cielo descolorido, con los pies rodeados por gavillas de vegetación cercenada, apenas visibles pero que despedían un fuerte aroma. Creo que después de aquello se comportaron con gran decoro durante mucho tiempo, aunque la señora Basil pasó tantas horas con las cuentas de las propiedades Ashburnham que llegó a saberse de memoria el nombre de todos los campos. Edward tenía un mapa muy grande de sus tierras en el cuarto donde guardaba su equipo de montar y al comandante Basil no parecía importarle mucho. Creo que la gente no se preocupa demasiado cuando se encuentra en una guarnición solitaria.

Todo esto podría haber durado eternamente si al comandante no le hubiesen ascendido a coronel graduado durante el movimiento de tropas que se produjo inmediatamente antes de la guerra en África del Sur. Le enviaron a algún otro sitio y, por supuesto, la señora Basil no se podía quedar con Edward. Supongo que Ashburnham debería haber ido al Transvaal. Le hubiera venido muy bien que le mataran. Pero Leonora no le dejó marchar; había oído historias terribles sobre los despilfarros del regimiento de húsares en tiempo de guerra: cómo eran capaces de abandonar en la estepa africana cajas de cien botellas de champaña a cinco guineas la botella y de hacer otras cosas por el estilo. Además, prefería ver cómo Edward se gastaba sus quinientas libras anuales. No quiero decir con esto que Ashburnham se sintiera frustrado. Nunca fue un hombre dado a los hechos heroicos, y tanto le daba que le disparara un francotirador indio en las colinas de la frontera noroeste como un anciano caballero bóer desde el lecho seco de algún riachuelo sudafricano. Ésas fueron más o menos sus palabras. Creo que de todas formas tuvo una actuación muy destacada en la India. Fue allí donde consiguió su C. S. D. y le hicieron comandante honorario.

A Leonora, sin embargo, no le gustaba en absoluto su carrera militar. También le disgustaban sus actos de heroísmo. Una de sus peores peleas tuvo lugar después de que Edward, a bordo de un buque transporte, se tirara por

segunda vez al mar Rojo para salvar a un soldado raso. La primera vez lo aceptó con mucha ecuanimidad y llegó incluso a felicitarle. Pero el mar Rojo era una pesadilla en aquel viaje y los soldados rasos parecían víctimas de un furor suicida. Leonora no pudo soportarlo; se imaginaba a Edward tirándose por la borda cada diez minutos durante el resto del viaje. Y ya el simple grito de «¡Hombre al agua!» es de por sí una cosa desagradable, alarmante y turbadora. El buque se detiene y se oye todo tipo de exclamaciones. Y Edward no estaba dispuesto a prometer que no lo haría de nuevo, aunque afortunadamente encontraron tiempo más fresco en el golfo Pérsico. A Leonora se le había metido en la cabeza que Edward trataba de suicidarse, de manera que debió de parecerle terrible que no quisiera comprometerse. Fue una cosa absurda que Leonora viajara en un buque transporte; pero consiguió meterse allí para ahorrar algún dinero. El comandante Basil descubrió las relaciones de su esposa con Edward inmediatamente antes de que le enviaran a su nueva guarnición. No sé si fue habilidad de chantajista o sencillamente una jugarreta del destino. Quizá lo supo todo el tiempo o quizá no. En cualquier caso, más o menos por entonces llegaron a sus manos algunas cartas y otras cosas. Aquello le costó de inmediato a Edward trescientas libras. No sé cómo se hizo la transacción; no tengo idea de cómo un chantajista presenta sus demandas. Supongo que existe alguna forma de salvar las apariencias. Me imagino al comandante mostrándole las cartas a Edward entre coléricas exclamaciones, y aceptando luego sus explicaciones sobre su perfecta inocencia si uno no se empeñaba en interpretarlas equivocadamente. A continuación el comandante diría: «Bueno, chico, la verdad es que estoy en un apuro. ¿No me podrías prestar unas trescientas libras?». Me imagino que fue así poco más o menos. Y, año tras año, después de aquello, llegaba una carta del comandante, diciendo que estaba en un apuro y preguntando a Edward si no le podía prestar otras trescientas libras.

Para Edward fue un golpe muy duro que la señora Basil tuviera que marcharse. Le tenía realmente mucho afecto, y permaneció fiel a su recuerdo durante un largo periodo de tiempo. Y la señora Basil le había querido mucho y continuó abrigando la esperanza de volver a reunirse con él. Hace tres días llegó una carta suya para Leonora, correcta pero lastimera, pidiendo detalles sobre la muerte de Edward. Había leído la noticia en un periódico indio. Tiene que haber sido una mujer muy agradable...

Después los Ashburnham fueron trasladados a un sitio más alto, en dirección hacia un lugar o distrito llamado Chitral. No estoy nada fuerte en la geografía del Imperio indio. Para entonces habían adoptado ya el papel de matrimonio modelo y nunca se hablaban en privado. Leonora renunció incluso a enseñar a su marido las cuentas de las propiedades Ashburnham. El creía que esto se debía a que Leonora había acumulado tal cantidad de dinero que no quería que Edward supiera cómo se las ingeniaba para conseguir aún más.

Pero, en realidad, al cabo de cinco años Leonora había llegado a comprender que a su marido le resultaba penoso ver las cuentas de sus propiedades sin tener parte alguna en su administración. Trataba de mostrarse amable con él. Y en Chitral fue donde apareció la pobrecita Maisie Maidan...

Para Edward aquélla fue la más perturbadora de sus aventuras. Le hizo sospechar que era inconstante por naturaleza. Sus amoríos con la Dolciquita lograba explicárselos a sí mismo como un breve ataque de locura semejante a la rabia. Sus relaciones con la señora Basil no le parecían moralmente depravadas en un sentido vulgar. El marido no había puesto inconvenientes; se habían querido realmente el uno al otro; Leonora era muy cruel con él y hacía mucho tiempo que no se comportaba como una esposa. Pensaba en la señora Basil como la compañera espiritual que un destino adverso había arrancado de su lado..., algo así de sentimental.

Pero descubrió que, mientras aún seguía escribiendo cartas semanales muy largas a la señora Basil, empezaba a sentirse rabiosamente desasosegado si dejaba de ver a Maisie Maidan durante el transcurso del día. Se encontró vigilando con impaciencia los vanos de las puertas; se dio cuenta de que su juvenil marido le desagradaba durante periodos muy largos, y de que se levantaba a unas horas absurdas para tener tiempo, más avanzada la mañana, de dar un paseo con Maisie Maidan. Se descubrió usando expresiones que ella utilizaba y dando un valor sentimental a esas palabras. Esos descubrimientos, como usted ya habrá adivinado, se produjeron demasiado tarde para que Edward pudiera hacer otra cosa que dejarse arrastrar. Empezó a perder peso; se le hundieron los ojos; tuvo ligeros ataques de fiebres perniciosas. Estaba, como él mismo lo describía, hecho un desastre.

Hasta que un día terriblemente caluroso se oyó a sí mismo diciendo a Leonora:

—Y pienso yo, ¿no podríamos llevarnos a la señora Maidan a Europa y dejarla en Nauheim?

No tenía la menor intención de decirle una cosa así a Leonora. Ojeaba de pie un periódico ilustrado esperando a que sirviesen la cena, que se retrasó veinte minutos: de lo contrario los Ashburnham no habrían estado solos. No; Edward no tenía la menor intención de pronunciar aquellas palabras. Se había limitado a estar allí de pie en un silencioso paroxismo de miedo, de anhelos, de calor, de fiebre. Estaba pensando que ellos volverían a Branshaw al cabo de un mes y que Maisie Maidan se quedaría en la India y moriría. Y entonces se le escaparon aquellas palabras.

El punkah hacía un ruido silbante en la habitación a oscuras: Leonora yacía exhausta e inmóvil en su amplio canapé de mimbre; ninguno de los dos cambió de postura. Ambos estaban por entonces muy enfermos de maneras

poco precisas.

Y a continuación Leonora dijo:

—Sí. Se lo acabo de prometer esta tarde a Charlie Maidan. Y he ofrecido pagar sus gastos.

Edward logró a duras penas evitar que se le escapara un: «¡Cielo santo!». Compréndalo usted, no se figuraba ni por lo más remoto que Leonora estuviese al tanto..., ni de Maisie, ni de la señora Basil, ni siquiera de la Dolciquita. Para él se trataba de una situación muy misteriosa. Se le ocurrió que quizá Leonora pretendiese administrar sus amores como administraba sus asuntos económicos y eso hizo que le resultara aún más odiosa... y más digna de respeto.

Leonora, en cualquier caso, había administrado su dinero con mucho acierto. Una semana antes habló con él por primera vez en varios años..., acerca del dinero. Las tierras de Branshaw habían producido veintidós mil libras y el alquiler de la mansión con su mobiliario otras siete mil. Mediante acertadas inversiones —en las que Edward le había ayudado— ganó otras seis o siete mil que podían llegar a ser más. Todas las hipotecas estaban pagadas, de manera que, con la excepción de los Van Dyck y de la plata, se encontraban de nuevo en una posición económica tan desahogada como antes de que la Dolciquita hiciera el papel de plaga de langosta. Era el gran triunfo de Leonora, que presentó las cifras ante Edward, quien por su parte no dijo una sola palabra.

—Mi propuesta —explicó— es que pidas la excedencia en el ejército y que volvamos a Branshaw. Los dos estamos demasiado enfermos para quedarnos aquí más tiempo.

Edward siguió sin hablar.

—Hoy —continuó Leonora— es el día más grande de mi vida.

Edward dijo:

—Lo has hecho maravillosamente. Eres una mujer asombrosa. —Estaba pensando que si volvían a Branshaw dejarían en la India a Maisie Maidan. Aquélla era la única idea que le preocupaba. No cabía la menor duda de que tenían que volver a Branshaw; Leonora se encontraba demasiado enferma para seguir allí.

—Queda entendido —dijo ella— que las decisiones sobre cómo gastar nuestros ingresos anuales las tomarás tú. Dispondremos de cinco mil libras al año.

Leonora creía que a su marido le preocupaba mucho la forma de gastar aquel dinero y que al darse cuenta del gran esfuerzo hecho por su mujer,

sentiría renacer parte de su antiguo afecto. Pero Edward pensaba exclusivamente en Maisie Maidan..., en Maisie, separada de él por miles de kilómetros. Veía las montañas entre los dos..., montañas azules y el mar y las llanuras iluminadas por el sol.

—Es muy generoso por tu parte —dijo. Y Leonora no supo si aquellas palabras eran un elogio o una burla. Todo eso había sucedido una semana antes. Y Edward se fue sintiendo cada vez más angustiado ante la idea de las montañas, del mar y de las llanuras iluminadas por el sol que se interponían entre Maisie Maidan y él. Aquello le hacía estremecerse durante las noches de calor abrumador: sudaba profusamente y temblaba de frío en los ardientes mediodías... ante aquel pensamiento. No conoció un momento de descanso; tenía constantemente un nudo en el estómago, la lengua perpetuamente seca y la sensación de que el aliento que salía de su boca era semejante al hedor de un lazareto.

No pensó ni una vez en Leonora; se limitó a presentar la renuncia. Saldrían al cabo de un mes. A Edward le parecía que estaba obligado a abandonar aquel sitio y marcharse para respaldar a Leonora. Y cumplió con su deber.

Lo horrible de sus relaciones en aquella época era que cualquier cosa que hiciese Leonora provocaba el resentimiento de Edward. La odió al descubrir que se proponía convertirle de nuevo en señor de Branshaw..., como una especie de dueño de pacotilla, coartado por todo tipo de restricciones. Pensó que su mujer había hecho aquello para separarle de Maisie Maidan. El odio flotaba en las noches de bochorno y llenaba los rincones en sombra de la habitación. De manera que cuando la oyó decir que se había ofrecido para llevar a Maisie a Europa, la odió automáticamente, puesto que odiaba todo lo que ella hacía. En aquella época Edward pensaba que Leonora sólo podía ser cruel, aunque, de forma accidental, alguna acción suya fuese bondadosa... Sí; era una situación terrible.

Pero las brisas frescas del océano parecieron disipar aquel odio como si hubiera sido una cortina de humo y devolverle la admiración y el respeto que sentía antiguamente por ella. La agradable sensación de disponer de dinero abundante, dinero que le había permitido comprar la compañía de Maisie Maidan..., estas cosas empezaron a hacerle ver que quizá su mujer había tenido razón al insistir en la necesidad de tantos ahorros y privaciones. Edward se sentía a gusto; incluso irradiaba felicidad cuando recorría la cubierta llevando tazas de caldo para Maisie Maidan. Una noche, cuando estaba junto a Leonora en cubierta, dijo de repente:

—Eres de verdad la mujer más maravillosa del mundo. Me gustaría que pudiéramos ser mejores amigos.

Ella se limitó a darse la vuelta sin decir una palabra y se fue a su camarote.

De todas formas su salud había mejorado mucho.

Y ahora, supongo, debo darle a usted la versión de Leonora sobre este asunto...

Es muy difícil. Porque aunque Leonora conservara una apariencia inalterable, sus puntos de vista cambiaban con frecuencia. Sus tradiciones, su educación, le habían inculcado que debía mantener la boca cerrada. Pero había veces, decía, en las que estaba tan a punto de ceder a la tentación de hablar, que luego se estremecía al pensar en ello. Hay que dar por sentado que por encima de todo deseaba mantener la boca cerrada frente al mundo, frente a Edward y frente a las mujeres que amaba. Si llegaba a hablar se despreciaría.

Desde el momento de la aventura de Edward con la Dolciquita, Leonora no había vuelto a interpretar el papel de esposa. No es que tuviera intención de mantenerse apartada de él para siempre por una cuestión de principios. Creo que sus consejeros espirituales se lo prohibían. Pero Leonora estipulaba que Edward tenía que volver a ella de alguna manera, quizá tan sólo simbólica. No explicaba muy bien lo que quería decir; probablemente tampoco lo sabía ella misma. O quizá sí.

Había momentos en que parecía que Edward volvía a ella; había momentos en que Leonora estaba a punto de ceder a la pasión carnal que su marido le inspiraba. De la misma forma había momentos en que casi se abandonaba a la tentación de denunciar a la señora Basil a su marido o a Maisie Maida al suyo. Deseaba entonces causar todo el horror y la angustia de un escándalo público. Porque, al vigilar a Edward con más interés y mayor esfuerzo auditivo del que un gato consagra a un pájaro que revolotea en torno suyo, Leonora se hallaba al tanto del progreso de su pasión por cada una de aquellas damas. Lo notaba por el modo en que los ojos de su marido se volvían hacia puertas y entradas; lo sabía por su sosiego después de recibir alguna satisfacción.

A veces imaginaba ver más de lo que estaba justificado. Se imaginaba que Edward vivía aventuras con otras mujeres..., con dos al mismo tiempo; con tres. Durante largos períodos se lo imaginó como un monstruo de libertinaje, y no entendía que pudiese tener nada en contra suya. No le quitaba su libertad; se privaba de muchas cosas para reconstruir su fortuna; había renunciado a las alegrías de la feminidad —ropa, joyas—, y casi incluso hasta a las amistades por temor a que costasen demasiado.

Y sin embargo, extrañamente, no podía menos de darse cuenta de que tanto la señora Basil como Maisie Maida eran buenas personas. La mirada escrutadora y altamente crítica que una mujer lanza sobre otra no le impedía ver que la señora Basil era muy buena con Edward y que la señora Maida era muy buena para él. Esto le parecía una monstruosa e incomprensible actuación

del destino. ¡Totalmente incomprensible! ¿Por qué —se preguntaba una y otra vez— su marido no advertía ninguna de las cosas buenas que ella hacía por él ni las consideraba como buenas acciones? ¿Por qué extraña obsesión Edward no le permitía que fuese tan buena con él como la señora Basil? No creía que la señora Basil fuese tan extraordinariamente distinta de ella. Es cierto que era alta, morena, con una suave melancolía y una gran bondad en su actitud hacia todas las cosas creadas, desde el criado que agitaba el punkah hasta las flores en los árboles. Pero no había leído tanto como Leonora, al menos no había leído tantos libros serios. Leonora no soportaba las novelas. Pero, incluso con todas sus diferencias, no le parecía que la señora Basil fuese tan distinta. Era sincera, honesta y, en cuanto a lo demás, simplemente una mujer. Y Leonora tenía el vago convencimiento de que para un hombre todas las mujeres eran iguales al cabo de tres semanas de trato íntimo. Se imaginaba que la amabilidad perdería su atractivo, que la voz suave y melancólica dejaría de emocionar, que la estatura y la tez morena cesarían de darle a un hombre la ilusión de internarse en las profundidades de un bosque inexplorado. No lograba entender cómo Edward podía seguir y seguir divagando sobre la señora Basil. No entendía que continuara escribiéndole largas cartas después de su separación. A raíz de esto, efectivamente, Leonora lo pasó francamente mal.

Tenía por entonces lo que yo llamaría la teoría «monstruosa» de Edward. Le imaginaba comiéndose con los ojos a todas las mujeres con las que se cruzaba. Aquel año no hizo su «retiro» en Simla por el temor de que su marido corrompiera a la doncella durante su ausencia. Le imaginaba teniendo aventuras con mujeres nativas y euroasiáticas. Durante los bailes vivía en un frenesí de vigilancia...

Se convenció a sí misma de que todo aquello se debía a su temor a los escándalos. Edward podía comprometerse con una muchacha casadera y que su padre organizara un alboroto, o comprometerse con la esposa de alguien importante. Pero en realidad, como más tarde llegó a reconocerse a sí misma, tenía la esperanza de que al quedar la señora Basil fuera de juego, llegase el momento de que Edward volviera junto a ella. Todo aquel período lo vivió en un paroxismo de celos y de miedo; el miedo de que Edward adquiriera de verdad costumbres licenciosas.

Por lo que, de manera un tanto extraña, se alegró de la aparición de Maisie Maidan... y se dio cuenta de que anteriormente no había tenido miedo ni de maridos ni de escándalos, ya que desde entonces trató, lo mejor que supo, de que el esposo de Maisie no tuviese la menor sospecha. Quería dar tal impresión de confianza en Edward que a Charlie Maidan le fuese imposible sospechar nada. Eso la colocó en una posición moralmente insostenible. Pero Edward estaba muy enfermo y Leonora quería verle sonreír de nuevo. Se le

ocurrió que si sonreía otra vez gracias a su ayuda, quizá volviera a ella a través de la gratitud y del amor satisfecho. Por entonces pensaba que Edward era una persona de afectos frívolos y pasajeros. Y entendía la pasión de su marido por Maisie, puesto que la señora Maidan era una de esas criaturas a quienes otras mujeres reconocen como poseedoras de cierto magnetismo.

Era muy bonita y muy joven; y a pesar de su maltrecho corazón, muy alegre y con garbo en sus movimientos. Y Leonora quería de verdad a Maisie, quien, a su vez, también sentía bastante afecto por Leonora. Y Leonora, de hecho, se imaginaba que podía controlar perfectamente aquel asunto. Nunca se le ocurrió que se tratara de empujar a Maisie al adulterio; creía que si se llevaba a Edward y a Maisie a Nauheim, su marido disfrutaría lo bastante de la compañía de la señora Maidan como para cansarse de las bonitas e insignificantes cosas que decía y de los bonitos movimientos de sus manos y de sus pies diminutos. Y pensó que podía fiarse de Edward. Porque no había la menor duda de la pasión de Maisie por Edward. Se deshacía en elogios hablando de él, como Leonora sólo había oído a las alumnas de los internados deshacerse en elogios sobre sus profesores de dibujo. Se pasaba la vida preguntándole al muchachito que tenía por marido cómo era que no se vestía, montaba a caballo, jugaba al polo, o incluso recitaba poemas sentimentales como su comandante. Y el joven Maidan sentía la mayor admiración por Edward, y adoraba y confiaba sin restricciones en su mujer, que al mismo tiempo le desconcertaba. Tenía la impresión de que Edward estaba consagrado a Leonora. Y Leonora se imaginaba que cuando el corazón de la pobre Maisie estuviese curado y Edward hubiera pasado con la señora Maidan el tiempo suficiente, volvería a ella. Tenía la confusa y apasionada idea de que cuando Edward hubiera agotado cierto número de otros tipos de mujer tendría que volver con ella. ¿Por qué su tipo no habría de encontrar un sitio en el corazón de su marido? Por entonces se imaginaba que le entendía mejor, que entendía mejor sus vanidades y que, haciéndole más feliz, podría despertar su amor.

Florence puso punto final a todo aquello...

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

Soy consciente de haber contado esta historia con muy poco orden, de manera que tal vez resulte difícil encontrar el camino, por lo que quizá no sea

más que una especie de laberinto. No está en mi mano evitarlo. Me he atenido a la idea de que me encuentro en una casa de campo con un silencioso oyente que, entre las ráfagas de viento y los ruidos del lejano mar, va escuchando la historia a medida que brota de mis labios. Y cuando se analizan unas relaciones amorosas —unas largas y tristes relaciones amorosas—, tan pronto se retrocede como se va hacia adelante. Al recordar de repente aspectos olvidados, se tiende a explicarlos con mayor minuciosidad porque se es consciente de que no se los mencionó en el sitio adecuado y de que, al omitirlos, quizá se haya dado una impresión falsa. Me consuelo pensando en que se trata de una historia verdadera y en que, después de todo, la mejor manera de contar una historia verdadera es hacerlo como quien se limita a contar una historia. Será entonces cuando parezca más auténtica.

En cualquier caso, creo que he llevado mi relato hasta la fecha de la muerte de Maisie Moidan. Quiero decir que he explicado todo lo que pasó antes desde los diferentes puntos de vista necesarios: el de Leonora, el de Edward y, hasta cierto punto, el mío. Tiene usted los hechos aunque haya de molestarse en buscarlos; tiene usted los diferentes puntos de vista hasta donde me ha sido posible averiguarlos. Permítame entonces que vuelva atrás una vez más y me sitúe en el día de la muerte de Maisie, o más bien en el momento de la disertación de Florence sobre la Protesta, en lo alto del viejo castillo de la ciudad de M... Consideremos el punto de vista de Leonora con respecto a Florence; el de Edward, por supuesto, no estoy en condiciones de dárselo, porque, lógicamente, Ashburnham nunca me habló de sus relaciones con mi mujer. (Quizá de aquí en adelante sea un poco duro con Florence; pero debe usted recordar que ya llevo seis meses escribiendo esta historia y reflexionando durante muchas horas sobre todos estos asuntos).

Y cuanto más pienso en ellos más me convenzo de que Florence tuvo una influencia contaminante: consiguió deprimir y echar a perder al pobre Edward; echó a perder, de manera irremediable, a la desdichada Leonora. Si había un aspecto positivo en ella era su orgullo y su capacidad para guardar silencio. Pero aquel orgullo y aquel silencio quedaron rotos con la extraordinaria explosión emocional en la habitación medio en sombras que contenía la Protesta, y en la pequeña terraza que daba sobre el río. No quiero decir que Leonora estuviera cometiendo un error. Sin duda obraba con acierto al tratar de avisarme de que Florence coqueteaba con su marido. Pero aunque lo que hacía estaba bien hecho, se equivocaba en la manera de hacerlo. Tal vez debiera haber reflexionado más tiempo; quizá sólo debiera haber hablado, si es que quería hablar, después de reflexionar o tal vez habría sido mejor actuar: por ejemplo, mantener vigilada a Florence de tal manera que la comunicación entre Edward y mi mujer resultase imposible. Escuchar, sin que los otros se diesen cuenta, espiar junto a las puertas de los dormitorios. Es repugnante; pero no hay otra manera de hacerlo. Debería haberse llevado a Edward nada

más morir Maisie. No; actuó equivocadamente.

Y sin embargo, pobrecilla, ¿quién soy yo para condenarla... y qué más da a fin de cuentas? Si no hubiese sido Florence, habría sido alguna otra... De todas formas, podría haber sido alguien mejor que mi mujer. Porque Florence era vulgar; Florence era una coqueta de lo más rastrero que al final no quería soltar la presa; y además de una locuacidad imposible; nada la detenía. Edward y Leonora eran al menos orgullosos y reservados. Orgullo y reserva no son las únicas cualidades que cuentan; quizá no sean siquiera las mejores. Pero si resulta que son las virtudes peculiares de alguien, esa persona se desmoronará si deja que se deterioren. Y eso fue lo que le pasó a Leonora. Dejó que se le deterioraran incluso antes que a Edward. Considere usted su posición cuando estalló con motivo de la Protesta de Lutero... Considere su angustia...

Comprenderá que la pasión fundamental de su vida era recobrar a Edward; hasta aquel momento nunca había perdido la esperanza. Quizá esto parezca innoble, pero tenga usted en cuenta que recobrarle no era tan sólo una victoria personal. Representaba, según ella lo veía, un triunfo para todas las esposas y para su Iglesia. Ése era el enfoque que le daba. Estas cosas son un poco insondables. No entiendo por qué recobrar a Edward tendría que representar una victoria de todas las esposas, de la sociedad y de su Iglesia. Aunque quizá tenga algún barrunto.

Leonora veía la vida como una perpetua batalla de sexos entre maridos que desean ser infieles a sus esposas, y mujeres que desean recuperar a sus maridos en última instancia. Esa era su triste y modesta visión del matrimonio. Para ella el hombre era una especie de animal que necesitaba sus vagabundeos, sus excesos, sus noches fuera, sus, digámoslo así, temporadas de celo. Había leído pocas novelas, de manera que la idea de un amor puro y constante que viniera tras el repiqueteo de las campanas nupciales nunca había estado muy presente en ella. Acudió, aturdida y aterrorizada, a la madre superiora del internado de su infancia para relatarle las infidelidades de Edward con la bailarina española, y todo lo que hizo la vieja monja, que a ella le parecía infinitamente sabia, mística y digna de reverencia, fue agitar tristemente la cabeza y decir:

—Los hombres son así. Dios, con su gracia, hará que todo salga bien al final.

Eso fue lo que sus consejeros espirituales le ofrecieron como programa de vida. O, al menos, fue la manera en que ella entendió sus enseñanzas: la lección que había aprendido de ellos, según me dijo. No sé exactamente qué es lo que le enseñaron. El sino de las mujeres era paciencia, y paciencia, y más paciencia —ad majorem Dei gloriam— hasta que el día señalado, si Dios lo

consideraba oportuno, alcanzaran su recompensa. Si luego, al final, lograba recobrar a Edward, habría conseguido mantener a su hombre dentro de los límites que son todo lo que la mujer casada puede esperar. Incluso le enseñaron que tales excesos son naturales y excusables en los hombres..., como si fuesen niños.

Y lo más importante era que no debía producirse el menor escándalo ante el resto de los fieles. De manera que Leonora se aferró a la idea de recobrar a Edward con una pasión feroz que era como una gran angustia. Hizo como que no veía; una idea fija le llenaba la cabeza; la de que Edward volviera a ella rico, glorioso por así decirlo, en razón de sus tierras, y lleno de rectitud. Esto probaría, de hecho, que en un mundo infiel una católica había logrado conservar la fidelidad de su marido. Y creía hallarse muy cerca de la realización de sus deseos.

Su plan con respecto a Maisie parecía estar obteniendo unos resultados admirables. Daba la impresión de que el afecto que Edward sentía por ella se iba enfilando. En Nauheim ya no anhelaba pasar todos los minutos del día junto a la figura recostada de la pobre niña; salía a disputar partidos de polo; jugaba al bridge por la noche; se le veía alegre y despierto. Leonora estaba convencida de que no trataba de seducir a la pobre niña; empezaba a pensar incluso que nunca había intentado hacerlo. Parecía volver de hecho al papel que Maisie le adjudicara al principio: un oficial de más alta graduación, amable y atento, que tenía galantes consideraciones con una recién casada. Se ocultaban tan poco para sus inocentes coqueteos como el alba que llega del cielo. Y Maisie no daba la sensación de inquietarse cuando Edward se marchaba de excursión con nosotros; tenía que pasar muchas horas tumbada en la cama todas las tardes, y no parecía anhelar las atenciones de Edward durante esos ratos.

Y Ashburnham empezaba a hacerle pequeñas insinuaciones a Leonora. Una o dos veces le dijo en privado (porque en público lo hacía con frecuencia): «¡Qué guapa estás!» o «¡Qué vestido tan bonito!». Leonora había ido con Florence a Francfort, donde la gente se viste tan bien como en París, y se compró un traje o dos. Podía permitírselo, y Florence era una excelente consejera en aquellas materias. Parecía haber descubierto la clave del enigma.

Sí, Leonora parecía haber encontrado la clave del enigma. Se convenció de que en el pasado se había equivocado hasta cierto punto. No tendría que haber tenido a Edward tan sujeto en cuestiones de dinero. Le pareció que estaba en el buen camino devolviéndole —cosa que había hecho con gran temor y muchas dudas— el control sobre sus ingresos. Edward llegó incluso a dar un paso en la dirección de Leonora reconociendo, espontáneamente, que había estado en lo cierto al administrar sus recursos de manera ahorrativa durante todos aquellos años. Un día le dijo:

—Lo has hecho muy bien, querida. No hay nada que me guste tanto como disponer de algún dinero que pueda gastarme alegremente. Y ahora puedo hacerlo, gracias a ti.

Aqué! fue de verdad el momento más feliz de su vida, según dijo ella. Y Edward, dándose cuenta al parecer, se atrevió a darle una palmada en el hombro. El pretexto para entrar en su cuarto había sido pedirle prestado un imperdible.

Y el episodio del cachete afianzó en su mente, una vez terminado, la idea de que no existían relaciones carnales entre Edward y la señora Maidan. Leonora decidió que a partir de aquel momento todo lo que tenía que hacer era mantener a su marido bien provisto de dinero y distraer al mismo tiempo su imaginación con chicas bonitas. Estaba convencida de que Edward volvía a ella. Durante aquel mes Leonora no rechazó ya sus tímidas insinuaciones que nunca llegaron muy lejos. Porque es cierto que le hacía tímidas insinuaciones. Le daba palmaditas en el hombro; le susurraba al oído comentarios jocosos sobre los tipos extraños que veían en el Casino. El comentario joso no tenía importancia..., pero susurrárselo al oído era un signo inapreciable de intimidad...

Y luego el desastre: todo se vino abajo. Todo saltó hecho pedazos en el momento en que Florence le puso a Edward la mano en la muñeca que descansaba sobre el cristal que protegía el manuscrito de la Protesta, en lo alto de la torre con aquellas persianas por donde se filtraba la luz del sol. O más bien todo se vino abajo cuando Leonora se fijó en la expresión de los ojos de Edward al mirarse en los de Florence. Leonora conocía bien aquella expresión.

Supo desde el primer momento, desde el instante en que por vez primera nos sentamos juntos a cenar, que Florence coqueteaba con Edward. Pero había visto hacer lo mismo a muchas mujeres: cientos y cientos, en trenes, en hoteles, en buques de línea, en las esquinas de las calles. Y había llegado a la conclusión de que Edward hacía muy poco caso de las mujeres que se esforzaban por atraer su atención. Por aquel entonces Leonora consiguió formular una teoría bastante correcta sobre los métodos y las razones de los enamoramientos de su marido. Estaba segura de que no había existido más que la breve pasión por la Dolciquita, el sincero amor que sintiera por la señora Basil, y lo que ella consideraba el romántico galanteo con Maisie Maidan. Además, Leonora sentía un desprecio tan profundo hacia Florence que no le cabía en la cabeza que Edward se sintiera atraído por mi mujer. Y Maisie y ella eran una especie de baluarte defensivo.

Leonora quería además no perder de vista a Florence, porque mi mujer sabía del cachete a Maisie. Y deseaba desesperadamente que su unión con Edward pareciese impecable. Pero todo aquello se vino abajo...

Al advertir la expresión de Edward al mirarse en los ojos azules de Florence, Leonora supo que todo estaba perdido. Supo que aquella mirada era el resultado de largas conversaciones de un cariz muy íntimo: sobre gustos y antipatías, sobre su respectiva manera de ser, sobre sus opiniones acerca del matrimonio. Supo el significado de que ella, cuando paseábamos juntos, fuese siempre conmigo diez metros por delante de Florence y de Edward. No se imaginó que hubiesen llegado más allá de conversaciones sobre sus gustos, sobre su manera de ser y sobre el matrimonio como institución. Pero, después de observar a Edward toda la vida, sabía que aquel contacto de una mano con otra, que aquel responderse con la mirada quería decir que el desenlace era inevitable. Edward era una persona extraordinariamente seria.

Comprendió que cualquier intento por su parte de separar a aquellos dos significaría afianzar en Edward una pasión irrevocable; que, como ya le he explicado antes, una peculiaridad de la forma de ser de Edward era la creencia de que seducir a una mujer daba a esa persona un dominio inapelable sobre él para toda la vida. Y que el contacto de una mano con otra, Leonora estaba segura, daba a aquella mujer un derecho inapelable a ser seducida. Y Leonora despreciaba tanto a Florence que habría preferido que se tratara de una camarera. Hay camareras muy respetables.

Y, de repente, tuvo el convencimiento de que Maisie Maidan sentía una verdadera pasión por Edward; que aquello le rompería el corazón..., y que ella, Leonora, sería la responsable. Por un momento se sintió dominada por la indignación. Agarrándome por la muñeca, me llevó escaleras abajo y a través de aquel Rittersaal lleno de susurros, con las altas columnas pintadas, y la alta repisa de la chimenea también pintada. Supongo que no se enfadó lo suficiente.

Tendría que haber dicho:

—Su mujer es una ramera que acabará convirtiéndose en la amante de mi marido... —Eso podría haber resuelto el problema. Pero, a pesar de su indignación, no se atrevió a llegar tan lejos. Temió que, si daba aquel paso, Edward y Florence se escaparan juntos, y que si lo hacían ella perdiese toda posibilidad de recobrar a su marido. Se portó muy mal conmigo.

Bueno era un alma torturada que antepuso su Iglesia a los intereses de un cuáquero de Filadelfia. Es comprensible... Creo que la Iglesia de Roma es la más importante de los dos.

Una semana después de la muerte de Maisie Maidan, Leonora tuvo la certeza de que Florence se había convertido en la amante de Edward. Estuvo esperando junto a la puerta de mi mujer, y Ashburnham se encontró con ella al salir de la habitación. Leonora no dijo nada y él se limitó a lanzar un gruñido, pero supongo que lo pasó mal.

Sí; el deterioro espiritual que Leonora sufrió a manos de Florence fue extraordinario; hizo añicos su vida entera y todas sus posibilidades. En primer lugar le quitó por completo la esperanza, porque no veía cómo, después de aquello, Edward podía volver a ella..., después de una vulgar aventura con una mujer igualmente vulgar. Ya no encontraba razones para catalogar como aventura sus relaciones con la señora Basil, que era ahora todo lo que podía esgrimir contra él en el fondo de su corazón. Era una historia de amor..., una cosa bastante inocente a su manera. Pero esto otro le parecía un horror..., un capricho, especialmente detestable por el desprecio que Florence le inspiraba. Y Florence hablaba y hablaba...

Eso fue lo terrible, porque mi mujer obligó a la misma Leonora a abandonar su altiva reserva: mi mujer y la situación. Parece ser que Florence estaba en duda sobre a quién confesar lo sucedido: a mí o a Leonora. Porque se lo tenía que confesar inevitablemente a alguien. Al final se decidió por Leonora, porque a mí habría tenido que confesarme mucho más. O, por lo menos, cabía la posibilidad de que yo adivinara muchas cosas sobre su «corazón» y sobre Jimmy. De manera que un día fue a ver a Leonora y empezó a hacer insinuaciones y más insinuaciones, hasta irritarla tanto que Leonora dijo finalmente:

—Quiere usted contarme que es la amante de mi marido. De acuerdo: quédese con él. A mí Edward no me sirve de nada.

Aquello fue un auténtico desastre para Leonora, porque, una vez que empezaron a hablar ya no hubo manera de detener el flujo de palabras. Leonora lo intentó..., pero no fue posible. Descubrió que necesitaba enviar mensajes a Edward por medio de Florence; porque no quería hablar con él. Tenía que hacerle entender, por ejemplo, que si yo llegaba alguna vez a enterarme de su aventura, ella, Leonora, arruinaría sin remedio su reputación. Y el hecho de que por aquel entonces Edward estuviese de verdad un poco enamorado de su mujer sirvió para complicar mucho las cosas. Tuvo la seguridad de que la había tratado muy mal; y de que era una mujer extraordinaria. Parecía tan afligida que él anhelaba consolarla, y creía ser un sinvergüenza de tal calibre que hubiera hecho cualquier cosa para reparar su falta. Florence transmitía estas noticias a Leonora.

No la culpo en absoluto por el lenguaje que utilizaba con Florence; aquello tuvo que hacerle mucho bien a mi mujer. Pero sí la culpo de haber cedido a lo que no era en último término más que un deseo de comunicación. Porque dese usted cuenta de que este asunto la apartó de su Iglesia. No quería confesar lo que estaba haciendo por temor a que sus consejeros espirituales le censurasen por no contarme la verdad. Creo más bien que hubiera preferido condenarse a romperme el corazón. A eso se reduce todo en último extremo. Y no tenía que haberse tomado esa molestia.

Pero, al carecer de sacerdotes con quienes hablar, necesitaba hacerlo con alguien, y como Florence insistía en convertirla en su confidente, ella respondía con frases breves, explosivas, como las de un alma condenada al fuego del infierno. Precisamente como las de una réproba. De manera que si un buen período de infierno en la tierra puede evitar sufrimientos en la eternidad —donde no existe el tiempo—, imagino que Leonora escapará al fuego de los condenados.

Sus conversaciones con Florence eran más o menos así: mi mujer se presentaba, mientras Leonora procedía a peinarse, con una propuesta de Edward, quien por entonces parece haber concebido la ingenua idea de que podía convertirse en polígamo. Me atrevo a decir que fue Florence quien le metió esa idea en la cabeza. En cualquier caso, yo no soy responsable de las peculiaridades de la psicología humana. Pero parece cierto que por aquellas fechas, a Edward le importaba Leonora más que nunca..., o, por lo menos, más que en los últimos años. Y, si Leonora hubiese sido una persona capaz de jugar sus cartas y de jugarlas bien, y si no se hubiera sentido avergonzada, podría haber compartido a Edward con Florence hasta que llegara el momento de tirar del nido a aquel pobre cuclillo.

Bien; Florence se presentaba ante Leonora con alguna propuesta de ese tipo. No quiero decir que lo expusiera con toda crudeza, así por las buenas. Mi mujer mantuvo que no era la amante de Edward hasta que Leonora dijo que le había visto salir de su cuarto a avanzadas horas de la noche. Aquello dejó un poco cortada a Florence, pero enseguida recurrió a su «corazón» y mantuvo que no había hecho más que conversar con Edward para que adoptara una actitud mental más positiva. Florence, por supuesto, tenía que mantener aquella versión; porque ni siquiera ella se hubiese atrevido a suplicar a Leonora que volviera a conceder sus favores a Edward después de admitir que era su amante. Eso no se podía hacer. Al mismo tiempo Florence sentía la urgente necesidad de hablar de algo. Y no había otro tema que la posibilidad de un acercamiento entre aquellos esposos desavenidos. De manera que Florence hablaba por los codos mientras Leonora se cepillaba el cabello. Y al cabo de un rato Leonora decía de repente algo parecido a esto:

—Me sentiría profanada si Edward me tocara ahora, después de haber estado con usted.

Esto desanimaba un poco a Florence; pero al cabo de una semana, más o menos, volvía a intentarlo de nuevo.

Y Leonora se fue deteriorando también en otras cosas. Le había prometido a Edward dejarle las manos libres para que gastara sus rentas como quisiera. Y tenía toda la intención de hacerlo. Creo que lo hubiera hecho al final, aunque, sin duda, se habría informado secretamente sobre su cuenta bancaria. No en

vano era católica. Pero se tomó tan en serio la infidelidad de Edward con la memoria de la pobrecita Maisie que le fue imposible volver a confiar en él.

De manera que cuando volvió a Branshaw empezó a pedirle cuentas de sus gastos más insignificantes antes de que pasara un mes. Le permitía firmar sus propios cheques, pero apenas pasaba alguno sin someterlo a un minucioso escrutinio: con la excepción de una cuenta privada de unas quinientas libras anuales que, tácitamente, Leonora le permitía para los gastos en su amante o amantes. Edward tenía que realizar sus excursiones a París; enviar costosos telegramas en clave a Florence unas dos veces por semana. Pero Leonora controlaba sus gastos en vinos, en árboles frutales, en arreos para los caballos, en portones para las fincas, y también las cuentas de su herrero por el trabajo realizado para un nuevo estribo que Edward trataba de inventar, destinado al ejército. Leonora no entendía por qué su marido tenía que molestarse en inventar un nuevo estribo para el ejército, y montó realmente en cólera cuando, después de perfeccionado el invento, Edward regaló al Ministerio de la Guerra el diseño y los derechos de la patente. Era un estribo francamente bueno.

Ya le he dicho, creo yo, que Edward dedicó mucho tiempo y gastó unas doscientas libras en honorarios de abogados para conseguir la absolución de una pobre chica, hija de uno de sus jardineros, acusada de haber matado a su hijo recién nacido. Aquello fue, a ciencia cierta, lo último que hizo Edward en su vida. Ocurrió cuando Nancy Rufford estaba ya camino de la India; cuando la más horrible tristeza se había adueñado de la casa; cuando el mismo Edward sufría extraordinariamente y se comportaba con toda la dignidad de que era capaz. Sin embargo, incluso entonces Leonora le hizo una escena terrible por aquel gasto de tiempo y de esfuerzos. Ella tenía más o menos la idea de que lo sucedido con la chica y todo lo demás debía de haberle enseñado una lección a Edward: la lección del ahorro. Le amenazó con quitarle de nuevo su cuenta en el banco. Imagino que fue eso lo que le hizo cortarse el cuello. De lo contrario quizá hubiera resistido..., pero la idea de haber perdido a Nancy y de que, por añadidura, sólo le quedaba una monótona sucesión de días en los que no podría llevar a cabo ningún servicio a la sociedad... Bueno: eso acabó con él.

Fue durante esos años cuando Leonora trató de poner en marcha su historia de amor con un sujeto llamado Bayham, que era una persona bastante decente. Realmente un buen tipo. Pero la cosa no tuvo ningún éxito. Ya se lo he contado anteriormente...

CAPÍTULO II

Bien; esto me coloca prácticamente en el momento de recibir en Waterbury el lacónico telegrama de Edward pidiéndome que fuese a Branshaw para charlar con él. Yo andaba muy ocupado por entonces y casi estuve a punto de responderle con otro telegrama anunciándole que me pondría en camino al cabo de quince días. Pero me hallaba celebrando una larga entrevista con los abogados del anciano señor Hurlbird, e inmediatamente después tuve otra, igualmente larga, con las señoritas Hurlbird, de manera que retrasé el envío del cable.

Esperaba encontrar unas señoritas Hurlbird de edad extraordinariamente avanzada: en los noventa, poco más o menos. El tiempo había pasado tan despacio que yo tenía la impresión de que habían transcurrido treinta años desde que dejara los Estados Unidos. En realidad eran sólo doce. La señorita Hurlbird, la mayor, tenía exactamente sesenta y uno y la señorita Florence Hurlbird, cincuenta y nueve, y las dos seguían estando, física y mentalmente, todo lo vigorosas que cabía desear. De hecho tenían más vigor mental del que convenía a mis propósitos, que eran marcharme cuanto antes de los Estados Unidos. Los Hurlbird formaban una familia muy unida..., muy unida excepto en determinados puntos. Cada uno de los tres hermanos tenía un médico distinto, del que se fiaban tácitamente..., y también tenían distintos abogados. Cada uno de ellos desconfiaba de los demás doctores y abogados. Y, naturalmente, médicos y abogados ponían constantemente en guardia a las hermanas contra los otros profesionales. No se puede usted imaginar lo complicado que me resultó todo. Por supuesto, yo tenía también mi propio abogado..., que me recomendó el joven Carter, mi sobrino de Filadelfia.

No quiero decir con esto que se produjera una situación desagradable por razones de codicia. El problema era completamente distinto: un dilema moral. El anciano señor Hurlbird, dese usted cuenta, había dejado todas sus propiedades a Florence con el simple ruego de que erigiera en Waterbury, Connecticut, un edificio en memoria suya que sirviera como sede de una institución para el alivio de los enfermos del corazón. El dinero de Florence había pasado a mis manos, y con él el de su viejo tío. Murió cinco días antes que mi mujer.

Bien: yo estaba totalmente dispuesto a gastar un millón de dólares para aliviar a los enfermos del corazón. El anciano caballero había dejado alrededor de un millón y medio; la fortuna de Florence ascendía a unos ochocientos mil..., y, según mis cálculos, la mía se encontraba en torno al millón. En cualquier caso, había dinero suficiente. Pero, como es lógico, quise conocer los deseos de los parientes todavía vivos y fue entonces cuando empezaron los problemas. Se había descubierto que al corazón del señor Hurlbird no le pasaba nada. Había tenido los pulmones algo afectados durante toda la vida, y murió de una bronquitis.

A la señorita Florence Hurlbird se le ocurrió que si su hermano había muerto de una afección pulmonar y no del corazón, su dinero debía destinarse a los enfermos de pulmón. Eso, pensaba ella, era lo que su hermano hubiera deseado. Por otro lado, debido a una chifladura que yo no fui capaz de entender en aquel momento, la señorita Hurlbird, la mayor, insistía en que yo me quedara con todo el dinero. Dijo que no quería monumentos a la familia Hurlbird.

Pensé que aquello se debía a la aversión de las gentes de Nueva Inglaterra a la ostentación necrológica. Pero ahora llego a la conclusión, cuando recuerdo ciertas preguntas, insistentemente repetidas, acerca de Edward Ashburnham, que aquella buena señora tenía otra idea en la cabeza. Y Leonora me ha explicado que sobre el tocador de Florence, muy cerca de su cadáver, había una carta para la señorita Hurlbird..., una carta que Leonora echó al correo sin decírmelo. No sé cómo Florence tuvo tiempo de escribir a su tía; pero entiendo muy bien que no quisiera abandonar este mundo sin hacer algunos comentarios. Deduzco de ello que Florence debió decirle bastantes cosas sobre Edward Ashburnham en unas cuantas palabras garrapateadas, y que ése fue el motivo de que la anciana señora no deseara ver perpetuado su apellido. Quizá creía también que yo me había ganado el dinero de los Hurlbird.

Todo esto significó una buena cantidad de discusiones, aderezadas por los dos médicos quejándose el uno al otro de sus perniciosos efectos sobre la salud de las ancianas señoras, previniéndome a mí disimuladamente cada uno contra el otro, y diciendo que el anciano señor Hurlbird podía haber muerto del corazón, después de todo, a pesar del diagnóstico de su médico. Y todos los abogados proponían métodos distintos sobre cómo invertir y cómo depositar el dinero en fideicomiso.

Personalmente, yo quería invertir el dinero de manera que los intereses pudieran usarse para aliviar a los enfermos de corazón. Aunque el anciano señor Hurlbird no hubiera muerto a consecuencia de algún defecto en ese órgano, él, por lo menos, así lo había creído. Más aún, Florence había muerto sin duda alguna del corazón, tal como yo lo entendía. Y cuando la señorita Florence Hurlbird sostuvo que el dinero debía ir también a los enfermos de pecho logró convencerme, y subí la cifra que estaba dispuesto a donar al millón y medio. Eso habría supuesto setecientos cincuenta mil dólares para cada clase de enfermos crónicos. Yo no necesitaba demasiado dinero. Todo lo que quería era que Nancy Rufford lo pasara bien. Es cierto que no sabía mucho sobre los gastos del hogar inglés donde, imaginaba yo, ella desearía vivir. Sabía que sus necesidades de aquella época se limitaban a buenos bombones, a uno o dos caballos de buena calidad y a vestidos sencillos y bonitos. Probablemente querría más cosas con el paso del tiempo. Pero aunque yo diera millón y medio para las instituciones médicas aún dispondría al año

del equivalente en dólares de veinte mil libras, y tenía la impresión que Nancy podía pasarlo francamente bien con aquello y aún con menos.

En cualquier caso, mantuvimos discusiones francamente animadas en la mansión Hurlbird, que se alza en un risco sobre la ciudad. Todo esto quizá le parezca divertido a usted, oyente silencioso, si es europeo. Pero los problemas morales de este tipo y el dar millones para diversas instituciones son asuntos inmensamente serios en mi país. De hecho son los temas principales a los que las clases acomodadas dedican su atención. No disponemos ni de nobleza ni de un fenómeno de arribismo que nos tenga muy ocupados, y tampoco las personas decentes se interesan por la política ni las de edad por el deporte. De manera que tanto la señorita Hurlbird como la señorita Florence derramaron lágrimas auténticas antes de que yo abandonara la ciudad.

Me marché de manera muy brusca. Cuatro horas después del telegrama de Edward llegó otro de Leonora, diciendo: «Sí, venga, haga el favor. Podría usted sernos de mucha ayuda». Simplemente le dije a mi abogado que disponía del millón y medio; que lo invirtiese como juzgara oportuno, y que la utilización de los intereses tenía que decidirla las señoritas Hurlbird. Por mi parte, estaba realmente agotado después de tanta discusión. Y, como no he vuelto a saber nada de las tías de Florence, pienso que la mayor, ya sea mediante revelaciones muy concretas o por su fuerza moral, ha persuadido a la pequeña de que no se debe erigir ningún monumento conmemorativo de su apellido en la ciudad de Waterbury, en Connecticut. La señorita Hurlbird lloró con gran sentimiento al enterarse de que me alojaría con los Ashburnham, pero no hizo ningún comentario. Por entonces ya me había enterado de que su sobrina fue seducida por el tal Jimmy antes de casarse conmigo..., pero me las ingení para darles la impresión de que aún consideraba a Florence una esposa modelo. La verdad es que, en aquel momento, todavía me imaginaba a Florence como un parangón de virtud a partir de nuestra boda. No se me había ocurrido que pudiera jugar tan sucio como para continuar sus relaciones con aquel individuo bajo mi propio techo. En fin, yo era un perfecto imbécil. Pero tampoco pensaba mucho en Florence por entonces. Tenía la mente ocupada con lo que estaba sucediendo en Branshaw.

Se me metió en la cabeza que los telegramas tenían algo que ver con Nancy. Pensé que quizá había dado signos de interesarse por algún sujeto poco recomendable y que Leonora deseaba que yo volviera y me casara con ella, librándola del peligro. Eso fue lo que se me metió en la cabeza. Y aún seguía creyéndolo casi diez días después de mi llegada a aquel hermoso y antiguo lugar. Ni Edward ni Leonora hicieron el menor esfuerzo por hablarme de otra cosa que no fueran el tiempo y las cosechas. Sin embargo, aunque había por allí varios jóvenes, no advertí que la chica manifestara preferencias por ninguno en particular. Parecía, desde luego, indispuesta y nerviosa, excepto

cuando se animaba hablando conmigo de alegres trivialidades. ¡Qué cosa tan bonita era aquella muchacha...!

Supuse que al joven indeseable se le habría prohibido entrar en la mansión y que Nancy estaba un poco molesta.

Lo que en realidad había sucedido no era otra cosa que un remedo del infierno. Leonora había hablado con Nancy; Nancy habló con Edward; Edward con Leonora..., y siguieron hablando y hablando. Y después hablaron todavía más. Tiene usted que imaginarse horribles cuadros de tristeza a media luz, emociones desatadas durante noches silenciosas..., durante noches enteras. Tiene usted que imaginarse a mi hermosa Nancy presentándose a Edward de improviso, surgiendo al pie de su cama, sueltos los largos cabellos, como un cono truncado de sombra, iluminada por la tenue luz de una lamparilla que ardía al lado de Ashburnham sobre la mesilla de noche. Tiene usted que imaginársela, una figura silenciosa, sin duda atormentada, como un espectro, ofreciéndose a él de repente... ¡para que no perdiera la razón! Y tiene usted que imaginarse la frenética negativa de Edward... y sus conversaciones. ¡Y todavía más conversaciones! ¡Cielo santo!

Y sin embargo a mí, que vivía en la casa, arropado en la fascinación de aquella manera tranquila y ordenada de vivir, con los silenciosos y experimentados sirvientes, cuya simple forma de colocar mi ropa de vestir era como una caricia..., a mí, que estaba continuamente con ellos, me parecían personas tiernas, ordenadas y devotas, sonrientes, que se ausentaban en los momentos adecuados; que me llevaban a reuniones... ¡ni más ni menos que gente bien! ¿Cómo demonios..., cómo demonios consiguen hacerlo?

Una noche, durante la cena, Leonora dijo (acababa de abrir un telegrama):

—Nancy saldrá mañana camino de la India para reunirse con su padre.

Nadie habló. Nancy contempló su plato; Edward siguió comiéndose el faisán; yo me sentí francamente mal; imaginé que era cosa mía pedirle a Nancy aquella misma noche que se casara conmigo. Me pareció extraño que no me hubieran advertido de su marcha... Pero pensé que no eran más que los modales ingleses..., algún tipo de delicadeza a la que no me había acostumbrado aún. Debe usted recordar que en aquel momento yo confiaba en Edward y en Leonora y en Nancy Rufford, y en la tranquilidad de antiguos refugios de paz, como había confiado en otro tiempo en el amor de mi madre. Y aquella noche Edward habló conmigo.

Lo que había sucedido mientras tanto era lo siguiente:

Al regresar de Nauheim, Leonora se derrumbó por completo..., porque sabía que podía fiarse de Edward. Parece extraño, pero si tiene usted algún conocimiento sobre crisis mentales, no ignorará que gracias a los ingeniosos

tormentos que el destino nos prepara, al cesar un estado de tensión los derrumbamientos se producen en cuanto ya no es preciso que hagamos nada más. Tan sólo después de una larga enfermedad y de la muerte de su marido se derrumba una viuda; únicamente al final de una larga regata la tripulación se desmorona, dejándose caer sobre los remos. Y eso fue lo que le sucedió a Leonora.

Gracias a determinados tonos en la voz de Edward; gracias a la larga mirada que le había dirigido con los ojos inyectados en sangre al levantarse de la mesa en el hotel de Nauheim, Leonora sabía que, en el caso de la pobre chica, los escrúpulos morales de Edward, o su código social, o su idea de que sería una jugada demasiado sucia, dejaban a Nancy completamente a salvo. La chica, estaba segura, no corría el menor peligro a manos de Edward. Y en eso tenía toda la razón. La quiebra definitiva llegaría por conducto de la misma Leonora.

Entonces descansó, se desmoronó; se dejó arrastrar de prisa desde el primer momento, pero luego cada vez con mayor velocidad, por la corriente del destino. Quizá se pueda decir que, liberada por primera vez de todas las restricciones impuestas por su religión, obró siguiendo la línea de sus deseos instintivos. No sé si creer eso, o más bien que había dejado de ser ella misma; o que, al romper las ataduras de sus propias normas, de sus costumbres y de sus tradiciones, actuaba, por vez primera, de acuerdo con su auténtica manera de ser. Se sentía dividida entre el intenso amor maternal que le inspiraba la chica y los intensos celos de una mujer al darse cuenta de que el hombre que ama ha encontrado lo que parece ser la definitiva pasión de su vida. Se sentía dividida entre la intensa repugnancia ante la debilidad de Edward al concebir aquella pasión, la intensa compasión por los sufrimientos que soportaba, y el sentimiento de respeto igualmente intenso, pero que se ocultaba a sí misma, por su decisión de mantenerse libre de mancha en aquel asunto particular.

Y es que el corazón humano es una cosa muy misteriosa. No se puede decir que Leonora, al actuar como lo hizo entonces, no estuviese dominada por una especie de odio hacia esa actitud virtuosa de Edward al final de su vida. Leonora deseaba, creo yo, despreciar a su marido. Se daba cuenta de que se había apartado de ella definitivamente. Que sufriera por lo tanto, que se angustiara; y, si fuese posible, que se desmoronara y acabara en ese infierno que es morada de los propósitos incumplidos. Leonora podría haber seguido otra línea de conducta. Hubiera sido muy fácil mandar a la chica a pasar una temporada con algún amigo; llevársela ella misma con cualquier pretexto. Eso no habría arreglado las cosas, pero hubiera sido una línea de conducta más honesta... Pero por aquellas fechas la pobre Leonora era incapaz de adoptar ninguna línea de conducta.

En un momento determinado se compadecía terriblemente de Edward... y

entonces seguía la línea de la compasión; pero en otro momento le odiaba y actuaba de acuerdo con los dictados de su odio. Leonora jadeaba como una persona que se muere de tuberculosis y jadea buscando aire. Dada su necesidad de discreción y la frialdad de sus modales, tenía intimidad con poquísimas personas. Ninguna en realidad, con la excepción de la esposa del coronel Whelen, que la aconsejó en el asunto de la Dolciquita, y de una o dos religiosas que la habían guiado durante toda su vida. La esposa del coronel estaba por entonces en Madeira; a las religiosas las evitaba. Su libro de visitantes contenía setecientos nombres; pero no podía hablar con ninguno de ellos. Ella era la señora Ashburnham de Branshaw Teleragh.

Era la gran señora Ashburnham de Branshaw y se pasaba todo el día en la cama en su maravilloso y amplio dormitorio lleno de luz, con sus tapicerías estampadas, muebles Chippendale y los retratos de los Ashburnham muertos, pintados por Zoffany y Zuccherò. Cuando había alguna partida de caza se levantaba a duras penas —siempre que fuese una distancia razonable— y dejaba que Edward las llevase en el coche, a la chica y a ella, hasta el cruce de caminos o la casa de campo donde se reunían los cazadores. Luego Leonora se volvía sola en el coche; Edward y la chica montaban a caballo. La señora Ashburnham no estaba en condiciones de hacerlo aquella temporada..., le dolía demasiado la cabeza. Cada paso de su yegua era un suplicio.

Pero manejaba el coche de un solo caballo con eficiencia y precisión; sonreía a los Gimmer y a los Ffoulkes y a los Hedley Seaton. Arrojava con exactitud peniques a los muchachos que le abrían los portones; permanecía muy erguida en el asiento del cochecillo de ruedas altas; saludaba con la mano a Edward y a Nancy cuando se alejaban cabalgando con los sabuesos, y todo el mundo le oía decir con su voz cristalina, que cortaba el aire frío de la mañana:

—¡Que lo paséis bien!

¡Pobre mujer desesperada!

Había, sin embargo, una chispa de consuelo. Surgía porque Rodney Bayham, de Bayham, la seguía siempre con los ojos. Habían pasado tres años desde que Leonora intentara su fracasada aventura con él Y, sin embargo, en las mañanas de invierno él se acercaba hasta las lanzas del coche y se limitaba a saludar con un «Buenos días», mirándola con ojos que no eran implorantes, pero que parecían decir: «¿Se da cuenta? Todavía estoy, como dicen los alemanes, A. D.: a su disposición».

Era un gran consuelo, no porque Leonora se propusiera reanudar nunca aquellas relaciones, sino porque demostraba que aún quedaba en el mundo un alma fiel con pantalones de montar. Y también probaba que Leonora aún conservaba su belleza.

Y era verdad, efectivamente, que no había perdido su atractivo. Tenía cuarenta años, pero seguía estando tan fresca y tan lozana como el día que salió del internado, con un perfil igual de nítido, con el mismo color de pelo, el mismo azul intenso en los ojos. A Leonora le parecía que era eso lo que su espejo le decía; pero siempre quedan dudas... Los ojos de Rodney Bayham las disipaban por completo.

Es extraño que Leonora no hubiese envejecido en absoluto. Supongo que existen algunos tipos de belleza e incluso de juventud que están hechos para la madurez que llega con el sufrimiento largamente soportado. Lo he dicho de una forma demasiado complicada. Me refiero a que Leonora, si todo hubiese ido bien, podría haberse endurecido demasiado y resultar quizá hasta arrogante. Pero tal como estaban las cosas se limitaba a parecer eficiente... y, sin embargo, comprensiva. Esa es la más extraña de las mezclas. Porque le juro que Leonora, a pesar de toda su reserva, daba la impresión de ser muy comprensiva. Cuando te escuchaba también parecía estar atenta a algún sonido lejano. Pero, de todas formas, te escuchaba y se enteraba de lo que le decías, normalmente algo triste, puesto que la historia de la humanidad es una historia de desdichas.

Creo que con su ayuda Nancy superó muchos terrores nocturnos y muchos momentos malos durante el día. Y eso explicaría el apasionado amor de la chica por la mujer de más edad. El amor de Nancy por Leonora era una admiración que nace en los católicos gracias a su actitud ante la Virgen María y ante determinados santos. Es demasiado poco decir que la chica hubiese puesto su vida a los pies de Leonora, porque, en realidad, llegó a ofrecerle su virtud..., y hasta su salud mental. Esos pagos parciales bastaron para rescatar su vida. Pero hoy sería mucho mejor para Nancy Rufford estar muerta.

Quizá todas estas reflexiones no son más que un estorbo; pero me agobian. Trataré de contar lo que sucedió.

Cuando regresó de Nauheim, Leonora, ¿sabe usted?, empezó a tener jaquecas..., jaquecas que duraban días enteros, en los que no podía decir ni una palabra ni soportaba ningún ruido. Y día tras día Nancy cuidaba de ella, silenciosa e inmóvil durante horas, empapando pañuelos con vinagre y agua, y pensando por su cuenta. Tuvo que ser muy malo para ella..., y sus comidas a solas con Edward también tuvieron que ser terribles..., y especialmente malas para Ashburnham, quien, lógicamente, oscilaba en su comportamiento. ¿Qué otra cosa podía hacer? A veces permanecía en silencio y abatido, sin tocar la comida que le ponían delante. Y sólo contestaba con monosílabos a los comentarios de Nancy. En esos casos estaba sencillamente aterrorizado ante la idea de que la chica se enamorase de él. En otras ocasiones tomaba un poco de vino; procuraba dominarse; trataba de bromear acerca de una valla o un seto divisorio que la yegua de Nancy se había negado a saltar, o de hablar sobre las

costumbres de los habitantes de Chitral. Entonces pensaba en lo duro que era para la pobre chica que él se hubiera convertido en un compañero insulso. Se daba cuenta de que las cosas que le dijera en el parque de Nauheim no le habían hecho ningún daño.

Pero todo aquello sí que le estaba haciendo mucho daño a Nancy. Gradualmente le permitió darse cuenta de que Edward era un hombre con sus altibajos y no una persona eternamente alegre como un buen perro, o un caballo seguro o una amiga íntima. Le descubría en actitudes de terrible desánimo, hundido en su sillón del estudio que era en parte sala de armas. A través de la puerta abierta Nancy advertía que su rostro, cuando no tenía con quien hablar, era el rostro de un hombre viejo que estaba muerto. Gradualmente no tuvo más remedio que darse cuenta de que existían profundas diferencias entre el hombre y la mujer que ella consideraba como sus tíos. Fue un convencimiento que tardó mucho en producirse.

Empezó cuando Edward regaló un caballo a un muchacho llamado Selmes. El padre de Selmes se arruinó engañado por un abogado, y la familia tuvo que vender los caballos de caza. Era una historia que había producido gran conmoción en aquella parte del condado. Y Edward, al encontrar un día al muchacho, le ofreció la vieja jaca irlandesa que le servía de montura. Era una cosa un poco tonta, realmente. El caballo valía entre treinta y cuarenta libras y Edward debería haber sabido que su mujer se enfadaría. Pero Ashburnham necesitaba consolar a aquel joven tan desdichado, a cuyo padre conocía de toda la vida. Y lo que empeoró las cosas es que el joven Selmes no podía siquiera mantener un caballo. Edward lo recordó nada más hacer su ofrecimiento, y dijo muy de prisa:

—Cuento, por supuesto, con que dejes el caballo en las cuadras de Branshaw hasta que cambie tu situación o quieras venderlo para conseguir otro mejor.

Nancy fue directamente a la casa y se lo contó a Leonora, que estaba acostada. Le parecía un ejemplo magnífico del instantáneo interés de Edward por los sentimientos y la situación de los que pasaban apuros. Pensó que aquello animaría a Leonora..., que cualquier mujer tenía que alegrarse de estar casada con un hombre tan espléndido. Fue la última idea juvenil de Nancy. Porque Leonora, tranquila pero terriblemente débil después de la jaqueca, se dio la vuelta en la cama y pronunció palabras que a la chica le resultaron asombrosas:

—¿Por qué no habrá hecho Dios —dijo— que sea tu marido en lugar del mío? Acabaremos en la ruina. ¿Es que no voy a tener nunca una oportunidad? —Y de pronto se echó a llorar desconsoladamente. Acto seguido se incorporó sobre las almohadas con un codo y se quedó allí llorando y llorando,

tapándose el rostro con las manos y cayéndole las lágrimas entre los dedos.

La chica se sonrojó, tartamudeó y gimió como si hubiera sido un insulto personal:

—Pero si tío Edward... —empezó.

—Ese hombre —dijo Leonora, con un extraordinario rencor en la voz— daría su camisa y la mía..., y también la tuya, a cualquier... —No pudo terminar la frase.

En aquel momento sentía un odio y un desprecio enormes hacia su marido. Toda la mañana y toda la tarde había estado allí tumbada, clavándose las uñas en las palmas de las manos, pensando en Edward y en la chica juntos, cabalgando por los campos y volviendo a casa al atardecer.

Branshaw había permanecido totalmente silencioso en la melancólica atmósfera invernal. Y luego, después de una eternidad de tormentos, invadió la casa el ruido de puertas que se abrían y la alegre voz de la chica diciendo:

—Bueno; fue sólo bajo el muérdago... —Y a continuación la áspera voz de Edward. En seguida entró Nancy, corriendo escaleras arriba, para avanzar después de puntillas hasta la puerta abierta del cuarto de Leonora. Branshaw tenía un enorme salón, con suelos de roble y pieles de tigre. A su alrededor corría una galería a la que daba el dormitorio de Leonora. E incluso durante las peores jaquecas le gustaba tener abierta la puerta de su cuarto..., imagino que para oír los pasos, cada vez más cercanos, de la ruina y del desastre. De todas formas, lo cierto es que no le gustaba estar en una habitación con la puerta cerrada.

En aquel momento Leonora odiaba a Edward con un odio que era como el infierno, y le hubiera gustado cruzarle la cara a la chica con su fusta. ¿Qué derecho tenía Nancy y a ser joven, esbelta y morena, y alegre unas veces y triste otras? ¿Qué derecho tenía a ser exactamente la mujer capaz de hacer feliz a su marido? Porque Leonora sabía que Nancy hubiera hecho feliz a Edward.

Sí; Leonora quería cruzarle la cara con la fusta. Se imaginaba el placer que sentiría cuando cayera el golpe sobre aquellas facciones singulares; el placer que sentiría al mover bruscamente la empuñadura hacia atrás para que el corte fuera profundo y dejara una señal indeleble.

Pues bien: dejó una señal indeleble, y sus palabras hicieron un corte profundo en la imaginación de la chica...

Ninguna de las dos volvió a mencionar aquello. Pasaron dos semanas; dos semanas de intensas lluvias, de campos embarrados, de malas condiciones para que los perros encontraran el rastro. Las jaquecas de Leonora parecían

haber desaparecido por completo. Fue de caza una o dos veces, dejándose guiar por Bayham, mientras Edward cuidaba de la chica. Luego, una noche, cuando los tres estaban solos, Edward dijo, con la extraña voz, pausada y triste, que brotaba de sus labios por aquellos días (con los ojos clavados en la mesa):

—He estado pensando que Nancy debería hacer más por su padre. Se está haciendo viejo. He escrito al coronel Rufford, sugiriéndole que su hija vaya a reunirse con él.

Leonora lanzó un grito desafiante:

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?

La chica se llevó la mano al corazón y exclamó: «¡Dulce salvador mío, ayúdame!». Ésa fue la extraña manera de pensar que tuvo, y las palabras le llegaron hasta los labios sin que pudiera evitarlo. Edward no respondió.

Y aquella noche, por una despiadada jugarreta del demonio que se ocupa de este sofocante infierno nuestro, Nancy Rufford tuvo una carta de su madre. Llegó mientras Leonora estaba hablando con Edward; de lo contrario la hubiera interceptado como había hecho con otras. Era una carta horrible y asombrosa.

Ignoro lo que decía. Tan sólo deduzco por sus efectos sobre Nancy que su madre, después de escaparse con algún individuo insignificante, había hecho lo que suele llamarse «caer cada vez más bajo». Si por aquel entonces hacía la calle es algo que ignoro, pero imagino que completaba la pequeña asignación que le pasaba su marido con ese medio de vida. Supongo que se lo explicaba así a Nancy en su carta y le echaba en cara vivir en el lujo mientras ella se moría de hambre. El tono debía de ser horrible, porque la señora Rufford era una mujer cruel hasta en sus mejores tiempos. Las palabras de su madre, al abrir la carta en su dormitorio para olvidarse de otros pesares, le tuvieron que parecer a la pobre chica algo así como una carcajada del demonio.

No soporto la imagen de mi pobrecita Nancy en aquel momento...

Y, al mismo tiempo, Leonora, con fría locura monomaniaca, se dedicaba a flagelar a su desdichado marido. O quizá no tan desdichado; tal vez se le pueda considerar feliz por haber hecho lo que sabía que estaba bien. En cualquier caso, Ashburnham se encontraba en su sillón y Leonora entró en la sala de armas..., por primera vez en nueve años.

—Ésta es la cosa más atroz que has hecho en toda tu abominable vida —le dijo. Él no se movió ni la miró. Sólo Dios sabe lo que Leonora pensaba exactamente. Quiero decir que por encima de todo le preocupaba y horrorizaba la idea de que la pobre chica volviera con un padre cuya voz le hacía gritar en

sueños por las noches. Y, desde luego, ese motivo tenía mucha fuerza para Leonora. Pero también creo que deseaba seguir torturando a Edward con la presencia de la chica. Por entonces ya era capaz de una cosa así.

Edward estaba hundido en el sillón; en la habitación había dos velas, cubiertas con pantallas de vidrio verde. Las pantallas se reflejaban en los cristales de las librerías en las que no se guardaban libros, sino armas de fuego de resplandecientes cañones y cañas de pescar en fundas de bayeta verde. Sobre la repisa de la chimenea, atestada de espuelas, cascos y modelos en bronce de caballos, se alcanzaba a ver con dificultad un cuadro de un caballo blanco sobre fondo marrón oscuro.

—Si crees —dijo Leonora— que no sé que estás enamorado de la chica... —Empezó con mucho ímpetu, pero no encontró un final para la frase. Edward no se movió; no dijo nada.

—Si quieres que me divorcie de ti, lo haré. Así podrás casarte con ella. Está enamorada de ti.

Edward gimió un poco al oír aquello, según Leonora. Acto seguido ella salió del cuarto.

Sólo Dios sabe qué pasó después en el interior de Leonora. Ella no, desde luego. Probablemente le dijo a Edward muchas más cosas de las que yo he podido recoger; pero no me ha contado más y no estoy dispuesto a inventar discursos. Para entender la evolución psicológica en aquel momento creo que debemos admitir que le reprochó muchas cosas de su vida pasada, mientras Edward seguía sin decir una sola palabra. Y, efectivamente, al recordarlo después, Leonora ha repetido varias veces: «Le dije mucho más de lo que pensaba, porque estuvo callado todo el tiempo». Ella habló, de hecho, esforzándose en herirle para que saliera de su mutismo.

Debió decir tantas cosas que, gracias a la exteriorización de sus agravios, cambió su estado de ánimo. Regresó a su habitación en la galería, y estuvo allí mucho tiempo pensando. Y pensando llegó a alcanzar una actitud de absoluto altruismo, y también de absoluto autodesprecio. Se dijo a sí misma que no era buena; que había fracasado en todos sus propósitos..., en sus esfuerzos por recobrar a Edward y en sus esfuerzos por lograr que moderase sus gastos. Se convenció a sí misma de que estaba exhausta; se imaginó que estaba acabada. Y a continuación sintió muchísimo miedo.

Pensó que Edward, después de las cosas que le había dicho, tenía que haberse suicidado. Salió a la galería y escuchó; no se oía ningún ruido en toda la casa con la excepción del tictac del gran reloj del salón. Pero incluso en la situación de deterioro en que se hallaba, Leonora no era una persona capaz de aguardar el curso de los acontecimientos. Inmediatamente pasó a la acción.

Fue directamente a la sala de armas, abrió la puerta y miró dentro.

Su marido estaba engrasando el mecanismo de cierre de un rifle. Era una ocupación insólita para aquella hora de la noche, vestido aún con su traje de etiqueta. A Leonora, sin embargo, no se le ocurrió ni por un momento que se fuera a pegar un tiro. Comprendió que lo hacía para estar ocupado..., para no pensar. Edward levantó la vista cuando su mujer abrió la puerta, con el rostro iluminado por la luz que salía por los orificios superiores de las pantallas verdes.

—No es que pensara que iba a encontrar aquí a Nancy —dijo ella. Le pareció que le debía una explicación.

—No se me había ocurrido que pudieras pensarlo —respondió él. Fueron las únicas palabras que pronunció aquella noche. Leonora regresó, como un alma en pena, atravesando los largos corredores; tropezó con familiares pieles de tigre en el gran salón a oscuras. Apenas podía levantar los pies del suelo. Ya en la galería advirtió que la puerta de Nancy estaba abierta a medias y que dentro había luz. Una locura repentina se apoderó de ella, un deseo de actuar, un ansia de autojustificación.

Sus dormitorios daban a la galería: el de Leonora al este, el de la chica a continuación y luego el de Edward. El espectáculo de aquellas tres puertas abiertas, una después de otra, esperando recibir a quien pudiera traerles el azar de la oscuridad nocturna, hizo que Leonora se estremeciera de pies a cabeza. Entró en el cuarto de Nancy.

La chica estaba perfectamente inmóvil en un sillón, muy erguida, tal como le habían enseñado a sentarse en el internado. Parecía tan en calma como una iglesia; los cabellos negros le caían sobre los hombros como un paño mortuario. El fuego a su lado ardía alegremente; debía de haber añadido carbón hacía muy poco. Llevaba puesto un kimono blanco de seda que la tapaba hasta los pies. La ropa que se había quitado estaba cuidadosamente doblada y puesta en su sitio. Tenía una mano sobre cada brazo del sillón, de respaldo blanco y rosa.

Todo esto me lo contó Leonora. Parecía considerar fuera de lo corriente que, en una noche así, la chica hubiera podido hacer cosas tan metódicas como doblar la ropa que se había quitado..., cuando Edward acababa de anunciar que iba a mandarla con su padre, y después de recibir aquella carta de su madre. Sostenía la carta, dentro del sobre, con la mano derecha.

Leonora se fijó en ella al principio.

—¿Qué haces levantada tan tarde? —dijo.

—Estoy pensando —respondió la chica pensando.

Parece que las dos pensaban en susurros y hablaban entre dientes. Entonces Leonora vio el sobre y reconoció la letra de la señora Rufford.

Fue uno de esos momentos en que pensar resultaba imposible, dijo Leonora. Daba la impresión de que le estaban tirando piedras desde todas partes y no podía hacer otra cosa que correr. Se oyó decir a sí misma:

—Edward se está muriendo..., por ti. Se está muriendo. Vale más que cualquiera de nosotras dos...

La chica miró más allá de Leonora, a los entrepaños de la puerta medio cerrada.

—Mi pobre padre —dijo—, mi pobre padre.

—Debes quedarte aquí —respondió Leonora furiosamente—. Debes quedarte aquí. Te digo que tienes que quedarte.

—Me voy a Glasgow —respondió Nancy—. Saldré para Glasgow mañana por la mañana. Mi madre está en Glasgow.

Parece ser que era en Glasgow donde la señora Rufford llevaba su vida escandalosa. Había elegido aquella ciudad no porque fuera más provechosa económicamente, sino por tratarse de la ciudad natal de su marido, a quien quería hacer todo el daño posible.

—Debes quedarte aquí —repitió Leonora— para salvar a Edward. Se está muriendo de amor por ti.

La chica la miró con ojos llenos de calma.

—Lo sé —dijo—. Y yo me estoy muriendo de amor por él.

Leonora dejó escapar un «Ah» que, a pesar suyo, fue un «ah» de horror y de pesar.

—Por eso —siguió la chica— me voy a Glasgow..., para sacar a mi madre de allí. —Y añadió—: Para llevármela a los confines de la tierra —porque si bien los últimos meses habían hecho de ella una mujer, sus frases eran todavía las de una colegiala romántica. Como si al crecer tan aprisa no hubiese tenido tiempo de recogerse el pelo.

Pero dijo a continuación:

—No somos buenas..., ni mi madre ni yo.

Leonora respondió con feroz tranquilidad:

—No, no. Tú sí eres buena. La mala soy yo. No puedes dejar que ese hombre se desmorone por causa tuya. Tienes que entregarte a él.

La chica, dijo Leonora, sonrió con una extraña y remota sonrisa..., como si

tuviera mil años, y como si Leonora fuese una niña.

—Sabía que llegarías a eso —dijo muy despacio—. Pero no somos dignos..., ni Edward ni yo.

CAPÍTULO III

Nancy, de hecho, no había cesado de pensar desde que Leonora hizo el comentario sobre el regalo del caballo al joven Selmes. Estuvo pensando y pensando porque permaneció muchos días en silencio junto a la cama de su tía (siempre había considerado a Leonora como su tía). Y también estuvo pensando durante muchas comidas con Edward que transcurrieron en silencio. Y luego, a veces, con los ojos inyectados en sangre y profundas arrugas alrededor de la boca, Ashburnham le sonreía. Gradualmente Nancy había llegado a adquirir el convencimiento de que Edward no amaba a Leonora y de que Leonora odiaba a Edward. Diferentes descubrimientos contribuyeron a formar y a reforzar esta conclusión.

En aquellos días se le permitía leer los periódicos..., o más bien, puesto que Leonora estaba siempre en la cama y Edward desayunaba muy pronto y salía a ocuparse de las propiedades, Nancy se quedaba a solas con los periódicos. Un día vio en una página el retrato de una mujer que conocía muy bien. Debajo leyó estas palabras: «La honorable señora Brand, demandante en la notable causa de divorcio de la que se da cuenta en la página 8.» Nancy apenas sabía lo que era una causa de divorcio. Hasta ese punto era buena su educación; además, los católicos no practican el divorcio. No sé cómo Leonora lo había conseguido exactamente. Supongo que grabó con fuerza en la mente de Nancy que las mujeres decentes no leían estas cosas, y ello habría bastado para que Nancy se saltara tales páginas.

Pero sí que leyó, por lo menos, el reportaje sobre la causa de divorcio de los Brand..., principalmente porque quería contárselo a Leonora. Se imaginaba que cuando se le pasara la jaqueca le gustaría saber lo que le estaba sucediendo a la señora Brand, que vivía en Christchurch y les era muy simpática a las dos. El juicio duró tres días, y el reportaje con que Leonora se tropezó era del tercero. Edward, sin embargo, guardaba los periódicos de la semana, de acuerdo con sus costumbres metódicas, en una estantería de la sala de armas, y cuando terminó de desayunar se fue a aquella tranquila habitación y se despachó a gusto, como ella misma habría dicho. Le pareció un asunto muy raro. No lograba entender por qué uno de los abogados estaba tan deseoso de conocer todos los movimientos del señor Brand determinado día; ni por qué era tan necesario presentar ante el tribunal un plano con la distribución del

dormitorio de Christchurch Old Hall. Como tampoco por qué tenían tanto interés en saber si, en cierta ocasión, la puerta de la sala estaba cerrada con llave. Todo aquello hizo que Nancy acabara riéndose; le parecía absurdo que personas mayores se ocuparan de tales cosas. Le sorprendió, sin embargo, que uno de los abogados interrogase con tanta insistencia y de forma tan impertinente al señor Brand sobre sus sentimientos hacía la señorita Lupton. Nancy conocía muy bien a la señorita Lupton de Ringwood..., una chica muy alegre, que montaba un caballo con dos manchas blancas en las patas. El señor Brand insistía en que no amaba a la señorita Lupton... Claro, era evidente que no amaba a la señorita Lupton, puesto que estaba casado. Sería lo mismo que pensar en tío Edward queriendo..., queriendo a alguien que no fuese Leonora. Cuando las personas se casan ya no podían querer a nadie más. Sin duda había gente que se portaba mal..., pero eran pobres..., o personas distintas de las que ella conocía.

Así era cómo Nancy veía aquel asunto.

Pero al seguir leyendo se encontró con que el señor Brand había tenido que reconocer la existencia de una «intimidación culpable» con determinada persona. Nancy se imaginó que le había contado a alguien los secretos de su mujer; y no entendía que pudiera ser un delito grave. No era, por supuesto, un comportamiento muy caballeroso..., hizo que sintiera menos respeto por el señor Brand. Pero como después descubrió que la señora Brand había perdonado aquella ofensa, se imaginó que los secretos que su marido había contado no podían ser muy importantes. Y luego, de repente, se vio obligada a aceptar que el señor Brand..., el apacible señor Brand a quien había visto uno o dos meses antes de salir para Nauheim jugando a la gallinita ciega con sus hijos y besando a su mujer cuando la capturaba..., que las relaciones entre el señor y la señora Brand no podían ser peores. Increíble.

Sin embargo, allí estaba..., en letras de imprenta. El señor Brand bebía; el señor Brand había pegado a la señorita Brand, tirándola al suelo cuando estaba bebido. Al cabo de columnas y columnas de periódico se declaraba al señor Brand, mediante dos o tres ásperas frases, culpable de crueldad con su mujer y culpable de adulterio con la señorita Lupton. Las últimas palabras no significaban nada para Nancy..., nada real, quiero decir. Sabía que existía la prohibición de cometer adulterio..., pero ¿por qué, pensó, tendría que cometerlo nadie? Era, probablemente, algo como pescar salmón en época de veda..., una cosa que no se hacía. Dedujo que tenía algo que ver con besar, con abrazar a alguien...

Y sin embargo, el efecto total de aquella lectura fue crearle una sensación de misterio, de terror y de malignidad. Sintió un malestar que fue creciendo a medida que leía. El corazón le latía dolorosamente y empezó a llorar. Le preguntó a Dios cómo podía permitir que pasaran tales cosas. Y tuvo una

certeza aún mayor de que Edward no amaba a Leonora y de que Leonora odiaba a Edward. Tal vez era cierto, entonces, que su tío amaba a otra persona. Impensable.

Si Edward amaba a alguien distinto de Leonora, le dijo su desconocido y ardiente corazón dentro del pecho, ¿por qué no a ella misma? Pero él no la amaba... Esto sucedió alrededor de un mes antes de que Nancy recibiera la carta de su madre. Mantuvo el asunto en suspenso hasta que desapareció el malestar, un día o dos más tarde. Después, al descubrir que Leonora había superado sus jaquecas, le dijo de repente que la señora Brand se había divorciado. Y preguntó qué significaba exactamente todo aquello.

Leonora estaba tumbada en el sofá de la sala; se sentía tan débil que apenas pudo encontrar las palabras. Se limitó a contestar:

—Significa que el señor Brand se podrá casar de nuevo.

—Pero..., pero... —dijo Nancy; y enseguida—: Se podrá casar con la señorita Lupton.

Leonora movió la cabeza afirmativamente, con los ojos cerrados.

—Entonces... —empezó Nancy. Sus ojos azules se llenaron de horror; frunció las cejas; alrededor de la boca se le marcaron con claridad las arrugas del dolor. Ante sus ojos había cambiado el aspecto de aquel gran salón tan familiar. Los morillos con las flores de latón en los extremos le parecieron irreales; los leños no eran más que madera ardiendo y no los tranquilizantes símbolos de un indestructible sistema de vida. Las llamas se agitaban ante el muro posterior de la alta chimenea; el San Bernardo suspiró dormido. Fuera, la lluvia del invierno caía sin interrupción. Y, de repente, Nancy pensó que Edward podría casarse con otra mujer; y casi se puso a gritar.

Leonora, tumbada de lado en el sofá que habían arrastrado hasta situarlo frente a la gran chimenea, con el rostro sobre un cojín negro y oro, abrió los ojos.

—Creía —dijo Nancy—, nunca había imaginado..., ¿no es un sacramento el matrimonio? ¿No es indisoluble? Yo creía que uno estaba casado... y... —sollozaba—. Creía que uno era casado o soltero igual que está vivo o muerto.

—Eso es según el derecho canónico —dijo Leonora—, pero no según las leyes de este país...

—Ah, claro —dijo Nancy—; los Brand son protestantes.

Se sintió repentinamente a salvo, y durante una hora poco más o menos recobró la calma. Le parecía absurdo no haberse acordado de Enrique VIII y de las bases sobre las que descansa la Iglesia anglicana. Casi se rio de sí misma.

La larga tarde siguió su curso; las llamas volvieron a agitarse cuando la doncella reavivó el fuego; el San Bernardo se despertó y echó a andar con paso indolente hacia la cocina. Y entonces Leonora abrió otra vez los ojos y dijo casi con frialdad:

—¿Y tú? ¿No has pensado en el matrimonio?

Era una pregunta tan extraña viniendo de Leonora que, durante unos momentos, la chica se sintió llena de temor en la penumbra. Pero enseguida decidió que era una curiosidad perfectamente razonable.

—No lo sé —contestó—. No sé de nadie que quiera casarse conmigo.

—Varias personas se quieren casar contigo —dijo Leonora.

—Pero yo no me quiero casar —respondió Nancy—. Me gustaría seguir viviendo contigo y con Edward. No creo que sea un estorbo ni que mi manutención resulte demasiado cara. Si yo me fuera, tú necesitarías una dama de compañía. O, quizá, debería ganarme la vida...

—No pensaba en eso —dijo Leonora con el mismo tono indiferente—. Tendrás suficiente dinero de tu padre. Pero la mayoría de las personas quieren casarse.

Creo que a continuación le preguntó si no le gustaría casarse conmigo, y Nancy respondió que me aceptaría si se le decía que lo hiciera; pero prefería seguir viviendo en Branshaw. Luego añadió:

—Si me casara con alguien, querría que se pareciese a Edward.

Se asustó muchísimo al ver cómo Leonora se retorció en el sofá y exclamaba: «¡Dios mío!».

Nancy corrió en busca de la doncella; en busca de tabletas de aspirina y pañuelos húmedos. No pensó en ningún momento que la expresión de sufrimiento de su tía no fuese reflejo de un dolor físico.

Debe usted recordar que todo esto sucedió un mes antes de que Leonora se presentase de noche en el cuarto de la chica. He dado de nuevo un salto atrás; no puedo remediarlo. Es muy difícil mantener en marcha a toda esta gente. Le cuento a usted algo sobre Leonora y la pongo al día; después le hablo de Edward, que se ha quedado atrás. Y entonces resulta que a la chica casi la perdemos de vista por completo. Quisiera poder escribirlo en forma de diario. Así: el 1 de septiembre volvieron de Nauheim. Leonora empezó a guardar cama nada más llegar. Para el 1 de octubre iban de caza los tres juntos. Nancy ya había notado que Edward se comportaba extrañamente. Hacia el 6 de aquel mes, Ashburnham regaló el caballo al joven Selmes, y Nancy tuvo razones para creer que su tía no amaba a su tío. El 20 leyó el reportaje sobre la causa de divorcio, que apareció en el periódico del 18 y de los dos días siguientes. El

23 mantuvo la conversación con Leonora en el gran salón..., sobre el matrimonio en general y sobre la posibilidad del suyo. La visita de su tía a su dormitorio no tuvo lugar hasta el 11 de noviembre.

De manera que Nancy dispuso de tres semanas para dedicarse a la introspección..., a la introspección bajo cielos melancólicos, en aquella vieja mansión, que resultaba más oscura por el hecho de estar situada en una hondonada rodeada de abetos de sombras muy densas. No era un ambiente adecuado para una chica. Empezó a pensar en el amor, ella que hasta entonces sólo lo había considerado como una cuestión bastante divertida y bastante absurda. Recordó al azar pasajes de libros sin mucho relieve: cosas que en realidad no le habían afectado en su momento. Se acordó del amor de alguien por la princesa Badruldur; se acordó de haber oído que el amor era una llama, una sed, un marchitarse de los órganos vitales..., aunque Nancy no sabía muy bien qué eran los órganos vitales. Tenía el vago recuerdo de que, según se decía, el amor llenaba de desesperación los ojos de un amante sin esperanza; recordó el personaje de un libro del que se explicaba que el amor le había empujado a la bebida; recordó que la existencia de los amantes quedaba marcada con frecuencia por profundos suspiros. En una ocasión se sentó ante el pequeño piano recto que estaba en un ángulo del gran salón y empezó a tocar. Era un instrumento de sonidos demasiado agudos y tintineantes, porque ninguno de los miembros de aquella familia tenía gran disposición para la música. Nancy sabía tan sólo unas cuantas canciones muy sencillas, y de pronto se encontró con que estaba tocando. Antes permaneció junto a la ventana viendo llegar el crepúsculo. Leonora había salido a hacer visitas; Edward estaba supervisando algunos trasplantes en el nuevo bosquecillo cercano a la casa. Así fue cómo Nancy se encontró tocando el viejo piano. No supo cómo había llegado a hacerlo. Una trémula e inocente melodía surgió delante de ella en la penumbra..., una melodía en la que las notas en tono mayor, con su alegre insistencia, se mezclaban y confundían con los sonidos en tono menor, de la misma forma que debajo de un puente las luces intensas sobre aguas oscuras se disuelven y tiemblan y desaparecen en las negras profundidades. Bueno: era una vieja melodía un poco tonta...

Tenía letra..., acerca de un sauce, me parece:

Para los amores perdidos

El mejor eres, el más auténtico...

Ese tipo de cosas. Unos versos de Robert Herrick, según creo, y la música tenía ese sonido agudo, irregular, cadencioso, que va con Herrick. Y anochece; las pesadas y oscuras columnas labradas que sostenían la galería eran como presencias enlutadas; el fuego se había extinguido prácticamente..., un simple resplandor entre cenizas blancas... Era un lugar y una luz y una

hora que inclinaban al sentimentalismo...

Y Nancy descubrió de repente que estaba llorando. Lloraba sosegadamente; y siguió llorando con largos sollozos entrecortados. Tuvo la impresión de que todas las cosas alegres, todas las cosas encantadoras, toda la luz, toda la dulzura se habían esfumado de la vida. Desdichas y más desdichas era lo único que veía a su alrededor. Le pareció que no conocía a ninguna persona feliz y que ella misma sentía una gran angustia...

Recordó la desesperanza en los ojos de Edward; estaba segura de que bebía demasiado; en ocasiones suspiraba profundamente. Parecía un hombre que ardiera con una llama interior; con el alma seca a causa de la sed; un hombre cuyos órganos vitales se estaban marchitando. Entonces tuvo la torturante certeza —el convencimiento que se había presentado ante ella una y otra vez— de que Edward amaba a alguien que no era Leonora. Con su estrecho y pedagógico sectarismo recordó que los católicos no hacían esas cosas. Pero Edward era protestante. Luego Edward amaba a alguien...

Y, después de aquel pensamiento, sus ojos se llenaron de desesperanza; suspiró como el viejo San Bernardo que tenía al lado. Durante las comidas empezó a sentir un intolerable deseo de beber una copa de vino, y luego otra, y luego una tercera. Después descubría que se estaba poniendo alegre. Pero media hora después la alegría había desaparecido; se sentía como una persona que arde con una llama interior; a quien la sed está secando el alma al tiempo que se le marchitan los órganos vitales. Una noche fue a la sala de armas de Edward, que había salido para asistir a una reunión del Comité Nacional de Reservistas. En la mesa junto a su sillón había un frasco de cristal con whisky. Llenó un vaso para vino y se lo bebió.

Entonces le pareció realmente tener el cuerpo en llamas; se le hincharon las piernas; notó en el rostro el ardor de la fiebre. Se arrastró con toda su estatura hasta su cuarto y se tumbó a oscuras. La cama se mecía bajo ella; se abandonó a la idea de que estaba en los brazos de Edward; que la besaba en el rostro ardiente; en los hombros que también ardían, y en el cuello, que estaba en llamas.

Nunca volvió a tomar bebidas alcohólicas. Ni tampoco volvió nunca a tener ideas como aquéllas. Desaparecieron de su mente; sólo dejaron un sentimiento de vergüenza tan insoportable que su cerebro no fue capaz de aceptarlo y las borró por completo. Se imaginó que su angustia ante la idea de que Edward amase a otra persona era tan sólo preocupación por Leonora; decidió pasar el resto de su vida como doncella de su tía, limpiando, atendiendo a la casa, bordando, como una Débora, como alguna santa medieval..., desgraciadamente no estoy impuesto en la hagiografía católica. Pero sé que Nancy se veía a sí misma como un personaje de rostro serio y

abatido, y labios muy apretados, en una luminosa habitación blanca, regando plantas o trabajando en un bastidor. O deseaba irse a África con Edward, para arrojarle ante un león furioso y poder así, a costa de su vida, salvar a su tío para Leonora. Porque junto a sus ideas melancólicas tenía otras simplemente infantiles.

Nancy no sabía nada..., no sabía nada de la vida, excepto que tenemos que vivir tristemente. Eso era lo que ya había aprendido. Lo que le sucedió la noche en que recibió al mismo tiempo el golpe de que Edward quisiera mandarla a la India con su padre y el golpe de la carta de su madre fue esto: Primero acudió a su dulce Salvador —¡y pensaba en Nuestro Señor como dulce Salvador suyo!—, para que hiciera imposible su marcha a la India. Luego comprendió, por el proceder de Edward, que estaba decidido a mandarla a la India. Por lo tanto estaba bien que fuera. Edward siempre tenía razón en sus decisiones. Era el Cid; era Lohengrin; era el Caballero Bayardo.

Sin embargo, su mente protestó y se rebeló. No podía abandonar aquella casa. Se imaginó que Edward deseaba que se marchara para que no fuese testigo de sus amores con otra chica. Bien; estaba preparada para decirle que podía ser testigo de sus amores con otra. Ella se quedaría allí..., para consolar a Leonora.

Luego llegó el terrible choque de la carta de su madre. Su madre decía, según creo, algo como esto: «No tienes derecho a seguir llevando una vida próspera como si fueras una persona respetable. Tendrías que estar conmigo en la calle. ¿Cómo sabes siquiera que eres hija del coronel Rufford?». Nancy no sabía qué significaban aquellas palabras. Veía a su madre dormir bajo unos soportales mientras caía la nieve. Esa era la impresión que causaban en su mente las palabras «en la calle». Un platónico sentido del deber le hizo pensar que tenía que ir a consolarla..., a la madre que la diera a luz, aunque Nancy apenas comprendía el significado de estas palabras. Al mismo tiempo supo que su madre había dejado a su padre por otro hombre... y por tanto se compadeció de su padre y se consideró culpable por echarse a temblar con el sonido de su voz. Si su madre pertenecía a aquel tipo de mujeres era natural que su padre hubiera tenido ataques de locura en los que la golpease hasta derribarla. Y la voz de su conciencia le decía que su primer deber era con sus padres. Este renovado sentimiento del deber fue responsable de que se desnudara con gran cuidado y de que doblara meticulosamente la ropa que se quitaba. A veces, aunque no con mucha frecuencia, la tiraba de cualquier modo por la habitación.

Y ese sentido del deber fue la influencia dominante en su espíritu cuando Leonora, alta, saludable, de cabellos de oro, toda de negro, apareció en el umbral de su cuarto y le dijo que Edward se estaba muriendo de amor por ella. Supo entonces conscientemente lo que había sabido en su interior durante

meses, que Edward se estaba muriendo —físicamente y de verdad— de amor por ella. Le pareció por unos momentos que su espíritu podía decir: «Domine, nunc dimittis... Ahora, Señor, permite a tu siervo marchar en paz». Se imaginó que podía irse alegremente a Glasgow y rescatar a su madre caída.

CAPÍTULO IV

Y le pareció que estaba en armonía con el ambiente, con la hora y con la mujer que tenía delante, decir que sabía que Edward se moría de amor por ella y que ella se moría de amor por Edward. Porque aquel hecho había pasado repentinamente a encajar en su sitio y a convertirse en algo real, de la misma manera que el marcador colocado en una libreta de whist se desliza y encaja en su sitio con la presión de un dedo. Aquella partida al menos había quedado resuelta.

Y de repente Leonora pareció convertirse en otra persona y Nancy tuvo la impresión de haber cambiado de actitud hacia su tía. Era como si ella, con su delicado kimono blanco de seda, siguiera sentada junto al fuego, pero sobre un tronco. Mientras Leonora, con su vestido de encaje negro, sus resplandecientes hombros blancos y el cabello rubio trenzado que Nancy había considerado siempre la cosa más hermosa del mundo..., se comprimía y arrugaba como si el frío la hubiera amoratado, haciéndola temblar y adoptar una actitud suplicante. Y, sin embargo, Leonora le estaba dando órdenes. No servía de nada darle órdenes. Por la mañana iría a reunirse en Glasgow con su madre.

Leonora siguió diciendo que Nancy se tenía que quedar allí para salvar a Edward, que se estaba muriendo de amor por ella. Y, orgullosa y feliz con la idea de que Edward la amaba y de que ella también le amaba, Nancy no escuchaba lo que Leonora le decía. Pensaba que era una responsabilidad de su tía salvar el cuerpo de su marido; ella, Nancy, poseía su alma..., una carga preciosa que protegería y se llevaría en brazos..., como si Leonora fuese un perro hambriento, que tratase de alcanzar dando saltos un cordero que Nancy transportara. Sí; sintió que el amor de Edward era un cordero de inapreciable valor que ella ponía a salvo de un animal de presa. Porque, en aquel momento, Leonora le parecía un animal de presa. Era Leonora quien, con su hambre y con su crueldad, había llevado a Edward a la locura. Y su amor por Nancy y también el amor de Nancy tenían que protegerle: el amor sin palabras de la chica envolviéndole, rodeándolo, sosteniéndole desde muy lejos; su voz hablándole desde Glasgow, diciéndole que le amaba, que le adoraba, que no pasaba un momento sin añorarle, sin quererle, sin estremecerse al pensar en él.

Leonora decía en voz muy alta, con insistencia, en tono cruelmente

imperativo:

—Tienes que quedarte aquí; tienes que entregarte a Edward. Yo me divorciaré.

La chica respondió:

—La Iglesia prohíbe el divorcio. No puedo ser de tu marido. Me voy a Glasgow a rescatar a mi madre.

La puerta medio cerrada se abrió del todo sin hacer el menor ruido. Edward apareció en el umbral. Sus ojos consumidos por la ansiedad, condenados a la destrucción, quedaron clavados en el rostro de la chica: iba inclinado hacia delante y estaba sin duda medio borracho, con el frasco de whisky en una mano y una palmatoria inclinada en la otra.

—Te prohíbo que hables de esas cosas —le dijo a Nancy con intensa ferocidad—. Te quedarás aquí hasta que tenga noticias de tu padre. Entonces irás a reunirse con él.

Las dos mujeres se vigilaban como fieras a punto de saltar, apenas se dignaron mirarle. Él se apoyó contra la jamba de la puerta, y dijo de nuevo:

—Nancy, te prohíbo que hables de esas cosas. Soy el que manda en esta casa. —Y, ante el sonido de su voz, intensa, varonil, grave, en medio de la noche y con la oscuridad tras él, Nancy sintió como si su espíritu se inclinara ante Edward con las manos enlazadas. Decidió que se marcharía a la India y que no deseaba volver a hablar nunca de aquellas cosas.

Leonora dijo:

—Ya ves que es tu deber entregarte a él. Hay que impedir que siga bebiendo.

Nancy no respondió. Edward se había marchado; le oyeron resbalar y arrastrar los pies sobre el roble encerado de las escaleras. Nancy gritó cuando les llegó el ruido de un cuerpo que caía pesadamente. Leonora dijo de nuevo:

—¿Lo ves?

Siguieron llegándoles ruidos desde el gran salón en el piso bajo; la palmatoria que Edward sostenía iluminó con su luz vacilante las barandillas de la galería. Luego oyeron su voz:

—Póngame con Glasgow... Glasgow, en Escocia... Quiero hablar con un señor llamado White, de Simrock Park, en Glasgow... Edward White, Simrock Park, Glasgow..., diez minutos..., a esta hora de la noche... —Su voz era sosegada, normal y paciente. El alcohol le afectaba las piernas, pero no el habla—. No me importa esperar —les llegó de nuevo su voz—. Sé que tienen teléfono. Ya he hablado otras veces con ellos.

—Va a telefonar a tu madre —dijo Leonora—. Le resolverá todos los problemas. —Se levantó y cerró la puerta. Luego volvió junto al fuego y añadió amargamente—: Siempre es capaz de arreglarle los problemas a todo el mundo, excepto a mí..., ¡yo soy la excepción!

La chica no dijo nada. Estaba viviendo un sueño de felicidad. Le parecía ver a su amado en el sitio donde se sentaba siempre —una silla de respaldo redondo— en el gran salón a oscuras..., le veía hundido en el asiento, hablando lentamente, con una voz especialmente amable que reservaba para las conversaciones telefónicas..., y salvándoles al mundo y a ella en medio de la más densa oscuridad. Se llevó la mano al inicio de la garganta, que estaba al descubierto, para sentir la tibieza de la carne, y luego la dejó resbalar hasta el pecho.

No dijo nada; Leonora siguió hablando...

Dios sabe lo que Leonora dijo. Insistió en que la chica tenía que entregarse a su marido. Explico que usaba esa frase porque, si bien era posible que ella se divorciara, o incluso que consiguiera una disolución del vínculo en los tribunales eclesiásticos, no por ello la chica y Edward dejarían de cometer adulterio. Pero insistió en su necesidad, en que era el precio que la chica tenía que pagar por el pecado de haber hecho que Edward la amase, por el pecado de amar a su marido. Siguió hablando y hablando junto al fuego. La chica tenía que convertirse en adúltera; había hecho daño a Edward siendo tan hermosa, tan encantadora, tan buena. Era pecaminoso ser tan buena. Tenía que pagar aquel precio para salvar así al hombre al que había hecho daño.

Cuando Leonora hacía una pausa, la chica oía la voz de Edward, sonando monótona, indistintamente, con bruscos silencios para las respuestas. Eso le hacía enrojecer de orgullo; el hombre amado trabajaba para ella. Él, por lo menos, se había comportado con varonil resolución; sabía lo que estaba bien. Leonora hablaba con los ojos clavados en los de Nancy. La chica apenas la veía ni la oía. Después de mucho tiempo —horas y horas— Nancy dijo:

—Saldré para la India tan pronto como Edward tenga noticias de mi padre. No puedo hablar sobre estas cosas porque Edward no quiere que lo haga.

Al oír aquello Leonora lanzó un grito y trató de dirigirse dando tumbos hacia la puerta cerrada. Y Nancy se encontró con que se había puesto en pie de un salto con los brazos muy abiertos. Y que estrechaba a la otra mujer contra su pecho, diciéndole:

—Pobrecita, querida mía, pobrecita... —Y se sentaron, fundidas en un apretado abrazo, llorando y llorando; y luego se tumbaron en la misma cama, y siguieron hablando toda la noche. Y durante todo el tiempo Edward estuvo oyendo sus voces a través de la pared. Así fue como sucedieron las cosas...

A la mañana siguiente los tres se comportaron como si nada hubiera sucedido. Hacia las once, Edward se acercó a Nancy, que estaba colocando unos eléboros negros en un cuenco de plata. Sobre la mesa, junto a ella, dejó un telegrama.

—Descífralo tú misma —dijo. Luego, mientras salía de la habitación, añadió—: Puedes decirle a tu tía que he teleografiado al señor Dowell para que venga. Hará que todo resulte más fácil hasta que te vayas.

El telegrama, una vez descifrado, decía, hasta donde soy capaz de recordarlo:

«Llevaré a la señora Rufford a Italia. Me comprometo a hacerlo. Siento por ella un entrañable afecto. No preciso ayuda financiera. Desconocía la existencia de una hija, y le quedo muy agradecido por indicarme cuál es mi deber. White». O algo parecido.

Luego, hasta mi llegada, la casa recobró su ritmo habitual.

CAPÍTULO V

Esta es la parte de la historia que más me entristece. Porque me pregunto incesantemente, mientras mi mente gira una y otra vez en un tedioso y desconcertante espacio de dolor, ¿qué podrían haber hecho estas personas? ¿Es que acaso, en el nombre de Dios misericordioso, podían haber hecho otra cosa?

El final lo tenía perfectamente claro cada uno de ellos: era evidente a estas alturas que si la chica no «se entregaba a Edward», según la frase de Leonora, Ashburnham moriría, la chica perdería la razón por causa de la muerte de su tío..., y, después de algún tiempo, Leonora, la más serena y la más fuerte de los tres, se consolaría casándose con Rodney Bayham y disfrutaría de una tranquila y cómoda felicidad. Ese final estaba ya totalmente claro aquella noche, mientras Leonora hablaba en el dormitorio de la chica y Edward lo hacía por teléfono desde el piso bajo. La chica, no cabía la menor duda, ya había perdido la razón a medias; Edward estaba medio muerto; sólo el instinto de Leonora, activo, perseverante, con su fría pasión por los despliegues de energía, seguía «haciendo cosas». ¿Qué podían haber hecho, por tanto? Todo llevaba a la destrucción de dos espléndidas personalidades —porque Edward y la chica eran dos personas espléndidas— para que una tercera personalidad, más normal, disfrutara, después de un largo período de dificultades, de una tranquila y cómoda felicidad.

Esto lo estoy escribiendo, debo decirlo, dieciocho meses después de haber

redactado las frases con que concluye el capítulo anterior. Desde que escribí las palabras «su ritmo habitual» que, según compruebo, son las que cierran el párrafo, he vuelto a contemplar por un instante, desde un tren muy rápido, Beaucaire con su hermosa torre blanca, Tarascón con su castillo cuadrado, el gran valle del Ródano, las inmensas extensiones de la llanura de Crau. He recorrido toda la Provenza..., y la Provenza ya no tiene interés. Ya no encontraré mi paraíso en las colinas cubiertas de olivos porque tan sólo existe el infierno...

Edward ha muerto; a Nancy la hemos perdido..., perdido por completo; Leonora es feliz con Rodney Bayham, y yo estoy solo en Branshaw Teleragh. He atravesado Provenza; he visto África; he visitado Asia para encontrarme, en Ceilán, en una habitación a oscuras, a mi pobre chica, inmóvil, envuelta en su pelo maravilloso, mirándome con ojos que no veían, y diciendo con toda claridad: «Credo in unum Deum omnipotentem... Credo in unum Deum omnipotentem». Esas eran las únicas palabras razonables que pronunciaba; éstas son, al parecer, las únicas palabras que pronunciaré durante el resto de su vida. Supongo que son palabras razonables; deben de ser extraordinariamente razonables para ella, si puede decir que cree en una deidad omnipotente. Bien; ahí está. Y yo me encuentro muy cansado...

Porque me atrevo a suponer que quizá todo esto suene muy romántico, pero resulta fatigoso, terriblemente fatigoso, haber estado metido en todo ello; haber sacado los billetes; tomado los trenes; elegido los camarotes; consultado al sobrecargo y a los camareros sobre la dieta adecuada para la tranquila enferma que no hacía más que proclamar su fe en una deidad omnipotente. Quizá suene romántico, pero no es más que una crónica de cansancios.

Ignoro por qué se me elige siempre para que sea útil. No es que me importe..., pero la verdad es que nunca lo he logrado. Florence me eligió para sus propios fines, y no le serví de nada; Edward me llamó para que viniera y charlase con él, y tampoco evité que se cortara el cuello.

Y luego, un día hace dieciocho meses, cuando estaba escribiendo tranquilamente en mi cuarto en Branshaw, Leonora se presentó con una carta muy patética del coronel Rufford acerca de Nancy. El coronel Rufford había dejado el ejército para dirigir una plantación de té en Ceilán. Su carta resultaba patética porque era muy breve, muy inexpresiva y muy práctica. Fue al puerto a recibir a su hija, y se encontró con que Nancy estaba completamente loca. Parece ser que en Adén vio la noticia del suicidio de Edward en un periódico local. Se volvió loca en el mar Rojo. A la esposa del coronel Luton, que iba acompañándola, le hizo saber que creía en una deidad omnipotente. No organizó el menor alboroto; mantuvo los ojos perfectamente secos y sin brillo. Incluso cuando estaba loca Nancy era capaz de conservar la compostura.

Según el coronel Rufford, los médicos no esperaban que su hija llegara a restablecerse. Era posible, sin embargo, que ver a alguien de Branshaw lograra tranquilizarla y que eso tuviera un efecto positivo. Y el padre de Nancy se limitó a escribirle a Leonora: «Por favor, venga y vea si puede usted conseguirlo».

Tengo la impresión de haber perdido por completo el sentido de lo patético; pero de todas formas, el simple y enorme ruego del viejo coronel me resulta patético. Rufford tenía la maldición de su pésimo genio; había padecido a una mujer medio loca que bebía y hacía la calle. Su hija estaba completamente loca... y, sin embargo, él seguía creyendo en la bondad de la naturaleza humana. Creía que Leonora se tomaría la molestia de ir hasta Ceilán para tranquilizar a su hija. Leonora no estaba dispuesta a hacerlo. Leonora ni siquiera quería volver a ver a Nancy. Creo que eso, dadas las circunstancias, era bastante lógico. Pero al mismo tiempo se mostró de acuerdo, por así decirlo, oficialmente, en que alguien capaz de sosegar a Nancy debía de trasladarse a Ceilán desde Branshaw. Me envió a mí y a su antigua niñera, que había cuidado de la chica desde que, con trece años, llegara por primera vez a Branshaw. De manera que me puse en camino y recorrí la Provenza para coger el barco en Marsella. Y mi presencia en Ceilán no sirvió de nada; tampoco sirvió de nada que me acompañase la vieja niñera. No hemos conseguido nada de nada.

En Kandy los médicos dijeron que si se pudiera llevar a Nancy a Inglaterra, la brisa del mar, el cambio de clima, el viaje, y todas esas cosas de siempre podrían devolverle la razón. No lo han conseguido, por supuesto. Nancy se encuentra ahora, lo sé muy bien, en el gran salón, a cuarenta pasos de donde estoy escribiendo. No quiero en absoluto ponerme romántico acerca de ello. Está muy bien vestida y muy tranquila y sigue siendo muy hermosa. La anciana niñera cuida de ella de manera muy eficiente.

Por supuesto tiene usted aquí los ingredientes de una curiosa situación, pero es todo muy monótono, por lo que a mí concierne. Yo me casaría con Nancy si mejorase lo suficiente para captar el significado de la ceremonia anglicana del matrimonio. Pero es probable que nunca mejore lo suficiente para captar ese significado. Por tanto no me puedo casar con ella, de acuerdo con las leyes del país.

De manera que aquí estoy, en el mismo sitio donde empecé hace trece años. Soy el acompañante, no el marido, de una hermosa muchacha que no me hace el menor caso. Me he distanciado de Leonora, que se casó con Rodney Bayham durante mi ausencia y se fue a vivir a Bayham. A Leonora le resulto más bien molesto, porque se le ha metido en la cabeza que no apruebo su matrimonio con Rodney Bayham. De acuerdo; es cierto que no apruebo su matrimonio. Es posible que tenga celos.

Sí; no hay duda de que estoy celoso. Aunque a mi manera menos decidida, me veo siguiendo las huellas de Edward. Supongo que en realidad me gustaría ser polígamo; amar a Nancy, y a Leonora, y a Maisie Maidan, y posiblemente incluso a Florence. No hay duda de que soy como cualquier otro hombre, aunque, probablemente debido a mi origen americano, resulte más borroso. Al mismo tiempo puedo asegurarle que soy una persona estrictamente respetable. Nunca he hecho nada que la madre o la hija más exigentes o el más meticuloso deán de una catedral pudiesen criticar. No he hecho más que seguir, sin el menor ahínco, y con mis deseos inconscientes, a Edward Ashburnham. Bien; todo ha terminado. Ninguno de nosotros ha logrado lo que realmente quería. Leonora quería a Edward, y ha conseguido a Rodney Bayham, un ejemplar bastante aceptable de ganado ovino. Florence quería Branshaw, y soy yo quien se lo ha comprado a Leonora. Yo no lo quería realmente: lo que deseaba sobre todo era dejar de ser un enfermero-acompañante. Bien: eso es lo que sigo siendo. Edward quería a Nancy Rufford, y soy yo quien la tiene. Sólo que está loca. Vivimos en un mundo extraño y fantástico. ¿Por qué la gente no consigue lo que quiere? Existía todo lo necesario para satisfacer a todo el mundo; sin embargo todos tienen lo que no quieren. Quizá usted consiga entenderlo, pero para mí no tiene ni pies ni cabeza.

¿Acaso existe algún paraíso terrestre donde, entre los susurros de las hojas de los olivos, la gente pueda estar con quien quiera y tener lo que le guste y descansar a la sombra con una fresca brisa? ¿O son las vidas de todos los hombres como las de la gente bien —como las de los Ashburnham, los Dowell, los Rufford—, unas vidas desgarradas, tumultuosas, atormentadas y nada románticas, simples períodos marcados por los gritos, las estupideces, las muertes, los paroxismos? ¿Quién demonios lo sabe?

Porque hubo una gran dosis de estupidez en las escenas finales de la tragedia de los Ashburnham. Ninguna de las dos mujeres sabía lo que quería. Sólo Edward tomó una línea perfectamente clara, y pasaba la mayor parte del tiempo borracho. Pero, borracho o sereno, no se apartó de lo que exigían las normas establecidas y las tradiciones de su familia. Había que mandar a Nancy Rufford a la India sin que oyera una sola palabra de amor de sus labios. Y, efectivamente, se la mandó a la India y nunca oyó una palabra de amor de Edward Ashburnham.

Era la manera correcta de comportarse, y estaba de acuerdo con las tradiciones de la familia de Edward. Creo que contribuyó al fortalecimiento del cuerpo social. Normas y tradiciones, imagino, trabajan ciegamente pero de manera muy segura por la conservación del tipo normal de ser humano; y para la desaparición de personas con empuje, decididas y que se salen de lo corriente.

Edward era un hombre normal, pero había demasiado sentimentalismo en

él; y la sociedad no necesita demasiadas personas sentimentales. Nancy era una espléndida criatura, pero tenía un toque de locura. De manera que Edward y Nancy se vieron aplastados mientras Leonora, el tipo perfectamente normal, sobrevive casada con un hombre que es algo así como un conejo. Porque Rodney Bayham se parece bastante a un conejo, y, según he oído, se espera que Leonora dé a luz dentro de tres meses.

De manera que aquellas espléndidas y tumultuosas criaturas con su magnetismo y sus pasiones —las dos que yo amaba realmente— se han ido de este mundo. No hay duda de que es mejor para ellos. ¿Qué habría hecho Nancy de Edward si hubiera logrado vivir con él? ¿Qué habría hecho Edward de ella? Porque había en Nancy un toque de crueldad..., un toque muy preciso y muy auténtico de crueldad que se traducía en un deseo de ver sufrir a las personas. Sí; quería ver sufrir a Edward. Y, cielo santo, logró convertir su vida en un infierno.

Convirtió su vida en un verdadero infierno. Esas dos mujeres persiguieron a aquel pobre diablo y le arrancaron la piel a tiras como si hubieran utilizado látigos. Le aseguro que su espíritu sangraba de manera casi visible. Me parece verle de pie, desnudo hasta la cintura, protegiéndose la cara con los antebrazos, y con jirones de carne colgándole del cuerpo. Tenga la seguridad de que no exagero mis sentimientos. Era como si Leonora y Nancy se hubiesen puesto de acuerdo para dar una muerte lenta, en beneficio de la humanidad, a un hombre que se hallaba a su completa disposición. Eran como un par de sioux que han capturado a un apache y lo tienen bien atado al poste del suplicio. Créame si le digo que no se cansaban de torturarlo.

Noche tras noche Edward las oía hablar y hablar; enloquecido, sudoroso, buscando el olvido en la bebida, permanecía tumbado en la cama oyendo sus voces incansables. Y día tras día Leonora se presentaba ante él para anunciarle los resultados de sus deliberaciones.

Eran jueces que discutían la sentencia que merecía un delincuente; eran como criaturas carroñeras junto un cadáver en una tumba abierta.

No creo que Leonora fuese más culpable que la chica..., aunque sí la más activa de las dos. Leonora, como ya he dicho, era una mujer perfectamente normal. Quiero decir que en circunstancias normales sus deseos eran los de una mujer perfectamente encajada en la sociedad. Deseaba hijos, decoro, una posición adecuada; deseaba evitar despilfarros, deseaba guardar las apariencias. Era absoluta y enteramente normal hasta en su belleza absolutamente innegable. Pero con eso no quiero decir que actuase de manera perfectamente normal en esta situación perfectamente anormal. Todas las personas a su alrededor estaban locas, y ella, desesperada, adoptó una personalidad de loca; de mujer perversa; de la mala de la obra. Pero, ¿qué

cabía esperar? El acero es una sustancia normal, dura y brillante. Pero si se lo coloca sobre un fuego muy intenso se pone al rojo, se ablanda y resulta imposible de manejar. Si se lo coloca en un fuego todavía más intenso, empieza a derretirse. Eso fue lo que pasó con Leonora. Estaba hecha para circunstancias normales: para el señor Rodney Bayham, que mantendrá secretamente otra casa en Portsmouth, y hará de cuando en cuando viajes a París y a Budapest.

En el caso de Edward y de la chica, Leonora se vino abajo y perdió por completo el control. Adoptó actitudes mentales con las que no estaba familiarizada y que resultaron, por consiguiente, extrañas y torpes. En un momento determinado no tenía otra ambición que la venganza. Después de arengar a la chica durante horas y horas por la noche, de día hacía lo mismo con Edward, que se limitaba a guardar silencio. Pero Ashburnham tuvo un tropiezo una vez, y eso fue lo que le perdió. Quizá había bebido demasiado whisky aquella tarde.

Leonora le preguntaba constantemente qué quería. ¿Qué era lo que deseaba? Y él contestaba siempre: «Ya te lo he contado». Quería decir que su único objetivo era que la chica se fuese a la India con su padre tan pronto como el coronel Rufford telegraficara que estaba en condiciones de recibirla. Pero una vez tuvo un desliz. Contestó a la eterna pregunta de Leonora diciendo que todo lo que deseaba en la vida era que..., que fuese capaz de recuperarse y de reanudar sus ocupaciones diarias si..., si la chica, a ocho mil kilómetros de distancia, seguía queriéndole. No tenía otras aspiraciones. Sólo le pedía eso a Dios. Bueno: ya se sabe que era un sentimental.

Y nada más oír aquello, Leonora decidió que la chica no se iría a ocho mil kilómetros de distancia y que no seguiría amando a Edward. La manera que tuvo de ponerlo por obra fue ésta:

Siguió diciéndole a Nancy que tenía que entregarse a Edward; ella, Leonora, se divorciaría; conseguiría de Roma una disolución del vínculo. Pero consideraba deber suyo advertirle de la clase de monstruo que Edward era. Le habló a Nancy de la Dolciquita, de la señora Basil, de Maisie Maidan, de Florence. Le habló de sus sufrimientos con aquel hombre violento, dictatorial, vanidoso, borracho, altivo y monstruosamente dominado por sus necesidades sexuales. Y, al enterarse de los sufrimientos de su tía —porque una vez más Leonora volvía a encarnar la figura de tía para Nancy—, con la súbita crueldad de la juventud y la inmediata solidaridad que une a una mujer con otra, la chica tomó sus decisiones. Su tía le decía incesantemente: «Tienes que salvar la vida de Edward; tienes que salvarle la vida. Todo lo que necesita es que le concedas un pequeño período de satisfacción. Luego se cansará de ti como se cansó de las otras. Pero tienes que salvarle la vida».

Y, durante todo aquel tiempo, el pobre desgraciado —por un curioso instinto que pone en comunicación a los seres humanos que viven juntos— sabía exactamente lo que estaba pasando. Y siguió callado; no movió un dedo para impedirlo. Todo lo que necesitaba para continuar siendo un miembro productivo de la sociedad era que la chica, a ocho mil kilómetros de distancia, siguiera queriéndole. Pero estaban haciendo lo necesario para impedirlo.

Ya le he contado que Nancy fue una noche a su habitación. Y que aquello fue realmente un infierno para él. Ésa era la escena que nunca abandonaba su imaginación: la chica, apenas iluminada por una luz mortecina, surgiendo al pie de su cama. Edward dijo que todo ello creaba una especie de efecto verdoso como si las sombras de las altas columnas de la cama que enmarcaban el cuerpo de la chica tuvieran un tinte verdoso. Nancy le miró directamente a los ojos con cruel impavidez y dijo:

—Estoy dispuesta a ser tuya..., para salvarte la vida.

Él respondió:

—No quiero que seas mía; nunca he querido que seas mía.

Edward dice que era cierto; que se habría odiado a sí mismo; que era una cosa impensable. Y durante todo el tiempo tenía la inmensa tentación de hacer lo impensable, aunque no arrastrado por el deseo carnal, sino por la certeza de que si llegaba a poseerla, Nancy seguiría siendo suya para siempre. Estaba completamente seguro.

La chica pensaba mientras tanto en lo que su tía le había dicho: que Edward deseaba que le amase a ocho mil kilómetros de distancia.

—Nunca podré amarte ahora que sé la clase de hombre que eres —dijo—. Seré tuya para salvarte la vida. Pero nunca podré quererte.

Fue un increíble despliegue de crueldad. Nancy no tenía ni la más remota idea de lo que significaba entregarse a un hombre. Pero al oír aquello Edward consiguió serenarse. Habló con su voz normal —áspera, bronca, dominante—, igual que hubiera podido hacerlo con un criado o con un caballo.

—Vuelve a tu cuarto —le dijo—. Vuelve a tu cuarto y duérmete. Todo esto no es más que una tontería.

Aquellas dos mujeres se quedaron muy desconcertadas.

Y entonces entré yo en escena.

CAPÍTULO VI

Mi entrada en escena calmó sin duda las cosas..., durante las dos semanas que pasaron desde mi llegada a la marcha de la chica. No quiero decir que por la noche no siguieran su curso las interminables conversaciones o que Leonora no me hiciera salir con Nancy y aprovecharse el intervalo para atormentar concienzudamente a Edward. Una vez que descubrió lo que deseaba su marido —que la chica estuviese a ocho mil kilómetros y que le amase con perseverancia, como hacen los personajes de las novelas sentimentales—, se propuso echar por tierra aquella aspiración. Y le repetía a Edward en todos los tonos imaginables que la chica no le quería; que le detestaba por su brutalidad, su despotismo y su intemperancia en la bebida. Le señalaba que, a los ojos de Nancy, estaba ya tres o cuatro veces comprometido. Estaba comprometido con Leonora misma, con la señora Basil, y con la memoria de Maisie Maidan y de Florence. Edward nunca le respondió.

La chica, ¿quería o no quería a Edward? No lo sé. En aquel momento creo que ella no pensaba que hubiera sido así antes de que Leonora se dedicase a destrozarse la reputación de su tío. Sin duda le había amado por lo que yo llamo el lado público de su biografía: por su buena reputación como militar, por las vidas que salvó en el mar, por ser el excelente terrateniente que era y también un buen deportista. Pero es muy posible que todas estas cosas se convirtieran en nada a ojos de Nancy cuando descubrió que Ashburnham no era un buen esposo. Porque, si bien las mujeres, tal como yo las veo, tienen muy poco o ningún sentido de responsabilidad hacia un condado, un país o una carrera, disponen en cambio, aunque pueda faltarles por completo cualquier tipo de solidaridad social, de un instinto desmesurado que funciona automáticamente y que las liga a los intereses de la feminidad. Es posible, por supuesto, que cualquier mujer dé un paso al frente y se lleve al marido o al amante de cualquier otra mujer. Pero creo más bien que una mujer sólo hará eso si tiene motivos para pensar que la otra ha hecho sufrir a su marido. Estoy seguro de que si cree que el hombre se ha portado como un animal con su mujer, por esa instintiva identificación con la feminidad sufriente, le «parará los pies», como suele decirse. No es que yo conceda ninguna particular importancia a estas generalizaciones mías. Pueden ser correctas o estar equivocadas; no soy más que un americano de mediana edad que sabe muy poco de la vida. Está usted en su derecho de aceptar mis generalizaciones o de rechazarlas. Pero no me cabe la menor duda de que tengo razón en el caso de Nancy Rufford: la chica había amado a Edward Ashburnham con mucha hondura y muy tiernamente.

Eso no impide que estuviese dispuesta a hacérselo pasar muy mal tan pronto como descubrió sus infidelidades y supo que sus buenas obras sociales habían costado más de lo que Leonora creía conveniente. Nancy estaba obligada a permitir que Edward lo pasara muy mal. Se lo debía a la opinión pública femenina; el instinto de conservación la empujó a ello, puesto que no podía por menos de imaginarse que si Edward había sido infiel a Leonora, a la

señora Basil y a la memoria de las otras dos, también podía serle infiel a ella. Y, sin duda, participaba del instinto de su sexo, que hace a las mujeres intolerablemente crueles con la persona amada. De todas formas, no sé si en ese momento Nancy Rufford amaba o no a Edward Ashburnham. Ni siquiera sé si le quería cuando al enterarse en Adén de su suicidio se volvió loca. Porque tanto pudo ser por amor a Leonora como por amor a Edward. Y también pudo ser por amor a los dos. No lo sé. No sé nada. Estoy muy cansado.

Leonora mantenía apasionadamente la doctrina de que la chica no amaba a Edward. Quería creerlo con verdadera desesperación. Era una doctrina tan necesaria para su existencia como la fe en la inmortalidad del alma. Según Leonora era imposible que Nancy pudiese amar a Edward después de conocer su opinión sobre la carrera y la personalidad de su marido. Edward, por otra parte, creía sin demasiada convicción que algún atractivo esencial suyo tenía que haber hecho que la chica siguiese queriéndole..., que siguiera queriéndole, por así decirlo, por debajo de la exterior apariencia de odio. Creía que Nancy fingía odiarle para cubrir las apariencias y que su atroz telegrama desde Brindisi no era más que otro intento en el mismo sentido: demostrar que sus sentimientos eran los que debe tener cualquier miembro de la comunidad femenina. No lo sé. Decídalo usted.

Hay otro punto que me preocupa mucho en esta triste historia. Leonora dice que, al desear que la chica se fuese a ocho mil kilómetros y continuara, sin embargo, queriéndole, Edward demostró ser un monstruo de egoísmo. Deseaba arruinar una vida joven. Ashburnham por otra parte me explicó que si el amor de la chica era necesario para su existencia, y él no hacía nada de palabra o de obra para conservarlo vivo, no se le podía llamar egoísta. Leonora replicaba que eso demostraba su carácter abominablemente egoísta, incluso aunque sus acciones pudiesen ser perfectamente correctas. No soy capaz de descubrir cuál de los dos tenían razón. Decídalo usted.

Es cierto, en cualquier caso, que las acciones de Edward fueron perfectamente —monstruosa, cruelmente— correctas. Permitted que Leonora acabara con su reputación y le condenara al círculo más profundo del infierno sin mover un solo dedo. Creo que era un estúpido; no veo el objeto de permitir que la chica tuviera de él peor opinión de la estrictamente necesaria. Y sin embargo eso fue lo que hizo. Y está también el hecho de que aquellos tres dieron al mundo el espectáculo de gentes bien perfectamente identificadas con su papel. Le aseguro que durante aquellos quince días en la hermosa y antigua mansión, nunca advertí ni una sola cosa que pudiera alterar mi buena opinión. E incluso cuando vuelvo la vista atrás, conociendo las circunstancias, no recuerdo que dijeran una sola cosa que pudiera traicionarles. No recuerdo, hasta la cena en la que Leonora leyó en voz alta aquel telegrama, ni un

parpadeo, ni una sola mano temblorosa. Era sencillamente una agradable reunión en una casa de campo.

Y Leonora siguió guardando las apariencias durante bastante más tiempo: por lo que a mí se refiere hasta ocho días después del funeral de Edward. Nada más terminar aquella cena —la cena en la que supe que Nancy se pondría en camino para la India al día siguiente— le dije a Leonora que deseaba hablar con ella un momento. Me llevó a su pequeño saloncito y le expliqué —a usted voy a ahorrarle un relato pormenorizado de mis emociones— que sin duda estaba al tanto de que quería casarme con Nancy; que ella parecía de acuerdo con este propósito mío y que permitir que la chica se marchara a la India, si Leonora pensaba que existía alguna posibilidad de que me aceptara por marido, era más bien un gasto inútil tanto de dinero en pasajes como de tiempo.

Y Leonora, se lo aseguro, se comportó como una matrona inglesa absolutamente perfecta. Dijo que apoyaba mis propósitos matrimoniales, que no podía desear mejor marido para la chica; pero que consideraba que Nancy tenía que conocer la vida un poco más antes de dar un paso tan importante. Sí; Leonora utilizó la expresión «dar un paso tan importante». Estuvo perfecta. De hecho creo que le hubiera parecido muy bien que la chica se casara conmigo, pero mi programa incluía comprar la casa de los Kershaw, a cosa de unos dos kilómetros de Branshaw junto a la carretera de Fordingbridge, e instalarme allí definitivamente. Eso no le parecía nada bien a Leonora. No quería tener a Nancy a dos kilómetros de Edward para el resto de su vida. De todas formas, creo que hubiese logrado hacerme saber, mediante alguna perífrasis o algo parecido, que podía quedarme con la chica si me iba con ella a Filadelfia o a Timbuctú. Yo quería muchísimo a Nancy..., y Leonora lo sabía.

Sin embargo no insistí más. No insistí pensando que estábamos de acuerdo en que Nancy se marchaba a la India por un periodo de prueba. Me pareció un arreglo perfectamente razonable y yo soy también una persona razonable. Me limité a decir que iría a la India tras ella al cabo de seis meses aproximadamente. O, quizá, de un año. Bien, ya ve usted, fui a verla al cabo de un año...

Debo confesar que me sentí un tanto enojado con Leonora por no haberme avisado antes de la marcha de Nancy. Pensé que se trataba de uno de los extraños métodos, un tanto retorcidos, que los católicos parecen elegir para enfrentarse con los asuntos mundanos. Creo que Leonora tenía miedo de que me declarase o, por lo menos, de que hiciese bastantes progresos en esa dirección, si hubiera sabido antes que Nancy estaba a punto de marcharse. Quizá Leonora tenía razón; quizá los católicos, con sus peculiares y sinuosos procedimientos, siempre tienen razón. Se enfrentan con esa cosa tan peculiar y sinuosa que es la naturaleza humana. Porque es muy posible que de haber

sabido que Nancy iba a marcharse tan pronto hubiese tratado de hacerle el amor. Y eso habría creado otra complicación. Quizá fue mejor así.

Es increíble las cosas tan extrañas que la gente bien hace para conservar una falsa atmósfera de tranquila indiferencia. Porque Edward Ashburnham y su mujer me hicieron recorrer medio mundo para que me sentara en la parte posterior del coche de un caballo mientras Edward llevaba a la chica a la estación desde donde iba a iniciar su viaje hacia la India. Supongo que querían tener un testigo de la serenidad con que llevaban a cabo aquel acto. El equipaje de Nancy fue preparado anteriormente y lo enviaron por delante. Su camarote en el barco también estaba reservado. Lo habían calculado tan exactamente que todo funcionó como un mecanismo de relojería. Sabían la fecha en que el coronel Rufford recibiría la carta de Edward y también, casi con exactitud, la hora en que recibirían el telegrama en que pedía a su hija que fuese a reunirse con él. Todo había sido arreglado maravillosa e implacablemente por el mismo Edward. Al coronel Rufford le dieron como razón para telegrafiarle el hecho de que la esposa del coronel Fulano o Mengano se embarcaba en el mismo buque de línea y que sería una excelente carabina para la chica. Era un asunto realmente asombroso y creo que a los ojos de Dios habría sido mejor que trataran de arrancarse los ojos unos a otros con cuchillos de cocina. Pero eran «gente bien».

Después de mi entrevista con Leonora fui, sin saber bien por qué, a la sala de armas de Edward. Ignoraba dónde estaba la chica y pensé que quizá la encontrara allí. Imagino que tenía el vago propósito de pedirle que se casara conmigo a pesar de Leonora. Así que doy por sentado que no procedo de gente tan bien como los Ashburnham. Edward estaba repantigado en su sillón fumando un puro y no dijo nada durante cinco minutos por lo menos. Las velas resplandecían bajo las pantallas verdes; los reflejos en los cristales de las librerías que contenían armas de fuego y cañas de pescar también eran verdes. Sobre la repisa de la chimenea seguía estando el cuadro del caballo blanco sobre fondo marrón. Fueron los momentos más tranquilos que he vivido jamás. Luego, de repente, Edward me miró directamente a los ojos y dijo:

—Escuche, me gustaría que mañana viniera con Nancy y conmigo a la estación.

Yo respondí que les acompañaría con mucho gusto. Él siguió allí sin moverse durante mucho tiempo, contemplando las oscilaciones del fuego desde la altura de sus rodillas, y luego, de repente, con voz perfectamente tranquila, y sin levantar los ojos, dijo:

—Estoy tan desesperadamente enamorado de Nancy Rufford que voy a morirme.

Pobre diablo..., no había tenido intención de decirlo. Pero imagino que

necesitaba contárselo a alguien y yo era más o menos como una mujer o como un abogado. Estuvo hablando toda la noche.

Bien, Edward cumplió el programa hasta el final. Era una mañana muy clara de invierno, con abundante escarcha. El sol brillaba mucho, y el camino, que serpenteaba entre los brezos y los helechos, tenía el piso endurecido por la helada. Yo iba en el asiento de atrás del coche de un caballo; Nancy, al lado de Edward. Hablaron de cómo marchaba la jaca; Edward señaló con la fusta a un grupo de ciervos en un estrecho valle a un kilómetro de distancia. Nos cruzamos con la jauría en el trozo llano de camino junto a los árboles altos antes de llegar a Fordingbridge, y Edward detuvo el coche para que Nancy pudiera despedirse del montero y darle un último soberano de propina. Había cabalgado con aquellos sabuesos desde los trece años.

El tren llegó con cinco minutos de retraso y los dos supusieron que era día de mercado en Swindon o de donde quiera que procediese el tren. Ese es el tipo de cosas de que hablaron. Cuando apareció el tren, Edward encontró un departamento de primera clase en el que ya estaba acomodada una señora de edad. La chica entró, Edward cerró la puerta y luego Nancy sacó la mano por la ventanilla para estrechar la mía. No había la menor expresión en el rostro de ninguno de los dos. La bandera del jefe de estación era de color rojo sangre; ésa es probablemente la afirmación más apasionada que puedo introducir en la escena. Nancy no tenía demasiado buen aspecto; llevaba un gorro de piel marrón que no casaba bien con el tono de sus cabellos.

—Hasta la vista —le dijo la chica a Edward.

—Hasta la vista —respondió él.

Luego giró en redondo y, voluminoso, con aire desgarbado, y andando muy pausadamente, salió de la estación. Yo le seguí y me senté a su lado en el coche de un caballo. Fue el espectáculo más horrible que he presenciado nunca.

Y después de aquello, una paz santa, como la paz de Dios que sobrepasa toda comprensión, descendió sobre Branshaw Teleragh. Leonora realizaba sus tareas diarias con una especie de sonrisa triunfante..., una sonrisa muy poco marcada pero francamente triunfante. Imagino que como había desechado hacía ya mucho tiempo toda idea de recuperar a su hombre le bastaba con haber sacado a la chica de la casa y con que se fuera bien curada de su enamoramiento. Una vez, en el gran salón, cuando Leonora salía, Edward dijo, casi para sus adentros, aunque yo consiguiera oírle:

Triunfaste, Galileo.

Era muy propio de su sentimentalismo citar a Swinburne.

Pero estaba perfectamente tranquilo y había dejado de beber. La única cosa que me dijo después del viaje hasta la estación fue:

—Es muy extraño. Creo que debo decirle, Dowell, que no siento nada respecto a la chica ahora que todo ha terminado. No se preocupe por mí. Me encuentro perfectamente. —Mucho tiempo después, dijo—: Supongo que ha sido más el ruido que las nueces.

Empezó de nuevo a ocuparse de sus propiedades; se tomó infinitas molestias para sacar adelante a la hija del jardinero que había matado a su bebé. En el mercado estrechaba la mano a todos los granjeros con una sonrisa en los labios. Habló en dos mítines políticos; fue dos veces de cacería. Leonora le hizo una escena terrible por haber gastado doscientas libras en la hija del jardinero. Todo seguía su marcha como si la chica nunca hubiese existido. Hacía un tiempo muy apacible.

Bien; ése es el final de la historia. Y cuando me paro a mirarlo me doy cuenta de que es un final feliz con campanas de boda y todo lo demás. Los malos —porque evidentemente Edward y la chica eran los malos del cuento— han sido castigados con el suicidio y la locura. La heroína —perfectamente normal, virtuosa y un poquito falsa— se ha convertido en la feliz esposa de un marido perfectamente normal, virtuoso y un poquito falso. Muy pronto será madre de un hijo o de una hija perfectamente normales, virtuosos y un poquito falsos. Un final feliz: en eso viene a parar todo.

No puedo ocultarme a mí mismo el hecho de que en la actualidad Leonora no me inspira ninguna simpatía. No hay duda de que estoy celoso de Rodney Bayham. Pero no sé si se trata simplemente de celos debidos al hecho de que yo deseaba a Leonora o si se trata más bien de que por ella fueron sacrificadas las dos únicas personas que de verdad he querido: Edward Ashburnham y Nancy Rufford. Para que Leonora pudiera instalarse en una mansión moderna, con todos los adelantos, y presidida por un dueño muy respetable y eminentemente ahorrativo, ha sido necesario que Edward y Nancy Rufford se convirtieran, al menos para mí, en simples sombras trágicas.

Me parece ver al pobre Edward, desnudo en medio de las tinieblas y recostado, sobre las rocas frías, como uno de los antiguos condenados griegos, en el Tártaro o donde quiera que fuese.

Y en cuanto a Nancy... Bueno; ayer durante el almuerzo dijo de repente:

—¡Pelotas de ping-pong!

Y repitió tres veces las mismas palabras. Sé lo que estaba pasando por su mente, si es que puede decirse que tiene una mente, porque Leonora me ha contado que en una ocasión la pobre chica dijo que se sentía como una pelota de ping-pong que se pasaban entre sí las violentas personalidades de Edward y

de su mujer. Leonora, decía Nancy, estaba siempre tratando de entregársela a Edward, y Edward, tácita y silenciosamente, la obligaba a volver junto a su tía. Y lo curioso es que el mismo Edward pensaba que aquellas dos mujeres le usaban a él como pelota de ping-pong. O, más bien, decía que le mandaban de un sitio para otro como un maldito paquete postal cuyo franqueo alguien se empeñaba en no pagar. Y también Leonora se imaginaba que Edward y Nancy la recogían y la lanzaban de acuerdo con sus cambiantes estados de ánimo. De manera que ahí tiene usted un precioso cuadro. Pero no vaya a creer que predico algo contrario a la moralidad establecida. No defiendo el amor libre ni en éste ni en ningún otro caso. La sociedad debe seguir adelante, supongo, y la sociedad sólo existe si florecen las personas normales, virtuosas y un poquito falsas, mientras que los apasionados, los testarudos y los demasiado sinceros son condenados al suicidio y a la locura. Pero tengo la impresión de que yo mismo, a mi manera un tanto desvaída, entro en la categoría de los apasionados, de los testarudos y de los excesivamente sinceros. Porque no me puedo ocultar el hecho de que quería a Edward Ashburnham..., y de que le quiero porque era yo mismo. Si hubiese tenido el valor y la virilidad y, posiblemente, también el físico de Edward Ashburnham, me imagino que hubiera hecho en buena parte lo mismo que él hizo. Le veo como un hermano mayor más corpulento que me llevó de excursión en varias ocasiones e hizo muchas cosas llenas de arrojo mientras yo, desde lejos, le veía robar en las huertas. Y, dese usted cuenta, soy tan sentimental como él...

Sí; la sociedad debe seguir adelante; debe procrear, como los conejos. Para eso estamos aquí. Pero, por otra parte, la sociedad no me gusta..., mucho. Represento un personaje absurdo: el de millonario americano que ha comprado una de las antiguas moradas de la paz inglesa. Me paso el día en la sala de armas de Edward, en una casa que permanece todo el tiempo en un silencio absoluto. Nadie me visita, porque yo no visito a nadie. Nadie se interesa por mí, porque carezco de intereses. Dentro de veinte minutos aproximadamente iré hasta el pueblo por un camino que discurre entre mis propios matorrales de tojo y al que dan sombra mis propios robles para recoger el correo que me llega de América. Mis arrendatarios, los chicos del pueblo y los comerciantes se llevarán la mano a la gorra para saludarme. La vida se va agotando así paulatinamente. Volveré a casa para cenar y Nancy se sentará frente a mí con la vieja niñera de pie tras ella. Enigmática, silenciosa, con modales impecables en lo que al tenedor y al cuchillo se refiere, Nancy mirará frente a ella con ojos azules coronados por tensas y atormentadas cejas. Una, o quizá dos veces, durante la comida, su cuchillo y su tenedor se inmovilizarán en el aire como si estuviera tratando de recordar algo que ha olvidado. Luego dirá que cree en una deidad omnipotente, o quizá exclame: «¡Pelotas de ping-pong!». Resulta en verdad extraordinario ver el color de la salud en sus mejillas, el brillo de sus cabellos negros recogidos en trenzas, el

donaire con que la cabeza descansa sobre el cuello, la elegancia de sus blancas manos..., y pensar que todo eso no tiene el menor sentido..., que es un cuadro sin significado... Sí; es francamente extraño.

Pero, en cualquier caso, siempre puede usted animarse pensando en Leonora; no es mi intención entristecerle. Su marido es una persona muy ahorrativa con una figura tan normal que la mayor parte de la ropa se la compra hecha. Eso es lo mejor que se le puede pedir a la vida, y es también el fin de mi relato. El hijo de Leonora se educará en la religión católica.

Advierto de pronto que me he olvidado de decir cómo encontró la muerte Edward. Recordará usted que la paz había descendido sobre la casa; que Leonora se mostraba sosegadamente triunfante y que Edward dijo que su amor por la chica había sido tan sólo una cosa pasajera. Bien; una tarde nos hallábamos juntos en las cuadras, examinando un nuevo material para pisos que estaba ensayando en una de las casillas para los caballos. Edward hablaba con gran animación de la necesidad de elevar al nivel adecuado el número de soldado de las fuerzas territoriales de Hampshire. Estaba totalmente sereno, muy tranquilo, y su piel tenía un color saludable; sus cabellos rubios estaban perfectamente peinados; el uniforme color rojo ladrillo de su tez le llegaba nítidamente hasta el borde de los párpados; sus ojos, de un gris azulado, me miraban directa y francamente. Su rostro carecía por completo de expresión. Se irguió en toda su estatura y dijo con voz grave y áspera:

—Deberíamos aumentarlo hasta dos mil trescientos cincuenta.

Un mozo de cuadra le trajo un telegrama y se alejó. Edward lo abrió displicentemente, lo contempló sin emoción y, en completo silencio, me lo entregó. En el papel de color rosado, con letra irregular y grande, leí: «Sana y salva en Bríndisi. Lo paso espléndidamente, Nancy».

Bueno; Edward era un caballero inglés; pero también hasta el último momento, una persona sentimental, cuya mente era un conjunto de poemas y novelas mediocres. Se limitó a contemplar el techo de la cuadra, como si estuviera mirando al cielo, y musitó algo que no oí.

Luego metió dos dedos en el bolsillo del chaleco de su traje gris de paño; y en seguida reaparecieron con un pequeño cortaplumas muy bonito..., un cortaplumas francamente pequeño.

—Podría usted llevarle el telegrama a Leonora —dijo, lanzándome una mirada directa, desafiante, imperiosa. Imagino que se dio cuenta de que no tenía intención de ponerle obstáculos. ¿Por qué tendría que hacerlo?

No creo que Edward hiciera falta en este mundo; que sus malditos colonos, sus sociedades de tiro, y sus borrachos, redimidos o sin redimir, se las apañaran como pudiesen. Ni siquiera centenares y centenares de ellos

justificaban que aquel pobre diablo siguiese sufriendo.

Cuando vio que no tenía intención de impedirselo, su mirada se suavizó, volviéndose casi afectuosa.

—Adiós, amigo —exclamó—; tengo que descansar un poco, ¿no le parece?

No supe qué decir. Quería responderle, «Que Dios le bendiga», porque también yo soy un sentimental. Pero pensé que quizá aquella frase no se ajustara a los buenos modales ingleses, de manera que me alejé a buen paso para entregarle el telegrama a Leonora. Se puso muy contenta al leerlo.